

**EMILIO  
O  
LA EDUCACION**

**JUAN JACOBO ROUSSEAU**

**TRADUCCIÓN DE RICARDO VIÑAS.**

Editado por  
**elaleph.com**

© 2000 – Copyright [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)

---

2

Este documento ha sido descargado de  
<http://www.educ.ar>

Todos los Derechos Reservados

## PREFACIO DEL AUTOR

Esta colección de reflexiones y observaciones sin orden y casi sin enlace, fue comenzada por complacer a una buena madre que sabe pensar<sup>1</sup>. Primeramente sólo proyecté una memoria de pocas páginas; mas el asunto me arrastró, a pesar mío, y la memoria se fue haciendo poco a poco una especie de volumen, grande sin duda por lo que contiene, pequeño por la materia de que trata. Vacilé mucho tiempo entre si lo publicaría o no; trabajando en él he visto que no basta haber escrito algunos folletos para saber, componer un libro. Después de algunos esfuerzos inútiles para hacerlo mejor, tengo que dejar mi obra como está, porque entiendo que es preciso atraer la atención pública hacia estos asuntos, y aunque mis ideas sean malas, con tal de que inspiren otras mejores no habré perdido el tiempo. Un hombre que desde su retiro, sin encomiadores ni partidarios que los defiendan ofrece sus impresos al público, sin saber siquiera lo que de ellos se piensa o lo que de ellos se dice, no puede temer, que puesto caso de equivocarse vayan a pasar sus errores sin examen.

Poco diré de la importancia que tiene una educación buena. Tampoco me detendré a demostrar que la usada hoy es mala : mil lo han demostrado ya, y no he de pararme a llenar un libro de cosas que todo el mundo sabe. Únicamente observaré que desde hace infinito tiempo no hay más que una voz contra la práctica establecida, sin que a nadie se le ocurra proponer otra que sea mejor. La literatura y el saber de nuestro siglo más tienden a destruir que a edificar. Censúrase con tono de maestro; mas para proponer se debe tomar otro tono, y esto ya complace menos a la elevación, filosófica a pesar de tantos escritos que, según dicen, sólo tienen por objeto la utilidad pública, todavía sigue olvidado el arte de formar a los hombres, que es la primera de todas las utilidades. Mi tema era por completo nuevo, aun

después del libro de Locke<sup>2</sup>; mucho temo que siga siéndolo también después del libro mío.

No es conocida, en modo alguno, la infancia; con las ideas falsas que se tienen acerca de ella, cuanto más se adelanta más considerable es el extravío. Los de mayor prudencia se atienen a lo que necesitan saber los hombres, sin tener en cuenta lo que pueden aprender los niños. Buscan siempre al hombre en el niño, sin considerar lo que éste es antes de ser hombre. He aquí el estudio a que me he aplicado con preferencia, para que, aun suponiendo mi método enteramente falso, se obtenga siempre beneficio de mis observaciones. Puedo haber visto mal aquello que es necesario hacer, pero me parece que he visto bien el objeto sobre que debe obrarse. Comenzad, pues por estudiar mejor vuestros alumnos; seguramente no los conocéis. Si leéis este libro con ese propósito, tengo para mí que ha de seros útil.

Lo que sin duda sorprenderá más el lector es la parte que pudiéramos llamar sistemática, que en este caso no es otra cosa sino el mismo desarrollo de la naturaleza. Probablemente me atacarán por esto, y acaso no dejen de tener razón. Pensarán que más bien que un libro acerca de la educación leen las fantasías de un visionario sobre ese mismo asunto. ¿Cómo evitarlo? No escribo yo sobre las ideas de otro sino sobre las mías. No veo como los demás hombres: hace tiempo que me lo han censurado. Mas ¿depende de mí el adquirir otra vista o el impresionarme con otras ideas? No. De mí depende el no abandonarme a mi modo de sentir, el no creerme más sabio que todo el mundo; de mí depende no el cambio de sentimiento, sino la desconfianza del mío; he aquí lo que puedo hacer y lo que hago. Si alguna vez tomo el tono afirmativo, no es para imponerme al lector; es para hablarle como pienso. ¿Por qué he de proponer en tono de duda lo que para mí no es dudoso? Yo digo exactamente cuanto pasa en mi espíritu.

---

<sup>1</sup> Madama de Chenonceaux.

<sup>2</sup> Pensées sur l'éducation des enfants, 1721. in-12.

Al exponer con libertad mi pensamiento, tan lejos estoy de suponerle autorizado, que siempre le acompaño de mis razones, conforme a las cuales debe juzgárseme. Pero aunque no quiera obstinarme en la defensa de mis ideas, pienso hallarme obligado a proponerlas. Las máximas acerca de las cuales tengo una opinión contraria a la opinión de los demás, no son materia indiferente: de su verdad o de su falsedad depende la dicha o la desgracia del género humano.

Proponed lo que es factible, me dicen a cada momento. Es lo mismo que si me dijeran : proponed que se haga lo que ahora se hace o, por lo menos, algo bueno compaginable con lo malo existente. En ciertas materias eso es menos práctico que lo por mí propuesto: con esa alianza se echa a perder el bien y no se cura el mal. Más quisiera seguir en todo la práctica establecida que tomar a medias una buena: habría en ello menos contradicción con la naturaleza humana que no puede encaminarse a la vez a dos fines opuestos. Padres y madres, es factible aquello que vosotros queréis hacer. ¿Tengo que responder yo de vuestra voluntad?

En toda clase de proyectos deben considerarse dos cosas: primero, la bondad absoluta del proyecto; después, la facilidad de ejecución.

Con respecto a lo primero, para que el proyecto sea admisible y practicable en sí mismo, basta con que su bondad se halle en la naturaleza de la cosa. Aquí, por ejemplo, basta que la educación propuesta sea conveniente para el hombre y esté bien adaptada al corazón humano.

La segunda consideración depende de relaciones determinadas en ciertas situaciones; relaciones accidentales a la cosa que, por consiguiente no son necesarias y pueden variar al infinito. Así, tal educación puede ser practicable en Suiza y no serlo en Francia; tal otra puede serlo en la clase media; tal otra en las grandes. La mayor o menor facilidad de la educación depende de mil circunstancias que sólo pueden determinarse por una aplicación particular del método a uno u otro país, en una u otra condición. Pero estas aplicaciones particulares

no son esenciales en mi tema y no entran en mi plan. Otros podrán ocuparse en ello, si gustan, y cada uno para el estado que tenga presente a su atención. Me basta con que pueda hacerse lo que yo propongo, donde quiera que nazcan hombres, y con que luego de hacer de ellos lo que yo propongo se haya logrado lo mejor para ellos mismos y para los demás. Si no satisfago esas condiciones, mal hago, sin duda; pero si las lleno, mal se haría con pedirme otra cosa, porque yo no prometo más que esto.

## EMILIO

### LIBRO PRIMERO

Todo está bien al salir de manos del autor de la naturaleza; todo degenera en manos del hombre. Fuerza éste a una tierra para que de las producciones de otra; a un árbol para que sustente frutos de tronco ajeno; mezcla y confunde los climas, los elementos y las estaciones; estropea su perro, su caballo, su esclavo; todo lo trastorna, todo lo desfigura; la deformidad, los monstruos le agradan; nada le place tal como fue formado por la naturaleza; nada, ni aun el hombre, que necesita adiestrarle a su antojo como a los árboles de su jardín. Peor fuera si lo contrario sucediese, porque el género humano no consiente quedarse a medio modelar. En el actual estado de cosas, el más desfigurado de todos los mortales sería el que desde su cuna le dejaran abandonado a sí propio; en éste las preocupaciones, la autoridad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que vivimos sumidos, sofocarían su natural manera sin sustituir otra cosa; semejante al arbolillo nacido en mitad de un camino, que muere en breve sacudido por los caminantes, doblegado en todas direcciones.

A ti me dirijo, madre amorosa y prudente, que has sabido apartarte de la senda trillada y preservar el naciente arbolillo del choque de las humanas opiniones<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> La educación primera es la que más importa, y ésta sin disputa compete a las mujeres; si el autor de la naturaleza hubiera querido fiársela a los hombres, les hubiera dado leche para criar a los niños. Así, en los tratados de educación se ha de hablar especialmente con las mujeres, porque además de que pueden vigilar más de cerca que los hombres, y de que tienen más influjo en ella, el logro las interesa mucho más, puesto que la mayor parte de las viudas se quedan a merced de sus hijos, que entonces les hacen experimentar los buenos o malos frutos de la educación que les han dado. Las leyes, que siempre se ocupan en las cosas, y casi nunca en las personas, porque su objeto



Cultiva y riega el tierno renuevo antes que muera; así sus sazonados frutos serán un día tus delicias. Levanta al punto un coto en torno del alma de tu hijo; señale otro en buen hora el circuito, pero tú sola debes alzar la valla.

A las plantas las endereza el cultivo, y a los hombres la educación. Si naciera el hombre ya grande y robusto, de nada le servirían sus fuerzas y estatura hasta que aprendiera a valerse de ellas, y le serían perjudiciales porque retraerían a los demás de asistirle<sup>4</sup>: abandonado entonces a sí propio, se moriría de necesidad, antes de que conocieran los otros su miseria. Nos quejamos del estado de la infancia y no miramos que hubiera perecido el linaje humano si hubiera comenzado el hombre por ser adulto.

Nacemos débiles y necesitamos fuerzas; desprovistos nacemos de todo y necesitamos asistencia; nacemos sin luces y necesitamos de inteligencia. Todo cuanto nos falta al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, se nos da por la educación.

---

es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad a las madres, aunque sea su estado más cierto que el de los padres, más penosas sus obligaciones, más importantes sus afanes para el buen orden de las familias, y, en general, mayor el cariño que a sus hijos tienen. Casos hay en que un hijo que falta el respeto a su padre, puede merecer alguna disculpa; pero, si en una ocasión, sea cual fuese, se hallare un hijo de tan mal natural que falte el respeto a su madre, a la que le trajo en su vientre, le crió a sus pechos y por espacio de muchos años se olvidó de sí propia para no pensar más que en él, bueno fuera sofocar a este desventurado corno un monstruo que no merece ver la luz del día. Dicen que las madres miman a sus hijos; en eso hacen mal; pero no tanto como vosotros, que los depraváis. Una madre quiere que su hijo sea feliz y que lo sea desde el momento actual. En eso tiene razón; cuando se equivoca en los medios, conviene desengañarla. Mil veces más perjudiciales son para los hijos la ambición, la avaricia, la tiranía y la falsa previsión de los padres, que el cariño ciego de las madres. Por lo demás, es preciso explicar el sentido que doy yo al nombre de madre, cosa que haré más adelante.

<sup>4</sup>Parecido a ellos en lo exterior, y careciendo del habla y de las ideas que con ella se expresan, no se hallaría en estado de darles a entender la necesidad que tendrían de su auxilio, y en nada echarían de ver esta necesidad.

La educación es efecto de la naturaleza, de los hombres o de las cosas. La de la naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos; la educación de los hombres es el uso que nos enseñan éstos a hacer de este desarrollo; y lo que nuestra experiencia propia nos da a conocer acerca de los objetos cuya impresión recibimos, es la educación de las cosas.

Así, cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres maestros. Nunca saldrá bien educado, ni se hallará en armonía consigo mismo, el discípulo que tome de ellos lecciones contradictorias; sólo se encamina a sus fines y vive en consecuencia aquel que vea conspirar todas a un mismo fin y versarse en los mismos puntos; éste solo estará bien educado.

De estas tres educaciones distintas, la de la naturaleza no pende de nosotros, y la de las cosas sólo en parte está en nuestra mano. La única de que somos verdaderamente dueños es la de los hombres, y esto mismo todavía es una suposición; porque ¿quién puede esperar que ha de dirigir por completo los razonamientos y las acciones de todos cuantos a un niño se acerquen?

Por lo mismo que es la educación un arte, casi es imposible su logro, puesto que de nadie pende el concurso de causas indispensables para él. Todo cuanto puede conseguirse a fuerza de diligencia es acercarse más o menos al propósito; pero se necesita suerte para conseguirlo.

¿Qué propósito es este? El mismo que se propone la naturaleza; esto lo hemos probado ya. Una vez que para su recíproca perfección es necesario que concurren las tres educaciones, hemos de dirigir las otras dos a aquella en que ningún poder tenemos. Pero, como acaso tiene la voz de naturaleza una significación sobrado vaga, conviene que procuremos fijarla.

Se nos dice que la naturaleza no es otra cosa que el hábito<sup>5</sup>. ¿Qué significa esto? ¿No hay hábitos contraídos por fuerza y que nunca sofocan la naturaleza? Tal es, por ejemplo el de las plantas, en que se ha impedido la dirección vertical. Así que la planta queda libre, si bien conserva la inclinación que la han precisado a que tome, no por eso varía la primitiva dirección de la savia, y si continúa la vegetación, otra vez se torna en vertical su crecimiento. Lo mismo sucede con las inclinaciones de los hombres. Mientras que permanecen en un mismo estado, pueden conservar las que resultan de la costumbre y menos naturales son; pero luego que varía la situación, se gasta la costumbre y vuelve lo natural. La educación, ciertamente, no es otra cosa que un hábito. ¿Pues no hay personas que se olvidan de su educación y la pierden, mientras que otras la conservan? ¿De dónde proviene esta diferencia? Si ceñimos el nombre de naturaleza a los hábitos conformes a ella, podemos excusar este galimatías.

Nacemos sensibles, y desde nuestro nacimiento excitan en nosotros diversas impresiones los objetos; que nos rodean. Luego que tenemos, por decirlo así, la conciencia de nuestras sensaciones, aspiramos a poseer o evitar los objetos que las producen, primero, según que son aquellas gustosas o desagradables; luego, según la conformidad o discrepancia que entre nosotros y dichos objetos hallamos; y finalmente, según el juicio, que acerca de la idea de felicidad o perfección que nos ofrece la razón formamos por dichas sensaciones. Estas disposiciones de simpatía o antipatía, crecen y se fortifican a medida que aumentan nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia; pero tenidas a raya por nuestros hábitos, las alteran, más o menos nuestras

---

<sup>5</sup>.Mr. Formey nos asegura que no es esto exactamente lo que se dice. Sin embargo, me parece que no es otra cosa lo dicho en este verso al que me propongo contestar :

La nature, crois-moi, n'est rien que l'habitude.

Mr. Formey, que no quiere enorgullecer a sus semejantes, nos da modestamente la medida de su cerebro por la del entendimiento humano.

opiniones. Antes de que se alteren, constituyen lo que llamo yo en nosotros naturaleza.

Deberíamos por tanto referirlo todo a estas disposiciones primitivas, y así podría ser en efecto si nuestras tres educaciones sólo fueran distintas; pero ¿qué hemos de hacer cuando son opuestas y cuando en vez de educar a uno para sí propio, le quieren educar para los demás? La armonía es imposible entonces; y precisados a oponernos a la naturaleza o a las instituciones sociales, es forzoso escoger entre formar a un hombre o a un ciudadano, no pudiendo ser uno mismo a la vez ambas cosas.

Toda sociedad parcial, cuando es íntima y bien unida, se aparta de la grande. Todo patriota es duro con los extranjeros; no son más que hombres; nada valen ante sus ojos<sup>6</sup>. Este inconveniente es inevitable, pero de poca importancia. Lo esencial es ser bueno con las gentes con quienes, se vive. En país ajeno, eran los espartanos ambiciosos, avaros, inicuos; pero reinaban dentro de sus muros el desinterés, la equidad y la concordia. Desconfiemos de aquellos cosmopolitas, que en sus libros van a buscar en apartados climas obligaciones que no se dignan cumplir en torno de ellos. Filósofo hay que se aficiona a los tártaros para excusarse de querer bien a sus vecinos.

El hombre de la naturaleza lo es todo para sí; es la unidad numérica, el entero absoluto, que sólo se relaciona consigo mismo, mientras que el hombre civilizado es la unidad fraccionaria que determina el denominador y cuyo valor expresa su relación con el entero, que es el cuerpo social. Las instituciones sociales buenas, son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su existencia absoluta, dándole una relativa, y trasladar el *yo*, la *personalidad*, a la común unidad; de manera, que cada particular ya no se crea un entero, sino parte de la unidad, y sea sensible únicamente en el todo. Un ciu-

---

<sup>6</sup>.Por eso las guerras de las repúblicas son más crueles que las de las monarquías. Pero si es moderada la guerra de los reyes, su paz es terrible; más vale ser sus enemigos que sus vasallos.

dadano de Roma no era Cayo ni Lucio, era un romano, y aun amaba a su patria exclusivamente por ser la suya. Por cartaginés se reputaba Régulo, como peculio que era de sus amos, y en calidad de extranjero se resistía a tomar asiento en el senado romano; fue preciso que se lo mandara un cartaginés. Se indignó de que se le quisiera salvar la vida. Venció y volvióse triunfante a morir en horribles tormentos. Me parece que esto no tiene gran relación con los hombres que conocemos.

Presentóse el lacedemonio Pedaretos para ser admitido al Consejo de los trescientos, y desechado, se volvió a su casa, muy contento de que se hallaran en Esparta trescientos hombres de más mérito que él. Supongo que esta demostración fuese sincera, y no hay motivo para no creerla tal; este es el ciudadano.

Tenía una espartana cinco hijos en el ejército, y aguardaba noticias de la batalla. Llega un ilota, y se las pregunta asustada : « Tus cinco hijos han muerto. - Vil esclavo, ¿ te pregunto yo eso? - Hemos alcanzado la victoria. » Corre al templo la madre a dar gracias a los dioses. Esta es la ciudadana.

Quien en el orden civil desea conservar la primacía a los afectos naturales, no sabe lo que quiere. Siempre en contradicción consigo mismo, fluctuando siempre entre sus inclinaciones y sus obligaciones, nunca será hombre ni ciudadano, nunca útil, ni para si ni para los demás; será uno de los hombres del día, un francés, un inglés, un burgués; en una palabra, nada.

Para ser algo, para ser uno propio y siempre el mismo, es necesario estar siempre determinado acerca del partido que se he de tomar, tomarle resueltamente y seguirle con tesón. Espero que se me presente tal portento, para saber si es hombre o ciudadano, o cómo hace para ser una cosa y otra.

De estos objetos, necesariamente opuestos, proceden dos formas contrarias de institución; una pública y común; otra particular y doméstica.

Quien se quiera formar idea de la educación pública, lea *La República* de Platón, que no es una obra de política, como piensan los que sólo por los títulos juzgan de los libros, sino el más excelente tratado de educación que se haya escrito.

Cuando quieren hablar de un país fantástico, citan por lo común la institución de Platón. Mucho más fantástica me parecería la de Licurgo, si nos la hubiera éste dejado solamente en un escrito. Platón se ciñó a purificar el corazón humano; Licurgo lo desnaturalizó.

Hoy no existe la institución pública, ni puede existir, porque donde ya no hay patria, no puede haber ciudadanos. Ambas palabras, *patria* y *ciudadano*, se deben borrar de los idiomas modernos. Yo bien sé cuál es la razón; pero no quiero decirla; nada importa a mi asunto.

No tengo por instituciones públicas esos risibles establecimientos que llaman colegios<sup>7</sup>. Tampoco tengo en cuenta la educación del mundo, porque como ésta se propone dos fines contrarios, ninguno, consigue, y sólo es buena para hacer dobles a los hombres, que con apariencia de referirlo siempre, todo a los demás, nada refieren que no sea a sí propios. Mas como estas muestras son comunes a todo el mundo, a nadie engañan y son trabajo perdido.

Nace de estas contradicciones la que en nosotros mismos experimentamos sin cesar. Arrastrados por la naturaleza y los hombres en sendas contrarias, forzados a distribuir nuestra actividad entre estas impulsiones distintas, tomamos una dirección compuesta que ni a una ni a otra resolución nos lleva. De tal modo combatidos, fluctuantes durante la carrera de la vida, la concluimos sin haber podido ponernos

---

<sup>7</sup>.En muchas escuelas, y con especialidad en la Universidad de París, hay profesores que yo quiero y aprecio mucho y que tengo por muy aptos para dar buena enseñanza a la juventud, si no los precisaran a seguir el método establecido. Exhorto a uno de ellos a que publique la reforma que ha proyectado. Puede que entonces, viendo que la enfermedad aún tiene cura se piense en su remedio.

En la edición original se lee: *Hay en la Academia de Ginebra y en la Universidad de París algunos profesores, etc.*

de acuerdo con nosotros mismos y sin haber sido buenos para nosotros ni para los demás.

Quédanos en fin, la educación doméstica o la de la naturaleza. Pero ¿qué aprovechará a los demás, un hombre educado únicamente para él? Si los dos objetos que nos proponemos pudieran reunirse en uno solo, quitando las contradicciones del hombre removeríamos un grande estorbo para su felicidad. Para juzgar de ello sería necesario ver al hombre ya formado, haber observado sus inclinaciones, visto sus progresos y seguido su marcha; en una palabra, sería preciso conocer al hombre natural. Creo que se habrán dado algunos pasos en esta investigación luego de leído este escrito.

Para formar este hombre extraño, ¿qué tenemos que hacer? Mucho sin duda; impedir que se haga cosa alguna. Cuando sólo se trata de navegar contra el viento, se bordea; pero si está alborotado el mar y se quiere permanecer en el sitio, es preciso echar el ancla. Cuida, joven piloto, de que no se te escape el cable, arrastre el ancla y derive el navío antes de que lo adviertas.

En el orden social en que están todos los puestos señalados, debe ser cada uno educado para el suyo. Si un particular formado para su puesto sale de él, ya no vale para nada. Sólo es útil la educación en cuanto se conforma la fortuna con la vocación de los padres; en cualquiera otro caso es perjudicial para el alumno, aunque no sea más que por las preocupaciones que le sugiere. En Egipto, donde estaban los hijos obligados a seguir la profesión de sus padres, tenía a lo menos la educación un fin determinado; pero entre nosotros, donde sólo las jerarquías subsisten, y pasan los hombres sin cesar de una a otra, nadie sabe si cuando educa a su hijo para su estado, trabaja contra él mismo.

Como en el estado natural todos los hombres son iguales, su común vocación es el estado de hombre; y quien hubiere sido bien criado para éste, no puede desempeñar mal los que con él se relacionan. Poco me importa que destinen a mi discípulo para el ejército, para la igle-

sia, o para el foro; antes de la vocación de sus padres, le llama la naturaleza a la vida humana. El oficio que quiero enseñarle es el vivir. Convengo en que cuando salga de mis manos, no será ni magistrado, ni militar, ni sacerdote; será primeramente hombre, todo cuanto debe ser un hombre y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como el que más; en balde la fortuna le mudará de lugar, que siempre él se encontrará en el suyo. *Occupavi te, fortuna, alque cepi; omnesque aditus iluos interclusi, ut ad me aspirare non posses*<sup>8</sup>.

El verdadero estudio nuestro es el de la condición humana. Aquel de nosotros que mejor sabe sobrellevar los bienes y males de esta vida, es, a mi parecer, el más educado; de donde se infiere que no tanto ,en preceptos como en ejercicios consiste la verdadera educación. Desde que empezamos a vivir, empieza nuestra instrucción; nuestra educación empieza cuando empezamos nosotros; la nodriza es nuestro primer preceptor. Por eso la palabra *educación* tenía antiguamente un significado que ya se ha perdido; quería decir alimento. *Educil obstetrix*, dice Varrón; *educat nutrix, instituit pedagogus, docet magister*.<sup>9</sup> Educación, institución e instrucción, son por tanto tres cosas tan distintas en su objeto, como nodriza, ayo y maestro. Pero se confunden estas distinciones; y para que el niño vaya bien encaminado, no debe tener más que un guía.

Conviene, pues, generalizar nuestras miras, considerando en nuestro alumno el hombre abstracto, el hombre expuesto a todos los azares de la vida humana. Si naciesen los hombres incorporados al suelo de un país, si durase todo el año una misma estación, si estuviera cada uno tan pegado con su fortuna que ésta no pudiese variar, sería buena bajo ciertos respectos la práctica establecida; educado un niño para su estado, y no habiendo nunca de salir de él, no podría ver-

---

<sup>8</sup>.Te tengo, y te aprendí, oh fortuna! y he vallado todos tus portillos, para que no puedas llegar hasta mí. (CICERÓN, Tuscul., V, cap. IX.)

<sup>9</sup>.Saca a luz la partera, educa la nodriza, instituye el ayo, enseña el maestro. *Non. Marcell.*



se expuesto a los inconvenientes de otro distinto. Pero considerando la inestabilidad de las cosas humanas, atendido el espíritu inquieto y mal contentadizo de este siglo, que a cada generación todo lo trastorna, ¿puede, imaginarse método más desatinado que el de educar a un niño como si nunca hubiese de salir de su habitación y hubiera de vivir siempre rodeado de su gente? Si da este desgraciado un solo paso en la tierra, si baja un escalón solo, está perdido. No es eso enseñarle a sufrir el dolor, sino ejercitarle a que lo sienta.

Los padres sólo piensan en conservar su niño; eso no basta : debieran enseñarle a conservarse cuando sea hombre, a soportar los embates de la mala suerte, a arrastrar la opulencia y la miseria, a vivir, si es necesario, en los hielos de Islandia o en la abrasada roca de Malta. Inútil es tomar precauciones para que no muera; al cabo tiene que morir; y aun cuando no sea su muerte un resultado de vuestros cuidados, todavía serán éstos improcedentes. No tanto se trata de estorbar que muera, cuanto de hacer que viva, Vivir no es respirar, es obrar, hacer uso de nuestros órganos, nuestros sentidos, nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan el íntimo convencimiento de nuestra existencia. No es aquel que más ha vivido el que más años cuenta, sino el que más ha disfrutado de la vida. Tal fue enterrado a los cien años, que ya era cadáver desde su nacimiento. Más le hubiera valido morir en su juventud, si a lo menos hubiera vivido hasta entonces.

Toda nuestra sabiduría consiste en preocupaciones serviles; todos nuestros usos no son otra caso que sujeción, incomodidades y violencia. El hombre civilizado nace, vive y muere en esclavitud; al nacer le cosen en una envoltura; cuando muere, le clavan dentro de un ataúd; y mientras que tiene figura humana, le encadenan nuestras instituciones.

Dícese que algunas parteras pretenden dar mejor configuración a la cabeza de los niños recién nacidos, apretándosela, ¡y se lo permiten! Tan mal están nuestras cabezas, según las formó el autor de la natu-

raleza, que nos las modelan por fuera las parteras y los filósofos por dentro. Los caribes son mitad más felices que nosotros.

«Apenas ha salido el niño del vientre de su madre, y apenas disfruta de la facultad de mover y entender sus miembros, cuando se le ponen nuevas ligaduras. Le fajan, le acuestan con la cabeza fija, estiradas las piernas y colgando los brazos; le envuelven con vendas y fajas de todo género, que no le dejan mudar de situación; feliz es si no le han apretado de manera que le estorben la respiración y si han tenido la precaución de acostarle de lado para que puedan salirle por la boca las aguas que debe arrojar, puesto que no le queda medio de volver la cabeza de lado, para facilitar la salida<sup>10</sup>. »

El niño recién nacido necesita extender y mover sus miembros para sacarlos del entorpecimiento en que han estado tanto tiempo recogidos en un envoltorio. Los estiran, es cierto, pero les impiden el movimiento; sujetan hasta la cabeza con capillos; parece que tienen miedo de que den señales de vida.

De esta suerte el impulso de las partes internas de un cuerpo que busca crecimiento, encuentra un obstáculo insuperable a los movimientos que requiere. Hace el niño continuos e inútiles esfuerzos, que apuran sus fuerzas o retardan sus progresos. Menos estrecho, menos ligado, menos comprimido se hallaba en el vientre de su madre que en sus pañales; no veo lo que ha ganado con nacer.

La inacción y el aprieto en que retienen los miembros de un niño, no pueden menos de perjudicar a la circulación de la sangre y los humores, de estorbar que se fortalezca o crezca la criatura y de alterar su constitución. En los países donde no toman tan extravagantes precauciones, son los hombres todos altos, robustos y bien proporcionados. Los países en que se fajan los niños abundan en jorobados, cojos, patizambos, gafos, raquíuticos y contrahechos de todos géneros. Por temor de que se desfiguren los cuerpos con la libertad de los movi-

---

<sup>10</sup>. BUFFON, *Hist. Nat.*, t. IV, p. 190.

mientos, se apresuran a desfigurarlos, poniéndoles en prensa, y de buena gana los harían tullidos, para impedir que se estropeasen.

¿Cómo no ha de influir tan cruel violencia en su índole y en su temperamento? Su primer sentimiento es de dolor y martirio; sólo estorbos encuentran para todos los movimientos que necesitan; más desventurados que un criminal con grillos y esposas, hacen esfuerzos inútiles, se enfurecen y gritan. Decís que sus voces primeras son llantos. Yo lo creo; desde que nacen los atormentáis; las primeras dádivas que de vosotros reciben son cadenas y el primer trato que experimentan es de tormento. No quedándoles libre otra cosa que la voz, ¿cómo no se han de servir de ella para quejarse? Gritan por el daño que les hacéis; más que ellos gritaríais si así estuvierais agarrados.

¿De dónde proviene tan irracional costumbre? De otro uso inhumano. Desde que desdeñando las madres su primera obligación no han querido criar a sus hijos, ha sido indispensable ponerles en mano de mujeres mercenarias, que viéndose por tal modo madres de hijos ajenos, de quienes no les hablada la naturaleza, sólo han pensado en ahorrarse trabajo. Hubiera sido forzoso hallarse en continua vigilancia por el niño libre; pero bien atado se le echa en un rincón sin cuidarse de sus gritos. Con tal que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal que no se rompa al niño un brazo ni una pierna, ¿qué importa que se muera o que se quede enfermo mientras viva? A costa de su cuerpo se conservan sus miembros, y de cualquier cosa que suceda no tendrá culpa la nodriza.

Estas dulces madres, que desprendiéndose de sus hijos se entregan alegremente a las diversiones y pasatiempos de las ciudades, ¿saben acaso qué trato recibe en la aldea su hijo entre pañales? a la menor prisa le cuelgan de un clavo, como un lío de ropa; y así crucificado, permanece el infeliz mientras que la nodriza cumple sus quehaceres. Todos cuantos se han hallado en esta situación tenían amorotado el rostro; oprimido con violencia el pecho, no dejaba circular la sangre que se arrebata a la cabeza; y creían que el paciente

estaba muy tranquilo porque no tenía fuerza para gritar. Ignoro cuántas horas puede permanecer en tal estado un niño sin perder la vida; pero dudo que pueda resistir muchas. He aquí, según creo, una de las mayores utilidades del fajado.

Dícese que dejando a los niños libres pueden tomar posturas malas y hacer movimientos que perjudiquen a la buena conformación de sus miembros. Este es uno de tantos vanos raciocinios de nuestra equivocada sabiduría, que nunca se ha confirmado por la experiencia. De los muchísimos niños que en pueblos más sensatos que nosotros se crían con toda la libertad de sus miembros, no se ve que uno solo se hiera ni se estropee; no pueden imprimir a sus movimientos la fuerza suficiente para que sean peligrosos, y cuando toman una postura violenta, el dolor les advierte en breve que la cambien.

Todavía no hemos pensado en fajar los perros y los gatos: ¿vemos que les redunde algún inconveniente de esta negligencia? Los niños son más pesados, cierto; pero también son a proporción más débiles. Apenas se pueden mover, ¿cómo se han de estropear?. Si se les tiende de espaldas, se morirían en esta postura, como el galápagos, sin poderse volver nunca.

No contentas con haber dejado de amamantar a sus hijos, dejan las mujeres de querer concebirlos; consecuencia muy natural. Tan pronto como es gravoso el estado de madre, se halla modo para librarse de él por completo: quieren hacer una obra inútil, para volver sin cesar a ella, y se torna en perjuicio de la especie el atractivo dado para la multiplicación. Añadida esta costumbre a las demás causas de despoblación, nos indica la próxima suerte de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofía y las costumbres que ésta engendra no tardarán en convertirla Europa en un desierto; la poblarán fieras, y con esto no habrá cambiado mucho la clase de sus habitantes.

Algunas veces he presenciado yo la arteria de mujeres jóvenes que suelen fingir deseo de criar ellas a sus hijos; ya saben hacer de modo que se las inste a dejar ese capricho, mediando los maridos, los

médicos y, especialmente, las madres. Un marido que se atreviese a consentir que su mujer amamante a su hijo, es hombre perdido, y le tildarán como a un asesino que quiere deshacerse de ella. Maridos prudentes hay que sacrifican el amor paterno en aras de la paz. Gracias a que se hallan en los lugares mujeres más continentales que las vuestras: mayores tenéis que darlas, si el tiempo que éstas así ganan, no lo emplean con hombres ajenos.

No es dudoso el deber de las mujeres; pero se discute si, supuesto el desprecio que de él hacen, es igual para los niños que los amamante una u otra.

Esta cuestión, de que son jueces los médicos, la tengo yo por resuelta a satisfacción de las mujeres<sup>11</sup>; y yo por mí, pienso también que vale más que mame el niño la leche de una nodriza sana, que la de una madre achacosa, si hubiese que temer nuevos males, de la misma sangre que le ha formado.

Sin embargo, ¿debe mirarse esta cuestión solamente bajo el aspecto físico? ¿Necesita menos el niño del cuidado de una madre que de su pecho? Otras mujeres, y hasta animales, le podrán dar la leche que le niega ésta; pero la solicitud maternal nada la suple. La que cría el hijo ajeno en vez del suyo es mala madre: ¿cómo ha de ser buena nodriza? Podrá llegar a serlo, pero será poco a poco; será preciso que el hábito corrija la naturaleza; y en tanto, el niño, mal cuidado, tendrá lugar para morirse cien veces antes que su nodriza le tome cariño de madre.

De esta misma última ventaja procede un inconveniente que bastaría por sí solo para quitar a toda mujer sensible el ánimo de dar a su hijo a que le críe otra, que es el de ceder parte del derecho de madre, o más bien de enajenarle; el de ver que su hijo quiere a otra mujer

---

<sup>11</sup> La simpatía entre mujeres y médicos me ha parecido, siempre una de las más curiosas singularidades de París. Los médicos adquieren su reputación gracias a las mujeres y éstas hacen su voluntad gracias a los médicos. Fácilmente se deja entender por esto qué clase de habilidad necesita un médico para hacerse célebre en París.

tanto como a ella, y más; el de contemplar que el cariño que a su propia madre adoptiva, es justicia; porque, ¿no debo yo el afecto de hijo a aquella que tuvo conmigo los afanes de madre?

El modo como se remedia este inconveniente, es inspirando a los niños el desprecio de sus nodrizas y tratando a éstas como meras criadas. Cuando han, concluido su servicio, las quitan la criatura o las despiden; y a fuerza de desaires, la privan de que venga a ver a su hijo de leche, que al cabo de algunos años ni le ve ni la conoce. Engañase la madre que piensa que puede ser sustituida, y que con su crueldad resarce su negligencia; y en vez de criar un hijo tierno, forma un hijo de leche despiadado, le enseña a ser ingrato y le induce a que abandone un día a la que le dio la vida, como a la que le alimentó con la leche de sus pechos.

¡Cuánto insistiría yo en este punto, si me desalentara menos tener que repetir en balde útiles consejos!. Esto tiene conexión con muchas más cosas de lo que se cree. ¿Queréis tornar a cada uno hacia sus primeros deberes? Comenzad por las madres y quedaréis asombrados de los cambios producidos. De esta primera depravación procede sucesivamente lo demás; se altera el orden moral; en todos los pechos se extingue el buen natural; pierde el aspecto de vida lo interior de las casas; el tierno espectáculo de una naciente familia, ya no inspira apego a los maridos, ni atenciones a los extraños; es menos respetada la madre cuyos hijos no se van; no hay residencia en las familias; no estrecha la costumbre los vínculos de la sangre; no hay padres, ni madres, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas; apenas se conocen todos, ¿cómo se han de querer? Sólo en sí piensa cada uno. Cuando la casa propia es un yermo triste, fuerza es irse a divertirse a otra parte.

Pero que las madres se dignen criar a sus hijos, y las costumbres se reformarán en todos los pechos; se repoblará el Estado; este primer punto, este punto único lo reunirá todo. El más eficaz antídoto contra las malas costumbres, es el atractivo de la vida doméstica; se torna grata la impertinencia de los niños, que se cree importuna, haciendo

que el padre y la madre se necesiten más, se quieran más uno a otro y estrechen entre ambos el lazo conyugal. Cuando es viva y animada la familia, son las tareas domésticas la ocupación más cara para la mujer y el desahogo más suave del marido. Así, enmendado este abuso, sólo resultaría en breve una general reforma, y en breve recuperaría la naturaleza sus derechos todos. Tornen una vez las mujeres a ser madres, y tornarán también los hombres a ser padres y esposos.

¡Superfluos razonamientos! Ni aun el hastio de los deleites mundanos atrae nunca a éstos. Dejaron las mujeres de ser madres, y nunca más lo serán ni querrán serlo. Aun cuando quisieran, apenas si podrían; hoy que se halla establecido el uso contrario, tendría cada una que pelear contra la oposición de todas sus conocidas, coligadas contra un ejemplo que las unas no han dado y que no quieren seguir las otras.

No obstante, todavía se encuentran algunas pocas mujeres jóvenes de buena índole, que atreviéndose a arrostrar en este punto el imperio de la moda y los clamores de su sexo, desempeñan con virtuosa valentía esta obligación tan suave que les impuso la naturaleza. ¡Ojalá se aumente el número con el atractivo de los bienes destinados a las que lo cumplen! Fundándome en consecuencias que presenta el más obvio raciocinio, y en observaciones que nunca he visto desmentidas, me atrevo a prometer a estas dignas madres un sólido y constante cariño de sus esposos, una verdadera ternura filial de sus hijos, la estimación y el respeto del público, partos felices sin azares ni malas resultas, una salud robusta y duradera, la satisfacción, en fin, de verse un día imitadas de sus hijas y citadas como dechado de las ajenas.

Sin madre no hay hijo; son recíprocas las obligaciones entre ambos, y si se desempeñan mal por una parte, serán desatendidas por la otra. El niño debe amar a su madre antes de saber que debe hacerlo. Si no esfuerzan la costumbre y los cuidados la voz de la sangre, fallece ésta en los primeros años y muere el corazón, por decirlo así, antes que haya nacido. Desde los primeros pasos, pues, ya nos apartamos de la naturaleza.

Por una senda opuesta salen también de ella las madres, que en vez de desatender los cuidados maternales los toman con exceso, haciendo de sus hijos sus ídolos, acrecentando y propagando su flaqueza por impedir que la sientan, y con la esperanza de sustraerlos de las leyes de la naturaleza, apartan de ellos todo choque penoso, sin hacerse cargo de cuántos accidentes y peligros acumulan para lo futuro sobre su cabeza por algunas pocas incomodidades de que por un instante los preservan, y cuán inhumana precaución es dilatar la flaqueza de la infancia bajo las fatigas de los hombres formados. Para hacer Tetis a su hijo invulnerable, dice la fábula que le sumió en las aguas de la laguna Estigia; alegoría tan hermosa como clara. Lo contrario hacen las crueles madres de que hablo; preparan a sus hijos a padecer, a fuerza de sumirlos en la molicie, y abren sus poros a todo género de achaques, de que no podrán menos de adolecer cuando sean adultos<sup>12</sup>.

Observemos la naturaleza, y sigamos la senda que nos señala. La naturaleza ejercita sin cesar a los niños, endurece su temperamento con todo género de pruebas y les enseña muy pronto qué es pena y dolor. Los dientes que les nacen les causan calenturas; violentos cólicos les dan convulsiones; los ahogan porfiadas toses; los atormentan las lombrices; la plétora les pudre la sangre; fermentan en ella varias, levaduras, y ocasionan peligrosas erupciones. Casi toda la edad primera es enfermedad y peligro; la mitad de los niños que nacen perecen antes de lleguen al octavo año. Hechas las pruebas, ha ganado fuerzas el niño; y tan pronto como puede usar de la vida, tiene más vigor el principio de ella.

Tal es la regla de la naturaleza. ¿Por qué oponerse a ella? ¿Quién no ve que pensando corregirla se destruye su obra y pone obstáculo a la eficacia de sus afanes? Hacer en lo exterior lo que ejecuta

---

<sup>12</sup>Al mismo tiempo que el Emilio se publicó una *Disertación acerca de la educación física de los niños*, por un *ciudadano de Ginebra*, en la cual se enuncian los mismos principios de Rousseau. Éste se quejó del plagio en el XI libro de las *Confesiones*.



ella en lo interior, dicen que es redoblar el peligro, mientras que por el contrario es hacer burla de él y extenuarle. Enseña la experiencia que mueren todavía más niños criados con delicadeza que de los otros. Con tal que no se exceda el alcance de sus fuerzas, menos se arriesga con ejercitarlas que con no ponerlas a prueba. Ejercítadlos por tanto a sufrir golpes que tendrán que aguantar un día; endureced sus cuerpos a la inclemencia de las estaciones, de los climas y los elementos, al hambre, a la sed, a la fatiga; bañadlos en las aguas estigias. Antes que el cuerpo haya contraído hábitos, se les dan sin riesgo los que se quieren; pero una vez que ha tomado consistencia, toda alteración se hace peligrosa. Sufrirá, un niño variaciones que no aguantarla un hombre: blandas y flexibles las fibras del primero, tornan sin dificultad la forma que se les da; más endurecidas las del hombre, no sin violencia pierden el dobléz que han recibido. Así que es posible hacer robusto a un niño, sin exponer su salud y su vida; y aun cuando corriese algún riesgo, no se debería vacilar. Una vez que estos riesgos son inseparables de la vida humana, ¿qué mejor cosa podemos hacer que arros-trarlos en la época en que menos inconvenientes presentan?

Es más estimable un niño, cuanto más adelantado en edad. Al precio de su vida junta el de las tareas que ha costado, y con la pérdida de su existencia une en él la idea de la muerte. Por tanto, vigilando sobre su conservación, debe pensarse particularmente en el tiempo venidero y armarle contra los males de la edad juvenil antes que a ella llegue; porque si crece el valor de la vida hasta la edad en que es útil, ¿no es locura preservar de algunos males la infancia para aumentarlos en la edad de la razón? ¿Son esas las lecciones del maestro?

Destino del hombre es el padecer en todo tiempo, y hasta el cuidado de su conservación está unido con la pena. ¡Feliz él, que sólo conoce en su infancia los males físicos; males mucho menos crueles, mucho menos dolorosos que los otros, y que con mucha menos frecuencia nos obligan a renunciará la vida! Nadie se mata por dolores de gota; sólo los del ánimo engendran la desesperación. Compadecede-

mos la suerte de la infancia, mientras que debiéramos llorar sobre la nuestra. Nuestros más graves males vienen de nosotros.

Grita el niño al nacer, y su primera infancia se va toda en llantos. Tan pronto le bailan y le acarician para acallarle, como se le amenaza o castiga para imponerle silencio. o hacemos lo que él quiere o exigimos de él lo que queremos; o nos sujetamos a sus antojos, o le sujetamos a los nuestros, no hay medio; o ha de dictar leyes o ha obedecerlas. De esa suerte son sus primeras ideas las del imperio y servidumbre. Antes de saber hablar, ya manda; antes de poder obrar, ya obedece; y a veces le castigan antes que pueda conocer sus yerros, o por, mejor decir, antes que los pueda cometer. Así es como se infunden pronto en su joven corazón las pasiones que luego se imputan a la naturaleza, y después de haberse afanado en hacerle malo, se quejan de que lo sea.

De esta manera, un niño seis o siete años en manos de mujeres, víctima de los caprichos de ellas y del suyo propio; y después que le han hecho que aprenda esto y lo otro, es decir, después de haber abrumado su memoria con palabras que no puede comprender, o con cosas que para nada le sirven; después de haber sofocado su índole natural con las pasiones que en él se han sembrado, entregan este ser ficticio en manos de un preceptor que acaba de desarrollar los gérmenes artificiales que ya encuentra formados, y le instruye en todo, menos en conocerse, menos en dar frutos de sí propio, menos en saber vivir y labrar su felicidad. Finalmente, cuando este niño esclavo y tirano, lleno de ciencia y falto de razón, tan flaco de cuerpo como de espíritu, es lanzado al mundo, descubriendo su ineptitud, su soberbia y sus vicios todos, hace que se compadezca la humana miseria y perversidad. Es una equivocación, porque ese es el hombre de nuestros desvaríos; muy distinta forma tiene el de la naturaleza.

Si queréis que conserve su forma original, conservádsela desde el punto en que viene al mundo. Apoderaos de él así que nazca y no le soltéis hasta que sea hombre; sin eso nunca lograréis nada. Así como

es la madre la verdadera nodriza, el verdadero preceptor es el padre. Pónganse ambos de acuerdo tanto en el orden de las funciones como en su sistema, y pase el niño de las manos de la una a las del otro. Más bien le educará un padre juicioso y de cortos alcances, que el maestro más hábil del mundo, porque mejor suple el celo al talento que el talento al celo.

Pero los quehaceres, los asuntos, las obligaciones... ¡Ah, las obligaciones! Sin duda que la de padre es la postrera<sup>13</sup>. No hay por qué admirarse de que un hombre, cuya mujer no se ha dignado criar a sus pechos el fruto de su unión, se desdeñe de educarle. No hay pintura que más embelese que la de la familia; pero un rasgo sólo mal trazado desfigura todos los demás. Si a la madre le falta salud para ser nodriza, al padre le sobrarán asuntos para ser preceptor. Desviados, dispersados los hijos en pensiones, en conventos, en colegios, pondrán en otra parte el cariño de la casa paterna, o, por mejor decir, volverán a ella con el hábito de no tener apego a nada. Apenas se conocerán los hermanos y las hermanas. Cuando estén todos reunidos de ceremonia, podrán ser muy corteses entre sí, y se tratarán como extraños. Así que no hay intimidad entre los parientes, así que la sociedad de la familia no es el consuelo de la vida, es fuerza recurrir a las malas costumbres para suplirle. ¿Dónde hay hombre tan necio que no vea el encadenamiento de todo esto?

---

<sup>13</sup> Cuando leemos en Plutarco\* que Catón el Censor, que con tanta gloria gobernó a Roma, educó por sí mismo a su hijo desde la cuna, y con tanto esmero que todo lo abandonaba para estar presente cuando la nodriza, esto es, la madre, le arrullaba y le lavaba; cuando vemos en Suetonio\*\* que Augusto, señor del mundo que había conquistado y que regía él propio, enseñaba él mismo a sus nietos a escribir, a nadar y los elementos de las ciencias, y que los tenía siempre a su lado, no puede uno menos de reírse de las buenas gentes de aquellos tiempos, que se divertían en semejantes boberías, sin duda porque eran de muy corto ingenio para saberse ocupar en los graves asuntos de los grandes hombres de nuestro tiempo.

\*Vida de Marco Catón, 41. –

\*\*Vida de Augusto, cap. LXIV.

Cuando un padre engendra y mantiene a sus hijos, no hace más que la tercera parte de su misión. Debe a su especie hombres; debe a la sociedad hombres sociables, y debe ciudadanos al Estado. Todo hombre que puede satisfacer esta triple deuda y no lo hace, es culpable, y más culpable acaso cuando la paga a medias. Quien no puede desempeñar las funciones de padre no tiene derecho a serlo. No hay pobreza, trabajos, ni respetos humanos que le dispensen de mantener a sus hijos y educarlos por sí mismo. Puedes creerme, lector; a cualquiera que tenga entrañas y desatienda tan sacrosantos deberes, le pronostico que derramará largo tiempo amargas lágrimas sobre su yerro y que nunca encontrará consuelo.

Pero ¿qué hace ese rico, ese padre de familia, tan atareado y precisado, según dice, a dejar abandonados a sus hijos? Paga a otro para que desempeñe afanes que le son gravosos. ¡Alma mezquina! ¿Crees que con dinero das a tu hijo otro padre? Pues le engañas, que ni siquiera le das un maestro; ese es un sirviente y presto formará otro como él.

Mucho hay escrito acerca de las dotes de un buen ayo; la primera que yo requeriría, y esta sola supone otras muchas, es que no fuese un hombre vendible. Profesiones hay tan nobles que no es posible ejercitarlas por dinero, sin mostrarse indigno de su ejercicio; así es la del guerrero, así es la del institutor. ¿Pues quién ha de educar a mi hijo? - Ya te lo he dicho; tú propio. - Yo no puedo. - ¡No puedes!... Pues granjéate un amigo; no veo ningún otro medio.

¡Un ayo! ¡Qué sublime alma!... Verdad es que para formar a un hombre es necesario o ser padre, o más que hombre. Esta es la función que confiáis tranquilamente a un asalariado.

Cuanto más reflexiona uno, más dificultades nuevas se le presentan. Sería necesario que hubiese sido educado el ayo para el alumno, los criados para el amo; que todos cuantos a él se acerquen hubieran recibido las impresiones que le deben comunicar; y de edu-

cación en educación fuera necesario subir hasta no sé dónde. ¿Cómo es posible que un niño sea bien educado por uno que lo fue mal?

¿No es posible hallar este raro mortal? Lo ignoro. ¿Quién sabe en estos tiempos de envilecimiento, hasta qué grado de virtud se puede todavía encumbrar el alma humana? Pero supongamos que hemos hallado este portento. Contemplando lo que debe hacer, veremos lo que debe ser. De antemano se me figura que un padre que conociese todo cuanto vale un buen ayo, se resolvería a no buscarle, porque más trabajo le costaría encontrarle que llegar a serlo él propio. ¿Quiere adquirirse un amigo? Eduque a su hijo para que lo sea, y se excusa de buscarle en otra parte, ya la naturaleza ha hecho la mitad de la obra.

Uno, de quien no sé más que su jerarquía, me propuso que educara a su hijo. Sin duda fue mucha honra para mí; pero lejos de quejarse de mi negativa, debe alabar mi prudencia. Si hubiera admitido su oferta y errado en mi método, la educación habría resultado mala; al acertar con él sería peor; su hijo, hubiera renegado del título de príncipe.

Estoy tan convencido de lo grandes que son las obligaciones de un preceptor, y conozco tanto mi incapacidad, que nunca admitiré semejante cargo, sea quien fuere el que con él me brinde; y hasta el interés de la amistad fuera para mí nuevo motivo de negarme a él. Creo que después de leído este libro, pocos habrá que piensen en hacerme tal oferta, y ruego a los que pudieran pensarlo, que no se tomen ese inútil trabajo. En otro tiempo hice una prueba suficiente de esta profesión, que me basta para estar cierto de que no soy apto para ella, y aun cuando por mi talento fuera idóneo, me dispensaría de ella mi estado. He creído que debía esta declaración pública a los que al parecer no me estiman lo bastante para creerme fundado y sincero en mis determinaciones.

Sin capacidad para desempeñar la más útil tarea, me atreveré a lo menos a probar la más fácil; a ejemplo de otros muchos, no pondré

manos a la obra, sino a la pluma, y en vez de hacer lo que conviene, me esforzaré a decirlo.

Ya sé que en las empresas de esta especie, el autor, a sus anchas siempre en sistemas que no se ve obligado a practicar, da sin trabajo muchos excelentes preceptos de imposible ejecución, y que, por no descender a menudencias y a ejemplos, aun lo practicable que enseña no se puede poner en planta por no haber mostrado la aplicación. Por eso me he decidido a tomar un alumno imaginario y a suponerme con la edad, la salud, los conocimientos y todo el talento que conviene para desempeñar su educación, conduciéndola desde el instante de su nacimiento hasta aquel en que, ya hombre formado, no necesite más gula que a sí propio. Paréceme útil este método para estorbar que un autor que de sí desconfia, se extravíe en visiones; porque en cuanto se desvía de la práctica ordinaria, no tiene más que probar la suya en su alumno, y en breve conocerá, o lo conocerá el lector, si no él, si sigue los progresos de la infancia y el camino natural del corazón humano.

Esto es lo que he procurado hacer en cuantas dificultades se han presentado. Por no abultar inútilmente el libro, me he ceñido a sentar los principios cuya verdad a todos debe parecer obvia; pero en cuanto a las reglas que podían necesitar pruebas, las he aplicado todas a mi Emilio, o a otros ejemplos, haciendo ver en detalles muy circunstanciados, cómo se podía poner en práctica lo que yo había asentado; este es a lo menos el plan que me he propuesto seguir al lector compete decidir si le he dado cima.

De aquí ha resultado que en un principio he hablado poco de Emilio, porque mis máximas primeras de educación, aunque contrarias a las usadas, son de tan palpable evidencia, que no es fácil que un hombre de razón les niegue asenso. Pero al paso que adelanto, mi alumno, conducido de otra manera que los vuestros, no es ya un niño ordinario y necesita un régimen peculiar para él. Sale entonces con más frecuencia a la escena; y en los últimos tiempos casi ni un ins-

tante le pierdo de vista, hasta que, por más que él diga, no tenga la menor necesidad de mi.

No hablo en este lugar de un buen ayo; las doy por supuestas y supongo también que las poseo yo todas. La lectura de esta obra hará ver con cuánta liberalidad procedo para conmigo.

Observaré solamente, contra el dictamen general que el ayo de un niño debe ser joven y aun tan joven cuanto puede serlo un hombre de juicio. Quisiera hasta que fuera niño, si posible fuese; que pudiera ser compañero de su alumno, y granjearse su confianza, tomando parte en sus diversiones. Hay tan pocas cosas análogas entre la infancia y la edad madura, que nunca se formará apego sólido a tanta distancia. Los niños halagan algunas veces a los viejos, pero nunca los quieren.

Quisiérase que el ayo hubiese ya educado a otro niño. Pero es demasiado; un mismo hombre no puede educar más que a uno; si fuese necesario educar a dos para acertar en la educación del segundo, ¿qué derecho tuvo para encargarse del primer alumno?

Con más experiencia sabría obrar mejor; pero ya no podría. Aquel que ha desempeñado una vez este cargo con el suficiente acierto para conocer todas sus penalidades, no queda con ánimo para volver a acometer la misma empresa; y si ha salido mal la vez primera, no es buen agüero para la segunda.

Convengo en que es muy distinto acompañar a un joven por espacio de cuatro años, que conducirlo por espacio de veinticinco. Vosotros dais un ayo a vuestro hijo ya formado por completo, y yo quiero que le tenga antes de nacer. A vuestro parecer, un ayo puede cambiar de alumno cada lustro; mas el ayo que yo imagino nunca tendrá más que uno. Distinguí vosotros el preceptor del ayo: otro error. ¿Distinguí acaso el alumno del discípulo? Una sola ciencia hay que enseñará los niños, que es la de las obligaciones del hombre. Esta ciencia es única; y diga lo que quisiere Jenofonte de la educación de los persas, no es divisible. Por lo demás, yo llamaré mejor ayo que preceptor al

maestro de esta ciencia, porque no tanto es su oficio instruir como conducir. No debe dar preceptos, debe hacer que los halle su alumno.

Si con tanto esmero se ha de escoger el ayo, facultad tiene éste para escoger a su alumno, particularmente tratándose de un modelo que proponer. No puede basarse esta elección sobre el ingenio y carácter del niño, que no se conoce hasta el fin de la obra, y que adopto antes que nazca. Si pudiera escoger, buscaría un entendimiento ordinario, como el que a mi alumno supongo. Sólo los hombres vulgares necesitan ser educados; y sola su educación debe servir de ejemplo para sus semejantes: lo demás se educan a pesar de las contrariedades.

No es indiferente la condición del país para la cultura de los hombres; éstos sólo en los climas templados son todo cuanto pueden ser: en los climas extremados es visible la desventaja. Un hombre no es un árbol plantado en un país para no moverse de él; y el que sale de un extremo para ir al otro, tiene que andar doble camino que quien sale del término medio para llegar al mismo punto que el primero.

Si el habitante de un país templado recorre sucesivamente ambos extremos, todavía saca evidentes ventajas, porque aunque reciba las mismas impresiones que el que va de un extremo a otro, se aparta no obstante la mitad menos de su natural constitución. En Laponia y en Guinea vive un francés; pero no vivirá igualmente ni un negro en Tornea, ni un samoyeda en Benin. También parece que no es tan perfecta la organización del cerebro en ambos extremos. La inteligencia de los europeos no la tienen, los negros ni los lapones. Por eso, si quiero que mi alumno pueda ser habitante de la tierra entera, le escogeré en una zona templada, en Francia, por ejemplo, mejor que en otra parte.

El pobre no necesita educación; la de su estado es forzosa, y no puede tener otra; por el contrario, la que por su estado recibe el rico es la que menos le conviene para sí propio y para la sociedad. La educación natural debe, por otra parte, hacer al hombre apto para todas las condiciones humanas; así menos racional es educar a un rico para que



sea, pobre, que a un pobre para que sea rico, porque a proporción del número de ambos estados, más ricos hay que empobrezcan que pobres que se enriquezcan. Escojamos pues, a un rico; estaremos ciertos de haber hecho un hombre más, mientras un pobre puede hacerse hombre por sí solo.

Por la misma razón, no sentiré que Emilio sea de ilustre cuna, que siempre será una víctima sacada de las garras de la preocupación.

Emilio es huérfano. Nada importa que vivan su padre y su madre; encargado yo de todas sus obligaciones, adquiero sus derechos todos. Debe honrar a sus padres, pero sólo a mí debe obedecer; esta es mi primera, o más bien, mi única condición.

Tengo que añadir esta otra, que no es más que una consecuencia forzosa de la anterior; y es que no nos privarán a uno de otro sin nuestro consentimiento. Esta es cláusula esencial; y aún quisiera yo que de tal modo se tuvieran por inseparables el alumno y el ayo, que siempre el destino de su vida fuera objeto común entre ellos. Así que contemplan, aunque remota, su separación; así que preveen el instante en que han de ser los dos extraños uno para otro, ya lo son, en efecto; cada uno forma su sistema aparte y pensando ambos en la época en que ya no se hallarán juntos, permanecen unidos a disgusto.

Mira el discípulo al maestro como el azote de la niñez; el maestro no considera en el discípulo más que una carga pesada, y sólo ansía verse libre de ella; así de consuno aspiran a librarse uno de otro; y como nunca hay entre ellos verdadero cariño, el uno tendrá poca vigilancia y menos docilidad el otro.

Pero si se miran como obligados a pasar juntos la vida, les importa hacerse amar uno de otro, y por lo mismo se aman en efecto. No se avergüenza el alumno de seguir en su niñez al amigo que ha de tener cuando sea hombre, y el ayo se interesa en los afanes cuyos frutos ha de recoger, siendo todo el mérito que da a su alumno un fondo que pone a interés para su ancianidad.

Este tratado, hecho de antemano, supone un parto feliz, y un niño bien conformado, robusto, y sano. Un padre no puede escoger, ni debe tener preferencias en la familia que le da Dios; todos sus hijos son igualmente suyos; a todos debe la misma solicitud, el mismo cariño. Sean o no defectuosos, sean enfermos o robustos, cada uno de ellos es un depósito, de que debe dar cuenta a la mano de que lo recibió; y el matrimonio es un contrato que se celebra con la naturaleza no menos que entre los cónyuges.

Pero aquel que se impone una obligación a que no le ha sujetado la naturaleza, primero ha de cerciorarse de los medios de desempeñarla; de otro modo, se hace culpable hasta de lo que no pueda lograr. El que se encarga de un alumno endeble y enfermizo, cambia su cargo de ayo por el de enfermero; malgasta en cuidar de una vida inútil el tiempo que había destinado para aumentar su valor, y se expone a ver a una madre desconsolada, echarle en cara un día la muerte de su hijo, cuya existencia, sin embargo, quizás dilató el maestro.

No me encargaría yo de un niño enfermizo y achacoso aunque hubiese de vivir ochenta años; que no quiero un alumno siempre inútil para sí y para los demás ocupado únicamente en conservarse, y cuyo cuerpo perjudique a la educación del alma. ¿Qué he de hacer yo consagrándole en balde todos mis afanes, si no es doblar la pérdida de la sociedad, y privarla de dos hombres en vez de uno? Encárguese otro, en lugar mío, de este enfermo; consiento en ello y apruebo su caridad, pero ese no es mi talento; yo no sé, de modo alguno, enseñar a vivir a quien sólo piensa en librarse de la muerte.

Es necesario que para obedecer al alma sea vigoroso el cuerpo; un buen sirviente ha de ser robusto. Bien sé que la intemperancia excita las pasiones y al fin extenua el cuerpo; muchas veces las mortificaciones y los ayunos producen el mismo efecto por una razón contraria. Cuanto más débil es el cuerpo, más ordena; cuanto más fuerte, más obedece. En cuerpos afeminados moran todas las pasiones

sensuales; y tanto más se irritan aquéllos, cuanto menos pueden satisfacerlas.

Un cuerpo débil debilita el alma. De aquí proviene el imperio de la medicina, arte más perjudicial a los hombres que todas las dolencias que pretende sanar. Yo por mí no se cuál es la enfermedad que curan los médicos; pero sé que nos las acarrearán funestísimas: la cobardía, la pusilanimidad, la credulidad, el miedo de la muerte; si sanan el cuerpo, matan el ánimo. ¿Qué nos importa que hagan andar cadáveres? Hombres son los que necesitamos, y no vemos que salga ninguno de sus manos.

La medicina está de moda en nuestro país, y tiene que ser así: es la diversión de personas ociosas y desocupadas, que no sabiendo en qué gastar el tiempo, lo emplean en conservarse. Si por desdicha suya hubieran nacido inmortales, serían los más desventurados de los seres; y una vida que nunca temieran perder, no tendría para ellos valor alguno. Esta gente necesita médicos que los amenacen para adularlos, y que cada día les den el único gusto que son capaces de apreciar: el de no estar muertos.

No es mi ánimo extenderme aquí sobre la vanidad de la medicina: mi objeto es considerarla sólo por su aspecto moral. No obstante, no puedo menos de observar que acerca de su uso hacen los hombres los mismos sofismas que acerca de la investigación de la verdad. Siempre suponen que el que visita a un enfermo le cura, y que el que busca una verdad la encuentra; y no ven que se ha de contrapesar la utilidad de una cura que hace el médico, con la muerte de cien enfermos que mata; y las ventajas del descubrimiento de una verdad, con el daño que hacen los errores que pasan al mismo tiempo. La ciencia que instruye y la medicina que sana, buenas son, sin duda; pero funestísimas la ciencia que engaña y la medicina que mata. Enseñennos a distinguir las; esa es la dificultad. Si supiéramos ignorar la verdad, nunca nos seduciría la mentira; si supiéramos no querernos curar a despecho de la naturaleza, nunca moriríamos a manos del médico; ambas absti-

nencias serían puestas en razón y evidentemente ganaríamos sujetándonos a ellas. Yo no niego que la medicina sea útil a algunos hombres, pero sí afirmo que es perjudicial al linaje humano.

Me dirán, como se dice siempre, que los yerros pertenecen al médico, pero que en si misma, la medicina es infalible. Enhorabuena; venga pues ella sin el médico; porque mientras vengan juntos, cien veces más riesgo habrá en los errores del artista, que esperanza de socorro en el arte.

Este arte falaz, más adaptable a los males del ánimo que a los del cuerpo, no es más útil para los unos que para los otros; no tanto nos sana de nuestras dolencias, cuanto nos infunde terror de ellas; no tanto aleja la muerte, cuanto hace que anticipadamente la sintamos; gasta la vida en vez de prolongarla; y aun cuando la prolongase, todavía sería en detrimento de la especie, puesto que nos desprende de la sociedad por los afanes que nos impone, y de nuestras obligaciones por los sustos que nos causa. El conocimiento de los riesgos es lo que nos los hace temibles; quien se creyera invulnerable, de nada tendría miedo a fuerza de armar contra el peligro a Aquiles, le quita el poeta el mérito del valor; cualquiera, en su lugar, habría sido Aquiles.

¿Queréis hallar hombres de verdadero valor? Buscadlos en los países donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades y donde se piensa poco en la muerte. El hombre naturalmente sabe padecer con constancia y muere en paz. Los médicos con sus recetas, los filósofos con sus preceptos, los sacerdotes con sus exhortaciones, son los que acobardan su ánimo y hacen que no sepa morir.

Dénme, pues, un alumno que no necesite de todas estas gentes, o no le acepto. No quiero que otros echen a perder mis afanes; deseo educarlo yo solo o no comprometerme a ello. El sabio Locke, que pasó parte de su vida estudiando la medicina, recomienda con eficacia que no se den remedios a los niños, ni por precaución, ni por incomodidades ligeras. Yo iré más adelante; y declaro que no llamando nunca al

médico para mí, tampoco le llamaré para mi Emilio, a menos que se halle su vida en peligro inminente, porque entonces no le puede hacer otro daño que matarle.

Bien sé yo que el médico sacará partido de esta tardanza: si muere el niño, será porque le han llamado muy tarde; si se restablece él será quien le haya salvado. Corriente; alábase el médico ; pero, sobre todo, no le llamemos hasta el último extremo.

No sabiendo curarse, ha de saber el niño estar malo arte que suple al otro surte muchas veces mejor efecto; arte de la naturaleza. Cuando está malo el animal, padece sin quejarse y se está quieto; no se ven otros animales achacosos que los hombres. ¡A cuantas gentes, que hubieran resistido la enfermedad y sanado el tiempo sólo, ha quitado la vida la impaciencia, el miedo, la zozobra y más que todo os remedios! Se me dirá que como viven los animales de un modo más conforme a la naturaleza, deben estar menos sujetos que nosotros a dolencias. Enhorabuena; ese modo de vivir es el que yo quiero prescribir a mi alumno; y debe sacar de él las mismas ventajas.

La higiene es la única parte útil de la medicina, y aun la higiene menos es ciencia que virtud. Los dos médicos eficaces del hombre, son la templanza y el trabajo; éste aguza el apetito y aquella le impide los abusos.

Para saber cuál es el régimen que más conviene a la vida y a la salud, basta con saber cuál es el que siguen los pueblos que están más sanos, son más robustos y viven más tiempo. Las observaciones generales nos hacen ver que el ejercicio de la medicina no procura a los hombres salud más fuerte y vida más dilatada: por lo mismo podemos deducir que no es útil este arte, sino perjudicial, puesto que emplea el tiempo, los hombres y las cosas sin ningún provecho. No solamente es perdido el tiempo que se gasta en conservar la vida para el uso de ella, y es necesario deducirle del útil, que cuando este tiempo se gasta en atormentarnos, es menos que nulo, es negativo; y para calcular equitativamente, se ha de restar éste del tiempo total de vida. Más vive

para sí mismo y para los demás el que vive diez años sin médico, que el que ha vivido treinta víctima suya. Habiendo hecho ambas pruebas, me creo con más derecho que nadie para sacar esta consecuencia.

He aquí la razones por las que deseo que mi alumno sea robusto y sano, y los principios para que se mantenga tal. No me pararé a probar extensamente la utilidad de los trabajos manuales y los ejercicios corporales para fortalecer la salud y el temperamento; este punto nadie le disputa; los ejemplos de longevidad los ofrecen casi todos los hombres que más ejercicio han hecho, y que más fatigas y afanes han sufrido<sup>14</sup>. Tampoco me extenderé a detallar la atención que me merecerá esta materia sola; el lector verá que es tan indispensable en mi práctica, que basta penetrar el espíritu de ella para que no sean necesarias otras explicaciones.

Empiezan las necesidades al mismo tiempo que la vida. El recién nacido necesita una nodriza. Bien está; si se presta la madre a cumplir con esta obligación, se le darán por escrito sus instrucciones, utilidad que tiene el inconveniente de dejar al ayo más distante de su alumno. Es de creer, sin embargo, que el interés de la criatura y la estimación de aquel a quien quieren fiar tan precioso depósito, harán que la madre sea dócil a los consejos del maestro; y de seguro que cuanto quiera

---

<sup>14</sup>Presentaremos un ejemplo sacado de los periódicos ingleses, que refiero porque presenta muchas reflexiones relativas a mi asunto.

«Un individuo llamado Patricio Oncil, que nació en 1647, se acaba de casar en séptimas nupcias en 1760. Sirvió en dragones el decimoséptimo año del reinado de Carlos II, y en otros varios cuerpos hasta el año de 1740, que alcanzó su licencia. Se halló en todas las campañas del rey Guillermo y del duque de Malborough. Nunca ha bebido este hombre más que cerveza común; siempre se ha alimentado con vegetales y no ha comido nunca carne, como no fuese en algunos banquetes que daba a su familia. Siempre acostumbraba a levantarse y a acostarse con el sol, a menos que se lo hayan estorbado sus obligaciones. Actualmente tiene ciento trece años, oye bien, disfruta salud y anda sin báculo. No obstante su avanzada edad no está un instante desocupado y va todos los domingos a su parroquia en compañía de sus hijos, nietos y biznietos.»

hacer, lo hará mejor que otra ninguna. Si necesitamos de una nodriza extraña, empecemos escogiéndola bien.

Una de las muchas desgracias de las personas ricas, es que en todo las engañan. ¿Por qué nos admiramos si forman tan errados juicios de los hombres? La riqueza es la que las corrompe, y en justo castigo son las primeras que reconocen el defecto del único instrumento que saben manejar. En sus casas todo va mal hecho, menos lo que ellas propias hacen; y casi nunca hacen nada. Si se trata de buscar una nodriza, hacen que se la busque el médico. ¿Y qué resulta? Que la mejor es la que más le ha pagado. No consultaré yo a un médico para la de Emilio; tendré buen cuidado de escogerla por mí propio. Sobre este punto no disertaré acaso con tanta erudición como un cirujano; pero ciertamente caminaré con más buena fe, y menos me engañará mi buen celo que su avaricia.

No tiene mucho que averiguar esta elección; sabidas son las reglas; pero creo que debería ponerse alguna mayor atención en el tiempo de la leche, como se hace acerca de la calidad de ella. La leche nueva es toda serosa, y debe ser casi aperitiva para purgarlas reliquias del alhorre que queda espesado en los intestinos del recién nacido. Poco a poco toma la leche consistencia y ofrece un alimento más sólido al niño, ya más fuerte para digerirla. Ciertamente que no sin objeto hace variar la naturaleza en las hembras de todas especies la consistencia de la leche según la edad del recién nacido.

Necesitaría, por tanto, un niño recién nacido, una nodriza recién parida. Bien sé que esto ofrece inconvenientes; pero así que salimos del orden natural, todo tiene sus dificultades para obrar bien. La única salida cómoda es obrar mal; por eso ésta es la que se escoge.

Seria necesario hallar una nodriza tan sana de corazón como de cuerpo; la destemplanza de las pasiones puede alterar su leche tanto como la de los humores; además de que atenerse meramente a lo físico es no ver más que la mitad del objeto. Puede ser buena la leche y mala la nodriza, que un buen carácter es tan esencial como un buen tempe-

ramento. Si se escoge una mujer viciosa, no digo que contraerá sus vicios el hijo de leche, digo si, que se resentirá de ellos. ¿No le debe, además de la leche, solicitudes que exige celo, paciencia, blandura y limpieza? Si es glotona y destemplada, en breve se estragará su leche; si es descuidada y colérica ¿cómo dejaremos a merced de ella a un pobre desventurado que no puede defenderse ni quejarse? Nunca, en ningún asunto, pueden ser buenos los malos para cosa buena.

Tanto más importa la acertada elección de la nodriza, cuanto que no debe tener su hijo de leche otra ama que ella, como no ha de tener otro preceptor que su ayo. Este era el uso de los antiguos, menos argumentadores y más sabios que nosotros. Cuando habían dado el pecho a criaturas de su sexo, nunca las desamparaban, y por eso en sus piezas teatrales son nodrizas la mayor parte de las confidentes. Imposible es que un niño, que sucesivamente pasa por tantas manos distintas, salga bien educado. A cada variación hace secretas comparaciones que siempre paran en disminuir su estimación a los que le dirigen y, por consiguiente, la autoridad que sobre él tienen. Si llega una vez a persuadirse de que hay personas adultas que no tienen más razón que las criaturas, todo se ha perdido, y no queda esperanza de buena educación. No debe un niño conocer más superiores que su padre y su madre; y a falta de éstos su nodriza y su ayo, y todavía uno sobra; pero es inevitable esta partición; lo único que para remediarla puede hacerse, es que las personas de ambos sexos que le dirijan, estén de tan buen acuerdo, que con respeto a él no sean más que uno.

Preciso es que la nodriza viva con alguna más comodidad, tome alimentos algo más sustanciosos; pero que no varíe enteramente de método de vida, porque una pronta y total mudanza, aun cuando sea de mal en bien, siempre es peligrosa para la salud; y puesto, que su acostumbrado régimen la ha constituido o la ha mantenido sana y robusta, ¿a qué hacérsele variar?

Las campesinas comen más legumbres y menos carne que las mujeres de las ciudades; este régimen vegetal parece más propicio que



contrario para ellas y las criaturas. Cuando tienen hijos de leche, de la ciudad, hacen que coman el cocido, persuadidas de que la sopa y el caldo de carne forman mejor quilo y dan más leche. No soy yo en manera alguna de este parecer, y tengo la experiencia en mi abono, la cual nos dice que los niños criados de este modo, están más sujetos a cólicos y a lombrices que los demás.

Esto no es extraño, puesto que la sustancia animal, cuando se pudre, se llena de gusanos; lo que no sucede con la vegetal. La elaborada aunque en leche, en el cuerpo del animales sustancia vegetal<sup>15</sup>; así lo demuestra el análisis de ella; se aceda con facilidad; y en vez de dar señas ningunas de álcali volátil, como las dan las sustancias animales, deja, como las plantas, una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es más dulce y sana que la de las carnívoras; formándose con una sustancia homogénea a la suya, conserva mejor su naturaleza, y está menos sujeta a la putrefacción. Atendiendo a la cantidad, todos saben que los farináceos hacen más sangre que la carne y también deben dar más leche. No puedo creer que un niño que no fuese destetado antes de tiempo, o que lo fuese con alimentos vegetales, y cuya nodriza sólo comiese vegetales, padeciese nunca de lombrices.

Puede ser que los alimentos vegetales den una leche que se aceda más pronto, pero estoy muy lejos de mirar la leche aceda como alimento pernicioso; pueblos enteros que no usan otro, viven muy sanos, y todo ese aparato de absorbentes me parece pura charlatanería. Temperamentos hay a que no conviene la leche, y en tal caso ningún absorbente, se la puede hacer digerir; otro la digieren sin absorbentes. Temen algunos la leche cuajada o los requesones, y es un error, porque sabemos que siempre la leche se cuaja en el estómago, y así se

---

<sup>15</sup> Las mujeres comen pan, legumbres y lacticinios, las perras y las gatas comen lo mismo y hasta las lobas pastan. Buscan jugos vegetales para su leche. Falta examinar la leche de las especies que no pueden alimentarse más que con carne, si hay alguna de éstas, cosa que dudo mucho.

convierte en alimento de suficiente solidez para sustentar las criaturas y a los hijuelos de los animales; si no se cuajara, no haría más que pasar, y no los alimentaría<sup>16</sup>. Vano es cortar la leche de mil modos, usar mil absorbentes; todo aquel que come leche, digiere queso, y esto no tiene excepción. Tan apto es el estómago para cuajar la leche, que la cuajada se hace con estómago de recental.

Creo, pues, que en vez de mudar el alimento común de las nodrizas, basta con que se las dé más abundante y más escogido en su género. La comida de vigilia no es cálida por la naturaleza de los alimentos; el modo de sazónarlos es el que los hace perniciosos. Reformad las reglas de vuestra cocina; no tengáis fritos, ni manjares compuestos con manteca enrojecida al fuego; no arriméis a la lumbre la sal, los lactícinos ni la manteca; no sazónéis vuestras legumbres cocidas en agua hasta que se pongan hirviendo encima de la mesa, y la comida de vigilia, lejos de encender la sangre de la nodriza, la dará leche abundante y de excelente calidad<sup>17</sup>. ¿Sería posible que estando reconocido el régimen vegetal como el mejor para la criatura, fuese para la nodriza mejor el animal? Esto es una contradicción.

En los primeros años de la vida es cuando ejerce el aire una acción particular en la constitución de los niños; penetrando por todos los poros de su blando y delicado cutis, influye poderosamente en sus nacientes cuerpos, y les deja impresiones que nunca se borran. Por eso no es mi dictamen que se saque a una nodriza de su lugar para encerrarla en una habitación de la ciudad y hacerla criar al niño en casa de sus padres; mejor quiero que vaya a respirar el aire sano del campo que el corrompido de la ciudad, que tome el estado de su nueva madre,

---

<sup>16</sup> Aunque los jugos que nos nutren sean líquidos, se deben exprimir de manjares sólidos. Un trabajador que se alimentase sólo con caldo, muy en breve fallecería; mejor se sustentarla con leche, porque ésta se cuaja.

<sup>17</sup> Los que quieran informarse más al pormenor de las ventajas y los inconvenientes del régimen pitagórico, podrán consultar los tratados que acerca de tan importante materia han escrito los doctores Cocchi y su antagonista Bianchi.

que viva en su pobre casa y que le acompañe su ayo. Acuérdesse el lector de que de no es éste un hombre pagado, sino el amigo de su padre. Pero, se me dirá: ¿y si no se halla ese amigo, si no es fácil, llevarse al niño, si ninguno de estos consejos es practicable, ¿qué ha de hacerse? Ya he dicho lo que se hace; para eso no se necesitan consejos.

La vocación de los hombres no es de vivir hacinados en hormigueros, sino desparramados sobre las tierras que han de cultivar. Cuanto más se reúnen, más se estragan. Efecto infalible de la demasiada concurrencia, son tanto las dolencias del cuerpo como los vicios del alma. Entre todos los animales, el hombre es el que menos puede vivir en manada, y hombres hacinados como carneros se morirían todos en poquísimos tiempo. El aliento del hombre es mortal para su semejante, expresión no menos exacta en sentido propio que en metafórico.

La sima del género humano son las ciudades. Al cabo de algunas generaciones perecen o degeneran las castas; es preciso renovarlas, y el campo es el que sufraga a esta renovación. Enviad, pues, a vuestros hijos a que se renueven, por decirlo así, y a que recuperen en medio de los campos el vigor que se pierde en el aire contagioso de los pueblos grandes. Se dan prisa las mujeres embarazadas que están en el campo a volver a la ciudad cuando se les acerca el parto, y deberían hacer todo lo contrario, particularmente las que quieren criar ellas mismas a sus hijos; menos les costaría de lo que imaginan; en una mansión más natural para nuestra especie, los deleites imprescindibles de las obligaciones naturales, les quitarían pronto la afición a los que se apartan de ellos.

Luego de concluido el parto, se lava al niño con agua tibia, por lo común mezclada con vino. La adición del vino no me parece necesaria: no produciendo la naturaleza cosa ninguna fermentada, no es creíble que para la vida de sus criaturas importe el uso de un líquido artificial.

Por la misma causa tampoco me parece indispensable la precaución de calentar el agua; y efectivamente, muchos pueblos hay que sin otros preparativos lavan en los ríos o en el mar a los niños recién nacidos; pero afeminados los nuestros antes de nacer, por la molicie de los padres, vienen al mundo con un temperamento ya estragado, que al principio no conviene exponer a todas las pruebas que deben restablecerle. Sólo gradualmente pueden ser restituidos a su primitivo vigor. Empecemos conformándonos al uso y apartémonos de él poco a poco. Lávense con frecuencia los niños; su suciedad demuestra esta precisión. Cuando no hacen más que enjugarlos, les rompen el cutis, pero al paso que tomen fuerza, disminúyase por grados el calor del agua, hasta que al fin los laven en todo tiempo con agua fría, aunque sea helada. Como para que no corran riesgo conviene que sea lenta, insensible y sucesiva esta disminución, podremos servirnos del termómetro para medirla con exactitud.

Establecido ya este uso del baño, no debe interrumpirse, e importa conservarle toda la vida. No sólo le considero como necesario para la limpieza y salud actual, sino también como precaución saludable para hacer más flexible el tejido de las fibras y que cedan sin riesgo ni esfuerzo a los diversos grados de calor y frío. Para esto quisiera yo que en siendo mayor el niño, se acostumbrara poco a poco a bañarse en aguas calientes o frías a todos los grados tolerables. Habituándose de este modo a sufrir los varios temples del agua, que como fluido más denso nos toca por más puntos y nos impresiona más, se haría el hombre casi insensible a las variaciones del aire <sup>18</sup>

Luego que respira el niño de sus envoltorios, no se permita que le pongan otros donde se halle más comprimido. Fuera capillos, fuera fajas, fuera pañales; mantillas fluctuantes y anchas que dejen todos sus miembros libres, y que ni sean tan pesadas que le impidan sus movi-

---

<sup>18</sup> En los pueblos grandes ahogan a los niños a fuerza de tenerlos encerrados y abrigados. Aún no saben los que les cuidan, que lejos de hacerles mal los fortifica el aire frío, y que el -caliente los debilita, les da calentura y los mata.

mientos, ni tan calientes que no te dejen sentir las impresiones del aire. Póngasele en una cuna espaciosa<sup>19</sup>, bien rellena de lana, donde se pueda mover sin peligro y a su gusto. Cuando ya empiece a tomar fuerza, déjesele que se arrastre por el cuarto; desarrollando y extendiendo así sus miembrecillos, veremos cómo se fortifican de día en día, y al compararle con un niño del mismo tiempo bien fajado, asombrará la diferencia que media entre los adelantos de ambos<sup>20</sup>.

Hay que contar con una fuerte oposición de parte de las nodrizas a quienes da menos que hacer el niño bien atado, que cuando tiene que cuidar de él constantemente. Como por otra parte la suciedad es más visible en un traje abierto, es necesario limpiarle con más frecuencia. Finalmente, la costumbre es el argumento que en muchos países nunca se refuta a satisfacción de la plebe.

No se discuta con las nodrizas, porque es trabajo perdido; mán-deseles, véase que lo hacen y no se omita nada para facilitar en la

---

<sup>19</sup> Digo una cuna, por emplear una voz usada, a falta de otra; mas estoy convencido de que nunca es necesario mecer a los niños, y de que esta costumbre les es perjudicial muchas veces.

<sup>20</sup> Por esta razón los antiguos habitantes del Perú dejaban libres los brazos a sus hijos en una envoltura muy ancha, y cuando se la quitaban, los dejaban libres en un hoyo hecho en tierra, y guarnecido o entapizado de lienzo, en el cual los metían hasta medio cuerpo; de este modo tenían libertad de mover los brazos y la cabeza y de doblar el cuerpo a su antojo sin caer ni lastimarse; y cuando podían dar algún paso, les presentaban los pechos a cierta distancia, como estímulo para obligarlos a caminar. Los negrillos suelen mamar en una situación mucho más incómoda, pues aprietan con sus pies y rodillas una de las caderas de la madre, se asen con sus manos al pecho y maman constantemente sin descomponerse ni caer, no obstante los diferentes movimientos de la madre, que entretanto no deja su trabajo ordinario. Estas criaturas, al segundo mes empiezan a caminar, o por mejor decir, a andar a gatas, y este ejercicio les facilita después el correr en la misma postura casi con la misma velocidad que si corriesen en dos pies. » (*Hist. nat.*, tomo IV, in-12, p. 192.)

A estos ejemplos hubiera podido añadir el señor conde de Buffon el de Inglaterra, donde van suprimiendo de día en día la extravagante y bárbara costumbre de los pañales y la faja. -Véase también a La Loubère, *Viaje de Siam*; al señor Le Beau, *Viaje del Canadá*, etc. - Si tuviera que confirmar esto con hechos llenaría veinte páginas de citas.

práctica las operaciones que se les hayan prescrito. ¿Y por qué no tomar parte en ellas? Comúnmente, cuando se cría un niño, sólo a lo físico se atiende; con tal que viva y no enferme, poco importa lo demás; pero aquí donde empieza con la vida la educación, desde que nace el niño ya es discípulo no del ayo, sino de la naturaleza. El ayo no hace otra cosa que estudiar con este primer maestro, y estorbar que sean perdidos sus afanes. Vigila sobre la criatura, la observa, la sigue, acecha con diligencia el primer albor de su débil entendimiento, como al acercarse el primer cuarto de luna acechan los musulmanes el momento en que nace.

Nacemos con capacidad para aprender, pero sin saber nada ni conocer nada. Ni siquiera la conciencia de su existencia propia tiene el alma encadenada en imperfectos y no bien formados órganos. Son los gritos del niño recién nacido, efectos puramente mecánicos, privados de inteligencia y voluntad.

Supongamos que, cuando nace, el niño tuviera ya la fuerza y la estatura de un adulto, que saliera por decirlo así, armado de punta en blanco del seno de su madre, como salió Palas, del cerebro de Júpiter; sería este hombre-niño un imbécil completo, una máquina, una estatua inmóvil y casi insensible; nada vería, nada oiría, a nadie conocería, no sabría volver los ojos a lo que necesitase ver; no sólo no distinguiría objeto ninguno fuera de él, sino que tampoco referiría ninguno al órgano del sentido que se le hiciera distinguir; ni estarían los colores en sus ojos, ni estarían los sonidos en sus oídos; no estarían sobre su cuerpo los cuerpos que tocase, ni sabría siquiera que tenía uno; estaría en su cerebro el contacto de sus manos; se reunirían en un solo punto todas sus sensaciones; sólo en el sensorio común existirían; no tendría más que una idea, la del yo; a ésta referiría todas sus sensaciones; y esta idea, o mejor dicho, este modo de sentir, sería lo único en que se diferenciase de cualquier otro niño.

Este hombre formado de repente no sabría tenerse en pie; necesitaría de mucho tiempo para aprender a guardar el equilibrio, acaso

no lo intentaría, y veríamos este cuerpo grande, fuerte y robusto, fijo en un lugar como una peña, o arrastrarse por el suelo como los perrillos cachorros.

Sentiría la desazón de las necesidades sin conocerlas ni imaginar medio ninguno de satisfacerlas. Aunque estuviese rodeado de alimentos, no hay comunicación ninguna inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas que le hiciera dar un paso para arrimarse a ellos, o alargar la mano para cogerlos; y como ya habría tomado su cuerpo todo su incremento, como estarían enteramente desarrollados sus miembros, no tendría la inquietud ni los continuos movimientos de los niños, y pudiera muy bien morir de hambre, antes de moverse para buscar que comer. Por poco que uno haya reflexionado acerca del orden y progresos de nuestros conocimientos, no podrá negar que, con poca diferencia, sea éste el primitivo estado de ignorancia y estupidez natural al hombre, antes de aprender algo de la experiencia o de sus semejantes.

Conócese, por tanto, o puede conocerse, el punto primero de donde sale cada uno de nosotros para llegar al común grado de inteligencia humana; pero ¿quién es el que conoce el otro extremo? Según su ingenio, su gusto, sus necesidades, su talento, su celo, y las ocasiones que de abandonarse a él se presentan, se adelanta más o menos cada uno; pero no sé que haya habido hasta ahora filósofo tan atrevido que dijese: «Este es el término a donde puede llegar el hombre y del que no puede pasar.» Ignoramos lo que nos permite la naturaleza que seamos; ninguno de nosotros ha medido la distancia que entre un hombre y otro puede mediar. ¿Cuál es el ánimo mezquino que nunca inflamó esta idea, y que en su orgullo no dice alguna vez: ¡A cuántos voy dejando atrás! ¡a cuántos puedo pasar aún! ¿Por qué ha de adelantarse a mí un igual mío?

Repito que la educación del hombre empieza desde que nace; antes de hablar y antes de oír, ya se instruye. Precede la experiencia a las lecciones; y cuando conoce a su nodriza, ya tiene mucho adquirido.

Los conocimientos del hombre más rústico nos admirarían, si siguiéramos sus progresos desde el punto que nació hasta aquel en que se halla. Si partiéramos el saber humano en dos partes, una común de todos los hombres, y otra peculiar de los sabios, sería la última muy pequeña, comparada con la primera. Pero no atendemos a las adquisiciones generales, porque se hacen sin pensarlo, antes de la edad de razón; y porque, por otra parte sólo por las diferencias se nota el saber, y como en las ecuaciones algebraicas no se cuentan las cantidades comunes.

Hasta los animales adquieren mucho. Tienen sentidos y es necesario que aprendan a hacer uso de ellos; tienen necesidades y es necesario que aprendan a satisfacerlas; es necesario que aprendan a comer, a andar, a volar. No por eso saben andar los cuadrúpedos que desde que nacen se tienen en pie; en sus primeros pasos se echa de ver que hacen pruebas mal seguras. Los jilgueros que se escapan de las jaulas no saben volar, porque nunca han volado. Todo es motivo de instrucción para los seres animados y sensibles; y si tuvieran las plantas movimiento progresivo, sería necesario que tuviesen sentidos y adquiriesen conocimientos, sin lo cual en breve perecerían las especies.

Las primeras sensaciones de los niños son puramente afectivas, y sólo se distinguen en ellas placer o dolor. No pudiendo andar ni agarrar, necesitan de mucho tiempo para formarse poco a poco las sensaciones representativas que le muestran los objetos fuera de ellos propios; pero antes que se extiendan estos objetos, que se desvíen, por decirlo así, de sus ojos, y adquieran para ellos figuras y dimensiones, empieza el regreso de sensaciones afectivas a sujetarlos al imperio de la costumbre; se les ve volver sin cesar los ojos hacia la luz, y si les viene de lado, tomar insensiblemente esta dirección; de manera que es menester tener cuidado de colocarles de cara a la luz, para que no se pongan bizcos, ni se acostumbren a mirar de reojo. También es preciso habituarlos cuanto antes a la oscuridad; si no, lloran y gritan así



que no ven luz. El alimento y el sueño medidos con demasiada exactitud les vienen a ser necesarios al cabo de los mismos intervalos, y en breve no proviene el deseo de la necesidad sino del hábito, o más bien éste añade otra necesidad a la natural; cosa que es preciso evitar.

La única costumbre que se debe dejar que tome el niño, es el de no contraer ninguna; no llevarle más en un brazo que en otro; no acostumbrarle a presentar una mano más que otra, a servirse más de ella a comer, dormir y hacer tal o tal cosa a la misma hora, a no poder estar solo de día ni de noche. Preparad de antemano el reinado de su libertad y el uso de sus fuerzas, dejando el hábito natural a su cuerpo, y poniéndole en el estado de ser siempre dueño de sí propio y hacer en todo su voluntad así que la tenga.

Tan pronto como empieza a distinguir el niño los objetos, es importante escoger bien los que se le enseñen, Todo lo nuevo interesa naturalmente al hombre. Se siente tan débil que tiene miedo de todo cuanto no conoce; este miedo desaparece por el hábito de ver objetos nuevos sin recibir daño. Los niños criados en casas limpias donde no se consienten telarañas tienen miedo de las arañas, y muchas veces le conservan cuando mayores. Nunca he visto aldeano, sea hombre, mujer o niño, que tenga miedo de las arañas.

¿Qué razón hay para que no empiece la educación antes que hable y oiga el niño, puesto que la elección sola de los objetos que se le presentan es capaz de hacerle cobarde o valiente? Quiero que se habitúe a mirar nuevos seres, animales feos, repugnantes, extraños; pero poco a poco y a alguna distancia hasta que se acostumbre a ellos, y a fuerza de ver que otros los manejan, los maneje al fin el también. Si ha visto sin susto en su infancia sapos, culebras y cangrejos, verá sin horror, cuando sea mayor, cualquier otro animal, porque no hay objetos horribles para el que los ve todos los días.

Todos los niños se asustan de las máscaras. Empiezo enseñando a Emilio una careta de forma bonita; después uno se la pone delante de la cara; me echo a reír, todo el mundo se ríe, y, el niño se ríe como

los demás. Poco a poco le acostumbro con caretas más feas, y al fin con figuras horribles. Si he seguido bien la graduación, lejos de que le asuste la última, se reirá como de la primera; luego no temo que le metan miedo con máscaras.

En la despedida de Andrómaca y Héctor, cuando, asustado el niño Astinacte con el penacho que tremola en el yelmo de su padre, no le conoce y se arroja dando gritos al cuello de su nodriza, causando a su madre una sonrisa mezclada en llanto, ¿qué debe hacerse para quitarle el miedo? Justamente lo que Héctor hace; poner el yelmo en el suelo y acariciar luego al niño. En un momento más tranquilo no se hubiera contentado con esto; le habría acercado el yelmo, jugado con las plumas, y hécholas tocar al niño; hubiera tomado, en fin, la nodriza el yelmo, y colocándosele riendo en la cabeza, si una mujer se hubiese atrevido a tocar las armas de Héctor.

¿Se trata de acostumbrar a Emilio al ruido de un arma de fuego? Primeramente quemo pólvora en la cazoleta de una pistola, y le divierte esta llamarada instantánea y brillante, esta especie de relámpago; la reitero con más pólvora; poco a poco cargo la pistola con poca pólvora y sin taco, luego con otra mayor carga; al fin le acostumbro a oír los disparos, los cohetes, los cañonazos y las más terribles detonaciones.

He notado que los niños rara vez tienen miedo de los truenos, a menos que sean espantosos y real mente incomoden el órgano del oído; de otra manera no temen hasta que saben que el rayo algunas veces hiere o mata. Cuando empieza a asustarlos la razón, haced que les dé ánimo el hábito. Con una lenta y bien dirigida graduación, el hombre y el niño se hacen intrépidos en todo.

En el principio de la vida, cuando son inactivas la imaginación y la memoria, sólo está atento el niño a lo que hace impresión en sus sentidos; y como estas sensaciones son los primeros materiales de sus conocimientos, presentárselas en orden conveniente es disponer su memoria a que un día se las exhiba en el mismo orden a su entendi-

miento; pero como solamente atiende a sus sensaciones, basta primero mostrarle con distinción la conexión de estas mismas sensaciones con los objetos que las causan. Quiere el niño tocarlo todo, manejarlo todo; no nos opongamos a esta inquietud, que a ella ha de deber el más indispensable aprendizaje; por ella aprende a sentir el calor, el frío, la dureza, la blandura, el peso, la ligereza de los cuerpos; a juzgar de su tamaño, su figura, y todas sus cualidades sensibles, mirando, palpando<sup>21</sup>, escuchando, especialmente comparando la vista con el tacto, y valuando con los ojos la sensación que en sus dedos se excita.

Sólo por el movimiento sabemos que hay cosas que no son nosotros, y sólo por nuestro propio movimiento adquirimos la idea de la extensión. Porque no tiene el niño esta idea, tiende indistintamente la mano para coger el objeto que tiene cerca como el que está a cien pasos. El esfuerzo que hace nos parece señal de imperio, orden que da al objeto de que se acerque a él o a nosotros de que se le traigamos; y nada de esto es, sino que los mismos objetos que al principio veía en su cerebro, y luego pegados a sus ojos, los ve ahora al cabo de su brazo, y no se figura otra extensión que hasta donde puede alcanzar. Téngase cuidado de pasearle con frecuencia, de llevarle de un sitio a otro, de hacerle conocer la mudanza de lugar, a fin de enseñarle a juzgar de las distancias. Cuando empiece a conocerlas, entonces es necesario mudar de método, y llevarle como se quiera y no como quiera él, porque así que no le engaña el sentido, procede de otra causa su esfuerzo. Este cambio es notable y requiere explicación.

El malestar que producen las necesidades se manifiesta con signos, cuando es necesario socorro ajeno para satisfacerlas. De aquí los gritos de los niños; lloran mucho, y debe ser así. Puesto que son pasivas todas sus sensaciones, cuando son agradables las disfrutan calla-

---

<sup>21</sup> El olfato es el sentido que más tarda en desarrollarse en los niños; hasta que tienen dos o tres años, parece que no les mueven los olores buenos ni malos; y en esta parte tienen la diferencia o más bien la insensibilidad que se nota en muchos animales.

dos; cuando son penosas, lo dicen en su lengua y piden alivio. Mientras que están despiertos, no pueden permanecer en un estado de indiferencia; duermen o sienten dolor o gusto.

Todos nuestros idiomas son obra del arte. Por espacio de mucho tiempo se ha indagado si había alguno natural y común de todos los hombres; sin duda que lo hay, y es el que hablan los niños antes que sepan hablar. No es una lengua articulada, pero sí acentuada sonora, inteligible; la práctica de las nuestras nos la ha hecho abandonar de modo que enteramente nos hemos olvidado de ella. Estudiemos a los niños y con ellos pronto la volveremos a aprender. En esta lengua las nodrizas son maestras; todo cuanto dicen sus hijos de leche lo entienden, les responden, tienen con ellos conversaciones muy seguidas; y aunque pronuncian palabras, son voces absolutamente inútiles, porque no es la significación de la palabra la que ellos entienden, sino el acento que la acompaña.

Al lenguaje de la voz se une el de los ademanes, que no es menos enérgico: éstos no están en las débiles manos de los niños, sino en sus semblantes. Asombra la expresión que ya tienen estas mal formadas fisonomías; de un instante a otro varían sus semblantes con increíble rapidez; vemos en ellos la sonrisa, el deseo, el susto, que nacen y desaparecen como relámpagos; cada vez parece distinta cara. Tienen los músculos del rostro más movibles que los nuestros; en cambio sus ojos opacos casi nada expresan. Este debe ser el género de los signos corporales: en muecas consiste la expresión de las sensaciones; la de los afectos reside en las miradas.

Así como la debilidad y la miseria constituyen el primer estado del hombre, sus primeras voces son quejidos y llantos. El niño siente necesidades y no las puede satisfacer; implora con gritos el socorro, ajeno; si tiene mucho frío o mucho calor, llora; si tiene hambre o sed, llora; si necesita moverse y le dejan quieto, llora; si quiere dormir y le quitan el sueño, llora. Cuanto menos está a disposición suya su modo de ser, con más frecuencia pide que le muden. No tiene más que un

idioma, porque sólo conoce una especie única de incomodidad; la imperfección de sus órganos no le permite distinguir la diversidad de impresiones; y todos sus males forman con respecto a él una sola impresión dolorosa.

En estos llantos que pudieran creerse tan poco dignos de nuestra atención, nace la relación primera del hombre con todo cuanto le rodea; aquí se forja el primer eslabón de la dilatada cadena que constituye el orden social.

Cuando llora el niño es que tiene alguna incomodidad, experimenta alguna necesidad que no puede satisfacer; examinamos, averiguamos qué necesidad es esta, damos con ella y la remediamos. Cuando no atinamos a descubrirla, o no podemos satisfacerla, sigue el llanto, nos importuna; halagamos al niño para que calle, le mecemos, le arrullamos para que se duerma; si no calla, nos enojamos, le amenazamos, y algunas nodrizas de mal genio suelen a veces pegarle. Extrañas lecciones son éstas para el comienzo de la vida.

Nunca se me olvidará uno de estos incómodos llorones a quien pegó su nodriza; callóse al punto y yo creí que se había sobrecogido. Será acaso un alma servil, decía yo entre mí, que nada sin el rigor se alcanza de ella. Me equivocaba; al desventurado le ahogada la rabia, había perdido la respiración; le vi ponerse amoratado. De allí a un instante empezaron los gritos agudos; todas las señales del resentimiento, la desesperación y el furor de esta edad, las daban sus acentos; temí que expirara en esta agitación. Aunque hubiera dudado si la conciencia de lo justo y de lo injusto era innata en el pecho humano, sólo este ejemplo me lo hubiera demostrado. Estoy seguro de que un ascua que por acaso hubiera caído sobre una mano del niño, la hubiera sentido menos que este golpe muy ligero, pero dado con ánimo manifiesto de hacerle daño.

Esta disposición de los niños a enfadarse, despecharse y encolerizarse, exige grandísima atención. Piensa Boerhaave que la mayor parte de sus enfermedades son de la clase de las convulsivas, porque

siendo su cabeza en proporción mas abultada, y más extenso que en los adultos el sistema nervioso, éste es más propenso a irritación. Desvíense de ellos con el mayor cuidado los criados que les provocan, les enfadan, los impacientan y que son cien veces más peligroso, y más funestos para ellos que la inclemencia del aire y de las estaciones. Mientras que sólo en las cosas, y nunca en las voluntades, hallen resistencia los niños, no serán iracundos ni coléricos y se conservarán más sanos. Esta es una de las causas porqué los niños de la gente pobre, más libres, más independientes, son en general menos achacosos, menos delicados, más robustos que los que se pretende educar mejor sujetándoles sin cesar; pero siempre hemos de tener presente que hay mucha diferencia de obedecerlos a quitarles sus gustos.

Los primeros llantos de los niños son ruegos; si no se les hace caso, pronto se convierten en órdenes; empiezan haciéndose asistir y acaban haciendo que los sirvan. De esta suerte, de su flaqueza propia, de donde nace primero la conciencia de su dependencia se origina luego la idea de imperio y dominación; que nuestros servicios, ya empiezan aquí a hacerse distinguir los efectos morales, cuya inmediata causa no se halla en la naturaleza; y, por tanto, se ve que desde esta edad primera importa reconocer la secreta intención que ha dictado el ademán o el grito.

Cuando el niño sin decir nada, alarga con esfuerzo la mano, creyendo alcanzar al objeto porque no aprecia la distancia a que se halla, es un error suyo; pero cuando se lamenta y grita al alargar la mano, ya no se engaña acerca de la distancia, pues manda al objeto que se acerque a él, o a nosotros que le llevemos. En el primer caso, llévesele despacio y a pasos lentos al objeto; en el segundo, no se le den siquiera muestras de haberle entendido; cuanto más grite, menos debe escuchársele. Conviene acostumbrarle desde muy temprano a no mandar ni a los hombres, porque no es su amo, ni a las cosas, porque no le oyen. Por eso, cuando desea algo que ve y quieren dárselo, es mejor llevar el niño al objeto que traer el objeto al niño; de esta práctica saca

una consecuencia propia de su edad, y no hay otro modo de sugerírsela.

El abate de Saint-Pierre llamaba a los hombres, niños grandes, y recíprocamente pudiéramos llamar a los niños hombres chicos. Estas proposiciones tienen parte de verdad como sentencias; pero como principios, necesitan aclararse. Cuando Hobbes, calificaba al perverso de niño robusto, decía una cosa enteramente contradictoria. Toda perversidad procede de debilidad; el niño, si es malo, es porque el débil; denle fuerza, y será bueno; el que lo pudiese todo nunca haría mal. Entre todos los atributos de la divinidad omnipotente, aquel sin el que no podemos concebirla es el de la bondad. Todos cuantos pueblos han admitido dos principios, siempre han tenido al malo por inferior al bueno; de otro modo habrían hecho una suposición absurda. Véase más adelante la profesión de fe del presbítero saboyano.

La razón nos enseña por sí sola a conocer lo bueno y lo malo: la conciencia, que hace que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro, aunque independiente de la razón, no se puede desenvolver sin ella. Antes de la edad de razón, hacemos bien y mal sin saber si lo que hacemos es bueno o malo; y no hay moralidad en nuestras acciones, aunque algunas veces la haya en la impresión que en nosotros hacen las acciones de otro relativas a nosotros. Un niño quiere descomponer todo cuanto ve; rompe, hace pedazos lo que puede coger; agarra un pájaro como agarraría una piedra, y le ahoga sin saber lo que hace.

¿En qué consiste esto? Al instante viene la filosofía a señalar como causa nuestros vicios naturales, la soberbia, el espíritu de dominación, el amor propio, la perversidad humana. Acaso añade que la conciencia de su flaqueza incita al niño a que ejecute actos de fuerza y a que se dé a sí propio pruebas de su poder. Pero contemplemos a aquel viejo quebrantado y achacoso, tornado por el círculo de la vida humana a la flaqueza de la infancia; no sólo permanece inmóvil y tranquilo, sino que también quiere que nada se mueva en torno suyo; le turba y desasosiega la menor mudanza y desearía que reinara una

calma universal. ¿Cómo ha de producir tan distintos efectos en las dos edades una impotencia misma unida con las mismas pasiones, si no hubiera variado la causa primitiva? ¿Y dónde hallaremos esta diversidad de causas, sino en el estado físico de ambos individuos? El principio activo común de los dos se desenvuelve en el uno y se extingue en el otro; uno se forma, otro se destruye; uno camina a la vida, otro a la muerte. La actividad falleciente se reconcentra en el corazón del anciano; en el del niño es superabundante y rebosa fuera, sintiéndose, por decirlo así, con bastante vida para animar todo cuanto le rodea. No importa que haga o deshaga; bástale cambiar el estado de las cosas, porque todos cambio es acción. Y si parece que tiene más inclinación a destruir, no es por malicia, es porque la acción que forma siempre es lenta, y como la que destruye es más rápida, se aviene mejor con su viveza.

Al mismo tiempo que el autor de la naturaleza da este principio activo a los niños, cuida de que sea poco perjudicial, dejándoles poca fuerza, para que se abandonen a él. Pero así que pueden mirar a las personas que tienen cerca como instrumentos a quienes poner en acción, se sirven de ellos para seguir sus inclinaciones y suplir su propia flaqueza. De este modo se tornan incómodos, tiranos, imperiosos, malos, indómitos; progresos que no proceden de un natural espíritu de dominación, sino que se les infunden; pues poca experiencia hace falta para conocer cuán agradable es obrar por manos de otro.

Con la edad se cobran fuerzas, y se hace uno menos inquieto, más parado, se contiene más dentro de sí propio; se ponen, por decirlo así, en equilibrio el cuerpo y el alma, y ya la naturaleza nos pide sólo el movimiento necesario para nuestra conservación. Pero no se extingue el deseo de mandar con la necesidad que le dio origen; el amor propio le excita, y le halaga el imperio que el hábito fortifica; así el capricho sucede a la necesidad, y empiezan a echar raíces las preocupaciones y la opinión.



Una vez conocido el principio, vemos con claridad el punto en que se abandona la senda de la naturaleza; sepamos lo que se ha de hacer para no salir de ella.

Lejos de tener los niños fuerzas sobrantes, ni aun tienen la suficientes para todo lo que les pide la naturaleza; por tanto hay que dejarles el uso de todas cuantas les da y de que no pueden abusar. Primera máxima.

Es preciso ayudarles y suplir lo que les falta, ya sea, inteligencia, ya fuerza, en todo cuanto fuere de necesidad física. Segunda máxima.

En la ayuda que se les diere, es necesario limitarse únicamente a la utilidad real, sin conceder nada al capricho o deseo infundado, porque los antojos no los atormentarán cuando no se les hayan dejado adquirir, atendido que no son naturales. Tercera máxima.

Hay que estudiar con atención su lengua y signos pues como en esta edad no saben disimular, distinguiremos en sus deseos lo que se debe inmediatamente a la naturaleza y lo que procede de la opinión.

El espíritu de estas reglas es conceder a los niños más verdadera libertad y menos imperio, permitirles que hagan más por sí propios y exijan menos de los demás. Acostumbrándose así desde muy pequeños a regular sus deseos con sus fuerzas, poco sentirán la privación de lo que no esté en su mano conseguir.

Otra nueva e importantísima razón es dejar los cuerpos y los miembros de los niños enteramente libres, con la única precaución de preservarlos del riesgo de que se caigan y apartar de sus manos todo cuanto puede herirlos.

Indudablemente, una criatura que tiene los brazos y el cuerpo sueltos, llorará menos que otra fajada en sus pañales. Como no conoce otras necesidades que las físicas, sólo llora cuando padece; esto es muy útil, porque se sabe de fijo cuándo necesita socorro, y no debe dilatarse un instante el dársele, si es posible. Pero si no le podéis aliviar, estaos quietos, sin halagarle para que calle, vuestros cariños no le han de sanar de su dolor; mas él se acordará muy bien de la que ha de hacer

para que le acaricien y si sabe ocuparos una vez a su voluntad, ya es vuestro amo y todo se ha perdido.

Menos contrariados en sus movimientos también llorarán menos los niños; menos importunados con sus llantos nos afanaremos menos en hacer que callen; con menos frecuencia amenazados o mimados no serán tan medrosos ni tan tercos y permanecerán más a gusto en su estado natural. No tanto se quiebran los niños porque los dejen llorar, cuanto por el ansia de hacerlos callar; la prueba es que los niños más abandonados están menos expuestos a quebrarse que los otros. Muy lejos estoy de pretender que se descuiden; al contrario, conviene prever sus necesidades y no dejar que sus gritos nos adviertan de ellas; pero tampoco quiero que los cuidados que se tomen con ellos sean mal combinados. ¿Por qué han de dejar de llorar así que ven que con su llanto logran tantas cosas? Instruidos del aprecio que se hace de su silencio, buen cuidado tienen de no prodigarle. Al fin, tanto valor le dan, que no es posible pagárselo; y entonces, al llorar sin fruto, se esfuerzan, se apuran, y se matan.

Los porfiados llantos de un niño que no está sujeto ni enfermo, y a quien nada le falte, son llantos de hábito y obstinación; no son efecto de la naturaleza, sino de la nodriza, que por no saber tolerar su importunidad la multiplica, sin pensar que haciendo que el niño calle hoy, le excita a que mañana llore más. El único medio de sanar o precaver esta costumbre, es no hacer caso del llanto. Nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun las criaturas, que únicamente son tenaces en sus tentativas; pero si tenemos más constancia nosotros que terquedad ellas, se cansan y no vuelven a empezar. Así se les ahorran lágrimas y se acostumbran a no verterlas, cuando el dolor no es la causa de ellas.

Por lo demás, cuando lloran por manía o por obstinación el mejor medio de acallarlas es distraerlas con algún objeto vistoso y agradable que haga se olviden de que querían llorar. En esto son aventajadas la mayor parte de las nodrizas, y usado a tiempo es útilí-

simo; pero importa sobremanera que ni penetre el niño la intención de distraerle, y que se divierta sin creer que piensan en él; sobre este segundo punto están muy torpes las nodrizas.

Suele destetarse a los niños antes de tiempo. La época en que deben ser destetados la indica la salida de los dientes, y ésta por lo común es lenta y dolorosa. Por un instinto maquinal mete entonces el niño en la boca cuanto agarra para mascarlos. Dícese que esta operación se facilita, dándole por juguete al niño un cuerpo duro, como marfil o un diente de lobo. Lo creo una equivocación. Los cuerpos duros aplicados a las encías, lejos de ablandarlas las tornan callosas, las endurecen y preparan una ruptura más dolorosa y difícil. Tomemos siempre ejemplo del instinto. Vemos que los perritos no ejercitan sus dientes nacientes en pedernales, en hierro o en huesos, sino en madera, en cuero, en trapos, en materias blandas que ceden, y donde hace impresión el diente.

Ya no se sabe tener sencillez en nada, ni aun con los niños. Cascabeles de oro y plata, corales, cristales de facetas, juguetes de todo valor y todas clases : ¡cuánto atavío inútil y pernicioso! Nada de eso. Fuera los cascabeles, fuera los juguetes; ramas de árbol con sus hojas y su fruta; una cabeza de adormidera en donde se oigan sonar los granos; un palo de regaliz que pueda el niño chupar y mascar, le divertirán tanto como todas las cosas magníficas, y no tendrán el inconveniente de acostumbrarle al lujo desde que nace.

Sabido es que la papilla no constituye un alimento muy sano. La leche cocida y la harina cruda engendran mucha saburra y conviene mal a nuestro estómago. La harina está menos cocida en la papilla que en el pan, y además no ha fermentado. Si absolutamente se quiere dar al niño este alimento, conviene tostar antes un poco la harina. En mi tierra hacen así una sopa muy sana y agradable, pero la nata de arroz y la panerela me parecen mejores. También el caldo de carne y la sopa son alimentos que valen poco, y han de usarse lo menos posible. Conviene que los niños se acostumbren cuanto antes a mascar, que es el

verdadero modo de facilitar la dentición y cuando empiezan a tragar, los jugos salivales, mezclados con los alimentos, favorecen la digestión.

Yo les haría que mascasen primero frutas secas, con cáscaras , y les daría, en vez de juguetes, mendrugos delgados y largos de pan duro, o de bizcochos semejantes al pan de Mallorca. A puro ablandarle en la boca se tragarían un poco; insensiblemente les nacerían los dientes, y se encontrarían destetados sin pensar en ello. Comúnmente los hijos de los labradores tienen muy robusto el estómago y no los destetan de otra manera.

Los niños oyen hablar desde que nacen, y no sólo les hablan antes de que entiendan lo que les dicen, sino antes de que puedan repetir las palabras que oyen. Inculto todavía su órgano se adapta con lentitud a la imitación de los sonidos que les dictan y tampoco está probado que estos sonidos hagan en su oído tan distinta impresión como en el nuestro. No me parece mal que divierta la nodriza al niño con coplas y cuentos alegres y muy variados, pero repruebo que sin cesar le atolondre con una multitud de palabras inútiles, de las cuales sólo entiende el tono que las acompaña. Querría que las articulaciones primeras que llegaran a su oído fueran pocas, fáciles, y distintas, que se le repitiesen con frecuencia, y que las palabras que expresan significasen objetos sensibles que fuera posible mostrar en el acto al niño. La malhadada facilidad que adquirimos de contentarnos con palabras que no entendemos, empieza antes de lo que se cree; y el estudiante en el aula escucha la charla de su nodriza. Me parece que sería utilísima instrucción educarle de manera que no comprendiese palabra de ella.

Agólpanse las reflexiones en tropel, si uno quiere tratar de la formación de los idiomas, y de los primeros razonamientos de los niños. Sea como fuere, siempre aprenderán a hablar del mismo modo, y en esto todas las especulaciones filosóficas son absolutamente inútiles.

Primeramente, tienen una especie de gramática peculiar a su edad, cuya sintaxis se ajusta a reglas más generales que la nuestra; y si

la examináramos atentamente, nos asombraría la exactitud con que siguen ciertas analogías, defectuosísimas si se quiere, pero muy regulares, y que si no están admitidas es por su cacofonía o porque las rechaza el uso. Cierta día oí a un padre reñir ásperamente a un hijo suyo, porque decía; no *cabemos en la sala*. Es claro que el chico seguía mejor la analogía que nuestras gramáticas, porque si se dice *cabemos*, ¿por qué no se ha de decir *cabemos*<sup>22</sup>? Es pedantería inaguantable y trabajo superfluo ocuparse de enmendará los niños todas estas faltas contra el uso de que ellos mismos se enmiendan con el tiempo. Hablemos siempre con pureza en su presencia, hagamos que con nadie se halle más a gusto que con nosotros y estemos seguros de que insensiblemente nuestro lenguaje será el dechado del suyo, sin que nunca se lo corriamos.

Pero es un abuso mucho más importante y no menos fácil de precaver, el darse sobrada prisa a hacerlos que hablen, como si fuera de temer que no supiesen hablar por sí solos. Precipitación tan imprudente causa un efecto completamente opuesto al que se quiere. Los niños hablan más tarde y con más confusión. El mucho cuidado que se pone en todo cuanto dicen, los dispensa de articular bien; y como apenas se dignan abrir la boca, muchos conservan toda su vida un vicio de pronunciación y un confuso hablar que los hace casi ininteligibles.

He vivido mucho tiempo con aldeanos y nunca he oído tartajear a ninguno, ni a hombres, ni a mujeres, ni a niños. ¿De qué proviene esto? ¿Están acaso sus órganos contruidos de otro modo que los nuestros? No, pero están más bien ejercitados. Enfrente de mi ventana hay un terrado donde se reúnen a jugar los muchachos del pueblo. Aunque bastante distantes de mí, entiendo muy bien todo cuando dicen y apunto a veces excelentes memorias que me sirven para esta obra. Con frecuencia se engaña mi oído acerca de su edad; oigo voces

---

<sup>22</sup> El ejemplo empleado por el autor es este: *Mon père, iraije t-y* Porque diciéndose *va-s-y*, ¿qué razón hay para omitir el adverbio determinante y en la primera frase? V. página49, de la edición francesa de Garnier frères.

de muchachos de diez años; miro y veo, la estatura y el semblante de niños de tres o cuatro. No he sido yo solo quien he hecho esta experiencia; los de las ciudad que vienen a verme, y que consulto, incurren todos en el mismo error.

Lo que a él da motivo es que hasta que tienen cinco o seis años los niños de las grandes poblaciones, criados en casa y en el regazo del ama, no necesitan más que gruñir entre dientes para que los entiendan. En cuanto mueven los labios, los escuchan con sumo estudio, les dictan palabras qué repiten muy mal, y a fuerza, de atención, estando siempre a su lado las mismas personas, adivinan más bien lo que han querido decir, que lo que han dicho.

En el campo es muy distinto. Una aldeana no está siempre al lado de su hijo, y éste se ve forzado a decir con mucha claridad y en voz muy alta lo que necesita que le entiendan. En los campos, esparcidos los niños, desviados del padre, de la madre y de las demás criaturas, se ejercitan en hacer de modo que los oigan a mucha distancia, y a medir la fuerza de la voz por el intervalo que los separa de aquellos de quienes quieren ser oídos. De este modo aprende verdaderamente a pronunciar; no tartamudeando algunas vocales al oído de un ama atenta. Así cuando preguntan algo al hijo de un aldeano, puede que la vergüenza le impida responder; pero lo que diga lo dirá claridad, mientras que es necesario que él ama sirva de intérprete al niño de la ciudad, sin lo cual no se entiende una palabra de lo que gruñe entre dientes<sup>23</sup>.

A medida que los niños crecen deberían corregirse de este defecto en los colegios y las niñas en los conventos, y efectivamente,

---

<sup>23</sup> Claro es, que hay excepciones; con mucha frecuencia los niños que menos se habían hecho entender, así que alzan la voz, aturden. Pero si fuera yo a detallar todas estas menudencias, sería nunca acabar; todo lector sensato verá que derivándose el exceso y el defecto del mismo abuso, ambos los corrige igualmente mi método. Estas dos máximas las tengo yo por inseparables: *siempre lo bastante, nunca demasiado*. Establecida la primera, la segunda es su necesaria consecuencia.

unos y otros, hablan en general con más claridad que los que se han criado en casa de sus padres. Mas lo que les impide que adquieran nunca una pronunciación tan clara como la de los aldeanos, es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas y recitar en alta voz lo que han aprendido; porque cuando estudian, se habitúan a pronunciar mal y con negligencia. Peor es todavía cuando recitan; buscan con esfuerzo las palabras, prolongan y arrastran las sílabas; ni es posible que cuando vacila la memoria deje de tropezar también la lengua. Así se contraen, se conservan los vicios de pronunciación. Después veremos que Emilio no los contraerá, o, a lo menos, no se los deberá a las mismas causas.

Convengo en que la gente del pueblo y los lugareños incurren en el extremo de que casi siempre hablan más alto de lo que es conveniente, que pronuncian con sobrada aspereza, tienen articulaciones toscas y violentas, y hacen una mala elección de términos, etcétera.

Pero, en primer lugar, me parece este extremo mucho menos vicioso que el otro, porque como la primera ley del que habla es hacer de modo que le entiendan, no ser entendido es el mayor yerro que pueda cometer. Jactarse de no tener acento, es jactarse de quitar a las frases la gracia y energía. El acento es el alma del razonamiento, el que le da respiración y vida. Menos miente el acento que las palabras; y acaso por eso le temen tanto las personas bien educadas. Del estilo de decirlo todo en un mismo tono ha nacido el de burlarse de otro, sin que lo conozca el burlado. Al acento proscrito se han sustituido maneras de pronunciar ridículas, afectadas, sujetas a la moda, como especialmente se notan en los jóvenes de la corte. Esta afectación en el habla y en las maneras es causa de que en general sea tan repugnante y desagradable para las otras naciones la primera vista de un francés. En vez de acento en el hablar, usa, tonillo; y no es modo de que nadie se incline a su favor.

Todos estos ligeros defectos de lengua que tanto se teme que contraigan los niños, nada significan; se precaven o corrigen con la

mayor facilidad; pero los que se les dejan contraer haciendo su hablar confuso, quedo o tímido, criticándole sin cesar el tono y limando todos sus vocablos, nunca se enmiendan. El hombre que aprendiere a hablar sin salir de los tocadores de las señoras, mal se hará entender al frente de un batallón, y poco respeto impondrá al pueblo en un motín. Enseñad, primero, a los niños a que hablen con los hombres; que cuando sea necesario, bien sabrán hablar con las mujeres.

Criados en el campo vuestros hijos con toda la rusticidad campesina, adquirirán voz más sonora, no contraerán el tartamudeo confuso de los niños de la ciudad, ni tampoco se les pegarán las expresiones y el tono del lugar, porque viviendo en su compañía, el maestro desde su nacimiento, y más exclusivamente de día en día, con la corrección de su idioma precaverá o borrará la impresión del de los labradores. Hablará Emilio su lengua con tanta corrección como yo; pero la pronunciará con más claridad y la articulará mucho mejor.

El niño que quiere hablar, sólo debe escuchar las palabras que pueda entender y no decir más que las que pueda articular. Los esfuerzos que hace para ello le excitan a que redoble la misma sílaba, como para ejercitarse en pronunciarla con más claridad. Cuando empieza a balbucear, no nos afanemos mucho en adivinar lo que quiere decir: pretender que siempre le escuchen, es una especie de imperio, y el niño no debe ejercer ninguno: bástenos darle con prontitud lo necesario; a él le toca darse a entender para pedir lo que no sea. Todavía menos debemos exigir de él que hable: ya sabrá hacerlo sin que se lo digan, cuando conozca lo útil que para él es.

Verdad es que se observa en los que empiezan a hablar muy tarde que nunca lo hacen con tanta claridad como los demás; pero no se les ha quedado entorpecido el órgano por haber empezado a hablar tarde, sino que, al contrario, empiezan tarde porque nacieron con el órgano torpe. Y sin eso, ¿por qué habrían de hablar más tarde que los demás? ¿Tienen acaso menos ocasiones, o les excitan menos a ello? Muy al contrario; la inquietud que ocasiona esta tardanza, luego que



la echan de ver, es causa de que se afanen mucho más por hacerlos medio pronunciar que a los que han articulado antes; y este mal entendido afán puede contribuir mucho a que contraigan un hablar confuso, cuando con menos precipitación hubieran podido perfeccionarle en mayor grado.

Los niños a quienes se apresura para que hablen no tienen tiempo de aprender a pronunciar bien, ni de concebir con exactitud lo que les hacen decir; pero sí se les deja ir a su paso, se ejercitan primero en las sílabas de pronunciación más fácil y juntando con ellas poco a poco algunas significaciones, que por sus ademanes entendemos, antes de recibir nuestras palabras nos dan las suyas, y eso hace que no reciban aquellas sin que antes las entiendan. Como nadie les apura para que se sirvan de ellas, empiezan observando bien la significación que les damos, y cuando están completamente ciertos de ella, entonces las admiten.

El mayor daño de la precipitación en hacer hablar a los niños, no es el que las primeras conversaciones que con ellos tengamos y las palabras primeras que digan no sean para ellos de significación alguna, sino que tengan otra distinta que para nosotros, sin que lo conozcamos; de suerte que cuando al parecer nos responden con mucha exactitud, hablan sin entendernos y sin que les entendamos nosotros. Por lo que algunas veces nos causan sus razones, porque les atribuímos ideas que no tienen. Esta falta de atención nuestra al verdadero significado que para los niños tienen las voces de que se sirven, es, a mi parecer, la causa de sus primeros errores; errores que aun después de curados, influyen en la forme de su inteligencia toda su vida. Más de una ocasión tendré en adelante de aclarar aun esto con ejemplos.

Redúzcase, pues, cuanto fuere posible el vocabulario del niño, Es un inconveniente grandísimo que tenga más voces que ideas y sepa decir más cosas de las que puede pensar. Creo que una de las razones porque los aldeanos tienen más exacto el entendimiento que los veci-

nos de las ciudades, consiste en la limitación de su diccionario. Tienen pocas ideas, pero las comparan muy bien.

Todos los primeros desarrollos de la infancia se hacen a la vez; casi a un mismo tiempo aprende el niño a hablar, a comer, a andar. Esta es propiamente la época primera de su vida. Antes no es más de lo que era en el vientre de su madre; no tiene idea ni afecto alguno; apenas tiene sensaciones; ni aun siente su propia existencia.

*Vivi, et est vit ce nescius ipse suce*<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> Vive, y no sabe él mismo si está en vida.  
OVID. *Trist.*, lib. I.

## LIBRO SEGUNDO

Este es el segundo escalón de la vida, aquel en que, hablando con propiedad, se acaba la infancia, porque no son sinónimas las voces, *infans* y *puer*; la primera se halla subordinada a la otra y significa *el que no habla*; por eso dice Valerio Máximo; *puerum infantem*<sup>25</sup>, *niño infante*. Continuaré, no obstante, usando esta voz como está admitida en nuestra lengua, hasta la edad en que adopta otros nombres.

Cuando los niños empiezan a hablar lloran menos, y es natural, pues sustituyen a un idioma otro. Cuando pueden decir con palabras que padecen, ¿a qué lo han de manifestar con gritos, a menos que sea tan violento el dolor que no se pueda expresar con palabras? Si entonces siguen llorando, es culpa de las personas que tienen a su lado. Tan pronto como haya dicho Emilio una sola vez, *estoy malo*, vivísimos dolores han de ser necesarios para arrancarle lágrimas.

Si es delicado y sensible el niño, y si naturalmente llora por una nada, no le hago caso, y en breve agoto sus lágrimas: mientras llora, no me muevo; así que se calle, acudo. Muy presto será el silencio su modo de llamarme, o cuando más dará un solo grito. Por el efecto sensible de los signos juzgan los niños de su significación, única convención que hay para con ellos; y, aunque se lastime mucho un niño muy raro es que llora si está solo, a menos que espere ser oído.

Si cae, si se hace un chichón, si echa sangre por la nariz, si se corta los dedos, en vez de acudir con ademán de sobresalto, me estaré quieto un rato. El mal está hecho, necesario es que lo aguante; sólo serviría todo mi anhelo para asustarle más y aumentar su sensibilidad; más que el golpe, le asusta, de seguro, el miedo de las resultas de su herida. Esta zozobra se la quitaré yo, porque seguramente valorará el mal que se ha hecho como vea que yo le valúo; si me ve acudir in-

---

<sup>25</sup> Lib. I, cap. IV.

quieto, consolarle, compadecerle, pensará que está perdido; mas si ve que conservo mi sosiego, recuperará el suyo y creará que está sano así que no sienta dolor. En esta edad se toman las primeras lecciones de ánimo esforzado, y padeciendo sin susto dolores leves, se aprende a soportar los fuertes.

Lejos de poner esmero en precaver que Emilio se haga mal, sentirla mucho que no se lo hiciera nunca y creciera sin experimentar el dolor. Padecer es lo primero que debe aprender y lo que más necesitará saber. Aunque sea el niño pequeño y débil, puede tomar sin riesgo tan importantes lecciones. Si cae al suelo no se romperá una pierna; si se pega con un palo, no se romperá un brazo; si coge una navaja por el filo, no apretará mucho y no será muy honda la cortadura. No sé que nunca un niño a quien dejen suelto se haya muerto, estropeado o hecho un mal grave, si no queda expuesto imprudentemente a que caiga de un sitio alto, o solo junto a la lumbre, o que tenga a mano instrumentos peligrosos. ¿Qué diremos de esas colecciones de máquinas que reúnen junto a un niño para armarle de punta en blanco contra el dolor, hasta que en llegando a mayor queda a su arbitrio, sin experiencia ni ánimo, y piensa que es muerto si se pica con un alfiler o se desmaya si ve correr una gota de sangre?

Nuestra pedantesca manía de enseñanza nos mueve a que instruyamos a los niños en todo aquello que mucho mejor aprenderían por sí propios, y a olvidarnos de cuanto nosotros solos les hubiéramos podido enseñar. ¿Hay nada más necio que el trabajo empleado en enseñarlos a andar como si hubiéramos visto, que por descuido de su nodriza no supieran andar cuando mayores? Y, por el contrario, ¡cuántos vemos que andan mal toda su vida por haberlo aprendido mal!

Ni tendrá Emilio chichonera, ni canasta con ruedas, ni carretilla, ni andadores; o, a lo menos, así que sepa poner un pie delante de otro, sólo le sostendremos en los parajes empedrados o enladrillados y no

haremos más que pasar de prisa, por ellos<sup>26</sup>. En vez de permitir que se apoltrone en el aire estancado de una habitación, todos los días le llevaremos al medio de un prado a que corra, juegue y se caiga cien veces al día; más vale así; con eso aprenderá antes a levantarse. De muchos golpes resarce el bienestar de la libertad: con frecuencia sacará mi alumno contusiones; en cambio, siempre estará alegre; si los vuestros rara vez se hacen mal, están siempre disgustados y tristes; dudo que el beneficio esté de su parte.

Otro progreso hace que los niños necesiten quejarse menos el aumento de sus fuerzas. Así que pueden más por sí propios, tienen menos necesidad de recurrir a otros. Con su fuerza se desarrolla el conocimiento que los hace capaces de dirigirla. En este segundo grado es donde empieza verdaderamente la vida individual: entonces se adquiere la conciencia de sí mismo; extiende la memoria el sentir de la identidad a todos los momentos de su existencia, y se torna uno de verdad, él mismo, y capaz de felicidad o desgracia. Por tanto conviene considerarle ya como ser moral.

Aunque poco más o menos se calcula el término de la vida humana, y la probabilidad que cada edad tiene de acercarse a esta meta, no hay cosa más incierta que la duración de la vida de cada hombre, y son poquísimos los que llegan a este término. Al principio de la vida son mayores los riesgos de ella; y quien menos ha vivido, menos esperanza de vivir puede tener. La mitad, cuando más, de los niños que nacen, llegan a la adolescencia, y tal vez no llegue vuestro alumno a la edad de hombre.

¿Qué habrá que pensar, pues, de esa inhumana educación que sacrifica el tiempo presente a un porvenir incierto; que carga a un niño de todo género de cadenas y, empieza haciéndole miserable por

---

<sup>26</sup> No hay modo de andar más ridículo ni menos firme que el de las personas a quienes de niños han llevado mucho tiempo de los andadores; esta es una de aquellas observaciones que de puro ciertas son triviales y que se comprueban con frecuencia.

prepararle para una época remota no sé qué pretendida felicidad, que tal vez no disfrutará nunca? Aunque yo supusiera fundado en razón el objeto de esta educación, ¿cómo ver, sin indignarse, a unos pobres desventurados, sujetos a un yugo inaguantable y condenados como galeotes a trabajos forzados, sin estar ciertos de que han de sacar fruto de tanto penar? En medio de llantos, de castigos, de amenazas y de esclavitud se va la edad de la alegría. Por su bien atormentan al desdicha sin ver que la muerte es la que llaman y que le va a llegar en mitad de este triste aparato. ¿Quién sabe cuantos niños perecen víctimas de la extravagante discreción de un padre o un maestro? Felices son en huir así de su crueldad, pues el único fruto que sacan de tantos males como les han hecho es morir sin lamentar una vida de la que sólo han conocido los tormentos.

Hombres, sed humanos, tal es vuestro primer deber; sedlo con todos los estados, con todas las edades, con todo cuanto es propio del hombre. ¿Qué saber tendréis fuera de la humanidad? Amad la infancia; favoreced sus juegos; sus deleites, su amable instinto. ¿Quién de vosotros no ha deseado alguna vez volverse a la edad en que la risa no falta de los labios y en que siempre está serena el alma? ¿Por qué queréis estorbar que disfruten los inocentes niños de esos fugaces momentos que tan, rápidos huyen, y de bien tan precioso de que no pueden abusar? ¿Por qué queréis llenar de amargura y de dolores esos años primeros que tan veloces pasarán para ellos y que ya para vosotros no pueden volver? Padres, ¿sabéis acaso en qué instante aguardará la muerte a vuestros hijos? No deis motivo a nuevos llantos, privándolos de los cortos momentos que les dispensa la naturaleza; así que pueden sentir el deleite de la existencia, haced que disfruten de él y que a cualquier hora que Dios los llame no se mueran sin haber gozado de la vida.

¡Qué de voces van a levantarse contra mí! Oigo los clamores de esa falaz sabiduría que sin cesar nos lanza fuera de nosotros, que desdén al tiempo presente, siempre corriendo, sin tomar aliento en pos

del porvenir que huye al paso que nos adelantamos, y que a fuerza de querer trasladarnos a donde no estamos, nos traslada a donde nunca estaremos.

Este es el tiempo, me contestaréis, de corregir las malas inclinaciones del hombre; en la edad de la infancia, en que menos se sienten las penas, conviene multiplicarlas para evitárselas en la de la razón. Pero, ¿quién os dijo, que estuviese en vuestra mano ese arreglo, y que todas esas bellísimas instrucciones con que abrumáis el entendimiento de un niño no le hayan de ser un día más perjudiciales que provechosas? ¿Quién os dijo que le evitabais pesares con los que ahora le causáis? ¿Por qué hacéis mayores daños de los que su estado permite, sin estar ciertos de que sus males presentes le servirán de alivio para los venideros? ¿Cómo me probaréis que esas malas inclinaciones de que queréis curarle no son debidas mucho más a vuestros mal entendidos afanes que a la naturaleza? ¡Desventurada previsión, que hace hoy miserable a un ser con la bien o mal fundada esperanza de hacerle un día feliz! Y si estos razonadores vulgares confunden la licencia con la libertad, y él niño que hacen feliz con el mimado, enseñémosles que los distinguan.

Para no correr en pos de quimeras, no nos olvidemos tampoco de lo que conviene a nuestra condición. La humanidad tiene su lugar en el orden de las cosas, y el niño el suyo en el orden de la vida humana; es necesario considerar al hombre en el hombre y al niño en el niño. Todo cuanto para su bien podemos hacer es señalar a cada uno su lugar, colocarle en él y coordinar las pasiones humanas según la constitución del hombre: lo demás pende de causas extrañas que no están en nuestra mano.

No sabemos qué cosa sea dicha o desdicha absoluta; todo está mezclado en esta vida; ningún sentimiento tenemos puro, ni permanecemos dos momentos en un mismo estado, que están como en continua marea tanto los movimientos de nuestra alma como las modificaciones de nuestro cuerpo. Comunes son de todos el bien y el

mal, pero con distinta medida. El que menos penas padece es el más feliz, y el más miserable el que menos placeres disfruta. Siempre más pesares que alegrías; esa diferencia es común a todos. Así en este mundo la felicidad humana no es otra cosa que un estado negativo que ha de medirse por la menor cantidad de males que se padecen.

Todo sentimiento doloroso es inseparable del deseo, de eximirse de él; toda idea de placer lo es del de disfrutarle; todo deseo supone privación, y todas la privaciones que sentimos son penosas; así nuestra miseria consiste en que no están nuestros deseos en proporción de igualdad con nuestras facultades. La persona cuyas facultades estuviesen al nivel de sus deseos, sería completamente feliz.

Pues ¿en qué consiste la sabiduría humana o la senda de la verdadera felicidad? No precisamente en disminuir nuestros deseos, porque si a nuestro poder no alcanzasen, permanecería inerte parte de nuestras facultades y no gozaríamos todo nuestra ser; ni tampoco en dar ensanche a nuestras facultades, porque si a la par crecieran nuestros deseos, más que ellas, nos tornaríamos más infelices; pero, sí en disminuir el exceso de los deseos sobre las facultades, y en procurar reducir a perfecta igualdad la voluntad con el poder. Sólo en este caso hallándose en acción todas nuestras fuerzas, permanecerá sereno el ánimo, y se encontrará el hombre bien ordenado.

Así lo ha instituido desde luego la naturaleza que todo lo encamina a lo mejor, y que no le da inmediatamente más deseos que los necesarios para su conservación y las facultades que bastan para satisfacerlos; todas las demás las ha puesto como de reserva en lo interior del alma, para que cuando fuere necesario se vayan desarrollando. Sólo en este estado primitivo se encuentra el equilibrio del deseo y la posibilidad de satisfacerle, y no es infeliz el hombre. Al ponerse en acción sus facultades virtuales, se despierta y las precede la imaginación, que es la más activa de todas. Ella es la que nos marca la medida de las cosas posibles, así en lo bueno como en lo malo, y por consiguiente la que excita los deseos y les da pábulo con la



esperanza de contentarlos. Mas el objeto, que al principio parecía al alcance de la mano, huye con una velocidad que no podemos seguir; y cuando creernos cogerle se trasforma y se presenta a mucha distancia de nosotros. Como hemos perdido de vista el terreno andado, en nada lo estimamos, y se agranda y dilata sin cesar el que nos queda por andar. De este modo quedamos rendidos antes de llegar al término; y cuanto más corremos tras la felicidad, más se aparta de nosotros.

Por el contrario, cuanto más inmediato a su natural condición se ha quedado el hombre, menor es la diferencia de sus facultades y deseos, y por consiguiente está menos distante de ser feliz. Nunca es menos miserable que cuando parece privado de todo por que no se cifra la miseria en la privación de las cosas, sino en la necesidad que se siente de ellas.

El mundo real tiene límites, el imaginario es infinito; no pudiendo dar ensanche al uno, estrechemos el otro, porque solamente de su diferencia nacen todas las penas que nos hacen infelices en realidad. Exceptúense la fuerza, la salud y el buen testimonio de sí propio; todos los demás bienes de la vida consisten en la opinión: exceptúense los dolores corporales y los remordimientos de conciencia; los otros males son todos imaginarios. Dirán que es común este principio, lo confieso; pero no es común su aplicación práctica, ,y aquí únicamente se trata de ella.

¿Qué quiere significarse cuando se dice que el hombre es débil? La palabra debilidad indica una condición, una cualidad del ser a que se aplica, aunque sea un insecto, un gusano, es un ser fuerte; aquel cuyas necesidades exceden a su fuerza, sea un león, un elefante, un conquistador, un héroe, aunque sea, un dios, es un ser débil. El ángel rebelde que desconoció su naturaleza, era más débil que el venturoso mortal que vive en paz conforme a la suya. Cuando se contenta el hombre con ser lo que es, es muy fuerte, y muy flaco cuando se quiere encumbrar a más altura que la de su humanidad. No os figuréis que explayando vuestras facultades se dilatan vuestras fuerzas; por el con-

trario, disminuyen si vuestra soberbia se extiende más que ellas. Mídanos el radio de nuestra esfera y permanezcamos en el centro, como el insecto en medio de su tela; siempre nos bastaremos para nosotros mismos y no tendremos que lamentar nuestra flaqueza, porque nunca la sentiremos.

Todos los animales tienen justamente las facultades necesarias para conservarse: el hombre sólo las posee superfluas. ¿No es de extrañar que sea este superfluo el instrumento de su miseria? En todo país valen más los brazos de un hombre que su subsistencia. Si tuviera el suficiente juicio para despreciar este sobrante, siempre tendría lo necesario, porque nunca tendría de más. De las necesidades grandes, decía Favorino, nacen grandes bienes, y a veces el modo mejor de adquirir las cosas que nos faltan es privarnos de las que poseemos <sup>27</sup>a fuerza de esforzarnos por aumentar nuestra felicidad, la convertimos en miseria. El hombre que no quisiera otra cosa más que vivir, viviría feliz; por consiguiente sería bueno, porque ¿qué utilidad sacarla de ser malo?

Si fuéramos inmortales, seríamos unos seres muy miserables. Duro es el morir, sin duda; pero es muy suave el esperar que no siempre viviremos y que las penalidades de esta vida ha de terminarlas otra mejor. Si nos ofrecieran la inmortalidad en la tierra ¿habría quien quisiese admitir tan triste dádiva<sup>28</sup>? ¿Qué remedio, qué esperanza, qué consuelo nos quedaría contra los rigores de la suerte y contra las injusticias de los hombres? El ignorante que nada prevé, aprecia en poco el valor de la vida y no le asusta perderla; el hombre ilustrado ve bienes de mayor precio que prefiere a ella. Sólo una mediana ciencia y una sabiduría falsa, prolongando nuestras miras hasta la muerte, y no más allá, nos la hacen contemplar como el peor de los males. Para el sabio, la necesidad de morir no es más que un motivo para sufrir las

---

<sup>27</sup> Noct. atic. lib. IX, cap. VIII.

<sup>28</sup> Ya se comprende que hablo de los hombres que reflexionan y no de todos en general.

penas de la vida; y si no estuviéramos ciertos de perderla un día, se nos haría muy penoso el conservarla.

Todos nuestros males morales consisten en la opinión, excepto uno solo, que es el delito; y este pende de nosotros; nuestros males físicos o se destruyen o nos destruyen; nuestros remedios son el tiempo o la muerte. Pero padecemos tanto más cuanto menos sabemos padecer, y tenemos más afán por sanar de nuestras dolencias que el que necesitaríamos para tolerarlas. Vive según la naturaleza, sé sufrido y despide a los médicos; no evitarás la muerte, pero no la sentirás más que una vez, mientras que con frecuencia ellos la presentan a tu imaginación perturbada, y en vez de dilatar tus días, te priva su arte engañoso de que los goces. Siempre preguntaré en qué ha sido provechoso este arte para los hombres. Verdad es que morirían algunos de los que cura; pero quedarían con vida millones que mata. ¡Hombre sensato, no pongas a un juego en que tantas probabilidades tienes contra ti! ¡Padece, muere o sana; pero sobre todo, vive hasta tu última hora!

Todo es contradicción y locura en las instituciones humanas, más nos esforzamos por conservar la vida, cuanto menos valor va teniendo. Más temen perderla los viejos que los jóvenes; aquellos no quieren que se inutilicen los preparativos que han hecho para gozarla; cruel cosa es morir a los sesenta años sin haber empezado a vivir. Creemos que el hombre tiene un amor muy grande a su conservación, y es así; pero no conocemos que este amor; como nosotros le sentimos, es debido en gran parte a los hombres. El hombre, naturalmente, sólo se afana por conservarse, mientras tiene en su mano los medios para ello; cuando éstos le faltan, se resigna y muere sin apenarse inútilmente. De la naturaleza nos viene la primera ley de la resignación; los salvajes, como los brutos, se agitan poquísimos contra la muerte, y expiran casi sin quejarse. Destruída esta ley, se forma otra que dicta la razón; mas pocos saben sacarla de ella, y esta resignación artificial nunca es tan total y completa como la primera.

La previsión, la previsión que sin cesar nos saca de nuestros límites, y con frecuencia nos coloca a donde nunca llegaremos, ese es el verdadero manantial de todas nuestras miserias. ¡Qué manía en un ser tan efímero como el hombre, la de tener siempre fija la vista en un porvenir lejano que rara vez llega, y descuidar lo presente, que es lo cierto! Manía tanto más funesta cuanto que con la edad crece sin cesar, y los viejos, siempre desconfiados, cautos u avaros, más quieren negarse hoy lo necesario, que carecer de lo superfluo dentro de cien años. Así todo nos ata, a todo nos agarramos: a cada uno de nosotros le importan los tiempos, los lugares, los hombres, las cosas, todo cuanto hay, todo cuanto ha de haber; y nuestro individuo no es más que la menor parte de nosotros mismos. Se extiende uno, digámoslo así, por toda la redondez de la tierra, y se hace sensible en toda su dilatada superficie. ¿Qué extraño es que se multipliquen nuestros males en todos los puntos en que pueden herirnos? ¡Cuántos príncipes se desconsuelan por la pérdida de un país que nunca vieron! ¡a cuántos negociantes hasta con tocarlos en las Indias para que alcen el grito en París<sup>29</sup>?

¿Es la naturaleza la que por este medio lleva a los hombres tan lejos de sí mismos? ¿Es ella a que quiere que sepa cada uno su suerte de los demás, y algunas veces que sea el último en saberla; de modo que ha habido hombre que murió feliz o infeliz, sin llegarlo a saber? Veo a un hombre colorado, alegre, robusto, sano; anuncian sus ojos el contento, la satisfacción y trae consigo la imagen de la dicha. Llega una carta del correo; la mira el hombre feliz; es para él; la abre y la lee. Al instante muda de ademán, pierde el color y cae desmayado.

---

<sup>29</sup> «Cuidado extremo toma el hombre en la prolongación de su ser y a ello provee por toda suerte de medios... todo lo llevamos con nosotros; nadie piensa lo bastante que solamente es uno... Cuanto más amplificamos nuestra posesión, tanto más nos sometemos a los azares de la fortuna. El curso de nuestros deseos debe circunscribirse y limitarse al corto espacio de las comodidades más próximas. Los actos que no se ajustan a esta reflexión, necesariamente son erróneos.» (MONTAIGNE, lib. III, cap. X.)

Vuelto en sí, llora, se agita, solloza, se arranca los cabellos, el aire resuena con sus clamores, parece acometido de horribles convulsiones. ¡Loco! ¿Qué daño te ha hecho ese papel? ¿Qué miembro te ha roto? ¿Qué delito te ha hecho en ti, para que te pongas en ese estado?

Si la carta se hubiera perdido, si una mano caritativa la hubiera arrojado al fuego, me parece que hubiera sido un problema extraño la suerte de este mortal, dichoso y desdichado a un tiempo. Dirán que su desdicha era real. Enhorabuena; pero no la sentía. Pues ¿a dónde estaba? Su felicidad era imaginaria. Comprendo; la salud, la alegría, la serenidad, el contento de ánimo, no son otra cosa que visiones. Nosotros no existimos ya dónde estamos, que existimos donde no estamos. ¿Merece la pena de temerse tanto la muerte, siempre que no muera aquello en que vivimos <sup>30</sup>?

¡Hombre! Encierra tu existencia dentro de y no serás desgraciado. Permanece en el lugar que te señaló la naturaleza en la cadena de los seres, nada te podrá forzar a que salgas de él; no des coces contra el duro aguijón de la necesidad, y no apures en resistirme unas fuerzas que no te dispensó el cielo para ensanchar o prolongar tu existencia, sino para conservarla como y mientras él quisiese. Tu poderío y tu libertad alcanzan hasta donde rayan tus fuerzas naturales, no más allá: todo lo demás es mera esclavitud, ilusión, apariencia. Hasta la dominación es vil cuando se funda en la opinión, porque pende de las preocupaciones. Para conducirlos a tu albedrío, es menester que te conduzcas por el suyo; si mudan ellas de modo de pensar, fuerza será

---

<sup>30</sup> «Major pars mortalium de naturoe malignitate conqueritur, quod in exiguum cevi gignimur... non exiguum temporis habemus, sed multum perdimus. Satis longa vita est, si tota bene collocaretur... Proecipitat quisque vitam suam, et futuri desiderio laborat pcesentium tcedio. » (SÉNEGA, *De Brev, vitt.*, cap. I et VIII).

«Nuestros afectos van mucho más allá que nosotros ... Nunca permanecemos en nuestro límite, siempre pasamos de él; los temores, las esperanzas y los deseos nos impulsan hacia el porvenir y nos sustraen al sentimiento y a la consideración de lo que existe para distraernos con aquello que existirá cuando ya no vivamos nosotros. » (MONTAIGNE, liv. I, cap. III.)

que mudes tú de modo de obrar. A los que se acercan a ti, les basta saber gobernar las opiniones del pueblo que crees tú que gobiernas, o de los privados que te gobiernan, a ti, o las de tu familia, o las tuyas propias; esos visires, esos cortesanos, esos sacerdotes, eso soldados, esos criados, y hasta los niños, aunque tuvieras el superior ingenio de Temístocles<sup>31</sup>, te van a llevar, como si fueras tú también una criatura, en mitad de tus legiones. Hagas lo que quieras, nunca excederá tu autoridad real, de tus facultades reales. Así que es necesario ver por ojos ajenos y querer por voluntad ajena. Mis pueblos son mis vasallos, dices ufano. Está bien. Pero, ¿tú qué eres? Vasallo de tus ministros. Y tus ministros, ¿qué son? Vasallos de tus secretarios, de sus damas, criados de sus criados. Tomadlo todo, usurpadlo todo, desparramad luego el dinero a manos llenas levantad baterías de cañones, alzad horcas, encended hogueras, promulgad leyes, edictos, multiplicad los espías, los soldados, los verdugos, las cárceles, las cadenas. ¡Pobres hombrecillos! ¿Qué vale todo eso? Ni seréis mejor servidos, ni menos robados, ni menos engañados, ni más absolutos. Siempre repetiréis, *queremos* y haréis siempre lo que otros quieran.

El único que hace su voluntad es el que para hacerla no necesita de auxilio ajeno; de donde se infiere que el más apreciable de los bienes no es la autoridad, sino la libertad. El hombre verdaderamente libre sólo quiere, lo que puede y hace lo que le conviene.

Esta es mi máxima fundamental; trato de aplicarla a la infancia y veremos derivarse de ella todas las reglas de educación.

No solamente ha hecho la sociedad más débil al hombre, quitándole el derecho que tenía en sus propias fuerzas, sino más especialmente haciendo que sean esas insuficientes; por eso sus deseos se

---

<sup>31</sup> «Ese chicuelo que ahí veis es el árbitro de la Grecia, decía Temístocles a sus amigos, porque él gobierna a su madre, su madre me gobierna a mí, yo gobierno a los atenienses y los atenienses gobiernan a los griegos.» ¡Oh, qué de mezquinos conductores se hallarían a veces en los mayores imperios, sí se bajase por grados desde el príncipe hasta la primera mano que da el impulso secreto! (PLUTARCO, Dict. notables de reyes y capitanes, 49.)

multiplican con su flaqueza; y ego es lo que constituye la de la infancia, comparada con la edad adulta. Si el hombre es un ser fuerte, y el niño uno débil, no es porque tenga aquél más fuerza absoluta que éste, sino porque naturalmente puede el primero bastarse a sí propio, y el segundo no. Así el hombre debe tener más voluntades, el niño más voluntariedades, y por voluntariedad entiendo yo todos aquellos deseos que no son verdaderas necesidades y que sólo pueden satisfacerse con auxilio ajeno.

Ya he dicho cual era razón de este estado de flaquezas la naturaleza la ha remediado con el cariño de los padres y las madres; pero este cariño puede tener su exceso y su defecto y sus abusos. Los padres que viven en el estado civil, colocan en él a su hijo antes de tiempo, y aumentando sus necesidades, acrecientan, su flaqueza en vez de disminuirla. También la aumentan exigiendo de él lo que no exigía la naturaleza, sujetando a la voluntad de los padres la poca fuerza que el niño tiene para hacer la suya propia, y convirtiendo por una parte y otra en esclavitud la reciproca dependencia en que les retiene a él su flaqueza y a ellos su cariño.

El sabio conoce que debe permanecer en su puesto; pero el niño que no sabe cuál es el suyo, no se puede mantener en él. En nuestros países halla mil maneras de salirse de su sitio, y no es fácil tarea para los que le gobiernan el retenerle. No debe ser bruto, ni hombre, sino niño; es necesario que reconozca su flaqueza, no que padezca por ella; que dependa, no que obedezca; que pida, no que mande. Sólo a causa de sus necesidades está sujeto a los demás, porque éstos ven mejor que él lo que le conviene, lo que a su conservación puede contribuir o perjudicar. Nadie, ni aun su padre tiene derecho para mandar a un niño lo que no pueda serle de algún provecho.

Antes que las preocupaciones y las leyes sociales alteren nuestra inclinación natural, consiste la felicidad, así de los niños, como de los hombres, en el uso de su libertad; pero está en los primeros limitada por su debilidad. Aquel que hace lo que quiere es feliz si se basta a sí

propio, que es el caso del hombre que vive en el estado libertad aparente semejante a la que en el estado social disfrutaban los hombres. No pudiendo cada uno de nosotros vivir sin los demás, se torna otra vez miserable y débil. Fuimos criados para ser hombres; las leyes y la sociedad nos han vuelto a sumir en la infancia. Los ricos, los grandes, los reyes, todos son unos niños que viendo con cuánto anhelo alivian su miseria, por esto mismo se envanecen y viven ufanos de la solicitud que no tendrían con ellos si fueran hombres formados.

Importantes son estas consideraciones, y sirven para resolver todas las contradicciones del sistema social. Hay dos especies de dependencias: la de las cosas, que nace de la naturaleza; y la de los hombres, que se debe a la sociedad. Como la dependencia de las cosas carece de toda moralidad, no perjudica a la libertad ni engendra vicios; y como la de los hombres es desordenada<sup>32</sup>, los engendra todos, y por su causa se depravan recíprocamente el amo y el criado. Si algún medio hay de remediar esta dolencia de la sociedad, es el sustituir la ley al hombre y en armar las voluntades generales con una fuerza real, mayor que la acción de toda voluntad particular. Si fuera posible que las leyes de las naciones tuvieran, como las de la naturaleza, una inflexibilidad que no pudiera vencer fuerza ninguna humana, tornaría la dependencia de los hombres a ser la de las cosas; en la república se reunirían todos los beneficios del estado, natural con los del civil, y a la libertad que mantiene al hombre exento de vicios, se agregaría la moralidad que le encumbra a la virtud.

Mantened al niño en la única dependencia de las cosas y así habréis seguido el orden de la naturaleza en los progresos de la educación. Nunca presentéis a sus indiscretas voluntariedades obstáculos que no sean físicos, ni castigos que no procedan de sus mismas acciones; sin prohibirle que haga daño, basta con estorbárselo. En vez de los preceptos de la ley, no debe seguir más que las lecciones de la ex-

---

<sup>32</sup> En mis *Principios de derecho político* se demuestra que en el sistema social ninguna voluntad particular puede ser ordenada.



perencia o de la impotencia. Nada otorguéis a sus deseos porque lo pida, sino porque lo necesite; ni sepa, cuando obra él, qué cosa es obediencia, ni cuando por él obran, qué cosa es imperio. Reconozca igualmente su libertad en sus acciones que en las vuestras. Suplid la fuerza que le falta, justamente cuanto fuere, necesario para que sea libre, no imperioso; y aspire, recibiendo vuestros servicios hechos con cierto género de desdén, a que llegue el tiempo que pueda no necesitarlos y tenga la honra de servirse a sí propio.

Tiene la naturaleza para fortalecer el cuerpo, y hacer que crezca, medios que nunca deben ser contrariados. No se ha de obligar al niño a que esté quieto cuando quiere andar, ni a que ande cuando quiera estar quieto. Si por culpa nuestra no se ha estragado la voluntad de los niños, nada quieren sin motivo.

Menester es que salten, corran y griten cuando quieran; todos sus movimientos son necesidades de su constitución que procura fortalecerse; pero debemos desconfiar de lo que desean, sin poderlo ejecutar por sí propios y, que han de hacer otros por ellos: entonces se ha de distinguir escrupulosamente la verdadera necesidad, la necesidad natural, de la del antojo que empieza a nacer, o de la que sólo procede de la superabundancia de vida de que ya hablé anteriormente.

Ya he dicho lo que ha de hacerse cuando llora un niño para conseguir alguna cosa: sólo añadiré que así que puede pedir con palabras lo que desea, y para que se lo den más pronto o para vencer una negativa apoya con llantos su solicitud, se le debe negar irremisiblemente. Si la necesidad le ha hecho que hable, debéis conocerlo y al instante hacer lo que pide; pero ceder algo a sus lágrimas es excitarle a que las vierta, enseñarle a que dude de vuestra buena voluntad y a que crea que más puede en vosotros la importunidad que la benevolencia. Si cree que sois débil, será en breve terco; así conviene otorgar siempre a la primera señal lo que no se le quiere negar. Sed pareo en vuestras negativas, pero nunca las revoquéis.

Guardaos con especialidad de enseñar al niño vanas fórmulas de cortesía, que cuando sea necesario le sirvan de palabras mágicas para sujetar a su voluntad a todos cuantos le rodean y conseguir al instante lo que le acomode. En la etiquetera educación de los ricos no se omite nunca el hacerlos cortésmente imperiosos, prescribiéndoles los términos que han de usar para que nadie se atreva a resistirles; no usan el tono ni las locuciones de quien pide; tanto o más arrogantes cuando ruegan que cuando mandan, porque están más ciertos de que les obedecerán. Al punto se conoce que al decir ellos, *hágame usted el favor*, significa *me da gana*; y *suplico a usted* es igual a *mando a usted*! Cortesía admirable que muda el significado de las palabras, y con la que no se puede hablar, como no sea en estilo imperativo. Yo, que menos temo que Emilio sea descortés que arrogante, más quiero que pida rogando, *haz esto*, que mandado, *te ruego*; lo que me importa no es el término de que se vale, sino la significación que le da.

Un exceso hay de rigor y otro de indulgencia; ambos se han de evitar de igual manera. Si dejáis que padezcan los niños, aventuráis su salud y vida y los hacéis miserables al presente; si los preserváis con sobrado esmero de todo género de disgustos, les preparáis grandes miserias, los hacéis delicados, sobrado sensibles; los sacáis del estado de hombres, al cual, a despecho vuestro, volverán un día. Por no exponerlos a algunos males de la naturaleza, les causáis otros que ésta no les ha dado.

Me diréis que incurro en el caso de aquellos malos padres a quienes afeaba que sacrificasen la felicidad de sus hijos a la consideración de un tiempo remoto, que puede no venir nunca. No es así; porque la libertad que doy a mi alumno le resarce con usura de las leves incomodidades a que dejo que se exponga. Veo a unos tunantillos jugando con la nieve, cárdenos, arrecidos y que apenas pueden menear los dedos; en su mano está el irse a calentar, y no lo hacen; si los obligasen a ello cien veces más sentirían el rigor del mandato, que sienten el del frío. ¿Pues de qué os quejáis? ¿Hago miserable a vuestro

hijo, no exponiéndole a otras incomodidades que las que él quiere padecer? Le hago feliz en el instante actual dejándole libre y le preparo a que lo sea en lo venidero armándole contra los males que debe sufrir. Si le diesen a escoger entre ser alumno vuestro o mío, ¿pensáis que vacilase un instante?

¿Se concibe que un ser pueda gozar alguna dicha verdadera fuera de su constitución? ¿No es sacar de ella a un hombre, querer eximirle absolutamente de todos los males de su especie? Si; yo sostengo que para sentir los bienes grandes, es necesario que conozca los males leves: esa es su naturaleza. Si lo físico va demasiado bien, se corrompe lo moral. Quien no conociese el dolor, no conocerla la ternura de la humanidad, ni la suavidad de la conmiseración; nada le moverla; no sería sociable, sería un monstruo entre sus semejantes.

¿Sabéis cuál es, el medio más seguro de hacer miserable a vuestro hijo? Acostumbrarle a conseguirlo todo, porque como crecen sin cesar sus deseos con la facilidad de satisfacerlos, tarde o temprano os precisará la impotencia, mal que os pese, a venir a una negativa; y no estando acostumbrado, ésta le causará más sufrimiento que la privación de lo mismo que desea. Primero querrá el bastón que lleváis, luego pedirá vuestro reloj, después el pájaro que vuela, la estrella que ve brillar; en fin, todo cuanto vea; y a menos de ser Dios, ¿cómo le habéis de contentar?

El hombre tiene una predisposición natural a mirar como suyo todo cuanto está en su poder. En este sentido es verdadero, hasta cierto punto, el principio de Hobbes; multiplíquense con nuestros deseos los medios de satisfacerlos, y cada uno se hará dueño de todo. Así, el niño a quien basta con querer para alcanzar, se cree árbitro del universo, mira como esclavos suyos a todos los hombres, y cuando al fin se ven en la precisión de negarle algo, él, que cree que todo es posible cuando da órdenes, contempla esta negativa como un acto de rebelión; como se halla en una edad incapaz de razonar, todas las razones que se le dan son meros pretextos; en todo ve mala voluntad; y exasperada su

índole con la idea de una pretendida injusticia, toma odio a todo el mundo, y sin agradecer nunca la condescendencia, se indigna contra toda oposición.

¿Cómo pensaré yo que un niño poseído así de la rabia, y devorado de las más irascibles pasiones, pueda ser nunca feliz? ¡Feliz él! Es un déspota; es, a la par, el más vil de los esclavos y la más miserable de las criaturas. Niños he visto educados de esta manera que querían que de un empujón fuera derribada una casa, que les dieran la veleta que ha en lo alto de una torre, que parasen la marcha de un regimiento para oír más tiempo los tambores y que atronaban el aire con sus gritos, sin querer escuchar a nadie, así que tardaban en complacerles. En vano se esforzaban todos en contentarles, irritándose sus deseos con la facilidad de alcanzarlos; se empeñaban en cosas imposibles, y en todas partes sólo hallaban contradicciones, estorbos, penas y dolor. Riñendo siempre, siempre rabiando, siempre revoltosos, se les iba el día en gritar y lamentarse. ¿Eran unos seres venturosos? Reunidas la debilidad y la dominación, sólo engendran miseria y locura. De dos criaturas mimadas la una golpea la mesa y la otra manda azotar al mar; mucho tendrán que golpear y que azotar antes de vivir contentos.

Si estas ideas de dominio y de tiranía les hacen desgraciados desde su infancia, ¿qué será cuando lleguen a mayores y empiecen a dilatarse y multiplicarse sus relaciones con los demás hombres? Acostumbrados a ver que todo cede en su presencia, ¡cuánto extrañan, al entrar en el mundo, ver que todo se les resiste, y hallarse estrujados con el peso de este universo que pensaban mover a su antojo!

Sus insolentes ademanes, su pueril vanidad, sólo les acarrear mortificaciones, desdenes y escarnios; beben agravios como agua; pruebas crueles les enseñan bien pronto que no conocen su estado ni sus fuerzas; no pudiéndolo todo, creen que nada pueden. Tanto desusado estorbo los desalienta; tantos desprecios los envilecen; se vuelven cobardes, medrosos, soeces y tanto caen por bajo de sí mismos cuanto por encima se levantaron antes.

Volvamos a la primitiva regla. La naturaleza formó a los niños para que fuesen amados y socorridos; pero ¿los formó acaso para que los acatasen y temiesen? ¿Les dio el ademán imponente, el mirar severo, la voz áspera y amenazadora para que infundieran miedo? Bien comprendo que el rugido de un león espante a los animales, y que tiemblan al ver su terrible melena; pero si hay algún espectáculo indigno, ridículo y odioso a la vez, es el que presenta un cuerpo de magistrados, con su jefe a la cabeza, en traje de ceremonia, postrados ante un niño en mantillas, perorándole en pomposos periodos, y él, en respuesta, llorando y babeando.

Considerando la infancia en si misma, ¿hay en el orbe un ser más flaco, más miserable, más a merced de cuanto le rodea, que más necesite piedad, solicitud y amparo, que un niño? ¿No parece que si tiene tan agradable semblante, y tan cariñoso ademán, es sólo para que todo cuanto a él se acerque tome parte en su debilidad y anhele por socorrerle? ¿Pues qué cosa hay más repugnante, más contraria al orden, que ver a un niño imperioso y de mala condición, dar órdenes a todos cuantos le cercan y tomar con descaro el tono de amo para aquellos a quienes basta abandonarle para que él perezca?

Por otra parte, ¿quién no ve que la debilidad de la edad primera encadena a los niños de tantas maneras, que es inhumanidad añadir a esta sujeción la de nuestros caprichos, privándole de una libertad tan limitada, de que tan poco puede abusar y de que tan inútil es para él como para nosotros privarle? Si no hay objeto que sea tan digno de mofa como un niño altanero, tampoco lo hay que tanta lástima merezca como un niño medroso. Puesto que con la edad de razón empieza la servidumbre civil, para qué es hacer que a ella preceda la servidumbre privada? Consintamos que haya un instante en la vida exento de este yugo que no nos impuso la naturaleza, y dejemos a la infancia el uso de la libertad natural que, a lo menos por algún tiempo, la desvía de los vicios que se adquieren en la esclavitud. Vengan esos institutores severos, esos padres esclavos de sus hijos; vengan unos y otros con sus

frívolas objeciones, y antes de alabar sus métodos, escuchen y aprendan el de la naturaleza.

Vuelvo a la práctica. Ya he dicho que nada debe conseguir vuestro hijo porque lo pide, sino porque lo necesita<sup>33</sup>, y que no debe hacer nada por obediencia, sino sólo por necesidad; de suerte que las voces obedecer y mandar se proscribirán de su diccionario, y más todavía las de obligación y deber; pero las de fuerza, necesidad, impotencia y precisión, deben ocupar mucho lugar. Antes de la edad de razón no es posible tener idea ninguna de los seres morales, ni las relaciones sociales; por tanto se ha de evitar, cuanto fuere posible, el uso de la voces que las expresan, no sea que el niño aplique al punto a estas voces ideas falsas, que luego no sabremos o no podremos destruir. La primera idea falsa que halle entrada en su cabeza, es la semilla del error y el vicio; por tanto, es necesario poner mucha atención en este primer paso. Haced que mientras sólo le muevan las cosas sencillas, todas sus ideas se paren en las sensaciones; haced que por todas partes sólo el mundo físico distinga en torno suyo; de lo contrario, estad cierto de que no os prestará oído, o que tendrá del mundo moral de que le habláis, nociones fantásticas que no podréis borrar jamás.

Discutir con los niños era la máxima fundamental de Locke, y hoy es la más usada; pero me parece que no es el fruto que de ella se saca lo que debe hacerla muy apreciable, y yo, por mi, no veo cosa más tonta que esos niños con quienes tanto han discurrido. Entre todas las facultades del hombre, la razón, que, por decirlo así, es un compuesto de todas las demás, es la que con más dificultad y lentitud se desenvuelve; ¡y de ella se quieren valer para desenvolver las pri-

---

<sup>33</sup> Debe conocerse que así como la pena es muchas veces precisa, el deleite a veces es necesidad. Un solo deseo hay en los niños con el cual nunca se debe condescender, que es el de hacer que los obedezcan; de donde se sigue que, en todo cuanto piden, es menester buscar con atención el motivo que les mueve a pedirlo. Otorgadles en lo posible todo lo que les puede causar gusto real negadles siempre lo que solamente solicitan por antojo o por ejercer un acto de autoridad.

meras! La obra maestra de una buena educación es formar un hombre racional; ¡y pretenden educar a un niño por la razón! Eso es empezar por el fin, y querer que la obra sea el instrumento. Sí los niños escuchasen la razón, no necesitarían que los educaran; pero con hablarles desde su edad más tierna una lengua que no entienden, los acostumbran a contentarse con palabras, a censurar todo cuanto les dicen, a tenerse por tan sabios como sus maestros, a hacerse argumentadores y revoltosos; y todo cuanto piensan alcanzar de ellos por motivos de razón, nunca lo alcanzan sino, por los de codicia, miedo o vanidad, que siempre hay precisión de juntar con ellos.

He aquí la fórmula a que poco más o menos se pueden reducir todas las lecciones de moral que se dan y pueden darse a los niños :

EL MAESTRO

No se debe hacer eso.

EL NIÑO

¿Y por qué no se debe hacer?

EL MAESTRO

Porque está mal hecho.

EL NIÑO

¡Mal hecho! ¿Qué está mal hecho?

EL MAESTRO

Lo que te prohíben.

EL NIÑO

¿Y por qué es malo hacer lo que me prohíben?

EL MAESTRO

Te castigarán por no haber obedecido.

EL NIÑO

Yo lo haré de manera que no lo sepan.

EL MAESTRO

Te acecharán.

EL NIÑO

Me esconderé.

EL MAESTRO

Te lo preguntarán.

EL NIÑO

Mentiré.

EL MAESTRO

No se debe mentir.

EL NIÑO

¿ Por qué no se debe mentir?

EL MAESTRO

Porque está mal hecho, etc.

Este círculo es inevitable: salid de él, y no os entiende el niño. ¿No son utilísimas estas instrucciones? Mucho celebrarla saber con qué se puede sustituir este diálogo; el mismo Locke se hubiera visto apurado. Conocer el bien y el mal, penetrarse de la razón de las obligaciones humanas, no es cosa de niños.



La naturaleza quiere que los niños sean tales antes de llegar a hombres. Si queremos invertir este orden, produciremos frutos precoces que no tendrán madurez ni gusto y que se pudrirán muy presto; tendremos doctores muchachos y viejos niños. Tiene la infancia modos de ver, pensar y sentir, que le son peculiares; no hay mayor desatino que querer imponerles los nuestros; tanto equivale exigir que tenga un niño dos varas de alto, como razón a los diez años. Y efectivamente ¿de qué le serviría a esa edad? La razón es el freno de la fuerza y el niño no necesita ese freno.

Tratando de inculcar a vuestros alumnos la idea de obediencia, a esta pretendida persuasión unís las amenazas y la fuerza, o lo que es peor, las promesas y los halagos; de suerte que, movidos del cebo del interés, o del apremio de la fuerza, fingen que los ha convencido la razón. Bien conocen que les trae utilidad la obediencia y detrimento la rebeldía, así que tienen conocimiento de una o de otra; pero como todo, cuanto les mandáis, es enfadoso para ellos, y siendo por otra parte cosa penosa ejecutar la voluntad ajena, se esconden para hacer la suya, convencidos de que obran bien si queda oculta su inobediencia, pero resueltos a confesar el mal, si los descubren, por temor de otro más grave. Como la razón del deber excede los alcances de esta edad, nadie hay en el mando que se la pueda hacer verdaderamente palpable; pero el temor del castigo, la esperanza del perdón, la importunidad, el aturdimiento en las respuestas, les sacan todas las confesiones que les piden, y creen que los han convencido, cuando no han hecho más que intimidarlos o fastidiarlos.

¿Qué resulta de esto? Primeramente, que imponiéndoles una obligación de que no están convencidos, los exasperáis contra vuestra tiranía y los retraéis de que os tengan cariño; que los enseñáis a que se hagan disimulados, falsos, embusteros, para sonsacar recompensas o evitar castigos, y, finalmente, que acostumbrándolos a encubrir siempre con un motivo aparente otro secreto, vosotros mismos les franqueáis medios para que sin usar os engañen, os impidan que conozcáis

su verdadero carácter y os satisfagan con palabras vanas cuando se presente la ocasión. Las leyes, me diréis, aunque obligatorias para la conciencia, usan también de apremio con los adultos. Convengo en ello. Pero esos hombres, ¿qué son sino unos niños estragados por la educación? Esto justamente es lo que se ha de precaver. Valeos de la fuerza con los niños y de la razón con los hombres; ese es el orden natural: el sabio no necesita leyes.

Tratad a vuestro alumno conforme a su edad; ponedle desde luego en, supuesto, y retenedle en él de manera que no haga tentativas para dejarlo. Entonces será práctico en la lección más importante de la sabiduría, antes de saber lo que es ésta. No le mandéis nunca nada de cuanto, hay en el mundo, absolutamente nada, ni dejéis que imagine siquiera que pretendéis tener sobre él autoridad ninguna; sólo, sí, sepa que es débil y vos sois fuerte: que por su estado y el vuestro os está necesariamente supeditado; sépalo, apréndalo y siéntalo; sienta cuanto antes sobre su altiva cabeza el duro yugo de la necesidad, bajo el cual es fuerza que todo ser finito se rinda; vea necesidad en las cosas, y nunca en el capricho de los hombres<sup>34</sup>; sea el freno que le contenga, la fuerza y no la autoridad. No le prohibáis las cosas de que deba abstenerse, estorbadle que las haga, sin explicación ni raciocinio; lo que le concedáis, concedédselo a la primera palabra que diga, sin importunidades, sin ruegos, y más que todo sin condiciones. Conceded con gusto y no neguéis sin repugnancia; pero sean irrevocables todas vuestras repulsas, no os doblegue importunidad ninguna; sea el *no* dicho un muro de bronce, contra el cual, apenas haya probado el niño cinco o seis veces sus fuerzas, ya no se empeñará en echarle por tierra.

Por tal modo le haréis sufrido, sereno, resignado, sosegado, aun cuando no haya alcanzado lo que quería porque es natural en el hombre sufrir con paciencia, la necesidad de las cosas, mas no la mala

---

<sup>34</sup> Debemos estar ciertos de que mirará el niño como capricho toda voluntad contraria a la suya y cuya causa no conozca. Un niño no alcanza el motivo de aquello que se opone a sus caprichos.

voluntad ajena. Estas palabras, *no hay más*, son una respuesta que nunca enfadó a niño alguno, a menos que sospechase que era mentira. En cuanto a lo demás, aquí no hay medio; es necesario o no exigir de él nada absolutamente, o doblegarle desde el principio a la más entera obediencia. La educación peor es dejarle que fluctúe entre su voluntad y la vuestra y que disputéis sin cesar cuál de los dos ha de ser el amo más quisiera que lo fuera él siempre.

Muy extraño es que desde que se ocupan los hombres en la educación de los niños, no hayan imaginado otros instrumentos para conducirlos, que la emulación, los celos, la envidia, la vanidad, el ansia, el miedo, todas las pasiones más peligrosas, las que más pronto fermentan y las más capaces de corromper al alma, aun antes de que esté formado el cuerpo a cada instrucción precoz que quieren introducir en su cabeza, plantan un vicio en lo interior de su corazón; institutores faltos de juicio piensan de buena fe que lo aciertan, cuando los hacen malos por enseñarles qué cosa es la bondad; y luego nos dicen con magistral gravedad: ese es el hombre. Sí; ese es el hombre que vosotros habéis formado.

Se han experimentado todos los instrumentos menos uno, precisamente el único que puede surtir efecto: la libertad bien aplicada. No conviene que se encargue de educar un niño quien no lo sepa conducir a dondequiera, por solas las leyes de lo posible y lo imposible. Como igualmente ignora la esfera de lo uno y lo otro, se ensancha o se estrecha ésta en torno de él, conforme uno quiere. Con sólo el vínculo de la necesidad, sin que él se disguste, se le encadena, se le empuja o se le contiene; con sólo la fuerza de la cosas, se le torna dócil y manejable, sin dar entrada al germen de vicio alguno, porque cuando ningún efecto producen, no se animan las pasiones.

No deis a vuestro alumno lecciones verbales de ninguna especie; solamente la experiencia debe dárselas; ni le impongáis ningún género de castigo, porque no sabe qué cosa sea cometer culpa; ni le hagáis nunca que pida perdón, porque no puede ofenderos. Privado de toda

moralidad en sus acciones, nada puede hacer que sea moralmente malo ni que merezca reprensión o castigo.

Ya veo al lector asustado formar juicio acerca de este niño comparándole con los nuestros, y se engaña. La perpetua sujeción en que tenéis a vuestros alumnos, exalta su vivacidad; cuánto más encogidos están en vuestra presencia, más alborotados son así que se escapan, pues es preciso que se resarzan, cuando puedan, del duro encogimiento en que los retenéis. Más estrago causan en un lugar dos estudiantes de la ciudad, que todos los mozos del pueblo. Encerrad a un señorito y a un lugareño en un cuarto; el primero lo derribará, lo romperá todo, antes que el otro se mueva de su sitio. ¿Por qué así, si no es porque el uno se da prisa en abusar de un instante de licencia, mientras que el otro, seguro siempre de su libertad, nunca tiene prisa para hacer uso de ella? Y, sin embargo, los hijos de los aldeanos, que muchas veces son objeto de contemplaciones o de violencias, todavía se hallan muy distantes del estado en que quiero yo que se críen.

Sentemos como máxima indudable que siempre son rectos los movimientos primeros de la naturaleza; no hay perversidad original en el pecho humano; no se halla en él un solo vicio que no se pueda decir cómo y por dónde se introdujo. La única pasión natural del hombre es el amor de sí mismo o el amor propio tomado en sentido lato. Este amor propio, en sí, o relativamente a nosotros, es útil y bueno; y como no tiene relación necesaria con otro en este respecto, es naturalmente indiferente: sólo por la aplicación que de él se hace y las relaciones que se le dan, se torna bueno o malo. Hasta que nazca la razón, guía del amor propio, conviene que no haga nada un niño porque le ven o le oyen; en una palabra, nada con respecto a los demás, sino sólo lo que le dicte la naturaleza, y entonces no hará cosa que no sea buena.

No quiero decir con esto que nunca haga estrago, que no se haga mal, que no rompa acaso un mueble rico, si lo encuentra a mano. Pudiera hacer mucho daño sin obrar mal, porque la acción mala pende

de la intención de causar daño, y nunca tendrá tal intención. Si una vez sola la tuviese, todo estaría ya perdido y sería mala casi sin remedio.

Hay cosas que son malas a juicio de la avaricia y no lo son razonablemente. Dejando a los niños con entera libertad de ejercitar su atolondramiento, conviene desviar de ellos todo cuanto pudiera hacerle costoso, y no dejarles a la mano cosa ninguna frágil y preciosa. Adórnese su estancia con muebles toscos y sólidos, sin espejos, porcelanas ni efectos de lujo. En cuanto a mi Emilio, que educo en el campo, no habrá en su cuarto nada que le distinga del de un jornalero. ¿De qué sirve adornarle con tanto esmero, cuando tan pocos ratos debe estar en él? Pero me equivoco; él mismo le adornará, y en breve veremos con qué.

Si no obstante vuestras precauciones, llegare el niño a incurrir en algún desorden, a romper algún mueble, no le castigáis por la negligencia vuestra, no le riñáis; no oiga ni una palabra de reprensión; no le dejéis ni columbrar siquiera que os ha dado un sentimiento; portaos exactamente como si se hubiera roto el mueble por acaso; finalmente, creed que no habréis logrado poco, si podéis no decirle nada.

¿Me atreveré a exponer aquí la mayor, la más importante, la más útil regla de toda la educación? Pues no es el ganar tiempo, sino el perderle. Lectores vulgares, perdonadme mis paradojas; preciso es tenerlas cuando se reflexiona; y dígase lo que se quiera, vale más ser hombre de paradojas que de preocupaciones. El intervalo más peligroso de la vida humana es desde el nacimiento hasta la edad de doce años, que es cuando brotan los errores y los vicios, sin que haya todavía instrumento ninguno para destruirlos; y cuando viene el instrumento son tan hondas las raíces, que no es ya tiempo de arrancarlas. Si llegasen los niños de un salto repentino desde el pecho de su madre hasta la edad de la razón, pudiera convenirles la educación que les dan; pero, según el progreso natural, es menester una en todo opuesta. Sería necesario que no se valiesen de su alma hasta que poseyese ésta

todas sus facultades, porque es imposible que vea la antorcha que la presentáis cuando está ciego y que la inmensa llanura de las ideas siga una senda que la razón señala con casi imperceptibles rasgos, aun para los ojos más perspicaces.

La primera educación debe ser, pues, meramente negativa. Consiste, no en enseñar la virtud ni la verdad, sino en preservar de vicios el corazón y de errores el ánimo. Sí pudierais no hacer nada, ni dejar hacer nada; si pudierais traer sano y robusto a vuestro alumno hasta la edad de doce años, sin que supiera distinguir su mano derecha de la izquierda, desde vuestras primeras lecciones se abrirían los ojos de su entendimiento a la razón, sin resabios ni preocupaciones; nada habría en él que pudiera oponerse a la eficacia de vuestros afanes. En breve se tornaría en vuestras manos el más sabio de los hombres; y no haciendo nada al principio, haríais un portento de educación.

Haced todo lo contrario de lo que se acostumbra, y casi siempre acertaréis. Como no quieren que el niño sea niño sino que sea doctor, los padres y los maestros no ven la hora de enmendar, corregir, reprender, acariciar, amenazar, prometer, instruir, hablar en razón. Haced cosa mejor, sed racional y no racionéis con vuestro alumno, con especialidad para hacer que apruebe lo que le desagrada, porque traer al retortero la razón en cosas desagradables, concluye por hacérsela fastidiosa y desacreditarla muy pronto en un alma que todavía no es capaz de entenderla. Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas; pero mantened ociosa su alma cuanto más tiempo fuere posible. Temed todos los afectos anteriores al juicio que los valúa. Contened, para las impresiones quede fuera le vengan; y por estorbar que nazca el mal, no os apresuréis a producir el bien, porque nunca lo es cuando no le alumbraba la razón. Considerad como ventajosas todas las dilaciones, que no es alcanzar poco el adelantar hacia el término sin perder nada; dejad que madure la infancia en los niños. Finalmente, si se hiciera necesaria alguna lección, guardaos de dársela hoy, si podéis dilatarla sin riesgo hasta mañana.

Otra consideración que confirma la utilidad de este método es la del genio particular del niño, que es necesario conocer bien para saber qué régimen moral le conviene. Cada espíritu tiene su forma peculiar, según la cual necesita ser gobernado; y para sacar fruto de los afanes que se toman, importa gobernarle por esta forma y no por otra. Hombre prudente, acecha por mucho tiempo la naturaleza, observa bien a tu alumno antes que le digas una palabra, deja que primero se manifieste con entera libertad el germen de su carácter, no le violentes en cosa ninguna para verle mejor por completo. ¿Piensas que es perdida para el niño esta época de libertad? Por el contrario, es la mejor empleada, porque así aprendes tú a no perder un punto solo en tiempo más precioso; mientras que si empiezas a obrar antes que sepas lo que es menester hacer, obrarás a la ventura; expuesto a engañarte, tendrás que volver atrás, y te hallarás más lejos de la meta que si te hubieras dado menos prisa a tocarla. No hagas como el avaro, que pierde mucho por no querer perder nada. Sacrifica en la edad primera un tiempo que volverás a ganar con usura en edad más avanzada. El médico prudente no da con atolondramiento sus remedios desde la primera visita, pues antes de recetar estudia el temperamento del doliente; empieza tarde a curarle, pero le sana; mientras que el que se precipita mucho, le mata.

Pero ¿dónde colocaremos a este niño para educarle así, como un ser insensible, como un autómatas? ¿Le colocaremos en la luna o en una isla desierta? ¿Le apartaremos de todos los humanos? ¿No le ofrecerá continuamente el mundo el espectáculo y el ejemplo de las pasiones? ¿No verá nunca otros niños de su edad? ¿Nos verá a sus parientes, a sus vecinos, a su nodriza, a su ama, a su lacayo, a su mismo ayo, que al cabo no ha de ser un ángel?

Fuerte y sólida es esta objeción. Pero ¿os de dicho yo que fuese fácil empresa la de una educación natural? ¡Oh, hombres! ¿Es culpa mía si habéis hecho dificultoso todo cuanto, es bueno? Conozco estas dificultades, las confieso y acaso son insuperables; pero siempre es

cierto que, aplicándose a obviarlas, se remedian hasta cierto punto. Yo señalo la meta a donde debe dirigirse la carrera; no digo que se pueda llegar a ella, pero sí que el que más se acerque sacará más ventajas.

Acordaos de que antes de atreverse a comenzar la empresa de formar un hombre es menester haberse uno mismo hecho hombre; y hallar en sí propio el ejemplo que se debe proponer. Mientras que no tiene todavía conocimiento el niño, hay tiempo para disponer todo cuanto a él se acerca, de manera que no se presenten a sus primeras miradas otros objetos que los que le conviene ver. Hacedos respetar de todo el mundo; empezad haciéndoos querer, para que procure cada uno complaceros. No seréis árbitro del niño, si no lo sois de todo cuanto le rodea; y nunca será esta autoridad suficiente si no va cimentada en la estimación de la virtud. No se trata de agotar el bolsillo y esparcir dinero a manos llenas; nunca he visto que el dinero hiciese bien quisto a nadie. No ha de ser uno avaro ni duro, ni ha de compadecer la miseria que puede aliviar; pero es en balde abrir las arcas si no se abre también el corazón; el de los demás permanecerá cerrado. Vuestro tiempo, vuestra solicitud, vuestro afecto, vos mismo, eso es lo que habéis de dar, porque aunque hagáis más, se echa de ver que vuestro dinero no sois vos. Prendas hay de interés y benevolencia que son más eficaces y realmente más provechosas que todas las dádivas. ¡Cuántos desventurados y enfermos hay que necesitan consuelos más que limosna! ¡Cuántos oprimidos a quienes sirve de más la protección que el dinero! Poned en paz las personas que se malquistan, precaved los pleitos, amonestad a los hijos de sus obligaciones, a los padres, de la indulgencia; promoved matrimonios felices, estorbad las vejaciones; usad con prodigalidad del crédito de los parientes de vuestro alumno, amparando al débil a quien niegan justicia y que oprime el poderoso. Declaraos firme sustento de los desdichados. Sed justo, humano, benéfico; no hagáis solo limosnas, haced caridad; más alivian las obras de misericordia que el dinero. Amad a los otros y os amarán; servidlos y os servirán; sed hermano suyo y serán hijos vuestros.



Esta es otra razón porqué quiero yo educar a Emilio en el campo, lejos de la canalla de criados, los últimos de los humanos después de sus amos; lejos de las depravadas costumbres de las ciudades, que el pulimentado barniz que les dan hace atractivas y contagiosas para los niños. Los vicios de los campesinos, sin ornato y con toda su selvática rusticidad, más son para avergonzar, que para seducir, cuando no se saca fruto de imitarlos.

En una aldea será el ayo mucho más dueño de los objetos que quiera presentar al niño; su reputación, sus palabras, su ejemplo, tendrán una autoridad que en la ciudad no pudieron tener; como es útil a todo el mundo, todos anhelarán complacerle, hacerse estimar de él y presentarse al discípulo como quisiera en efecto el maestro que fuesen; y si no se enmiendan del vicio, se abstendrán del escándalo, que es todo cuanto necesitamos para nuestro objeto.

No achaquéis a los demás vuestros propios yerros; menos corrompe a los niños el mal que ven, que el que vosotros les enseñáis. Sermoneantes siempre, moralistas siempre y siempre pedantes, por cada idea que les sugerís, creyendo que es buena, les dais otras veinte que nada valen; llenos de lo que tenéis en la cabeza, no veis qué efecto producís en la suya. En todo ese copioso flujo de palabras con que sin cesar los enfadáis, ¿creéis que no haya una que entiendan equivocadamente? ¿Pensáis que no comenten a su modo vuestras difusas explicaciones, y no hallen materia para formar un sistema a su alcance, que, cuando llegue el caso, sepan oponeros?

Escuchad a uno de estos hombrecillos a quienes se acaba de aleccionar; dejadle charlar, hacer preguntas, desbarrar a su sabor y vais a asombraros del extraño giro que a vuestros raciocinios ha dado en su cabeza; todo lo confunde, todo lo trastrueca; os impacienta y os aflige a veces con imprevistos reparos; os fuerza a que calléis o le hagáis callar. ¿Y qué puede pensar de este silencio de un hombre que tanto se parece por hablar? Si una vez alcanza este triunfo, y lo conoce, adiós

educación; en este punto todo se acabó; ya no procura instruirse, procura refutaros.

Maestros celosos, sed prudentes, sencillos, circunspectos; no os deis prisa a obrar, sino es para estorbar que otros obren; repítolo sin cesar; diferid, si es posible, una instrucción buena por temor de dar una mala. En esta tierra, que la naturaleza hubiera hecho el primer paraíso del hombre, temed no hagáis el oficio del tentador, queriendo dar a la inocencia el conocimiento del bien y el mal; no pudiendo impedir que se instruya el niño con los ejemplos que vea, ceñid toda vuestra vigilancia a imprimir en su ánimo estos ejemplos con la imagen que le convenga.

Las pasiones impetuosas producen gran efecto en el niño que las presencia, porque tiene señales muy sensibles que le hacen bastante impresión y le fuerzan a fijar la atención en ellas. Especialmente la ira es tan ruidosa en sus arrebatos, que es imposible no conocerla en hallándose cerca. No preguntemos si es esta una ocasión adecuada para un pedagogo de hacer un soberbio discurso. Fuera los discursos; nada de eso, ni una palabra. Dejad hablar al niño: atónito con la escena, dejará de haceros preguntas. La contestación es sencilla y sacada de los mismos objetos que han hecho impresión en sus sentidos. Ve un rostro inflamado, unos ojos que echan fuego, un ademán amenazador; oye gritos, señales todas de que no está el cuerpo en su estado natural. Decidle seriamente, sin afectación ni misterio: ¡Ese pobre hombre está malo, tiene ataque de calentura! Aquí podéis aprovechar la ocasión para darle en pocas palabras idea de las enfermedades y sus efectos; porque también son cosa natural, y uno de los vínculos de la necesidad a que se debe reconocer sujeto.

Acaso en virtud de esta idea, que no es falsa, contraerá desde muy niño cierta repugnancia de entregarse a los excesos de las pasiones, que mirará como enfermedades. ¿Creéis que semejante noción, dada a tiempo, no produzca más saludables efectos que el más fastidioso sermón de moral? Ved ahora las consecuencias de esta noción

para lo venidero: ya estáis autorizado, si alguna vez os veis precisado a ello, a tratar a un niño rabioso como a un niño enfermo; a tenerle a dieta, a asustarle a él mismo con sus nacientes vicios, a hacérselos odiosos, la severidad que acaso, os veréis precisado a usar para curarle. Y si a vos mismo os sucede en algún momento de vivacidad salir de la frialdad y la moderación que con tanto esmero debéis conservar, no procuréis encubrirle vuestro yerro; decidle ingenuamente como una cariñosa queja: Amiguito, me has puesto malo.

Por lo demás, importa que todas las gracias que pueda dictar al niño la sencillez de ideas en que está criado, nunca se anoten en su presencia ni se citen de manera que pueda él saberlo. Una imprudente carcajada puede echar a perder la faena de seis meses y causar un irreparable perjuicio para toda la vida. No me cansaré de repetir bastante, que, para ser árbitro del niño, es preciso serlo de sí propio, Me figuro a mi niño Emilio, en la fuerza de una disputa entre dos vecinas, que se va a la más enfurecida, y la dice en tono de compasión: *Está usted mala; lo siento mucho*. Ciertamente no quedará sin efecto este arranque en los espectadores, y acaso en las actrices. Sin reírme, sin reñirle, sin elogiarle, me le llevo de grado o por fuerza antes que pueda reconocer este efecto, o a lo menos antes que en él piense, y, me doy prisa a distraerle con otros objetos que muy pronto se lo hagan olvidar.

No tengo intención de detenerme en las más pequeñas circunstancias, sino sólo sentar las máximas generales y dar ejemplos en los lances dificultosos. Tengo por imposible que en el seno de la sociedad pueda llegar un niño a la edad de doce años, sin que se le dé alguna idea de las relaciones de hombre a hombre y la moralidad de las acciones humanas. Basta con esmerarse en que no le sean necesarias estas nociones hasta lo más tarde que sea posible; y cuando se hayan hecho inevitables, en ceñirlas a la utilidad presente, sólo para que no se crea dueño de todo, y no haga mal a otro sin escúpulo y sin saberlo.

Hay caracteres blandos y pacíficos, que se pueden conducir sin peligro hasta muy lejos en su primera inocencia; pero también hay naturales violentos cuya ferocidad se desenvuelve muy temprano y que es necesario apresurarse a hacerlos hombres, para no verse obligados a encadenarlos.

Nuestros primeros deberes son relativos a nosotros; nuestros primitivos afectos se concentran en nosotros mismos, todos nuestros movimientos naturales se refieren primero a nuestra conservación y a nuestro bienestar. El primer sentimiento de la justicia no nos viene de la que debemos, sino de la que nos deben; y por eso es uno de los defectos de las educaciones comunes el hablar siempre de sus obligaciones a los niños y nunca de sus derechos, empezando por decirles lo contrario de lo que necesitan; cosa que ni pueden entender ni les interesa.

Si tuviera, pues, que conducir a uno de estos que acabo de suponer, diría: Un niño nunca acomete a las personas, sino a las cosas<sup>35</sup>; y en breve le enseña la experiencia a respetará cuantos tienen más fuerza y edad; pero las cosas no se defienden a sí mismas. Por consiguiente, la primera idea que se le ha de dar, no tanto es la de la libertad cuanto, la de la propiedad; y para poder tener esta idea, es menester que tenga alguna cosa propia. Citarle sus vestidos, sus muebles, sus juguetes, es no decirle nada, porque si bien dispone de estas cosas, no sabe por qué ni cómo las posee. Decirle que las tiene porque se las han dado, no es adelantar nada, porque para dar es necesario tener; luego hay una propiedad que antecedió a la suya, y lo que se

---

<sup>35</sup> Nunca se ha de consentir que un niño trate a los mayores como a inferiores ni aún como a iguales suyos. Si se atreviese a pegar de veras a alguno, aunque fuera su lacayo, aunque fuera él verdugo, haced que le restituya éste con usura sus golpes y de manera que le quite la gana de secundarlos. He visto a niñas imprudentes que atizan la cólera de las criaturas las excitan a que peguen, se dejan pegar y se ríen de sus débiles golpes sin hacerse cargo de que en la intención del niño furioso eran otras tantas heridas de muerte, y que el que quiere pegar cuando chico, querrá matar cuando sea mayor.

quiere explicar es el principio de la propiedad, además de que la donación es un convenio, y no puede saber todavía el niño lo que es convenio<sup>36</sup>. Ruégoos, lectores, que notéis en este ejemplo y en otros cien mil, cómo atestando la cabeza de los niños de palabras que no tienen significación ninguna a su alcance, creen sin embargo que les han dado instrucción.

Se trata, pues, de llegar hasta el origen de la propiedad, porque de aquí debe nacer la primera idea de ella. El niño que vive en el campo tomará alguna noción de las faenas rústicas; para esto no se necesitan más que ojos y espacio, y tiene uno y otro. En toda edad, y sobre todo en la suya, quiere el hombre crear, imitar, producir, dar señales de actividad y poderío. Así que vea dos veces cavar una huerta, sembrar, nacer, crecer las legumbres, y, a querrá ser hortelano.

Conforme a los principios arriba establecidos, no me opongo a su deseo; por el contrario le favorezco, tomo parte en él, trabajo con él, no por hacer su gusto, como él cree, sino por hacer el mío; soy su mozo de huerta; en tanto que él adquiere fuerzas, cavo yo la tierra; toma él posesión sembrando un haba; y ciertamente, más sagrada y respetable es esta posesión que la que de la América meridional tomó Núñez de Balboa en nombre del rey de España, plantado su estandarte en las playas del mar del sur. Venimos a regar todos los días las habas y las vemos nacer muy contentos. Aumento yo este júbilo diciéndole: *esto le pertenece*; y explicándole entonces este término de pertenencia, le hago conocer que ha gastado en este plantío su tiempo, su trabajo, su esfuerzo, finalmente, su persona; que en esta tierra hay una cosa que es parte de él mismo, y que puede reclamar contra cualquiera, como pudiera sacar su brazo de la mano de otro hombre que se le tuviera asido contra su voluntad.

---

<sup>36</sup> Por eso la mayor parte de los niños quieren volver a tomar lo que han dado y lloran cuando no se lo devuelven, lo cual no hacen cuando han entendido bien lo que es una dádiva, sólo que entonces son más circunspectos en dar.

A lo mejor, llega un día corriendo con la regadera en la mano. ¡Oh, espectáculo! ¡Oh, dolor! Todas las habas están arrancadas, toda la tierra removida; ni aun el sitio es conocido. ¡Ah! ¿Qué se ha hecho de mi trabajo, la obra mía, el dulce fruto de mis sudores y afanes? ¿Quién me ha robado mi caudal? ¿Quién me ha cogido mis habas? Este pecho nuevo se levanta en peso; el sentimiento primero de la injusticia vierte en él su amargura acerba; corre de sus ojos un raudal de lágrimas; sin consuelo el niño, llena el viento de gritos y sollozos. Participo yo de su dolor y su indignación; indagamos, nos informamos, hacemos pesquisas; al fin descubrimos que el hortelano ha cometido el daño, y le llamamos.

Pero ahora nos hallamos muy lejos de nuestra cuenta. Sabiendo el hortelano de lo que nos quejamos, empieza a quejarse con más violencia que nosotros. ¡Con que ustedes, señores, son los que me han echado a perder mi trabajo! Había sembrado yo unos melones de Malta, cuyas pepitas me las habían dado como un tesoro; quería regalarles algunos cuando estuvieran maduros, y héteme que por sembrar sus malditas habas, me han arrancado mis melones que ya estaban nacidos, y que nunca conseguiré de nuevo. Me han hecho ustedes un perjuicio irreparable y se han privado del gusto de comer melones exquisitos.

#### JUAN-JACOBO

Dispénsenos usted, pobre Roberto; tenía usted, empleado aquí su trabajo, sus faenas. Bien veo que hemos hecho mal en destrozarnos su obra; pero mandaremos traer otras pepitas de melones de Malta, y no trabajaremos la tierra antes de saber si ha tocado alguno a ella antes que nosotros.

#### ROBERTO

¡Bah! ¡Si es así, señores, bien pueden ustedes echarse a dormir, porque ya no hay aquí tierras baldías. Yo trabajo la que benefició mi padre; cada uno hace por su parte lo mismo y todas las tierras que ven ustedes tienen dueño hace mucho tiempo.

EMILIO

Señor Roberto, ¿con que se perderán muchas veces las pepitas de melón?

ROBERTO

Perdone usted, niño, pero no suele suceder así, porque no tenemos muchos señoritos tan atolondrados como usted. Nadie toca al jardín de su vecino y respeta cada uno el trabajo de los demás para que esté seguro el suyo.

EMILIO

Pero yo no tengo huerta.

ROBERTO

¿Qué me importa a mí? Si usted echa a perder la mía no le dejaré que se pase por ella, porque no quiero yo perder mi trabajo.

JUAN-JACOBO

¿No nos podríamos arreglar con el buen Roberto? Que nos dé a mi amiguito y a mí un rincón de su huerta para cultivarle, a condición de que le daremos la mitad de lo que produzca.

ROBERTO

Yo se lo doy a ustedes sin condición. Pero acuérdense de que iré a cavar sus habas si tocan a mis melones.

En este ensayo sobre el modo de inculcar a los niños las nociones primitivas, vemos cómo naturalmente sube la idea de propiedad al derecho del primer ocupante por el trabajo. Esto es claro, franco, sencillo y siempre al alcance del niño. Desde aquí hasta el derecho de propiedad y las permutas, no falta más que un paso, dado el cual no se debe seguir adelante.

También se ve que una explicación que encierro aquí en dos páginas, será acaso negocio de un año en la práctica, porque en la carrera de las ideas morales no es posible adelantar sin suma lentitud, ni está de más el esmero que se ponga en afianzar cada pisada. Ruégoos, jóvenes maestros, que reflexionéis en este ejemplo y os acordéis de que, en todo, vuestras lecciones más deben consistir en acción que en discursos, porque con facilidad se olvidan los niños de lo que han dicho y lo que han oído, pero no de lo que han hecho y les ha sucedido.

Enseñanzas de esta clase deben darse, como he dicho, más pronto o más tarde, según acelera o retarda la necesidad de ella la índole pacífica o revoltosa del alumno; su uso es de una palpable evidencia; pero para no omitir nada importante en las cosas dificultosas, demos todavía otro ejemplo.

Vuestro niño díscolo estropea todo lo que toca; no os enfadéis; desviar de él cuanto pueda echar a perder. ¿Rompe los muebles de su servicio? pues no os deis prisa a darle otros; dejadle que sienta todo el daño de la privación. ¿Rompe los vidrios de sus ventanas? dejad que le dé el viento de día y de noche, sin curaros de sus resfriados, que vale más que se resfríe que no que sea loco. No es quejéis nunca de las incomodidades que os causa, pero haced de modo que sea él el primero que las sufra. Al cabo hacéis poner los vidrios sin decir nada. ¿Los vuelve a quebrar? pues mudad entonces de método; decidle con sequedad, pero sin enojo: las puertas vidrieras son más; yo las de hecho



poner ahí, y quiero resguardarlas; después le encerráis en un cuarto oscuro sin ventanas a tan extraño proceder grita, alborota; nadie le escucha. Presto se cansa y muda de estilo; se lamenta, solloza; preséntase un criado, y el alborotador, le ruega que le saque de allí. Sin buscar pretextos para hacerlo, le responde el criado: *¡También yo tengo cristales que conservar!*, y se marcha. Al fin, cuando haya pasado el niño algunas horas en su encierro, el tiempo suficiente para sufrir mucho fastidio y que no se le olvide la lección, le sugerirá alguien la idea de que os proponga un convenio en virtud del cual le restituyáis su libertad y no quiebre más vidrios. No desea otra cosa; os mandará a buscar, vendréis luego, hará su propuesta, y la admitiréis al instante diciéndole : Está muy bien pensado; ambos ganaremos en ello; ¿por qué no te ocurrió antes esa idea? Luego, sin exigir protestas ni confirmaciones de su promesa, le daréis un cariñoso abrazo y le llevaréis al punto a su aposento, considerando este convenio como tan inviolable y sagrado cual si se hubiera hecho con solemne juramento. ¿Qué idea creéis que le dé este modo de proceder, de la fe de los convenios y su utilidad? o yo me engaño, o no hay sobre la tierra ni un niño siquiera no estragado ya, que a despecho de esta conducta piense en romper a sabiendas una vidriera. Sígase el encadenamiento de todo esto; cuando hacía el bribonzuelo un agujero para sembrar un haba, no pensaba que habría un calabozo donde no tardaría en encerrarle su ciencia <sup>37</sup>.

---

<sup>37</sup> Por lo demás, aun cuando esta obligación de cumplir su palabra no la cimentara en el ánimo del niño el peso de su utilidad, en breve el sentimiento interno, que empieza a rayar, se la impondría como ley de la conciencia, como principio innato, que para desenvolverse sólo aguarda los conocimientos a que se aplica. Este rasgo primero no le señala la mano de los hombres, que le graba en nuestros pechos el autor de toda justicia. Quítese la primitiva ley de las convenciones y la obligación que ésta impone, y todo en la sociedad humana es ilusorio y vano. Quien sólo por su utilidad cumple con su promesa, poco más ligado está que, si nada hubiera prometido o, cuando más, se servirá de la facultad de violarlas, como hacen los jugadores de pelota con las faltas, que, si se las pasan a sus contrarios, es cuando pueden hacerlo sin correr ries-

Henos aquí en el mundo moral, he aquí la puerta abierta al vicio; con las convenciones y las obligaciones nacen la mentira y el engaño. Tan luego como se puede hacer lo que no se debe, querernos ocultar lo que no debimos hacer; así que el interés esfuerza a prometer, otro interés mayor puede hacer violar la promesa; sólo se trata de violarla con impunidad, y el recurso natural es esconderse y mentir. No habiendo podido precaver el vicio, ya estamos en el caso de castigarle. Estas son las miserias de la vida humana, que empiezan con sus errores.

Ya he dicho lo bastante para dar a entender que nunca se ha de dar a los niños un castigo como castigo, sino que les debe siempre sobrevenir como natural consecuencia de una mala acción. Así no declaméis contra la mentira, no los castiguéis precisamente porque han mentido; pero haced que cuando mintieren recaigan en su cabeza todos los malos efectos de la mentira, como el no ser creídos aun cuando hablen verdad, o ser el acusado del mal que no hayan hecho, aun cuando lo nieguen. Pero expliquemos qué cosa es mentir en los niños.

Hay dos especies de mentira: la de hecho, que se refiere a lo pasado; y la de derecho, relativa a lo futuro. Verifícase la primera cuando niega uno que ha hecho lo que hizo, o afirma que ha hecho lo que no hizo, y generalmente, cuando a sabiendas habla contra la verdad de las cosas: la otra consiste en prometer uno lo que no tiene ánimo de cumplir, y en general, en manifestar una intención contraria a la que tiene. Alguna vez pueden ambas mentiras hallarse en una sola<sup>38</sup>; pero aquí las considero sólo en cuanto a sus diferencias.

El que experimenta la necesidad que tiene del socorro de los demás y no cesa de ser objeto de su benevolencia, ningún interés tiene en

---

go de perder el juego: Este principio es importantísimo y merece profundizarse, porque aquí empieza el hombre a estar en contradicción consigo mismo.

<sup>38</sup> Como cuando acusado de un delito se defiende el reo diciendo que es hombre de bien; entonces dice mentira de hecho y de derecho.

engañarlos; por el contrario, lo tiene muy evidente en que vean las cosas como son por temor de que se engañen en detrimento suyo. Así es claro que no es natural a los niños la mentira de hecho; pero la necesidad de mentir la produce la ley de la obediencia, porque siendo esta penosa, se excusan en secreto de ella cuanto más pueden; y el interés presente de evitar la reprensión o el castigo, puede más que el remoto de hablar verdad. Pero en la educación libre y natural, ¿por qué ha de mentir vuestro hijo? ¿Qué tiene que ocultaros? Ni le reprendéis, ni le castigáis por nada, ni exigís nada de él. ¿Por qué no os ha de decir todo cuanto haya hecho con tanta ingenuidad como a un camarada suyo? No prevé más peligro en confesárselo a uno que a otro.

Aún es menos natural la mentira de derecho, puesto que las promesas de hacerlo abstenerse son actos convencionales que salen fuera del estado natural y derogan la libertad. Hay más: todas las obligaciones de los niños son nulas en sí, puesto que no pudiendo extender su corta vista más allá de lo presente, no saben lo que hacen cuando se obligan. Obligándose, apenas si puede mentir un niño, porque no pensando sino en salir del apuro en el actual instante, le parece indiferente todo medio que no tiene inmediato efecto, nada promete cuando lo hace para un tiempo futuro, y todavía soñolienta su imaginación no sabe extender su estado a dos épocas distintas. Si pudiese librarse de llevar azotes, o si le dieran un cucurucho de dulces con prometer tirarse al día siguiente por el balcón, al instante lo prometería. Por eso las leyes no tienen en cuenta ninguna de las obligaciones de los niños; y cuando los padres y maestros más severos exigen que con ellas cumplan, es solamente porque se trata de cosas que debería hacer el niño, aun cuando no lo hubiere prometido.

No sabiendo el niño a lo que se obliga cuando contrae una obligación por la promesa, no puede mentir. No es lo mismo cuando falta a una palabra, lo cual también es una especie de mentira retroactiva; porque muy bien se acuerda de que dio esta palabra; lo que no ve es la importancia de cumplirla. Incapaz de pensar en lo futuro, no ve las

consecuencias de las cosas; y cuando falta a sus obligaciones, nada hace contra la razón de su edad.

De aquí se deduce que todas las mentiras de los niños son obra de los maestros, y que querer enseñarles a que digan la verdad es querer enseñarles a que mientan.

Con el anhelo que tienen por dictarles reglas, gobernarles, instruirles, nunca encuentran los bastantes instrumentos para conseguirlo; quieren ligar más su alma con infundadas máximas, con preceptos, sin razón, y prefieren que sepan su lección y mientan a que se queden ignorantes y verídicos.

Nosotros, que sólo damos a nuestros alumnos lecciones de práctica, y que más bien queremos que sean buenos que sabios, no exigimos de ellos la verdad, por temor de que la encubran, ni les hacemos que prometan nada que puedan incurrir en la tentación de no cumplir. Si durante mi ausencia se ha cometido algún mal cuyo autor ignoro, me guardaré mucho de acusar de él a Emilio, o de preguntarle: *¿Fuiste tú?*<sup>39</sup>. Porque ¿qué otra cosa haría con esto que enseñarle a que lo niegue? Y si por su índole poco flexible me fuerza a que haga algún convenio con él, dispondré de manera mis medidas que siempre proceda de él la propuesta, nunca de mí; que cuando se haya obligado, siempre tenga un interés sensible y actual en cumplir su palabra; y que si alguna vez faltare a ella, le acarree esta mentira males que vea que salen del orden mismo de las cosas y no de la venganza de su ayo. Pero lejos de ser necesario el recurso de expedientes tan crueles, casi estoy cierto de que Emilio sabrá muy tarde qué cosa es mentir, y de que cuando lo sepa se admirará mucho, no pudiendo comprender para qué pueda ser buena la mentira. Claro es que cuanto más indepen-

---

<sup>39</sup> No hay cosa más imprudente que semejante pregunta, sobre todo si el niño tiene la culpa; si entonces cree que sabemos lo que ha hecho, verá que le tendemos un lazo, y no puede menos de indisponerle esta opinión con nosotros. Si no lo cree dirá: ¿a qué he de descubrir mi culpa? Así su tentación primera de mentir es efecto de nuestra imprudente pregunta.

diente hago su bienestar de la voluntad como del juicio ajeno, más desarraigo de él todo interés de mentir.

Cuando no hay prisa en instruir, tampoco se tiene de exigir, y se toma tiempo para no exigir nada fuera de razón. Entonces se forma el niño, porque no se echa a perder. Pero cuando un preceptor aturdido, que no sabe qué hacerse, le obliga a cada instante a que prometa esto o aquello sin distinción, ni elección, ni medida; fastidiado, abrumado el niño con todas estas promesas, las descuida, se olvida de ellas, las desdeña, en fin, y contemplándolas como cláusulas de un vano formulario, tiene a juguete hacerlas y violarlas. Si queréis que sea fiel en el cumplimiento de su palabra, sed discreto en exigirselas.

Los detalles en que acabo de entrar acerca de la mentira, pueden aplicarse bajo muchos respectos a todas las demás obligaciones, que al paso que se las prescriben a los niños, se las hacen encontrar no sólo aborrecibles, sino también impracticables. Predicándoles en la apariencia la virtud, les hacen amar todos los vicios; y se los inspiran prohibiéndoles que los contraigan. Si los quieren hacer piadosos, los llevan a que se aburran a la iglesia, haciéndoles que sin cesar barbulen oraciones entre dientes, y los fuerzan a que aspiren a la dicha de no tener precisión de encomendarse a Dios. Para inspirarles la caridad, les hacen dar limosna, como si tuviesen los maestros a menos el darla ellos propios. ¡Ah! que no es al niño quien debe dar, sino el maestro; por mucho afecto que a su alumno tenga, no le debe ceder este honor, y debe darle a conocer que de su edad no es todavía acreedor a él. Es la limosna una acción del hombre que sabe el valor de lo que da y la necesidad que tiene su semejante. El niño que nada de eso conoce, no puede contraer mérito alguno en dar; que da, sin caridad ni beneficencia, casi con vergüenza, fundándose en el ejemplo de que sólo los niños son los que dan limosna, nunca los mayores.

Obsérvese que jamás hacen dar al niño otras cosas que aquellas cuyo valor no conoce; piezas de metal que lleva en el bolsillo y que sólo para eso le sirven. Antes daría un niño cien doblones que un bo-

llo. Dígase a este repartidor pródigo, que dé cosas a que tenga apego, sus juguetes, sus dulces, su merienda, y en breve veremos si le habéis hecho verdaderamente liberal.

Hállase también otro recurso para esto, y es volver al instante al niño lo que ha dado, de suerte que acostumbra a dar todo aquello que sabe que le van a volver. No he visto en los niños más que estas dos especies de generosidad : dar lo que de nada les sirve, o dar lo que están ciertos que les han de restituir. Haced de manera, dice Locke, que por experiencia sé convenzan de que siempre el más liberal sale mejor librado, eso es hacer, al niño liberal en la apariencia, y avaro en la realidad. Añade que así contraerán los niños el hábito de la liberalidad : sí, de una liberalidad usuraria que da uno por sacar ciento. Se ha de atender al hábito del alma, no al de las manos. a esta se parecen todas las demás virtudes que enseñan a los niños. ¡Y por predicarles virtudes tan sólidas, consumen en la tristeza sus primeros años! Cierto que es sapientísima semejante educación.

Maestros, dejaos de puerilidades, sed virtuosos y buenos y grábense vuestros ejemplos en la memoria de los alumnos, en tanto que pueden penetrar en su corazón. En vez de darme prisa a exigir del mío obras de caridad, más quiero hacerlas yo en su presencia y quitarle hasta la facultad de imitarme en esto, como una honra que no compete a su edad, porque importa que no se acostumbre a reputar las obligaciones de los hombres como simples obligaciones de niños. Y si al ver que asisto a los pobres me hace preguntas sobre esto, y hallo que sea tiempo de responderle<sup>40</sup>, le diré : « Amigo mío, esto consiste en que cuando los pobres consintieron en que hubiera ricos, prometieron los ricos mantener a todos aquellos que ni con sus bienes ni con su trabajo se pudieran sustentar.» - «¿ Con que también usted lo prometió? »

---

<sup>40</sup> Se ha de entender que respondo yo a estas preguntas, no cuando él quiere, sino cuando yo quiero; de otro modo me sujetaría a sus voluntades, y me constituiría en la más peligrosa dependencia en que pueda vivir un ayo respecto de su alumno.

responderá. -« Sin duda; yo no soy dueño del caudal que en mis manos tengo, si no es con la condición aneja a su propiedad. »

Luego de oído este discurso (y ya se ha visto cómo se ha poner al niño en estado de entenderte), a otro que a Emilio le daría tentación de imitarme, conduciéndose como hombre rico; en tal caso, estorbaría a lo menos que lo hiciese con ostentación; más quisiera que me robase mi derecho y se escondiese para dar. Fraude propio de su edad, y el único que yo le perdonaría.

Ya sé que las virtudes de imitación son como las de los monos, y que una buena acción hecha, no porque lo es, sino porque la hacen otros, no es moralmente buena. Pero es menester hacer que imiten los niños los actos cuyo hábito queremos que contraigan, pues que en su edad nada todavía siente su corazón, mientras llega tiempo de que por discernimiento y amor del bien puedan hacerlos. Imitador es el hombre; lo es hasta el animal; la propensión a imitar sale de la naturaleza bien ordenada, pero en la sociedad degenera en vicio. Imita el mono al hombre que teme, y no a los animales que desprecia; y cree bueno lo que un ser mejor que él hace. Entre nosotros, por el contrario, nuestros arlequines de todas clases imitan lo hermoso para rebajarlo y ridiculizarlo; íntimamente convencidos de su villanía, se procuran igualar con lo que más que ellos vale; o si se esfuerzan en imitar lo que les parece digno de admiración, en la elección de los objetos se echa de ver el perverso gusto de los imitadores, que más quieren engañar a los otros o hacer elogiar su talento, que tornarse más sabios o mejores. Entre los hombres procede el fundamento de la imitación, del deseo de trasladarse siempre fuera de sí propio; y si salgo airoso con mi empresa, no tendrá por cierto Emilio semejante deseo; así será fuerza que renunciemos al bien aparente que pueda producir.

Profundizad todas las reglas de vuestra educación y las hallaréis todas contrarias de la razón, particularmente en lo que toca a las virtudes y a las costumbres. La única lección de moral que a la infancia conviene, y la que más importa en cualquier edad, es no hacer nunca

mal a nadie. El mismo precepto de hacer bien, si a éste no va subordinado, es peligroso, equivocado y contradictorio. ¿Quién hay que no haga bien? Todo el mundo es benéfico; el perverso como los otros, a costa de cien miserables, hace a uno dichoso, y de aquí provienen todas nuestras calamidades. Las más sublimes virtudes son negativas: también son las más difíciles, porque no llevan consigo ostentación y están más elevadas que el mismo placer, tan dulce para el corazón del hombre, de que se vaya otro contento de nosotros. ¡Oh, cuánto bien hace por necesidad a sus semejantes aquel, si alguno hay entre ellos, que nunca les hace mal! ¡Cuán intrépido ánimo, cuán esforzado carácter necesita para ello! No racionando acerca de esta máxima, y procurando ponerla en práctica, se reconocen cuán grande y penosa cosa es acomodar con él su conducta<sup>41</sup>.

Con esto doy algunas breves ideas acerca de las precauciones con que quisiera yo que a los niños se les dieran las instrucciones que a veces no se les pueden negar, sin exponerlos a que hagan daño a los demás o a sí propios, y con especialidad a contraer malos hábitos, que luego serían dificultosos de corregir; pero estemos ciertos de que rara vez nos veremos en esta necesidad con niños educados como deben serlo, porque no es posible que se tornen indóciles, malos, embusteros, ansiosos, si no se han plantado en su corazón los vicios que tales los hacen; de suerte que lo que sobre este punto llevo dicho, más que a las reglas se aplica a las excepciones; pero estas excepciones son más comunes a medida que tienen los niños más ocasiones de salir de su

---

<sup>41</sup> El precepto de no hacer nunca daño a otro trae consigo el de estrecharse lo menos que posible fuere con la sociedad humana, porque en el estado social el bien de uno constituye cosa y nunca puede mudar. Averíguese por este principio cuál es mejor, si el hombre social o el solitario. Un ilustre autor, Diderot, prefacio del Hijo natural, dice que únicamente el malo se halla solo; y yo digo que quién está solo es el bueno. Si es menos sentenciosa esta proposición, es más cierta y más consecuente que la otra. ¿Qué daño haría el malvado, estando solo? En la sociedad es donde procura dañar a los demás. Si retuercen este argumento en favor del hombre de bien, respondo por el contexto del artículo a que se refiere esta nota.



estado, y contraer los vicios de los hombres. Los que en el ruido del mundo se educan por precisión, necesitan más precoces instrucciones que los que son educados en la soledad. Así sería preferible esta educación, aun cuando no hiciese más que dar tiempo de madurar a la infancia.

Otro género de excepciones hay contrarias respecto de aquellos que una índole feliz hace superiores a su edad. Así como existen hombres que nunca salen de la infancia, los hay que, por decirlo así, no se paran en ella, y son hombres casi desde que nacen. Es lo malo que esta última excepción es rarísima, difícil cosa atinar con ella, y figurándose cada madre que puede un niño ser un portento, no duda que su hijo lo sea; hacen más: atribuyen a indicios extraordinarios los mismos que el orden acostumbrado denota: la viveza, las prontitudes, el atolondramiento, las ingenuidades graciosas, señales todas características de la edad y que más claro demuestran que el niño no es más que niño. ¿Qué hay que extrañar que aquel a quien hacen hablar mucho y permiten que diga todo lo que le venga a la cabeza, que no se halla sujeto por consideraciones ni respetos, por acaso tenga alguna feliz ocurrencia? Mucho más extraño sería que no tuviera ninguna, como lo fuera que entre mil mentiras no predijese nunca un astrólogo ninguna verdad. «Tanto mentirán, decía Enrique IV, que al fin darán con la verdad.» El que quiera encontrar dichos agudos, no tiene más que hacer que echarse a decir tonterías. Haga Dios mucho bien a tantas y tantas personas que no tienen otro mérito para ser muy obsequiadas.

Los pensamientos más brillantes se pueden encontrar en el cerebro de los niños; o más bien, los dichos más agudos en su boca, como los diamantes de más subido precio en sus manos, sin que por eso ni los pensamientos ni los diamantes sean suyos; en esta edad no hay propiedad verdadera de ninguna especie. Las cosas que dice un niño no son para él lo que para nosotros, ni les atribuye las mismas ideas: éstas, si algunas tienen, están en su cabeza sin orden ni conexión;

nada hay fijo ni seguro en todo cuanto piensa. Examínese ese pretendido portento; en ciertos instantes hallaremos en él un muelle de una actividad extremada, una claridad de entendimiento que hiende las nubes; con más frecuencia parece un entendimiento flojo, lacio, y como cercado de una densa niebla. A veces corre más que nosotros, y a veces se queda parado. En ciertos instantes diríamos: es un ingenio sublime; de allí a un rato: es un tonto; y siempre nos equivocáramos, porque es un niño. Es un aguilucho que corta por un momento el aire y vuelve luego a caer en su nido.

Tratadle, pues, como conviene a su edad, no, obstante las apariencias, y guardaos de apurar sus fuerzas por haber querido darles sobrado ejercicio. Si se calienta este centro nuevo, si veis que empiece a hervir, dejadle fermentar primero libremente, pero no le excitéis nunca, porque no se exhale todo; y cuando se hubieren evaporado los espíritus primeros, comprimid y contened los restantes, hasta que andando los años se convierta todo en calor vivificante y verdadera fuerza. Si no lo hicieréis, perderéis el tiempo y el trabajo, destruiréis lo que habéis construido; y después de haberos locamente embriagado con todos esos vapores inflamables, sólo os quedará un residuo, sin fuerza.

De los niños atolondrados se hacen los hombres vulgares; no conozco una observación más general y cierta que esta. No hay cosa más dificultosa que distinguir en la infancia la estupidez real de la aparente y mentida estupidez, que es el prelude de ánimo fuerte. A primera vista parece extraño que tenga ambos extremos tan semejantes signos; pero debe ser así, porque en una edad en que todavía no tiene el hombre idea verdadera ninguna, la diferencia que media entre el que tiene mucho ingenio, y el que no tiene ninguno, consiste en que éste sólo admite ideas falsas y aquel que no halla ninguna verdadera las desecha todas; y se parece al estúpido que no es capaz de nada, en que nada le conviene. La única señal que puede distinguirlos, pende del acaso, el cual suele presentar al último una idea a su alcance,

mientras que el primero siempre y en todos casos es el mismo. Catón el menor parecía durante su infancia un imbécil en su casa: era callado y terco; este era el juicio que de él formaban. En la antecámara de Sila fue donde aprendió a conocerle su tío. Si no hubiera entrado en esta antecámara, acaso le hubieran creído un bruto hasta la edad de la razón; si no hubiera vivido César, acaso hubieran tratado de visionario a este mismo Catón que adivinó su funesto ingenio y previó tan de lejos sus proyectos. ¡Oh, cuán expuestos están a engañarse los con tanta precipitación deciden de los niños! Son muchas veces más niños que ellos. En una edad bastante avanzada he visto a un hombre<sup>42</sup> que me honraba con su amistad, y que su familia y sus amigos le tenían por un entendimiento corto. Esta excelente cabeza se maduraba en silencio, y de repente se manifestó filósofo, y no dudo de que la posteridad le asigne un honroso y eminente lugar entre los que mejor han raciocinado y los más profundos metafísicos de su siglo.

Respetad la infancia y no os apresuréis a juzgarla ni para bien ni para mal. Dejad que se anuncien, se prueben y se confirmen largo tiempo las excepciones, antes que para ellas adoptéis métodos particulares. Dejad que obre largo tiempo la naturaleza, antes de meteros a obrar en su lugar, no sea que impidáis la eficacia de sus operaciones. Decís que conocéis lo que vale el tiempo, y no le queréis perder, y no echáis de ver que más se pierde usándole mal que no empleándole, y que más lejos está de la sabiduría un niño mal instruido, que uno que no lo está nada. ¡Os asusta el verle consumir sus años primeros en no hacer nada! ¡Cómo! ¿No es nada ser feliz? ¿No es nada saltar, jugar y correr todo el día? En su vida estará tan ocupado. Platón, en su *República*, que por tan austera se tiene, educa a los niños en fiestas, juegos, cánticos y pasatiempos; parece que todo lo tiene hecho, cuando los ha enseñado a divertirse bien; y hablando Séneca de la antigua juventud romana: siempre, dice, estaba en pie, y nada la enseñaban que hubiese

---

<sup>42</sup> L'abbé de Condillac.

de aprender sentada<sup>43</sup>. ¿Perdía algo por eso cuando llegaba a la edad viril? Asústeos poco esta pretendida ociosidad. ¿Qué diríais de uno que por aprovecharse de toda la vida no quisiera dormir?. Diríais: es un insensato; no goza del tiempo que se le quita, y por evitar el sueño corre a la muerte. Pensad que aquí sucede lo mismo, y que es la infancia el sueño de la razón.

La aparente facilidad de aprender es causa de que se pierdan los niños. No vemos que esta misma facilidad es prueba de que nada aprenden. Liso y pulimentado su cerebro, repite como un espejo los objetos que se le presentan; pero nada retiene, nada penetra. El niño repite las palabras, las ideas se reflejan; los que las escuchan las entienden, él es el único que no las entiende.

Aunque la memoria y el raciocinio sean dos facultades esencialmente distintas, no obstante, no se desarrolla verdaderamente la una sin la otra. Antes de la edad de razón no recibe el niño ideas, sino imágenes; y media la diferencia de unas a otras, de que las imágenes no son más que pinturas absolutas de los objetos sensibles, y las ideas, nociones de los objetos determinados por sus relaciones. Una imagen puede existir sola en el alma que se la representa; pero toda idea supone otras. El que imagina, se ciñe a ver; el que concibe, compara. Meramente pasivas son nuestras sensaciones, en vez de que todas nuestras percepciones o ideas proceden de un principio activo que juzga; más adelante demostraremos esto.

Digo, pues, que no siendo los niños capaces de juicio, no tienen verdadera memoria. Retienen sonidos, figuras, sensaciones, rara vez ideas, y más rara vez sus enlaces. Si me objetan que aprenden algunas

---

<sup>43</sup> *Nihil liberos suos doceban , quod discendum esse jacen ibus.* Epist. 88. - Esto mismo dice Montaigne en el lib. II, cap. XXI.

«Maravilla ver - añade (lib. I, cap. xxv) - lo cuidadoso que Platón se muestra en sus leyes, de la alegría y pasatiempos de la juventud de su ciudad y lo bien que arregla sus carreras, juegos, canciones, saltos y bailes... Extiéndese a mil preceptos sobre los gimnasios; poco se entretiene hablando de las letras.».

nociones elementales de geometría, creen que han probado algo, en contra de mi aserción, y, por el contrario, la comprueban: hacen ver que lejos de saber raciocinar por sí propios, ni siquiera saben retener los raciocinios de los otros; si no sígase a esos geómetras chicos en su método, y veréis que sólo han retenido la impresión de la figura y los términos de la demostración. a la más leve objeción nueva no saben qué responder : invertid la figura, y no saben dónde están. Todo su saber se queda en la sensación y no llega al entendimiento; su misma memoria es poco más perfecta que las otras facultades, puesto que casi siempre es menester que vuelvan a aprender cuando son grandes las cosas cuyas palabras aprendieron siendo niños.

Estoy, sin embargo, muy lejos de pensar que no hagan los niños ninguna especie de raciocinio<sup>44</sup>. Veo, por el contrario, que raciocinan muy bien de todo cuanto conocen y tiene relación con su presente y sensible interés. Pero en lo que nos engañamos es acerca de sus conocimientos, atribuyéndoles los que no poseen, y haciendo que raciocinen acerca de lo que no pueden comprender. También nos engañamos cuando queremos que hagan aprecio de consideraciones que en manera alguna los mueven, como la de su interés venidero, de su felicidad cuando sean hombres, de la estimación que cuando sean mayores se

---

<sup>44</sup> Al escribir, me he hecho cien veces la reflexión de que no es posible en una obra larga dar siempre la misma significación a las mismas palabras. No hay lengua tan rica que ofrezca tantos términos, locuciones y frases cuantas modificaciones pueden tener nuestras ideas. El método de definir todos los términos, y sin cesar sustituir la definición a lo definido, es perfecto, pero no es practicable; porque, ¿cómo se ha de evitar el círculo? Las definiciones pudieran ser buenas, si para hacerlas no se emplearan palabras. No obstante, estoy persuadido que es posible ser claro, aun en nuestra pobre lengua, no dando siempre la misma acepción a las mismas voces, sino haciendo de manera que cada vez que se use una voz, la acepción que se le diere la determinen lo bastante las ideas que a ella se refieran, y que le sirva, por decirlo así, de definición cada período donde la voz se hallare. Unas veces digo que los niños no son capaces de raciocinar, y otras los hago raciocinar con bastante sutileza; en esto no creo que se contradigan mis ideas, pero no puedo menos de confesar que se hallará muchas veces contradicción en mis expresiones.

granjearán; discursos que, dirigiéndose a seres privados de toda previsión, nada absolutamente significan para ellos. Y todos los estudios a que obligan a estos pobres desventurados, versan sobre asuntos enteramente ajenos de su inteligencia; júzguese qué atención pueden poner en ellos.

Los pedagogos, que con tanto aparato nos exponen las instrucciones que dan a sus discípulos, están imposibilitados para hablar de otra manera; no obstante, por su misma conducta se echa de ver que piensan exactamente como yo. Porque, al cabo, ¿qué es lo que les enseñan? Voces, más voces, y siempre voces. Entre las diversas ciencias que se halagan de enseñarles se guardan muy bien de escoger las que les fueran verdaderamente provechosas, porque serían ciencias de cosas y no harían progresos en ellas, sino en las que al parecer se saben cuando se conocen los términos: blasón, geografía, cronología, lenguas, etc; estudios todos tan distantes del hombre, y con especialidad del niño, que sería milagro si algo de todo esto pudiera serle útil una sola vez en su vida.

Sorprenderá que mire como una de tantas inutilidades de la educación el estudio de los idiomas; pero téngase presente que sólo hablo aquí de los estudios de la edad primera, y dígase lo que se quiera, creo que hasta los doce o quince años, ningún niño, exceptuando los portentos, ha aprendido, verdaderamente, los idiomas.

Convengo en que si el estudio de las lenguas fuera, sólo el de las palabras, esto es, el de las figuras o de los sonidos que las expresan, pudiera este estudio convenir a los niños; pero mudando las lenguas, los signos, también modifican las ideas que representan. Se forman las cabezas por la lenguas, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas únicamente la razón es general; el raciocinio tiene en cada lengua su forma peculiar: diferencia que en parte pudiera muy bien ser causa o efecto de los caracteres nacionales; y lo que al parecer confirma esta conjetura, es que en todas las naciones del mundo sigue la

lengua las vicisitudes de las costumbres, y con ellas se conserva o se altera.

Entre estas diversas formas da el uso una al niño, y es la única que conserva hasta la edad de razón. Para tener dos, sería necesario que supiese comparar ideas. ¿Y cómo las ha de comparar, cuando apenas está en estado de concebirlas? a cada cosa le puede dar mil signos diferentes, pero a cada idea no le puede dar más de una forma; así, no puede aprender a hablar más de una lengua. No obstante, me dicen, aprende muchas; lo niego. He visto algunos de estos portentosos chicos que se figuraban que hablaban cinco o seis lenguas, y los he oído hablar sucesivamente alemán con palabras latinas, con palabras francesas, con palabras italianas; manejaban a la verdad cinco o seis diccionarios, pero nunca hablaban más que alemán. En una palabra, déense a los niños tantos sinónimos cuantos se quieran: se mudarán sus voces, no su lengua, porque nunca sabrán más que una.

Para ocultar su incapacidad en esto, los ejercitan con preferencia en las lenguas muertas, de las cuales no hay jueces que no puedan ser recusados. Como se ha perdido, muchos siglos hace, el uso familiar de estas lenguas, nos ceñimos a imitar lo que hallamos escrito en los libros; y a eso llaman hablarlas. Siendo ese el latín y el griego de los maestros, apréciese el de los discípulos. Apenas han aprendido de memoria su rudimento, del cual ni una sola palabra entienden, cuando les enseñan primero a poner un discurso castellano en palabras latinas; luego, cuando están más adelantados, a zurcir en prosa frases de Cicerón, y en verso centones de Virgilio. Creen entonces que hablan latín: ¿quién se lo ha de contradecir?

En cualquiera estudio que fuere, nada valen los signos representantes sin la idea de las cosas representadas. No obstante, limitan siempre al niño a estos signos, sin poder hacer nunca que comprenda cosa alguna de las que representan. Cuando piensan que le enseñan a conocer mapas; le enseñan nombres de ciudades, de países, de ríos, que no concibe él que existan en otra parte que en el papel donde se

los muestran. Me acuerdo de que vi, no sé donde, una geografía que empezaba así: *¿Qué es el mundo? Un globo de cartón.* Esta precisamente es la geografía de los niños. Asiento como incontestable que, después de dos años de esfera y cosmografía, no hay ni siquiera un niño de diez años, que en virtud de las reglas que le han dado, supiera ir de Madrid a Vallecas<sup>45</sup>. Asiento como incontestable, que no hay una que con un plano del jardín de su padre sepa seguir sus vueltas y revueltas sin extraviarse. Esos son los doctores que saben a punto fijo la situación de Pekín, Ispahán, Méjico, y todos los pueblos de la tierra.

Oigo decir que conviene que se ocupen los niños en estudios que sólo ojos necesitan, y así podría ser si hubiere estudios que sólo ojos necesitaran; pero no sé que haya ninguno.

Por un error todavía más ridículo, les hacen que estudien la historia, imaginándose que está a su alcance, porque no es más que una recopilación de hechos. Mas ¿qué entienden por la palabra *hecho*? ¿Creen que las relaciones que los hechos históricos determinan, son tan fáciles de comprender, que sin trabajo se forme su idea en el espíritu de los niños? ¿Creen que se pueda separar el verdadero conocimiento de los sucesos del de sus causas, del de sus efectos, y que tan pequeño sea el enlace de lo histórico con lo moral, que pueda conocerse uno sin otro? Si en las acciones humanas no veis más que los movimientos externos y meramente físicos, ¿qué es lo que en la historia aprendéis? Nada absolutamente; y privado este estudio de todo interés, no les causa más gusto que instrucción. Si queréis apreciar estas acciones por sus relaciones morales, tratad de que entiendan vuestros alumnos estas relaciones y veréis entonces si es la historia para su edad.

Lectores, acordaos siempre de que no es quien os habla un sabio ni un filósofo, sino un hombre sencillo, amante de la verdad, sin partido ni sistema: un solitario que como comunica poco con los hombres, tiene menos ocasiones para empaparse en sus preocupaciones y

---

<sup>45</sup> De París a Saint-Denis, dice el original (N. del T.).



le queda más tiempo para reflexionar acerca de lo que le choca cuando con ellos trata. Mis principios se fundan menos en razones que en hechos, y no creo que pueda hacer cosa mejor que referiros de tiempo en tiempo algún ejemplo de las observaciones que me los han dictado, para ponerlos en estado de juzgar de su verdad.

Fui a pasar algunos días en el campo, en casa de una buena madre de familia, que cuida con mucho esmero de sus hijos y su educación. Una mañana que presenciaba yo las lecciones del mayor, su preceptor, que le había instruido muy bien en la historia antigua, tratando de Alejandro, habló del suceso tan sabido del médico Filipo, del cual han hecho un cuadro, y, ciertamente lo merece<sup>46</sup>. El preceptor, hombre de mérito, hizo acerca de la intrepidez de Alejandro muchas reflexiones que no me gustaron, pero que por no desacreditarle en el concepto de su alumno, no quise contradecir a la hora de comer, no dejaron, según es costumbre, de hacer charlar mucho al buen chiquillo, que con la viveza natural en su edad y la esperanza de aplauso dijo mil necedades, y entre ellas algunos destellos de agudeza, que eran causa de que se olvidaran de lo demás. Llegó al fin la historia del médico Filípo, que contó con mucho donaire y desenvoltura. Después del acostumbrado tributo de elogios que exigía la madre y el niño esperaba, discurrió la reunión acerca de lo que había dicho. Los más vitupeaban la temeridad de Alejandro; algunos, a ejemplo del preceptor, exaltaban su valor y entereza, lo cual me hizo ver que ninguno de los circunstantes sabía en qué se cifraba la hermosura del rasgo a mí me parece, les dije, que si en la acción de Alejandro hubo el menor valor, o la menor entereza, no es otra cosa que una locura. Reunióse entonces todo el mundo, y convinieron en que fue una locura. Iba a responder y a enardecerme, cuando llegándose a mi oído una mujer que a mi

---

<sup>46</sup> Véase Quinto Curcio, lib. III, cap. VI. - El mismo rasgo se refiere por Montaigne en estos términos « Habiendo sabido Alejandro, por una carta de Parmenio, que su más querido médico Filipo estaba vendido a su enemigo Dario y trataba de envenenarle, llamó a Filipo y después de beberse la medicina que éste le presentó, dióle a leer la carta. »

lado estaba, y no había desplegado los labios, en voz baja me dijo : «Cállate, Juan Jacobo, que no te entenderán.» La miré, me chocó, y callé.

Después de comer, sospechando por muchos indicios que mi doctor imberbe no había entendido palabra de la historia que tan bien nos había contado, le cogí por la mano, di con él un paseo por el jardín, y habiéndole hecho preguntas a mi sabor, vi que más que a ninguno le parecía admirable el valor tan decantado de Alejandro. Pero ¿sabéis en qué le cifraba? En el de beberse de un trago un brebaje de mal gusto sin vacilar, sin hacer ascos. El pobre chico, a quien, habían hecho tomar una purga no hacía quince días, y que la había tomado con infinito trabajo, todavía conservaba el mal gusto en la boca; la muerte, el tósigo, no eran, a su entender, otra cosa que sensaciones desagradables, y no concebía él otro veneno que las hojas de sen. Hemos de confesar, no obstante, que había hecho la entereza del héroe mucha impresión en su corazón novel, y que a la primera purga que fuese necesario tomar, estaba resuelto a ser un Alejandro. Sin meterme en explicaciones que evidentemente excedían a su capacidad, le exhorté a llevar adelante tan loable resolución, y me volví, riéndome dentro de mí propio, de los padres y maestro que piensan que enseñan la historia a los niños.

Fácil es hacerlos repetir las palabras de reyes, imperios, guerras, conquistas, levas; pero cuando se tratare de atribuirá estas palabras ideas claras, habrá mucha distancia de la conversación del hortelano Roberto a todas estas explicaciones.

Descontentos algunos lectores con el cállale, Juan Jacobo, veo que preguntarán dónde hallo la sublimidad de la acción de Alejandro. ¡Desventurados! ¿Cómo la habéis de entender, si es necesario que os lo digan? En que Alejandro creía en la virtud, en que creía, a riesgo de su cabeza, a riesgo de su propia vida, en que era capaz su generosa alma de creer en ella. ¡Oh, qué hermosa profesión de fe era la bebida

de esta purga! No; nunca mortal hizo una tan sublime. Sí se halla algún Alejandro moderno, muéstrenmele con semejantes rasgos.

Si no hay ciencia de palabras, tampoco hay estudio que a los niños convenga; si no tienen verdaderas ideas, no tienen verdadera memoria, porque no llamo así la que sólo retiene las sensaciones. ¿De qué sirve imprimir en su cabeza un catálogo de signos que para ellos nada representan? ¿No aprenderán los signos cuando aprendan las cosas? ¿Para qué es darles el trabajo inútil de que los aprendan dos veces? Y a vueltas de eso, ¡cuán peligrosas preocupaciones les, empiezan a inspirar, haciendo que tengan por ciencia palabras que carecen de significado para ellos! Desde la primera palabra con que se satisface al niño desde la primera cosa que aprende, porque otro se la dice, sin que él vea para qué sirve, se ha perdido su discernimiento; mucho tiempo tendrá que figurar entre los necios antes de reparar esta pérdida <sup>47</sup>

No; si da la naturaleza al cerebro del niño esa flexibilidad que le hace apto para recibir todo género de impresiones, no es para que en él se impriman nombres de reyes, fechas, términos de blasón, de esfera, de geografía, y todas esas palabras que nada significan para su edad, que en ninguna otra son de provecho y con que abruman su estéril y triste infancia; sino para que todas las ideas que puede concebir y le son útiles, todas las que a su felicidad se refieren y deben darles un

---

<sup>47</sup>La mayor parte de los sabios lo son a la manera de los niños. Menos resulta la vasta erudición de la muchedumbre de ideas que de la de imágenes. Las fechas, los nombres propios, los lugares, todos los objetos aislados o privados, únicamente se retienen por la memoria de los signos, y rara vez nos acordamos de una de estas cosas, sin ver al mismo tiempo el revés o el derecho de la página donde la leímos o la figura en que por la vez primera la vimos. Esta era la ciencia de moda en los siglos pasados. La del nuestro es distinta: ni se estudia, ni se observa; se sueña, y con mucha gravedad nos venden por filosofía los sueños de algunas malas noches. Diránme que también yo sueño; con-vengo en ello; pero contra lo que hacen los demás, mis sueños los vendo por sueños y dejo al lector que averigüe si pueden servir para algo a las personas despiertas.

día luces acerca de sus obligaciones, se graben desde muy temprano en caracteres indelebles, y le sirvan para que se conduzca, mientras dure su vida, del modo que a su ser y a sus facultades conviene.

La especie de memoria que puede tener un niño no permanece ociosa porque no se estudie en libros; retiene y se acuerda de todo cuanto ve, de todo cuanto oye; guarda dentro de su cabeza un protocolo, de las acciones y los discursos de los hombres; y todo cuanto a él se acerca es el libro con que, sin pensar en ello, continuamente enriquece su memoria hasta tanto que lo pueda aprovechar su razón. En la elección de estos objetos, en la atención de presentarle sin cesar los que, pueda conocer y ocultarle los que deba ignorar, consiste el verdadero arte de cultivar en él esta primera facultad; así se ha de procurar formarle un caudal de conocimientos que le sirvan para su educación en la juventud y para su conducta en todos sus tiempos. Verdad es que este método no forma portentos chicos, ni hace lucir las ayas y los preceptores; pero forma hombres juiciosos, robustos, de cuerpo y entendimiento sano, que sin haber sido el pasmo de los demás cuando niños, se hacen respetar en siendo mayores.

Emilio nunca aprenderá nada de memoria, ni siquiera fábulas, aunque sean las de Samaniego<sup>48</sup> con todo su mérito; porque las palabras de las fábulas así son fábulas, como las de la historia son la historia. ¿Cómo es posible ser uno tan ciego que llame a la fábula la moral de los niños, sin notar que el apólogo los divierte engañándolos, que seducidos por la mentira no advierten la verdad, que aquello que se hace para que les sea grata la instrucción, les estorba que de ella se aprovechen? Pueden las fábulas instruir a los hombres, pero a los niños es menester decirles la verdad sin disfraz; cuando se la encubren con un velo, no se toman el trabajo de descorrerle.

Hácese que aprendan los niños las fábulas de Samaniego, y ni siquiera hay uno que las entienda: cierto es que peor sería que las en-

---

<sup>48</sup> De La Fontaine dice el original en este y en los pasajes siguientes. (N. del T.)

tendiesen, porque tan enredada es su moral, y tan poca proporción guarda con su edad, que más que a la virtud los incitaría al vicio. Otras paradojas, me diréis. Sea en buen hora; mas veamos si son verdades.

Afirmo que un niño no entiende las fábulas que le hacen aprender, porque aunque nos empeñemos mucho en hacer que las comprenda, la instrucción que de ella queremos sacar nos precisa a introducir ideas que él no alcanza, y la forma poética que tienen, ayudándole a que las tome de memoria, es causa de que las conciba con más dificultad, de suerte que a costa de la claridad se compra el recreo. Sin hablar de la multitud de fábulas que nada tienen inteligible o provechoso para los niños, y con tan poco discernimiento les hacen que aprendan, porque se hallan reunidas con las demás,<sup>49</sup> ciñámonos a las que parece que hizo el autor para ellos.

De las pocas fábulas que en la colección de Samaniego hay adaptables a los niños, una de las que mejor pueden entender es la de *El cuervo y el zorro*. La moral de esta fábula es común de toda edad; los niños la aprenden con gusto, y es una de las que más bien comprenden; analicémosla, pues, y examinémosla con cuidado.

En la rama de un árbol,  
Bien ufano y contento,  
Con un queso en el pico  
Estaba el señor cuervo.

¿Quién era el que estaba *ufano y contento*? ¿El árbol o el cuervo? ¿Cómo ha de entender el niño esta inversión? Es poética, me dirán; fija la atención en el cuervo, que es el sujeto que debe resaltar. Todas estas razones son para mí; no para el niño, que sólo debe oír frases sencillas, y construcciones fáciles y naturales.

---

<sup>49</sup> *Le corbeau et le renard*, de La Fontaine. La fábula de Samaniego es una perfecta imitación de la francesa y por esto le es aplicable lo que el autor dice de ella. (N. del T.)

¿Qué quiere decir señor cuervo? ¿De quién es señor un cuervo? ¿Qué significa señor? Este epíteto se le da por burla. Cuando oiga llamar señor a uno, ¿no se figurará que es el cuervo apoderado del queso? Rara vez se equivocará; pero esas no son las lecciones que queréis que tomen vuestros alumnos.

¿Cómo puede un cuervo tener un queso en el pico sin que se le caiga? ¿Comen queso los cuervos? ¿Son esas las lecciones de historia natural que dais a vuestros hijos? No salgáis nunca de la verdad.

Del olor atraído,  
Un zorro muy maestro,

¡Qué olor da este queso que desde la rama del árbol penetra hasta la madriguera del zorro! ¿A éste le gusta el queso? Poco estrago harían en los corrales, si no los frecuentaran más que las lecherías.

¡Muy maestro! ¿Qué es lo que el zorro enseña? Bien sé que es maestro y doctor en tretas, y que no puede aplicarse epíteto con más felicidad; pero esto lo sé yo y no lo sabe el niño. Es preciso que le digáis cuál es la índole natural del zorro y cuál la que le atribuyen los fabulistas convencionalmente. ¿Y queréis que os entienda? Menester fuera para ello una poética del apólogo.

Le dijo estas palabras,  
a poco más o menos:

¿Con que hablan los zorros? ¿Y su habla la entienden los cuervos? ¿Qué has de responder, discreto preceptor, a esta pregunta tan natural del niño?

Á *poco más o menos* es un ripio que ni para el niño ni para mi tiene disculpa.

Tenga usted buenos días,  
Señor cuervo, mi dueño.

¡Mi dueño! ¿Qué quiere decir dueño? El que tiene esclavos.  
¿Con que el zorro es esclavo del cuervo?

Vaya, que estáis donoso,  
Mono, lindo en extremo.

¡Con qué arte gradúa el maulero los elogios! Arte perdido para el niño.

*Mono*, precedido del verbo *estar*, siempre es un elogio, cuando le antecede Ser, suele ser improprio. Para Emilio *estar mono*, cuando sea mayor, siempre lo tendrá a mengua; el niño no lo entenderá.

Yo no gasto lisonjas  
Y digo lo que siento.

¿Qué son lisonjas? ¿Hay quien *las gasta*? ¿quien *diga lo que no siente*? ¡Pobre niño, cuántas lecciones de vicios hay que darte, y ninguna necesitabas! La profesión de veracidad del astuto zorro, es nuevo lazo tendido al imprudente y vanidoso cuervo; ¿pero tú, cómo has de apreciar sus artes, o, más bien la habilidad del poeta?

Que si a tu bella traza  
Corresponde el gorjeo,  
Juro a la diosa Ceres,  
Siendo testigo el cielo,  
Que tú serás el Fénix  
De sus vastos imperios.

¡Qué valentía en la expresión! ¡Qué nobleza! ¡Qué hermosa poesía! ¡Cuántas cosas que el niño no puede apreciar!

¡Juro! ¿Qué es jurar? ¡Desventurado de ti, preceptor, si te atreves a explicárselo a un niño de seis años!

¿Qué cosa es una diosa? ¿Hay dioses machos y hembras? ¿Quién es Ceres? ¿Queréis que empiece el niño a cursar mitología? ¿Queréis que a su edad el cielo, la tierra, la naturaleza entera, sean ya teatro de la mentira?

¿Qué pájaro es el Fénix? Nuevas patrañas y nuevas ficciones. ¿Tan estrecho recinto es el de las verdades, que tanta prisa os dais en sacar de él a vuestro alumno?

Al oír un discurso  
Tan dulce y halagüeño,  
De vanidad llevado,  
Quiso cantar el cuervo.

Nueva explicación de lo que es *vanidad*, y de sus efectos, como si no valiera más que Emilio no lo supiera, y como si no fuera esta feliz ignorancia natural consecuencia de nuestra educación.

Abrió su negro pico,  
Dejó caer el queso.

Lo extraño es que no se le hubiese caído mucho antes, por más apretado que con su *negro pico* lo tuviese.

El muy astuto zorro,  
Después de haberlo preso

*Haberle* debiera decir, no *haberlo*; Emilio no escucha nunca frases incorrectas de boca de su ayo; por eso su sintaxis es siempre conforme o buenas reglas y sus expresiones son castizas.

Le dijo: Señor bobo,  
Pues sin otro alimento  
Quedáis con alabanzas



Tan hinchado y repleto,

¿ Con que *bobo* es aquel a quien engañan pícaros? La definición podrá muy bien ser exacta; ¿pero conviene enseñársela a un niño? El cuervo no ha quedado *hinchado y repleto con las alabanzas*, sino hambriento y mohíno. El adulador triunfante afila el puñal del escarnio para clavársele más hondo a la víctima. Si el ayo no le explica toda la perversidad del zorro, perdió la fábula su mérito. Si se la hace comprender, ¡cuán intempestiva y arriesgada lección le da!

Digerid las lisonjas,  
Mientras digiero el queso.

¿*Digerir lisonjas!* ¡ *Osada* y feliz metáfora! ¿Y la entiende un niño de siete años?

Este análisis, que tan circunstanciado parece, más lo fuera si hubiéramos seguido todas las ideas de la fábula, reduciéndolas a las sencillas y elementales de que se compone cada una. Pero, ¿quién se figura que necesita de este análisis para que le entiendan los niños? Ninguno de nosotros es tan filósofo que sepa sustituirse a un niño. Vamos ahora a la moral.

¿Es bueno instruir a un niño de seis años en que hay hombres que mienten y adulan porque les conviene? Podríamos cuando más instruirle en que hay chuscos que se divierten con la necia vanidad de los niños, y a solas se ríen de ellos; pero el queso lo echa a perder todo: no tanto los enseñamos a que no le dejen caer del pico, como a que se la hagan caer a otro. Esta es mi segunda paradoja, y no la que menos importa. Obsérvese a los niños cuando aprenden las fábulas, y se verá que al hallarse en estado de hacer aplicación de ellas, casi siempre la hacen contraria de lo que es el ánimo del fabulista; y en vez de enmendarse del defecto de que quiere éste curarlos o preservarlos, se inclinan a amar el vicio con que se saca ventaja de los defectos de los

demás. En la fábula que hemos analizado, se burlan los niños del cuervo, y se aficianan todos al zorro; en la de *La cigarra y la hormiga*, creéis que toman ejemplo de aquélla, y de quien le toman es de ésta. Nadie gusta de ser desairado; siempre escogerán el papel brillante, que es la elección del amor propio, y la más natural. Pero, ¡que horrible lección para la infancia! El más aborrecible de los monstruos fuera un niño despiadado y avariento, que supiera lo que le pedían y lo negara. Todavía más hace la hormiga, que le enseña a escarnecer cuando niega socorro.

En todas las fábulas en que uno de los personajes es el león o el águila, como de ordinario, es el que más brilla, no deja el niño de hacerse león o águila; y si le encargan de alguna partición, instruido por su modela bien procura tomarlo todo. Mas, cuando derriba el escarabajo los huevos del águila, entonces el niño, no es águila, que es escarabajo, y aprende a tirar pelotas de inmundicia a los que no se atreve a acometer de firme.

En la fábula de *El lobo flaco y el perro grueso*, en vez de la lección que le quieren dar, toma una de licencia. No me olvidaré nunca de que vi llorar mucha a una niña que habían llenado de desconsuelo con esta fábula, exhortándola sin cesar a que fuera dócil. Costó mucho saber la causa de su llanto; al fin se supo. La pobre chica se aburría de estar atada; se sentía pelado el cuello y lloraba porque no era lobo.

De manera que la moral de la primera fábula que hemos citado, es para el niño una lección de baja adulación; la de la segunda una de inhumanidad; la de la tercera de sátira, y la de la cuarta de independencia. Aunque esta postrera sea para mi alumno, superflua, no por eso conviene a los vuestros. ¿Qué fruto aguardáis de vuestros afanes, dándoles preceptos que se contradicen? Pero, acaso por el mismo motivo que yo no quiero admitir las fábulas en mi educación, las conserváis vosotros en los vuestros. En la sociedad son indispensables dos morales distintas; una en palabras y otra en acciones, que en nada se

parecen ambas. La primera se encuentra en el catecismo y allí se está la segunda en las fábulas de Samaniego para los niños.

Entendámonos, señor de Samaniego. Yo, por mi, prometo leerlos con gusto y atención, e instruirme con vuestras fábulas, porque espero no me equivocaré acerca del objeto de ellas; pero permitidme no consienta que mi alumno estudie ni una siquiera hasta que me probéis que le conviene aprender cosas de las cuales ni la cuarta parte entienda; y que en las que pueda comprender no tome el camino opuesto, y en vez de enmendarse huyendo de lo que hace el burlado, quiera imitar al burlador.

Eximiendo así de todos sus deberes a los niños, les quito los instrumentos de su mayor desgracia, que son los libros. El azote de la infancia es la lectura, y casi no sabemos emplearla en otra cosa. De doce años apenas sabrá Emilio qué cosa es un libro. Pero es necesario a lo menos, me dirán, que sepa leer. Convengo en ello; necesario es que sepa leer cuando le sea útil la lectura; pero creo que hasta entonces sólo sirve para fastidiarle.

Si nada debe exigirse de los niños por obediencia, dedúcese que ninguna cosa agradable ni útil pueden aprender, como no conozcan palpablemente el provecho que les acarrea; si no ¿qué motivo les excitaría a aprenderlo? El arte de hablar y oír hablar a los ausentes; el de comunicarles desde lejos sin intermedio nuestros sentimientos, voluntades y deseos, es un arte cuya utilidad se puede hacer palpable a todas las edades. ¿Qué milagro ha convertido tan agradable y útil arte en tormento de la infancia? El haberla violentado a que se aplique a él contra su voluntad y el usarle para cosas que ella no entiende. No se cuida mucho un niño, de perfeccionar el instrumento con que le atormentan: pero haced de modo que éste mismo instrumento sirva para su diversión, y en breve se aplicará a él, aunque sea contra vuestra voluntad.

Tiénesse por muy importante el averiguar los mejores métodos de enseñar a leer; se inventan muestras y mapas, y el cuarto de un niño se

convierte en imprenta. Locke quiere que aprenda a leer con dados. ¿No es una invención exquisita? ¡Que lástima! Hay un medio más cierto que todos esos y que siempre echan en olvido; el deseo de aprender. Infundid al niño este deseo, dejad los cartones y los dados, que todo método será bueno para él.

El interés actual es el único móvil que conduce con certeza y va lejos. Algunas veces recibe Emilio de su padre su madre, sus parientes, sus amigos, esquelas de convite para una comida, un paseo, una partida de pesca, una feria; las esquelas son cortas, claras, y están muy bien escritas. Es preciso hallar uno que se las lea, y éste no siempre se encuentra a mano, o paga al niño en la misma moneda la falta de condescendencia que éste tuvo con él el día antes; así se deja pasar la ocasión, la hora. Al fin le leen la esquila; pero ya no es tiempo. ¡Ah, si hubiera sabido leer! Otras se reciben igualmente cortas, ¡y el contenido es tan interesante! Quisiéramos probar a descifrarlas; unas veces hallamos quien nos ayuda; otras no quieren. Con grandes esfuerzos desciframos al fin la mitad de la esquila; se trata de ir mañana a comer requesones... pero no sabemos a dónde, ni con quién... ¡Cuántos esfuerzos hacemos por leer lo demás! No creo que Emilio necesite muestras. ¿Hablaré ahora del escribir? No; que me da vergüenza divertirme en estas pequeñeces en un tratado de educación.

Añadiré una sola palabra, que constituye una máxima importante, y es que, por lo común, alcanza uno con mucha facilidad y prontitud lo que no se da mucha prisa a alcanzar. Casi estoy cierto de que Emilio sabrá leer y escribir perfectamente antes que tenga diez años, precisamente porque me importa poquísimamente que sepa hacerlo antes de los quince; pero más quisiera que nunca supiese leer, que comprar esta ciencia a precio de todo cuanto puede hacerla útil. ¿Para qué le servirá la lectura, cuando le hayan aburrido para siempre de leer? *Id in primis*

*cavere oportebit, ne studia, qui amare nondum potest, oderit, et amaritudinem semel perceptam etiam ultra rudes annos reformidet*<sup>50</sup>.

Cuanto más insisto acerca de mí método inactivo, más reconozco que se esfuerzan las objeciones. Si nada aprende de vos vuestro alumno, aprenderá de los demás. Si con la verdad no precavéis el error, aprenderá mentiras; las preocupaciones que teméis darle, las recibirá de todo cuanto a él se acerca; se introducirán por todos sus sentidos o estragarán su razón aun antes de que se forme; o bien, entorpecido su entendimiento por tan dilatada inacción, se absorberá en la materia. Desacostumbrándole a pensar en su infancia, se le privará de esta facultad para el resto de su vida.

Paréceme que con facilidad pudiera responder a estas objeciones: ¿pero a qué viene dar siempre respuestas? Si responde a las objeciones mi método, por sí mismo, es bueno; si no responde, nada vale. Sigo adelante.

Si conforme al plan que acabo de trazar, seguís reglas directamente opuestas a las establecidas; si en vez de lanzar a remotas distancias el entendimiento de vuestro alumno; en vez de extraviarle sin cesar en apartados climas; en otros siglos, en los extremos de la tierra, y hasta en los cielos, os aplicáis a retenerle siempre dentro de sí mismo, y a que está atento a lo que inmediatamente le toca, le hallaréis capaz de percepción, de memoria, y hasta de raciocinio; este es el orden de la naturaleza. Al paso que se convierte en activo el ser sensitivo, granjea discernimiento con proporción a sus fuerzas, y sólo con la fuerza sobrante de la que para conservarse necesita, se devuelve en él la facultad especulativa idónea para emplear en todos usos este exceso de fuerza. ¿Queréis cultivar la inteligencia de vuestro alumno? Cultivad las fuerzas que ésta ha de gobernar. Ejercitad continuamente su cuerpo; hacadle robusto y sano, Para hacerle racional y cuerdo; traba-

---

<sup>50</sup> Especialísimamente conviene evitar que coja odio a los estudios a que aún no puede aficionarse y que le arredre la amargura que en su paladar deje aun más allá de su puerilidad. - *Quintil.*, lib, I, cap. I.

je, obre, corra, grite, esté en movimiento siempre, sea hombre por el vigor y en breve lo será por la razón.

Verdad es que le embruteceríais con este método si estuviéseis siempre dirigiéndole, siempre diciéndole: Vete, vente, quédate, haz esto, noagas lo otro. Si son siempre conducidos sus brazos por vuestra cabeza, la suya viene a serle inútil. Acordaos de nuestras convenciones; si sois un pedante, inútil es que me leáis.

Error lastimoso es creer que perjudique el ejercicio corporal a las operaciones del ánimo, como si no hubiesen de andar acordes estas dos operaciones, y no debiese dirigir siempre una a otra.

Hay dos clases de hombres, cuyos cuerpos están en continuo ejercicio, y que tan poco unos como otros piensan en cultivar su razón, que son los aldeanos y los salvajes. Los primeros son rústicos, toscos, desmañados; los otros, célebres por su mucha cordura, lo son también por la sutileza de su inteligencia y de sus invenciones; en general no hay ente más torpe que un lugareño, ni más listo que un salvaje. ¿De dónde procede esta diferencia? De que como aquél hace siempre lo que le mandan, o lo que vio hacer a su padre, o lo que ha hecho él desde su niñez, siempre se gula por la práctica; y ocupado sin cesar durante una vida casi maquina en las mismas faenas, el hábito y la obediencia sustituyen en él a la razón.

Otra cosa es en cuanto al salvaje; no estando apegado a sitio alguno, no teniendo otra ley que su voluntad, se ve precisado a raciocinar para cada acción de su vida; y sin haber calculado de antemano las consecuencias, ni se mueve, ni da un paso. Así cuanto más se ejercita su cuerpo, más se ilustra su entendimiento; crecen en una su fuerza y su razón y se aumentan una por otra.

Sabio preceptor, veamos cuál de nuestros dos alumnos se parece al salvaje y cuál al campesino. Sujeto en todo el vuestro a una autoridad enseñante, nada hace como no sea por disposición ajena, no se atreve a comer cuando tiene hambre, ni a beber cuando tiene sed, ni a reírse cuando está alegre, ni a llorar cuando está triste, ni a presentar

una mano por otra, ni a mover el pie si no se lo prescriben; en breve no se atreverá a respirar sin seguir vuestras reglas. ¿En que queréis que piense, si lo hacéis por él? seguro de vuestra precisión, ¿para que necesita él tenerla? Viendo que os encargáis de su conservación, de su bienestar, se siente desembarazado de este afán; descansa su juicio en el vuestro; todo cuanto no le prohibís, lo hace sin reflexión, sabiendo que en ello, no corre riesgo. ¿Qué necesidad tiene de aprender a prever la lluvia? Bien sabe que vosotros observaréis las nubes. ¿Para qué necesita calcular su paseo? No teme que dejéis pasar la hora de comer. Mientras no le prohibís que coma, come; cuando se lo prohibís, no come, y no escucha el dictamen de su estómago, sino el vuestro. En balde hacéis flexible su cuerpo en la inacción, no por eso haréis más claro su entendimiento; muy al contrario, desacreditáis enteramente la razón en su ánimo, haciéndole gastar la poca que tiene en las cosas que más inútiles le parecen. No viendo nunca para qué sirve, se figura que no es buena para nada. Lo peor que le puede suceder, cuando discurre mal, es que, le reprendan, y tantas veces le sucede esto que ya no hace caso; no le asusta un riesgo tan corriente.

No obstante, halláis en él despejo; lo tiene, en efecto, para charlar con las mujeres, por el estilo de lo que he hablado, ya; pero si llega la ocasión de arriesgar su persona, de resolver en un lance arduo, le veréis cien veces más tonto y más torpe que el hijo del más rústico labrador.

Pero mi alumno, o más bien el alumno de la naturaleza, ejercitado de muy temprano a bastarse a si propio en lo posible, no acostumbra a recurrir a los demás, y menos todavía a hacer alarde de su mucho, saber; en cambio juzga, prevé, raciocina en todo cuanto tiene relación inmediata con él. No charla, que obra; no sabe una palabra de cuanto sucede en el mundo, pero sabe hacer muy bien cuanto le conviene. Como sin cesar está en movimiento, se ve precisado a observar muchas cosas, a conocer muchos efectos: muy presto adquiere experiencia: aprende las lecciones de la naturaleza, no las de los hombres;

y eso, le instruye más, porque en ninguna parte va intención de instruirle. Así se ejercitan al mismo tiempo su espíritu y su cuerpo. Obrando siempre conforme a sus propias ideas y no a las ajenas, consigue dos ventajas: al paso que se hace fuerte y robusto, se hace también racional y, juicioso. Por este medio se alcanza un día lo que creen incompatible, y que han reunido casi todos los grandes hombres; la fuerza del cuerpo y del ánimo; el talento de un sabio y el vigor de un atleta.

Institutor joven, te predico un arte difícil, que es el de dirigir sin preceptos, y hacerlo todo sin hacer nada. Convengo en que este arte no es para tu edad; que no es a propósito para hacer que luzca tu talento ni el aprecio de los padres; pero es el único para conseguir el fin. Nunca lograrás formar sabios, si no formas primero tunantuelos; esta era la educación de los espartanos; en vez de pegar los niños a los libros, los enseñaban a robar lo que habían de comer. ¿Eran por eso toscos los espartanos, cuando mayores? ¿Quién no sabe la energía y el donaire de sus prontitudes? Destinados siempre a vencer a sus enemigos, en todo género de guerra los arrollaban, y los atenienses temían sus dichos tanto como sus golpes.

En las educaciones más esmeradas, manda el maestro y cree que dirige; y quien dirige, en efecto, es el niño, que se vale de lo que exige de él para alcanzar de vosotros lo que se le antoja y haceros pagar con ocho días de condescendencia una hora de aplicación. a cada instante es necesario entrar en convenios con él. Estos tratados que proponéis a vuestra manera, y él ejecuta a la suya, siempre redundan en beneficio de sus voluntariedades, especialmente si se incurre en la torpeza de estipular, como una condición que ha de redundar en beneficio suyo, lo que está cierto que ha de alcanzar, ora cumpla con la condición que le imponen, ora falte a ella. Por lo común, mucho mejor lee el niño en el alma del maestro, que éste en la del niño; y debe ser así, porque toda cuanta sagacidad el niño entregado a sí propio hubiera puesto en cuidar de su conservación, la pone ahora en sacar su



libertad natural de las cadenas de su tirano, mientras éste, que no tiene tan urgente interés en adivinar lo que el otro piensa, halla algunas veces que le conviene más dejarle con su pereza o su vanidad.

Seguís un camino opuesto al de vuestro alumno; crea él que siempre es el amo, sedlo vosotros de verdad. No hay sujeción tan completa como la que presenta las apariencias de la libertad, porque así está cautiva la voluntad misma. ¿No se halla a merced vuestra un pobre niño que nada sabe, nada conoce? ¿No disponéis, con relación a él, de todo cuanto a él se acerca? ¿No están en vuestra mano, sin que él lo sepa, sus tareas, sus juegos, sus deleites, sus penas, todo? Sin duda no debe hacer más de lo que él quiera; pero sólo lo que quisierais que haga, debe él querer, no debe dar un paso sin que le hayáis previsto, ni desplegar los labios sin que sepáis lo que va a decir.

Entonces podrá entregarse a los ejercicios corporales que pide su edad, sin embrutecer su entendimiento; entonces, en vez de imaginar tretas para eludir un imperio incómodo, le veréis que únicamente se ocupa en sacar de todo cuanto halle a mano el fruto más provechoso para su bienestar presente; entonces os admirará la sutileza de sus invenciones para apropiarse todos los objetos que puede alcanzar, y disfrutar verdaderamente de las cosas sin el auxilio de la opinión.

Dejándole así dueño de sus voluntades, no fomentaréis sus caprichos. En no haciendo más de lo que quiera, presto, hará sólo aquello que deba hacer; y aunque esté su cuerpo en continuo movimiento, cuando se trate de su interés actual y sensible, veréis desenvolverse toda la razón de que es capaz mucho mejor y de modo más adecuado para él, que en estudios de mera especulación.

De este modo, viendo que no pensáis quitarle su gusto, sin desconfiar de vos, y no teniendo por qué ocultaros nada, ni os engañará ni os mentirá; se manifestará sin rebozo como él es; le podréis estudiar a vuestro gusto y preparar en torno suyo las lecciones que queráis darle, sin que nunca se figure él que las recibe.

Tampoco espiaré vuestras costumbres con celosa curiosidad, ni se complacerá secretamente en cogeros en falta. Gravísimo es este inconveniente que precavemos. Ya he dicho que uno de los primeros afanes de los niños, es descubrir el flaco de los que los dirigen. Esta inclinación conduce a la malicia, pero no proviene de ella; nace de la necesidad de eludir una autoridad que les es enojosa. Procuran sacudir el yugo que les imponen y que los abruma; y los defectos que hallan a sus maestros, les ofrecen para esto medios adecuados. Entre tanto adquieren el hábito de observar los defectos de las personas, y complacerse en encontrarlos. Claro es que hemos cegado un manantial de vicios en el corazón de Emilio, pues como no tiene interés ninguno en encontrar mis defectos, no los buscará, ni le vendrá la idea de indagar los de otros.

Todas estas prácticas parecen difíciles porque no se piensa en ellas pero, en realidad, no lo son. Motivos hay para suponerlos con las luces necesarias para ejercer la profesión que habéis escogido; es de presumir que conocéis el natural progreso del corazón humano, que sabéis estudiar a qué se inclinará la voluntad de vuestro alumno por razón de los objetos que interesen a su edad y cuya revista haréis pasar. Ahora bien; ¿poseer los instrumentos y saber usarlos bien, no es ser dueño de la operación?

Me objetáis los caprichos del niño, y no tenéis razón. Jamás fue el capricho de los niños obra de la naturaleza, si no de una mala disciplina; consiste en que han obedecido o mandado, y ya he repetido que no debía ser ni uno ni otro vuestro alumno. No tendrá más caprichos que los que le hayáis dado; justo es que paguéis la pena de vuestras culpas. Pero, me diréis, ¿cómo se han de remediar éstos? Aun eso es posible con otra conducta y mucha paciencia.

Me encargué durante algún tiempo de un niño acostumbrado no sólo a hacer su voluntad, sino a que la hiciera todo el mundo, por consiguiente voluntarioso en demasía. Desde un principio, para poner a prueba mi condescendencia, se quiso levantar a media noche. Cuando

mejor dormía yo, se tira de la cama, coge su ropa y me llama. Me levanto y enciendo luz; él no quería otra. cosa; al cabo de un cuarto de hora le da sueño, y vuelve a acostarse muy satisfecho con su prueba. Dos días después la reitera con igual fruto, y sin la más leve señal de impaciencia por mi parte. Al volverse a acostar me dio un abrazo, y yo le dije con mucho sosiego: «Amiguito, bueno está, pero no vuelvas a hacerlo.» Estas palabras excitaron su curiosidad, y la noche siguiente, deseoso de saber sí me atrevería a desobedecerle, no dejó de levantarse a la hora y llamarme. Preguntéle qué quería. Me dijo que no podía dormir. *Malo es eso*, le repliqué, y me estuve quieto. Rogóme que encendiese luz. ¿Para qué? y seguí quieto. Empezaba a causarle confusión mi estilo lacónico. Fue a tientas a buscar el eslabón y fingió que encendía yesca; yo no podía menos de reírme oyendo los golpes que se daba en los dedos. Convencido al fin de que no podría salirse con la suya, me trajo el pedernal a la cama; yo le dije que para nada le necesitaba y me volví del otro lado. Entonces empezó a correr por el cuarto, gritando, cantando, metiendo mucha bulla, dándose contra los muebles unos golpes que tenía buen cuidado de que no fueran muy fuertes, sin dejar por eso de chillar mucho, esperando asustarme...Nada de esto le aprovechó; pero noté que contando con una fuerte reprimenda o con mi enfado, no sabía qué hacerse al ver mi tranquilidad.

Sin embargo, resuelto a vencer mi paciencia a fuerza de terquedad, siguió en su gresca con tanto fruto, que al fin monté en cólera; y previendo que lo iba a echar a perder todo con mi impertinente arrebato, tomé la determinación siguiente. Levantéme sin decir nada, busqué el eslabón, que no hallé, se lo pido, y me le da, no cabiendo en sí de gozo por haber triunfado de mi. Echo yesca, enciendo luz, agarra de la mano a mi hombrecillo, le llevo con mucho, sosiego a un gabinete, inmediato, cuyas ventanas estaban bien cerradas, y donde no había nada que romper; le dejo en él a oscuras, y cerrando la llave, me vuelvo a acostar sin hablarle palabra. Excuso, decir cuál sería la bulla;

contaba con ella, y no hice caso. Al fin cesa; aplico el oído, oigo que se está más quieto y me tranquilizo. Al otro día de mañana entro en el gabinete y encuentro a mi alborotadorcillo tendido en una camilla y durmiendo a pierna suelta, que bien lo debía necesitar después de tanta faena.

No paró en esto el negocio. Supo la madre que había pasado el niño gran parte de la noche fuera de la cama. ¡Jesús, qué desgracia! Todo se perdió en un instante; ya estaba el chico poco menos que muerto. Viendo éste que era buena ocasión para vengarse, se hizo el enfermo, sin prever que nada iba a sacar. Llamaron al médico. Era éste, por desgracia para la madre, un chusco que procuraba aumentar sus temores para reírse de ellos. Díceme al oído: Déjelo usted por mi cuenta; yo le prometo que por algún tiempo quedará curado el muchacho del antojo de estar malo. Efectivamente, le recetó dieta y no salir del cuarto, y fue encomendado al boticario. Yo sentía ver a esta pobre madre de quien se burlaban todos los de la casa, excepto yo solo, a quien tomó horror, precisamente porque no la engañaba.

Después de muy agrias censuras, me dijo que su hijo era delicado, que era el único heredero de la familia, que era necesario conservarle a cualquier precio, y que no quería que le quitaran su gusto. En esto me hallaba yo de acuerdo con ella; pero la madre llamaba quitar el gusto al chico el no obedecerle en todo. Vi entonces que era necesario tomar la misma marcha con la madre que con el hijo, y le dije con mucha serenidad: «Señora, no sé cómo se educan los herederos, y es más, que tampoco quiero aprenderlo; con que arréglese usted como lo parezca». Necesitaban de mí algún tiempo más; el padre hizo las paces; escribió la madre al preceptor que se diese prisa a volver; y viendo el niño que no sacaba provecho con interrumpirme el sueño ni con estar malo, se resolvió a dormir y ponerse bueno.

No es posible imaginarse a cuántas manías semejantes había sujetado el tiranuelo a su desgraciado ayo porque se hacía la educación a vista de la madre, la cual no consentía que desobedecieran en nada al

heredero. Fuese la hora que fuera, cuando quería salir de casa era necesario estar dispuesto a conducirlo o, más bien, a seguirle, y se esmeraba siempre en escoger la ocasión en que veía más ocupado a un ayo. Quiso usar del mismo imperio conmigo, y vengarse por el día del sosiego en que por fuerza tuvo que dejarme de noche. Me allané a todo sin repugnancia; empecé por poner en claro a sus propios ojos el gusto que tenía en contentarle; después, cuando se trató de sanarle de su manía, tomé otro giro.

Fue preciso, lo primero, que él viera que la culpa era suya, y no hubo dificultad. Sabiendo que los niños sólo piensan en lo presente, me tomé la fácil ventaja de la previsión : hice que hallara en casa una diversión a que sabía era muy aficionado; y cuando más embebido en ella estaba, le fui a proponer que diéramos un paseo; se negó a ello; insistí, no hizo caso; fue preciso que yo cediese, y notó preciosamente en sí esta señal de sujeción.

Al día siguiente me tocó la vez. Se aburrí, y yo lo había preparado todo para que así sucediese; por el contrario, fingí que estaba muy ocupado. Esto era lo bastante para determinarle. No tardó en venir a quitarme de mi trabajo para que le llevara al instante a paseo; neguéme, y él se empeñó. «No, le dije; pues que tú haces tu voluntad, yo haré la mía; no quiero salir.» «Bien está», replicó con viveza, yo saldré solo. «Como quieras», y me vuelvo a mí faena.

Se viste algo inquieto al ver que le dejo y no le imito. Ya para salir, viene a despedirse; yo me despido de él; procura asustarme, contándome las caminatas que va a hacer; al oírle, hubieran pensado que iba al fin del mundo. Sin alterarme, le deseo buen viaje y crece su desasosiego; afecta, sin embargo, serenidad en el semblante, y al salir dice al lacayo que le siga. Advertido éste, responde que no tiene lugar, y que ocupado por orden mía, primero debe obedecer a mí que a él. De esta vez no sabe el niño dónde está. ¿Cómo ha de concebir que le dejen salir sólo, cuando se cree el ser que importa a todos los demás y piensa que cielo y tierra se interesan en su conservación? No obstante,

empieza a reconocer su flaqueza; comprende que se va a encontrar solo, entre gentes que no le conocen; ve de antemano los riesgos que puede correr; sólo su obstinación le sostiene; baja a pasos lentos y muy confuso la escalera. Por fin asoma a la calle, algo consolado del mal que pueda sucederle, con la esperanza de que me lo achaquen a mí.

Aquí le esperaba yo. Estaba todo dispuesto de antemano; y como se trataba de una especie de escena pública, había alcanzado el consentimiento de su padre. Apenas llevaba andados algunos pasos, oye que habla la gente de él. «Vecino, ¡qué bonito niño! ¿a dónde va solo? Se va a perder; voy a decirle que entre en casa. Vecino, no hagáis tal. ¿No veis que es un picarillo que le han echado de casa de sus padres porque no podían hacer carrera de él? No le metamos en casa; dejadle que vaya a donde quiera. Pues con bien vaya y Dios le guíe; pero sentiría que le sucediera alguna desgracia.» Algo más lejos encuentra unos pilletes casi de su misma edad, que le insultan y hacen burla de él. Cuanto más adelanta, con más estorbos tropieza. Solo y sin amparo, se mira hecho la irrisión de todo el mundo, y no sin extrañarlo ve que sus medias de seda y sus hebillas doradas no hacen que se le respete.

No obstante, uno de mis amigos, a quien él no conocía, y a quien yo había dado el encargo de que no le perdiera de vista, le seguía paso a paso sin que él lo comprendiese, y se llegó a él cuando fue tiempo. Este papel, parecido al del mayordomo del Duque en la ínsula de Sancho, requería un hombre de talento, y mi amigo lo desempeñó a toda mi satisfacción. Sin asustarle mucho ni desalentarle en demasía, tan bien le dio a entender la imprudencia de su conducta, que me le trajo al cabo de media hora blando, confuso, y sin atreverse a alzar la vista.

Para término de su desastrada expedición, precisamente al tiempo que entraba él, salía su padre y le encontró en la escalera. Tuvo que

decir de dónde venía y por qué no iba yo con él<sup>51</sup>. Hubiera querido el pobre chico estar siete estados debajo de tierra. Sin pararse en darle una larga reprensión, le dijo su padre con más sequedad de lo que yo esperaba : «Cuando quiera usted salir solo, puede hacerlo; pero como no me conviene tener un tunante en mi casa, si sucede otra vez haga usted cuenta de no volver más.» Yo le recibí sin burlarme de él, sin echarle nada en cara, pero con alguna gravedad; y temiendo sospechase que era juguete cuanto había sucedido, no le quise sacar a paseo aquel día. Al otro, vi con suma satisfacción que pasaba conmigo en ademán de un vencedor por delante de las mismas personas que el día antes se habían burlado de él porque le habían hallado solo. Bien se colige que no me volvería a amenazar con que saldría sin mí.

Por estos y otros medios semejantes conseguí en el poco tiempo que con él estuve, que hiciera todo cuanto yo quería sin mandarle, sin prohibirle nada, sin sermones ni exhortaciones y sin fastidiarlo con lecciones inútiles. Cuando yo hablaba, estaba él satisfecho; pero mi silencio le infundía temor : conocía que algo había hecho mal, ¡siempre sacaba la lección de la misma cosa. Pero volvamos a nuestro asunto.

Estos ejercicios continuos, abandonados de este modo a la sola dirección de la naturaleza, no sólo fortalecen el cuerpo sin embrutecer el alma, sino que, por el contrario, constituyen en nosotros la única especie de razón de que sea capaz la primera edad y que es más necesaria en todas. Nos enseñan a conocer bien el uso de nuestras fuerzas, las relaciones de nuestros cuerpos con los cuerpos que nos rodean, y el uso de los instrumentos naturales que están a nuestra disposición, y convienen a nuestros órganos. ¿Hay necesidad semejante a la de un niño educado siempre en casa y sin salir de las faldas de su madre? No sabe qué cosa es peso y resistencia y quiere arrancar un árbol o levantar

---

<sup>51</sup> En casos tales podemos exigir del niño la verdad, porque entonces bien sabe que no puede negar, y que si se atreviera a decir una mentira, al instante se conocería.

una roca. La primera vez que salí yo de Ginebra, quería alcanzar a un caballo a galope; tiraba piedras al monte de Saleve, que dista dos leguas : era la burla de todos los niños del lugar, que me miraban como un idiota. A los diez y ocho años se aprende en física qué es palanca y no hay campesino de doce que no sepa servirse de ella mejor que el primer mecánico de la Academia. Aprovechan cien veces más a los estudiantes las lecciones que toman unos con otros en los patios del colegio, que cuanto les enseñan en la clase.

Observad a un gato que por primera vez entra en una habitación : visita, mira, husmea, no está parado un momento, de nada se fía hasta que todo lo ha examinado y reconocido. Lo mismo hace un niño que empieza a andar, y que entra, por decirlo así, en el vasto espacio del mundo. Toda la diferencia consiste en que con la vista común del niño y del gato juntan para observar, el primero las manos que le dio naturaleza, y el segundo el sutil olfato con que le dotó. Bien o mal cultivada esta disposición hace a los niños mañosos o torpes, pesados o listos, atolondrados o prudentes.

Siendo, pues, los primeros movimientos naturales, del hombre los de medirse con todo cuanto le rodea y experimentar en cada objeto que ve todas las cualidades sensibles que pueden tener relación con él, su primer estudio es una especie de física experimental relativa a su propia conservación, y de que le apartan los estudios especulativos, antes de que haya reconocido su sitio en la tierra. Mientras que sus órganos delicados y flexibles se pueden ajustar a los cuerpos en que deben obrar, y puros aún, sus sentidos están exentos e ilusiones, es la ocasión de ejercitar unos y otros en las funciones que les son peculiares; es tiempo de aprender a conocer las relaciones sensibles que las cosas tienen con nosotros; y como todo cuanto se introduce en el entendimiento humano es una razón sensitiva, que sirve de base a la razón intelectual, así, nuestros primeros maestros de filosofía son nuestros pies, nuestras manos y nuestros ojos. Sustituir con libros a



todo esto, no es enseñarnos a raciocinar, sino a valernos de la razón ajena, a creer mucho y no saber nunca nada.

Para ejercitar un arte hay que comenzar por la adquisición de los instrumentos de él; y para poder emplear con utilidad estos instrumentos, es preciso hacerlos tan sólidos que resistan el uso. Así para aprender a pensar es necesario ejercitar nuestros miembros, nuestros sentidos y nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia; y para sacar toda la utilidad posible de estos instrumentos, forzoso es que nuestro cuerpo, que nos los suministra, se halle robusto y sano. De suerte que lejos de que se forme sin dependencia del cuerpo la verdadera razón del hombre, la buena constitución corporal es la que hace fáciles y seguras las operaciones del entendimiento.

Al demostrar cómo se ha de emplear la dilatada ociosidad de la infancia, especifico circunstancias que parecerán ridículas. ¡Donosas lecciones, me dirán, que, según vuestra propia crítica, se limitan a enseñar lo que nadie necesita aprender! ¿Para qué es pasar el tiempo en instrucciones que por sí mismas se toman siempre, y que no cuestan afanes ni desvelos? ¿Qué niño de doce años hay que no sepa cuanto queréis enseñar al vuestro, y, además, lo que le han enseñado sus maestros?

Os engañáis, señores; yo enseñé a mi alumno un arte muy largo, muy penoso, y que de seguro no saben los vuestros: el arte de ser ignorante; porque la ciencia del que no cree que sabe más de lo que sabe, se ciñe a poquísima cosa. Vosotros dais ciencia: sea en hora buena; yo me ocupo del instrumento que sirve para adquirirla. Dícese que habiendo enseñado un día con mucha pompa los venecianos el tesoro de San Marcos a un embajador de España, la enhorabuena que éste les dio fue decirles, después de haber mirado debajo de la mesa: *Qui non c' è la radice, Aquí no esta la raíz*. Nunca oigo a un preceptor hacer alarde de lo que sabe su discípulo; sin que me den tentaciones de decirle otro tanto.

Todos cuantos han reflexionado acerca de la manera cómo vivían los antiguos, atribuyen a sus ejercicios gimnásticos aquel vigor de cuerpo y alma que más especialmente los distingue de los modernos. El modo con que Montaigne apoya este dictamen, hace ver cuán penetrado de él estaba; sin cesar le inculca de mil modos. Hablando de la educación de un niño, dice : « Para fortalecerle el alma, es necesario endurecerle los músculos; acostumbrándole al trabajo, se acostumbra al dolor; avezándole a la aspereza de los ejercicios, se acostumbra a la dislocación, al dolor y a todos los males. Sólo en punto a ejercitar mucho el cuerpo de los niños están acordes todos: el sabio Locke, el buen Rollin, el erudito Fleuri, el pedante de Crouzas; en todo lo demás disienten mucho. Este es el más cuerdo de sus preceptos, y el que siempre es y será desatendido. Ya he dicho lo suficiente acerca de su importancia; y como no es posible dar en esta materia mejores razones ni reglas más sensatas que las que se encuentran en el libro de Locke, me remitiré a él, tomándome la libertad de añadir a sus observaciones algunas más.

Todos los miembros de un cuerpo que crece deben estar a su anchura dentro del traje: nada debe apresurar su crecimiento ni su movimiento; nada ha de estar demasiado justo, ni pegado al cuerpo; ninguna ligadura. El traje francés, incómodo e insano para los hombres, es particularmente perjudicial para los niños. Parados en su circulación los humores, y estancados con el sosiego aumentado por la vida inactiva y sedentaria, se corrompen y ocasionan el escorbuto: enfermedad que cada día se propaga más entre nosotros y que apenas conocían los antiguos, porque su modo de vestir y vivir los preservaba de ella. Lejos de remediar este inconveniente, el traje usual le aumenta, y por quitar a los niños algunas ligaduras, les aprieta todo el cuerpo. Lo mejor es que gasten blusa el más tiempo posible, darles luego vestidos muy anchos, y no empeñarse en que lleven el talle ajustado, lo cual sólo sirve para desfigurársele. Sus defectos de cuerpo y alma pro-

vienen casi todos de una misma causa : de querer que sean hombres antes de tiempo.

Hay colores alegres y colores tristes : los primeros gustan más a los niños, y también les caen mejor, de suerte que no veo motivo que impida seguir en esto lo que naturalmente les conviene; más tan pronto prefieren un tejido porque es rico, ya está entregado su corazón al lujo, a las veleidades de la opinión; y de seguro no proviene este gusto de ellos mismos. No es posible ponderar cuánto influye en la educación la elección de los vestidos y los motivos para escogerlos. No sólo hay madres ciegas que prometen a sus hijos galas en recompensa, sino que también vemos ayos tan insensatos que amenazan a sus alumnos con ponerles en castigo un traje más tosco y más sencillo. Si no estudias mejor, si no cuidáis más la ropa, os vestirán como a un chico de lugar, que es lo mismo que si les dijese : «Sabed que no es más el hombre que lo que le hace su traje, y que todo vuestro mérito se cifra en el que lleváis.» ¿Qué nos choca que se aproveche la juventud de lecciones tan cuerdas, que sólo estime el adorno, que sólo por el exterior valúe el mérito?

Si tuviera que sanar la cabeza de un niño imbuido de estas ideas, cuidaría de que fuesen sus más ricos vestidos los más incómodos; que estuviese siempre oprimido, siempre violento, siempre sujeto de mil maneras: haría que la alegría y la libertad huyesen de su magnificencia; si quisiera ponerse a jugar con otros niños vestidos con más sencillez, al instante se lo prohibiría. Finalmente, de tal modo le fastidiaría y le hartaría de su boato, de tal manera le haría esclavo de su vestido dorado, que sería el torcedor de su vida y vería con menos susto el calabozo más negro que los preparativos de su engalanamiento. Mientras el niño no se haya hecho esclavo de nuestras preocupaciones, siempre es su primer deseo el estar a su gusto y libre; el traje más cómodo y que menos le sujeta es siempre para él el más precioso. Hay trajes que convienen más para la inacción. Dejando esta a los humores un curso igual y uniforme, debe resguardar el cuerpo de

las alteraciones del aire; y haciéndole la otra que pase sin cesar de la agitación al sosiego, y del calor al frío, le debe acostumbrar a las mismas alteraciones. De aquí se sigue que las personas caseras y sedentarias, se deben arropar bien en todo tiempo, para conservar su cuerpo en un temple uniforme, casi el mismo en toda estación y a todas las horas del día. Por el contrario, siempre deben llevar vestidos ligeros los que están expuestos al viento, al sol y a la lluvia, los que se mueven mucho y andan la mayor parte del día, para habituarse a todas las alteraciones del aire y grados de temperatura, sin hallarse incómodos. A unos y a otros aconsejaría que no mudasen de traje al cambiar las estaciones, y esta será la práctica constante de mi Emilio, con lo cual no quiero decir que lleve en verano vestido de invierno, como las personas sedentarias, sino que en invierno lleve vestido de verano como las laboriosas.. Este fue el que usó toda su vida Isaac Newton, y vivió ochenta años.

Poco o ningún tocado, en todo tiempo. Los antiguos egipcios llevaban siempre la cabeza descubierta; los persas se la cubrían con abultadas tiaras y hoy todavía se la cubren con espesos turbantes, cuyo uso, según Chardin, es necesario por el aire del país. En otro lugar he anotado<sup>52</sup> la distinción que hizo Herodoto en un campo de batalla entre los cráneos de los egipcios. Y como importa que los huesos de la cabeza se hagan más compactos, menos el cerebro, no sólo contra las heridas, sino contra los resfriados, las fluxiones y todas las impresiones del aire, debéis acostumbrar a vuestros hijos a que lleven siempre la cabeza descubierta en invierno y verano, de noche y de día. Y si por limpieza, y porque no se les enreden los cabellos, les queréis dar un gorro de noche, que sea un gorro claro y semejante a una redecilla. Bien sé que la mayoría de las madres, más movidas de la observación de Chardin que de mis razones, creerán que en todas partes encuentran el aire de Persia; pero yo no he escogido a mi alumno europeo para hacerle asiático.

---

<sup>52</sup> Carta de J.-J. Rousseau al señor d'Alembert sobre los espectáculos.

En general, se abriga demasiado a los niños, y especialmente durante la primera edad. Más convendría endurecerlos para el frío que para el calor; el mucho frío no los incomoda nunca cuando los dejan expuestos a él desde muy temprano; pero el mucho calor les produce una extenuación inevitable porque el tejido de su cutis, todavía muy tierno, no deja sobrado paso a la transpiración. Por eso se nota que mueren más niños en el mes de agosto que en ningún otro. Además, la comparación de los pueblos del Norte con los del Mediodía prueba que se hace más robusto el que aguanta el exceso del calor. Por tanto, al paso que crezca el niño y se fortalezcan sus fibras, acostumbrale poco a poco a sufrir los rayos del sol y yendo por grados, le endureceréis sin riesgo para los ardores de la zona tórrida.

En medio de los varoniles y cuerdos preceptos que nos da Locke, incurre en contradicciones que no se debían esperar de pensador tan exacto. Este mismo, que quiere se bañen los niños en verano en agua helada, prohíbe que cuando estén sudando beban agua fría y que se acuesten en el suelo en sitios húmedos<sup>53</sup>. Pero ¿supuesto que quiere que los zapatos de los niños cojan agua en todo tiempo, habrán de cogerla menos cuando tengan calor? ¿Y no se le pueden hacer del cuerpo con relación a los pies, las mismas inducciones que hace él de los pies con relación a las manos, y del cuerpo con relación al rostro? Sí queréis, le diría, que todo el hombre sea rostro, ¿por qué lleváis a mal que yo quiera que sea todo pies?

Para impedir que beban los niños cuando tienen calor, prescribe que los acostumbren a comer un pedazo de pan antes de beber. Muy extraño es que cuando el niño tenga sed, sea menester darle de comer; igual sería darle de beber cuando tenga hambre. Nunca se me persuadirá de que sean tan desarreglados nuestros primeros apetitos, que no

---

<sup>53</sup> Como si los niños de los pueblos escogieran la tierra muy seca para sentarse o acostarse, o se hubiera oído decir nunca que la humedad de la tierra ha hecho daño a uno de ellos siquiera. Si escucháramos a los médicos sobre este asunto, creeríamos que todos los salvajes están tullidos de reumatismo.

los podamos satisfacer sin exponernos a la muerte. Si así fuese, se habría destruido cien veces el linaje humano antes de saber lo que había de hacerse para conservarlo.

Siempre que Emilio tenga sed, quiero que se le dé de beber; pero agua pura, y sin preparación alguna, ni aún la de templarla, aunque esté bañado en sudor, y aunque sea en el rigor de invierno. La única precaución que recomiendo, es distinguir la calidad de las aguas. Si el agua es de río, dádsela al instante como de él sale : si es de fuente, es menester dejarla algún tiempo al aire antes de beberla. En la estación del calor están calientes los ríos; no así las fuentes, que no reciben el contacto del aire; es preciso aguardar a que el agua se ponga a la temperatura de la atmósfera. Pero no es cosa natural ni frecuente el sudar en invierno, sobre todo en campo raso; porque como el aire frío pega sin cesar en el cutis, rechaza dentro el sudor, y estorba que se abran los poros lo suficiente para dejarle paso. Pero no pretendo yo que Emilio haga ejercicio en invierno junto a buen fuego, sino fuera, a la intemperie, en mitad de los hielos. Mientras que se calienta haciendo y tirando pelotas de nieve, dejémosle que beba cuando tenga sed; siga haciendo ejercicio después de beber y no temamos mal ninguno. Y si por otra causa entra en sudor y tiene sed, beba frío, aun en este tiempo; haced, si por llevarle algo lejos y poco a poco a que busque agua; y con el frío que se supone, se habrá refrescado, cuando llegue, lo suficiente para beber sin riesgo alguno. Sobre todo, tomad estas precauciones, sin que él las eche de ver. Más querría que estuviera algunas veces malo que mirando sin cesar por su salud.

Los niños necesitan dormir mucho, porque hacen un ejercicio violento; uno sirve de correctivo a otro; por eso vemos que necesitan de ambos. La noche se ha hecho para descansar : así lo ha determinado la naturaleza. Es observación constante que, mientras está el sol bajo el horizonte, y el aire caldeado con sus rayos no mantiene en tanta calma nuestros sentidos, es más sosegado y sereno el sueño. Así, ciertamente, el más saludable hábito es el de levantarse y acostarse

con el sol. De donde se deduce, que en nuestros climas el hombre y los animales tienen generalmente necesidad. Pero no es tan sencilla, tan natural, tan exenta de azares y revoluciones, la vida social, que debamos acostumbrar al hombre a esta uniformidad hasta el punto de hacérsela necesaria. Sin duda es preciso sujetarse a reglas; pero poder violarlas sin peligro, cuando lo requiere la necesidad, es la primera de todas las reglas. No afeminéis imprudentemente a vuestro alumno con la continuidad de un apacible sueño nunca interrumpido. Abandonadle primero sin trabas a la ley de la naturaleza: pero no os olvidéis de que en nuestros países debe ser superior a esta ley; que debe poder acostarse a deshora y pasar las noches en pie sin incomodarse, Empezando desde muy niño, yendo siempre poco a poco y por grados, se acostumbra el temperamento a las mismas cosas que le destruyen cuando le sujetan a ellas después de formado.

Importa acostumbrarse cuanto antes a malas camas; es el modo de no encontrar ninguna que lo parezca. En general, la vida dura, luego de acostumbrados a ella, multiplica nuestras sensaciones gratas; la vida muelle prepara una infinidad de sensaciones desagradables. Las personas educadas con sobrada delicadeza no pueden dormir como no sea en lechos de pluma; las que están acostumbradas a acostarse sobre tablas, duermen en cualquier parte, pues no hay lecho duro para quien se duerme así que se acuesta.

Un mullido lecho donde se entierra uno en pluma, derrite y disuelve, por decirlo así, el cuerpo. Los riñones envueltos con sobrado calor se caldean, de lo que resultan con frecuencia la piedra a otros achaques e infaliblemente una complexión delicada que es causa de todos.

La mejor cama es la que produce mejor sueño, y esa nos la mullimos Emilio y yo todo el día. No necesitamos que vengan esclavos de Persia para hacerla, que cavando la tierra movemos nuestros colchones.

Sé por experiencia que cuando un niño está bueno puede hacerse dormir o velar, casi según se quiera. Cuando se ha acostado el niño, y fastidia con su charla a la criada, le dice esta : *duérmete*, que es como si le dijera, *ten salud*, cuando está malo. El verdadero modo de hacerle dormir es fastidiarle a él. Hablad tanto que le preciséis a que calle, y presto se dormirá; de algo sirven los sermones; lo mismo es predicarle que mecerle; pero si os servís por la noche de este narcótico, tened cuenta con no servirlos de él por el día.

Alguna vez despertaré a Emilio, no tanto por temor de que le haga daño el dormir demasiado, como por acostumbrarle a todo, hasta a que le despierten y que le despierten súbitamente. Por lo demás, muy corto sería mi talento para mi empleo si no supiera enseñarle a que se despertara él solo, y a que se levantara, por decirlo así, a voluntad mía, sin que yo le dijese una palabra.

Si no duerme lo suficiente, le hago entrever para el día siguiente una mañana fastidiosa, y tendrá por ganancia todo cuanto pueda gastar en dormir; si duerme mucho, le anuncio, para cuando se levante, una diversión de su agrado. Si quiero que se despierte a una hora fija, le digo: mañana a las seis vamos a pescar o a pasearnos por tal parte; ¿quieres venir? Dice que si, me ruega que le llame, se lo prometo o no se lo prometo, según conviene; si tarda en levantarse, ya no me halla. Muy raro sería que así no aprendiera a despertarse muy pronto por sí solo.

En cuanto a lo demás, si sucediese por acaso que un niño indolente, tuviera inclinación a encenagarse en la pereza, no deberíamos dejarle entregado a este vicio, que totalmente le entorpecería, sino administrarle un estimulante que le despertara. Entendamos que no se trata de hacerle obrar por fuerza, sino de moverle por algún apetito que le excite; escogido con discernimiento este apetito en el orden de la naturaleza a un mismo tiempo nos conduce a dos fines.

No hay cosa alguna que con un poco de habilidad no se pueda hacer que guste de ella, y aun con pasión, los niños, sin excitar ni su



vanidad, ni su emulación, ni sus celos. Bástanos su viveza y su espíritu de imitación, especialmente su alegría natural, instrumento que sólida asa tiene, y que ningún preceptor ha sabido manejar. En todos los juegos sufren sin quejarse, y riéndose, lo que en un caso formal no sufrirían sin verter raudales de lágrimas. Diversiones son de los salvajes jóvenes las abstinencias prolongadas, los golpes, las quemaduras, toda especie de tormentos; prueba de que hasta el dolor tiene condimento que le quita su amargura; pero no todos los maestros saben preparar este manjar, ni acaso todos los discípulos pueden paladearle sin hacer gestos. Heme aquí otra vez, si no tengo cuidado, extraviado en excepciones.

Sin embargo, lo que ninguna excepción admite es la sujeción del hombre al dolor, a los males de su especie a los desmanes y peligros de la vida, a la muerte, en fin. Cuanto más le familiaricemos con estas ideas, más le sanaremos de la importuna sensibilidad que junta con el mal la impaciencia de aguantarle; más le domesticaremos con las angustias que aún pueden alcanzarle; más le quitaremos como hubiera dicho Montaigne, el aguijón de la extrañeza, y será más invulnerable y dura su alma, siendo su cuerpo la cota de malla que despunte todos los dardos que pudieran herirle en lo vivo. Un solo azar habrá, verdaderamente sensible para él, que es morir; y también, como las inmediaciones de la muerte no son la muerte misma, apenas la sentirá en calidad de tal; no morirá, por decirlo así, estar muerto o vivo, y nada más. De él sí que hubiera podido decir el mismo Montaigne lo que dijo de un rey de Marruecos<sup>54</sup>: que nadie había vivido tan dentro de la muerte. La constancia y la entereza son, como las demás virtudes, aprendizajes de la infancia; pero no se enseñan a los niños diciéndoles su nombre, sino haciéndosela saborear antes que sepan lo que son.

Mas, a propósito de morir, ¿cómo nos conduciremos con nuestro alumno tocante al riesgo de las viruelas? ¿Se las inculcaremos en su primera infancia, o aguardaremos a que se contagie naturalmente? La

---

<sup>54</sup> Lib. II, cap. xxi.

primera determinación, más conforme con nuestra práctica, exime de peligro la edad en que es más preciosa la vida, a riesgo de la que menos lo es, si puede calificarse de riesgo una inoculación bien administrada.

La segunda es, sin embargo, más conforme a mis principios generales, de dejar obrar en todo a la naturaleza en los cuidados que se complace en tomar sola y que abandona as! que quiere el hombre ayudarla. Siempre está dispuesto el hombre de la naturaleza : dejemos que ella le inocule, que escogerá mejor que nosotros el instante oportuno.

No se infiera de aquí que desapruero la inoculación, porque el raciocinio en virtud del cual eximo de ella a mi alumno no es aplicable a los vuestros. Si son acometidos de las viruelas, vuestra educación los prepara a que no sanen de ellas; si los dejáis contagiar a la ventura, probable es que perezcan. Veo que cuanto más necesaria es la inoculación en ciertos países, tanto más se resisten a ella; y con facilidad se echa de ver la razón. Apenas me ocuparé de resolver esta cuestión tocante a mí Emilio. Será inoculado o no lo será, según los tiempos, los lugares y las circunstancias, que esto es casi indiferente para él. Si le inoculamos las viruelas, sacaremos la utilidad de prever y conocer de antemano su dolencia, que algo es; pero si naturalmente se contagia, le habremos preservado, del médico, que es más todavía.

Una educación exclusiva que se encamina únicamente a establecer distinción entre los educados y la gente del pueblo, prefiere siempre las instrucciones más costosas a las más comunes, y por eso mismo más útiles. Así todos los jóvenes educados con esmero aprenden a montar a caballo, porque cuesta caro; pero ninguno aprende a nadar, que nada cuesta, porque puede un artesano nadar tan bien como el primero. No obstante, sin haber entrado en un picadero, cualquiera monta a caballo, se tiene firme, y se sirve de él para cuanto necesita; pero dentro del agua el que no nada se ahoga, y ninguno nada sin haber aprendido. Por último, nadie está obligado a montar a caballo so pena de la vida; pero ninguno está cierto de evitar el peligro

de ahogarse, a que tantas veces nos vemos expuestos. Emilio se hallará en el agua como en la tierra. ¡Así pudiera vivir en todos los elementos! Si fuera posible enseñarle a volar haría de él un águila, y una salamandra, si fuera dable endurecerle al fuego.

Témese que un niño se ahogue cuando aprende a nadar; bien se ahogue cuando aprende o por no haber aprendido, siempre será culpa vuestra. La vanidad sola es la que nos hace temerarios; nadie lo es cuando, no le miran. Emilio no lo sería, aunque le contemplase el universo entero. Como el ejercicio, no pende del riesgo, en un canal del huerto de su padre aprendería a atravesar el Helesponto; pero es preciso acostumbrarse con riesgo para enseñarse a perder el miedo; y esta es parte esencial del aprendizaje de que acabo de hablar. En cuanto a lo demás, siempre atento a medir con sus fuerzas el peligro, y a tomar parte en él, no tendré que temer imprudencias cuando arregle el cuidado de su conservación por el que debo a la mía.

Más pequeño que un hombre es un niño; no tiene su razón ni su fuerza; pero oye y ve tan bien como él, o con poquísima diferencia; tiene el paladar tan sensible, aunque no sea tan delicado, y distingue lo mismo que él los olores, aunque no ponga en ellos tanto gusto. Las primeras facultades que en nosotros se forman y perfeccionan, son los sentidos; por tanto, son las primeras que deberían cultivarse y las únicas que se echan en olvido o que más descuidan.

Ejercitar los sentidos, no es solamente hacer uso, de ellos, sino aprender a juzgar bien por ellos; aprender, por decirlo así, a sentir, porque no sabemos palpar, ver ni oír, sino como hemos aprendido.

Hay un ejercicio, meramente natural y mecánico, que sirve para robustecer el cuerpo sin dar ocupación ninguna al juicio; nadar, correr, brincar, hacer bailar una peonza, tirar piedras, todo ello es excelente.

¿Pero no tenemos más que brazos y piernas? ¿No tenemos también ojos y oídos? ¿Son superfluos estos órganos para el uso de los primeros? No ejercitéis exclusivamente las fuerzas, ejercitad al mismo

tiempo los sentidos que las dirigen, sacad toda la utilidad posible de ellos, luego la impresión de un o por la de otro; medid, contad, pesad, comparad.

No empleéis la fuerza antes de calcular la resistencia; haced siempre de manera que preceda al uso de los medios la valuación del efecto. Convenced al niño de que nunca debe hacer esfuerzos insuficientes o superfluos. Si le acostumbráis a que prevea el efecto de todos sus movimientos, y rectifique con la experiencia sus errores, ¿no es claro que cuanto más obre, más ganará en discernimiento?

¿Se trata de mover una masa? Si toma una palanca muy larga, gastará sobrado movimiento; si es muy corta, no tendrá la suficiente fuerza : la experiencia le enseña a escoger precisamente la que necesita. Esta discreción no es superior a su edad. ¿Se trata de llevar una carga? Si quiere cogerla tan pesada como la pueda llevar, y no probarse con otra imposible para él de levantar, ¿no será forzoso que con la vista valúe su peso? ¿Sabe ya comparar masas de igual materia y de distinto volumen? Pues escoja masas de igual volumen y distintas materias, y será menester que aprenda a comparar sus pesos específicos. Yo vi un joven muy bien educado, que no quiso creer, antes de hacer la experiencia, que un cubo lleno de astillas de madera de encina pesase menos que lleno de agua.

No somos igualmente dueños de todos nuestros sentidos. Uno hay, que es el tacto, cuya acción no se suspende nunca mientras estamos despiertos; que está esparcido por toda la superficie de nuestro cuerpo como un vigía atento a darnos aviso de cuanto puede ofendernos. También es el sentido cuya experiencia, de grado o por fuerza, más pronto adquirimos, en virtud de este continuo ejercicio, y por consiguiente, que menos necesitamos cultivar particularmente. No obstante, observamos que los ciegos tienen el tacto más seguro y exquisito que nosotros, porque careciendo del auxilio de la vista, se ven forzados a sacar únicamente del primero de estos sentidos los juicios que nosotros debemos al segundo. ¿Pues porqué no nos ejercitamos en

andar como ellos por lo oscuro, en conocer los cuerpos que podemos tocar, en juzgar de los objetos que nos rodean, más breve, en hacer de noche y sin luz todo cuanto hacen ellos de día y sin ojos? Mientras luce el sol, les llevamos ventajas; en la oscuridad son ellos nuestros guías. Ciegos somos la mitad de la vida, con la diferencia de que los verdaderos ciegos siempre saben conducirse, y nosotros no nos atrevemos a dar un paso en lo más oscuro de la noche. Tenemos luces, me dirán. ¿Y quién os dice que os han de seguir a todas partes cuando las necesitáis? Por mi parte, más quiero que Emilio lleve sus ojos al cabo de sus dedos, que tenerlos en la tienda de un cerero.

Estáis encerrado en un edificio, en la oscuridad de la noche : dad una palmada, y por la resonancia del sitio veréis si es vasto o reducido el recinto, si estáis en medio o en un rincón. a medio pie de una pared, el aire menos ambiente y más reflejado, causa otra sensación en el rostro. No salgáis de un sitio y volveos sucesivamente a todos lados; si hay una puerta abierta, os la inducirá una ligera corriente de aire. ¿Vais en un barco? Por el modo con que os diere el aire, en el rostro, conoceréis no solamente la dirección que lleváis, sino también si os lleva despacio o aprisa la corriente del río. Sólo de noche pueden hacerse bien estas observaciones y otras mil análogas; por muy atentos que queramos estar a ellas de día claro, siempre nos ayudará o nos distraerá la vista, y se nos irá la idea. No obstante, hasta aquí todavía no nos hemos valido de la mano ni del bastón. ¡Cuántos conocimientos oculares se pueden adquirir por el tacto, aun sin tocar cosa ninguna!

Muchos juegos nocturnos. Este consejo es más importante de lo que parece. Naturalmente asusta la noche a los hombres, y algunas veces a los animales<sup>55</sup>, pocas personas se libran de este tributo por medio de la razón, los conocimientos, el talento y el valor. Pensadores he visto yo, espíritus fuertes, filósofos, militares intrépidos de día claro, que de noche temblaban como mujeres si oían menearse una hoja

---

<sup>55</sup> Este miedo se manifiesta muy a las claras en los eclipses totales de sol.

de árbol. Este pavor lo atribuyen a los cuentos de nodriza, y se engañan, porque tiene causa natural. ¿Qué causa es esta? La misma que hace desconfiados los sordos, y supersticioso al vulgo: la ignorancia de las cosas que tenemos cerca y de lo que sucede en torno de nosotros<sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup>Otra causa explica del siguiente modo un filósofo, cuyo libro cito a menudo, y cuyas vastas ideas me instruyen todavía con más frecuencia.

«Cuando por circunstancias particulares no podemos formarnos cabal idea de la distancia, ni podemos juzgar de los objetos de otro modo que por el tamaño del ángulo, o más bien de la imagen que forman en nuestros ojos, entonces necesariamente nos equivocamos acerca del tamaño de estos mismos objetos. Todos los que han caminado de noche han experimentado que una zarza que estaba inmediata les parecía un árbol corpulento distante, o bien que un árbol corpulento distante les parecía una zarza inmediata. Del mismo modo, si no conocemos los objetos por su configuración, y no podemos tener idea ninguna de la distancia, necesariamente nos equivocaremos también en tal caso, una mosca que pase con velocidad a algunas pulgadas de nuestros ojos, nos parecerá un pájaro que vuela a distancia muy remota; un caballo quieto en mitad de un campo, y en una postura semejante, por ejemplo, a la de un carnero, no nos parece mayor que un carnero, mientras no conozcamos que es un caballo; pero así que lo conozcamos, nos parecerá del tamaño de un caballo y al punto rectificaremos nuestro primer juicio.

«Siempre que uno se halle de noche en parajes desconocidos, donde no pueda juzgar de la distancia, ni pueda reconocer la forma de las cosas a causa de la oscuridad, correrá peligro de equivocarse en los juicios que formare sobre los objetos que se presenten. De aquí proviene el pavor y la especie de miedo interno que a casi todos los hombres infunde la noche; este fundamento tiene la apariencia de espectros y figuras agigantadas y horrorosas que antas personas dicen haber visto. Por lo común les responden que estas figuras existían en sus ojos y muy posible es que efectivamente hayan visto lo que dicen; porque necesariamente debe suceder, siempre que sólo pueda juzgarse de un objeto por el ángulo que forma en el ojo, que el objeto desconocido abulte y se agrande más a medida que más cerca esté y si al espectador, que no puede conocer lo que ve, ni juzgar a qué distancia está, le pareció primero de algunos pies de alto, cuando se hallaba a veinte o treinta pasos, le parezca de una altura de muchas toesas, cuando sólo esté a distancia de algunos pies; lo cual debe efectivamente pasmarle y atemorizarle hasta que llegue a tocar o conocer el objeto; porque en cuanto conozca lo que es, este objeto que tan agigantado se figuraba disminuirá instantáneamente y no le parecerá mayor que su tamaño real; pero si huye o no se atreve a acercarse, es cierto que no tendrá otra idea de este objeto que la de la imagen que en el ojo formaba, y realmente habrá visto una figura agigantada o espantosa por su tamaño y for-

Puesto que estoy acostumbrado a ver desde lejos los objetos y a prever de antemano sus impresiones, ¿cómo no he de suponer mil seres, mil movimientos que me puedan perjudicar, sin que sea posible resguardarme de ellos, cuando nada veo de lo que tengo cerca? Aunque sepa que estoy seguro en el sitio en que me hallo, nunca lo sé tan bien como si lo viera por mis ojos; por tanto, siempre tengo un motivo de temor que no tenía de día claro. Ciertamente, sé que un cuerpo extraño rara vez puede obrar en el mío sin anunciarse con algún ruido; por eso, ¡cuán alerta tengo sin cesar el oído! Al menor ruido, cuyo motivo no conozco, me fuerza el interés de mi conservación a que al instante suponga todo cuanto me debe poner en cuidado y, por consiguiente, todo lo que más capaz es de asustarme.

No oigo nada absolutamente. No por eso quedo sosegado; porque al cabo también sin ruido pudieran sobrecogerme. Menester es que suponga las cosas como estaban antes, como deben estar todavía, que vea lo que no veo. Precisado así a poner en ejercicio mi imaginación, en breve ya no soy dueño de ella y sirve para sobresaltarme más de lo que había trabajado para serenarme. Si oigo bulla, oigo ladrones; si nada oigo, veo fantasmas; la vigilancia que me inspira el afán de conservarme, sólo me infunde motivos de temor; todo cuanto me debe

---

ma. Así la preocupación de los espectros se funda en la naturaleza; y estas apariencias no penden, como los filósofos creen, meramente de la imaginación. - *Historia natural del hombre, del conde de Buffon.*

En el texto he procurado hacer ver cómo penden siempre en parte de ella; y en cuanto a la causa que aquí se explica, bien se ve que la costumbre de andar de noche nos debe enseñar a distinguir las apariencias que la semejanza de formas y la diversidad de distancias hacen que nuestros ojos tornen los objetos en la oscuridad, porque cuando todavía está el aire bastante claro para hacernos distinguir los contornos de los objetos, como a mayores distancias hay más aire interpuesto, cuando está el objeto más desviado de nosotros debemos ver menos señalados estos contornos; lo cual, a fuerza de hábito, basta para preservarnos del error que aquí explica Buffon. Así, sea cual fuere la explicación que se prefiera, siempre se encontrará eficaz mi método, y esto lo confirma completamente la experiencia.

tranquilizar sólo existe enteramente diferentes. ¿Qué sirve pensar que nada hay que temer, si entonces nada hay que hacer?

Hallada la causa del mal, por ella misma se indica el remedio. En todas cosas el hábito mata la imaginación; sólo los objetos nuevos la despiertan. En los que vemos todos los días, no es la imaginación la que obra, es la memoria; y esa es la razón del axioma *ab assuetis non fil passio; de las cosas acostumbradas no resulta pasión*; porque las pasiones se encienden únicamente con el fuego de la imaginación. Así, pues, no discutáis con aquel a quien tratéis de curar del miedo a la oscuridad; llevadle con frecuencia a sitios oscuros y estad cierto de que todos los argumentos de la filosofía no valdrán tanto como esta costumbre. A los albañiles no se les va la cabeza al andar por los tejados, y no vemos que conserve miedo a la oscuridad quien se habitúa con ella.

He aquí, pues, otra nueva utilidad de los juegos nocturnos que se añade a la primera; mas para que se aficione el niño a estos juegos, nunca recomendaré lo bastante la mucha alegría. No hay cosa más triste que las tinieblas; no encerréis a vuestro niño en un calabozo; entre riéndose en la oscuridad; vuélvase a reír antes de salir de ella; y mientras estuviere el paraje oscuro, que la idea de la diversión que ha dejado, y que al salir volverá a encontrar, le preserve de las fantásticas imágenes que pudieran acometerle.

Hay un término en la vida, pasado el cual, quien adelanta retrocede. Conozco que he pasado ya este término. Vuelvo, por decirlo así, a empezar otra Carrera. El vacío de la edad madura que de mí se ha hecho sentir, me retrata el dulce tiempo de mis primeros años. Haciéndome viejo, me vuelvo niño, y con más gusto recuerdo lo que hacía de diez años, que lo que de treinta. Perdonadme, lectores, si alguna vez saco los ejemplos de mí propio, porque para componer bien este libro, es necesario que lo haga con gusto.

Estaba yo en el campo a pupilo en casa de un ministro protestante llamado el señor Lambercier, y conmigo un primo más rico que



yo, a quien trataban como heredero, mientras que, lejos de mi padre, no era yo más que un pobre huérfano. Mi primo Bernardo era miedoso, de noche sobre todo. Tanto me burlaba yo de su miedo que fastidiado de mis bravatas, el señor Lambercier quiso poner a prueba mi buen ánimo. Una noche muy oscura de otoño, me dio la llave del templo, diciéndome que fuera a buscar en el púlpito la Biblia que se había dejado olvidada; y para picar mi amor propio, añadió algunas palabras que me imposibilitaron de rehusar la comisión.

Fuime sin luz, y si la hubiera llevado, peor todavía habría sido; era preciso pasar por el cementerio, y lo atravesé con mucho denuedo, por que mientras he estado a cielo raso, nunca he tenido miedo de noche.

Al abrir la puerta de la iglesia, oí en la bóveda cierto murmullo confuso que me pareció de voces humanas, lo cual empezó a dar al traste con mi pretendida entereza. Abierta la puerta quise entrar; pero apenas hube dado algunos pasos, me detuve. Contemplando la profunda oscuridad que reinaba en este vasto recinto, me sobrecogió un terror que hizo se me erizaran los cabellos; retrocedo, salgo y hecho a correr temblando. En el patio hallé un perro llamado Sultán, cuyas caricias me dieron ánimo. Avergonzado de mi susto me vuelvo atrás, procurando llevar conmigo al perro, que no quiso seguirme. Paso a toda prisa el umbral de la puerta y entro en la iglesia; más apenas estuve dentro cuando me volvió el miedo y con tal fuerza, que perdí el tino; y aunque sabía muy bien que el púlpito se hallaba a la derecha le busqué mucho tiempo a la izquierda, me enredé entre los bancos, perdí el tino, y no pudiendo dar con el púlpito ni con la puerta, me trastorné todo de un modo indecible. Al fin doy con la puerta, logro salir del templo, Y me desvió como la vez primera, resuelto a no volver a entrar solo como no fuese de día claro.

Vuelvo a casa. Al ir a entrar oigo al Sr. Lambercier que daba grandes carcajadas. Pienso que son por mí, y con la confusión de verme expuesto a ellas, dudo si abriré la puerta. En este intervalo escucho

que a hija del Sr. Lambercier, asustada con mi tardanza, dice a la criada que tome el farol, y al Sr. Lambercier que salga a buscarme, escoltado de mi intrépido primo, al cual no hubieran dejado de atribuir toda la honra de la expedición. En un momento se disipan todos mis sustos, y no me queda otro que el de que me cojan en mi fuga: corro, vuelo al templo; sin equivocarme, sin andar a tientas, llego al púlpito, subo, agarro la Biblia, bajo de un salto, en otros tres estoy fuera del templo, olvidándome hasta de cerrar la puerta; entro en el cuarto sin respiración, tiro la Biblia sobre el bufete, azorado, pero palpitando de gozo por haberme adelantado al socorro que me preparaban.

Me preguntarán si cito este rasgo como un modelo que debe seguirse, y como ejemplo de la alegría que exijo en esta especie de ejercicio. No; lo cito como prueba de que no hay cosa que más haga cobrar ánimo al que está asustado con las sombras de la noche, que oír en un aposento inmediato una reunión reírse y conversar tranquilamente. Quisiera yo que en vez de divertirse el ayo solo con su alumno, se juntasen por las noches muchos chicos de buen humor; que no los hiciesen ir separados al principio, sino muchos juntos, y que ninguno se aventurase enteramente solo, sin estar cierto de antemano de que no se asustaría mucho.

No hay cosa más útil y agradable que semejantes juegos, si se ordenan con un poco de habilidad. Haría en una gran sala una especie de laberinto con mesas, taburetes, sillas y biombos. En las vueltas y revueltas de este laberinto colocaría, en medio de ocho o diez cajas de trampa, otra caja casi semejante, bien atestada de confites; designaría en términos claros, pero sucintos, el sitio preciso en que se encuentra la caja buena; daría la indicación suficiente para que la distinguieran personas más atentas y menos atolondradas que criaturas<sup>57</sup>; luego,

---

<sup>57</sup> Para enseñarlos a que estén atentos, nunca les diráis cosas que no tengan un interés sensible y actual en entender bien; especialmente nunca circunloquios, nunca palabras superfluas; pero tampoco dejéis punto oscuro ni equívoco en vuestras razones.

después de haber sorteado los contrincantes, los enviaría a buscar uno tras de otro, hasta que se encontrase la caja buena; lo cual cuidaría yo de hacer más difícil a proporción de su habilidad.

Figuraos un pequeño Hércules que llega con su caja en la mano, ufano de su expedición. Se pone la caja encima de la mesa y se abre con toda ceremonia. Desde aquí oigo las carcajadas y la algazara de la alegre cuadrilla, cuando en vez de los dulces que se esperaban, se encuentran con un abejorro, un escarabajo, un carbón, una bellota, un nabo, u otra cosa así, muy bien puesta encima de una cama de helecho o de algodón. Otras veces, en un cuarto acabado de blanquear, se colgará cerca de la pared algún juguete, algún dijecillo que se trate de que le cojan sin tocar a la pared. Apenas entre el que le traiga, cuando por poco que haya faltado a la condición, el ala del sombrero, la punta del zapato, la falda o la manga del vestido manchados de blanco, nos indicarán su poca maña. Con esto basta y aun sobra de juegos. Si hay que decíroslo todo, no me sigáis leyendo.

¡Cuántas ventajas saca de noche a los demás un hombre educado así! Acostumbrados sus pies a pisar firme en las tinieblas; ejercitadas sus manos en aplicarse con facilidad a todos los cuerpos inmediatos, sin dificultad le conducirán en la oscuridad más densa. Llena su imaginación de los juegos nocturnos de su niñez, con dificultad se retratará objetos temibles. Si cree oír carcajadas, serán para él las de los niños sus antiguos camaradas, no las de los duendes : si se representa una reunión no será un aquelarre de brujas, sino el aposento de su ayo. Como la noche sólo le recuerda ideas alegres, nunca será para él horrorosa, y en vez de temerla la amará. ¿Se trata de una expedición militar? Dispuesto estará a cualquier hora, lo mismo solo que con su tropa. Entrará en el campo de Saúl, lo recorrerá todo sin extraviarse, llegará sin ser visto. ¿Es necesario robar los caballos de Reso? Dirigís a él sin recelo. Entre hombres educados de otra manera, con dificultad hallaréis un Ulises.

Algunas personas he visto que, dando sustos a los niños, los quieren acostumbrar a que pierdan el miedo de noche. Este método es malísimo; produce un efecto diametralmente opuesto al que se desea; y sólo sirve para hacerlos más medrosos cada día. Ni la razón ni el hábito pueden serenarnos acerca de la idea de un peligro actual, cuyo grado y especie no, conocemos, ni sobre el temor a sorpresas que ya hemos experimentado. Sin embargo, ¿cómo nos cercioraremos de que nuestro alumno no estará expuesto nunca a semejantes azares? Me parece que el mejor consejo que podemos darle para precaverlos es el siguiente : «En este caso, le diría yo a mi Emilio, te hallas tú en el de una justa defensa, porque no te permite tu agresor que sepas si quiere hacerte daño o sólo meterte miedo; y como se ha puesto en paraje ventajoso, ni aun la fuga es refugio segura para ti. Así, coge con denuevo al que te acometa de noche, hombre o animal, nada importa; apriétale, ténle asido con toda tu fuerza; si forcejea por desasirse, sacúdele, no andes corto en tus golpes; y diga o haga lo que quisiere, no le sueltes hasta que sepas lo que es; es presumible que entonces te enseñe la explicación que no había mucho que temer, porque este modo de tratar a los graciosos les debe naturalmente escarmentar de volver a hacerlo.» Aunque sea el tacto entre todos nuestros sentidos el que más continuamente ejercitamos no obstante permanecen sus juicios, como ya he dicho, más imperfectos y toscos que los de ningún otro, porque de continuo mezclamos con su uso el de la vista, y alcanzando los ojos al objeto antes que la mano, el alma juzga casi siempre sin esta. En cambio los juicios más seguros son los del tacto, precisamente porque son los más limitados; pues como no se extienden más allá que a donde pueden alcanzar nuestras manos, ratifican el apresuramiento de los demás sentidos, que se lanzan sobre objetos que apenas perciben, mientras que todo lo que percibe el tacto lo percibe bien. Añádase que juntando, cuando nos acomoda, la fuerza de los músculos con la acción de los nervios, por una sensación simultánea unimos, con el juicio del temple, del tamaño y la figura, el del peso y la solidez. De esta

suerte, al mismo tiempo que el tacto es entre todos los sentidos el que mejor nos instruye de la impresión que en nuestro cuerpo pueden hacer los extraños, también es el que con más frecuencia nos sirve y el que más inmediatamente nos da los conocimientos necesarios para nuestra conservación.

Puesto que el tacto ejercitado suple la vista, ¿por qué no ha de poder también suplir al oído hasta cierto punto, una vez que los sonidos excitan en los cuerpos sonoros conmociones sensibles al tacto? Poniendo una mano en la caja de un violonchelo, podemos, sin el auxilio de los ojos ni los oídos, por sólo el modo de vibrar y estremecerse la madera, distinguir si el tono del instrumento es grave o agudo, si procede de la prima o del bordón. Ejercítense el sentido en estas diferencias, y no dudo que con el tiempo llegaría a ser tan sensible que se pudiese comprender un trozo de música por el tacto. Esta supuesto, claro es que con facilidad pudiéramos hablar a los sordos en música, porque como los tonos y los tiempos no son menos aptos para combinaciones regulares que las articulaciones y las voces, pueden tomarse igualmente por elementos del discurso.

Hay ejercicios que embotan el sentido del tacto, haciéndole más obtuso; por el contrario, otros te aguzan y tornan más exquisito y delicado. Uniendo, los primeros mucho movimiento y fuerza a la continua impresión de los cuerpos duros, ponen áspero y calloso el cutis, quitándole el sentimiento natural; los segundos varían este mismo sentimiento con un ligero y frecuente tacto, de suerte que atenta el alma a impresiones repetidas, con frecuencia adquiere facilidad en discernir todas sus modificaciones. En los instrumentos de música es palpable esta diferencia: la pulsación dura y que lastima del violonchelo, del contrabajo y aun del violín, hace los dedos más flexibles, pero encallece las yemas. La pulsación suave del piano<sup>58</sup> hace tan flexibles los dedos y al mismo tiempo, más sensibles las yemas: en esto es preferible.

---

<sup>58</sup> Clavicordio, en el original. (N, del T.)

Conviene que se endurezca el cutis a las impresiones del aire, y que pueda arrostrar sus alteraciones, porque es el que defiende todo lo demás. Fuera de esto, no querría que aplicada la mano con demasiada fuerza a las mismas faenas, se llegara a endurecer, ni encallecido su cutis perdiese aquel tacto exquisito que da a conocer cuáles son los cuerpos por donde la pasamos, y según la especie de contacto hace a veces que, en la oscuridad nos estremezcamos de diversos modos.

¿Por qué ha de ser preciso que lleve siempre mi alumno una piel de toro bajo las plantas de los pies? ¿Qué mal habría en que la suya propia pudiera servirle de suela si fuera necesario? Claro es que en esta parte la delicadeza del cutis nunca servirá de nada, y muchas veces puede ser perjudicial. Cuando despertando los ginebrinos a media noche en lo más rudo del invierno se encontraron con el enemigo dentro de la ciudad, más pronto hallaron sus fusiles que sus zapatos. Si ninguno de ellos hubiera podido andar descalzo, ¿quién sabe si Ginebra hubiera sido tomada?

Armemos siempre al hombre contra los azares imprevistos. Ande Emilio por la mañana en todo tiempo descalzo de pie y pierna por el aposento, por la escalera, por el jardín; lejos de reñir, le imitaré, sin tener más cuidado que el de apartar los vidrios. Pronto hablaré de los trabajos y juegos manuales. En cuanto a lo demás, aprenda a ejecutar todos los pasos que favorezcan las evoluciones del cuerpo, a llevar en todas las posturas una planta desembarazada y sólida; sepa saltar adelante, a lo alto, trepar por un árbol, escalar una tapia, guarde siempre su equilibrio, vayan todos sus movimientos y ademanes ordenados por las leyes ponderales, mucho tiempo antes de que venga la estática a explicárselos. Por el modo con que apoye su pie en tierra, y descance el cuerpo sobre la pierna, debe conocer si su postura es buena o mala. Un andar seguro siempre tiene gracia, y las más firmes posturas son también las más elegantes. Si fuera yo maestro de baile, no haría todas

las monerías de Marcel<sup>59</sup>, que son buenas para la tierra donde él las hace; pero en vez de enseñar eternamente a pernear a mi alumno, le llevaría al pie de un peñasco; allí le diría la postura que se ha de tomar, cómo se ha de llevar la cabeza y el cuerpo, qué movimiento se ha de hacer, de qué modo se ha de poner unas veces el pie y otras la mano para seguir con ligereza los senderos escarpados, ásperos y rudos, y lanzarse de punta en punta, subiendo unas veces y bajando otras. Mejor le haría émulo de un gamo que bailarín de la ópera.

Cuanto concentra el tacto sus operaciones en torno del hombre, tanto extiende la vista las suyas lejos de él, y esto es lo que las hace engañosas ; de una mirada abraza el hombre la mitad de su horizonte. En la multitud de sensaciones simultáneas y juicios que estas excitan, ¿cómo se ha de equivocar en ninguno? Por tanto, la vista es el más.. defectuoso de nuestro sentidos, precisamente porque se extiende más y porque dejándose muy atrás a los otros, son prontas y vastas sus operaciones para que puedan ellos rectificarlas. Hay más: las ilusiones mismas de la perspectiva nos son necesarias para llegar a conocer la extensión y comparar sus partes. Sin las falsas apariencias nada veríamos lejos; sin las gradaciones de luz y tamaño, no podríamos apreciar distancia alguna, o, más bien, no la habría para nosotros. Si en dos árboles iguales nos pareciese el que dista cien pasos de nosotros tan alto y tan claro como el que está diez, los creeríamos uno al lado de otro. Si distinguiésemos todas las dimensiones de los objetos con su medida verdadera, no veríamos espacio ninguno y todo nos parecería encima.

---

<sup>59</sup> Célebre maestro de baile de París, que conociendo con quién las había, se hacía el extravagante Por astucia y atribuía a su arte una importancia que la gente fingía tener por ridícula, pero que en realidad lo acarrearía el más profundo respeto. En otro arte también de jugar vemos hoy a un artista comediante que hace el hombre de importancia y el loco, y no se sale menos con lo que quiere. Este método siempre es seguro en Francia. Más cándido y menos embelesador, el talento verdadero no hace fortuna. Aquí la modestia es la virtud de los tontos.

Para juzgar del tamaño de los objetos y de su distancia, sólo tiene el sentido de la vista una medida, que es la apertura del ángulo que forman en nuestros ojos; y como ésta es un efecto simple de una causa compuesta, el juicio que en nosotros provoca deja indeterminada cada causa particular, y es necesariamente defectuoso. Porque, ¿cómo he de distinguir a simple vista si el ángulo bajo que veo un objeto más pequeño que otro, es porque efectivamente el objeto es más chico, o porque está más distante?

Por consiguiente, hay que seguir aquí un método inverso al anterior; doblar la sensación en vez de simplificarla, o verificarla siempre por otra; sujetar el órgano visual al táctil, y reprimir, por decirlo así, la impetuosidad del primer sentido por el paso tardo y regulado del segundo. Por no acomodarnos a esta práctica, son inexactísimas nuestras medidas por valuación, No tenemos exactitud en la, ojeada para fallar de las alturas, las longitudes, las profundidades y las distancias; y la prueba de que no es tanto culpa del sentido como de su uso, es que los ingenieros, los agrimensores, los arquitectos, los albañiles, los pintores, tienen generalmente la ojeada mucho más segura que nosotros, y aprecian con más ajuste las medidas de extensión, porque adquiriendo en esto por su oficio la experiencia que nosotros no procuramos adquirir, rectifican el error del ángulo por las apariencias que le acompañan y determinan con más exactitud a sus ojos la relación de ambas causas de este ángulo.

Es fácil obtener siempre de los niños todo cuanto da movimiento al cuerpo sin violentarle. Mil medios hay de interesarlos a que midan, conozcan y valúenlas distancias. Allí hay un cerezo muy alto; ¿qué haremos para coger cerezas? ¿Es buena para eso la escalera del pajar? Allí huy un arroyo muy ancho ; ¿cómo le atravesaremos? ¿Alcanzará a las dos orillas una de las tablas del patio? Quisiéramos pescar desde nuestra ventana en los fosos de la quinta; ¿cuántas brazas ha de tener nuestro cordel? Querría hacer un columpio entre estos dos árboles; ¿nos bastará con una cuerda de dos metros? Me dicen que en la otra



casa tendrá nuestro aposento veinticinco pies cuadrados; ¿crees que nos convenga? ¿será mayor que este? Tenemos mucha hambre; allí hay dos lugares; ¿a cuál de los dos llegaremos antes para comer? etc.

Tratábase de ejercitar en correr a un niño indolente y perezoso, que no tenía inclinación a éste ni a ningún otro ejercicio, aunque le destinaban al estado militar; se había persuadido, no sé cómo, de que un hombre de su clase nada debía hacer ni saber y que su nobleza le debía servir de brazos, de piernas, y de toda clase de mérito. Apenas la habilidad del mismo Chirón hubiera bastado para hacer del tal niño un Aquiles de pies ligeros. Aumentaba la dificultad, el que yo no quería mandarle nada absolutamente, habiendo desterrado de mis derechos las exhortaciones, las promesas, las amenazas, la emulación y el deseo de lucirse, ¿cómo le había de inspirar el del correr sin decirle nada? Correr yo mismo, hubiera sido medio poco seguro, y expuesto a inconvenientes; tratábase también, por otra parte, de sacar de este ejercicio algún objeto de instrucción para él, con el fin de acostumbrar las operaciones del cuerpo y del juicio a que siempre fuesen acordes. Resolví, pues, hacer lo que sigue.

Cuando iba con él a paseo por las tardes, metía algunas veces en el bolsillo dos pasteles de cierta clase que a él le gustaban mucho; nos comíamos cada uno el suyo en el paseo<sup>60</sup> y nos volvíamos muy satisfechos. Un día observó que yo llevaba tres pasteles; él solo hubiera podido comerse seis sin esfuerzo; engulle muy presto el suyo y me pide el tercero. No, le respondí; yo también lo comería de buena gana, o lo partiríamos; pero mejor quiero verlo ganar al que más corra de aquellos muchachos que allí están. Llaméles, enseñéles la golosina y propúseles la condición; no deseaban otra cosa. Se colocó el pastel

---

<sup>60</sup> Paseo por el campo, como veremos poco más adelante. Los paseos públicos de las ciudades son perniciosos para los niños de uno y otro sexo. Ahí es donde empiezan a tener vanidad y a querer que los miren; al Luxemburgo, a las Tullerías, y sobre todo al Palacio Real, va la brillante juventud de París a adquirir el ademán impertinente y presumido que la hace tan ridícula y que es causa de que la critiquen y detesten en toda Europa.

encima da una ancha piedra, que nos sirvió de meta; señalóse la carrera; fuimos a sentarnos; dada la señal, parten los muchachos; el vencedor cogió el bollo y se lo comió sin vacilar en presencia de los espectadores y del vencido.

Esta diversión valía más que el pastel; pero no prendió al principio ni surtió efecto ninguno. No me cansé ni me di prisa, que la educación de los niños es un oficio en que hay precisión de saber desperdiciar tiempo para ganarle. Continuamos en nuestros paseos; unas veces tomábamos tres pasteles, otras cuatro, y de cuando en cuando había uno o dos para los corredores. Si no era muy grande el premio, tampoco los contendientes eran ambiciosos : el que le ganaba era elogiado, felicitado; todo se hacía con aparato. Para dar motivo a las revoluciones y aumentar el interés, señalaba carrera más larga y admitía a muchos competidores. Apenas entraban en la liza, formaban corro para verlos todos cuantos pasaban; los animaban con aclamaciones, con gritos, con palmoteos; vi alguna vez a mi hombrecito dar saltos en su asiento, levantarse, gritar cuando iba uno a alcanzar o a dejar atrás a otro eran para él los juegos olímpicos.

Sin embargo, los corredores solían usar de tretas, se detenían mutuamente o se tiraban al suelo, o tiraba piedras uno al pasar otro. Esto me obligó a separarlos y a hacerlos salir de distintos puntos, aunque igualmente distantes de la meta; en breve se verá el motivo de esta previsión, porque debo circunstanciar muy por menudo este importante asunto.

Aburrido de ver que siempre se comían los demás aquellos pasteles que a él tanto le gustaban, llegó al fin a imaginar que para algo podía servir el correr bien, y viendo que también él tenía dos piernas, empezó a probar a hurtadillas. Guardéme yo de darle a entender que sabía su ejercicio, pero bien vi que había salido con mi estratagema. Cuando se creyó con fuerza suficiente (y antes que él penetré yo su designio), comenzó a importunarme para que le diera el pastel que quedaba; se lo niego; porfía él; y con ademán de despecho me dice :

«Bien está; póngalo usted encima de la piedra, señale el campo y lo veremos.» «Vaya, dije, sonriéndome, ¡como que un caballero ha de saber correr! Harás más gana y no sacarás con qué satisfacerla.» Picado con mi burla, tanto se esfuerza qué gana el premio, si bien es verdad que yo señalé una carrera corta y tuve cuidado de no admitir al que más corría. Dado este primer paso, bien se entiende que me fue fácil continuar. En breve tomó tanta afición a este ejercicio, que sin premio ninguno estaba casi cierto de vencer en la carrera a los otros, por largo que el espacio fuese.

Conseguida esta ventaja, resultó otra en que yo no había pensado. Cuando ganaba pocas veces el premio, se lo comía casi siempre solo, como hacían sus contrincantes; pero cuando se hubo acostumbrado a la victoria, se hizo generoso, y muchas veces partía con los vencidos. Esto me obligó a hacer una observación moral y me enseñó cuál fuese el verdadero principio de la generosidad.

Seguí marcando en distintos sitios el punto de donde cada uno debía empezar a un mismo tiempo su carrera, y sin que él pensara en ello, hice desiguales las distancias; de suerte que como tenía uno más camino que andar que otro para llegar a la misma meta, el agravio era visible; pero aunque dejaba a mi discípulo que escogiese, no sabía aprovecharse de esta ventaja. Sin atenderá la distancia, siempre escogía el camino más llano; de suerte que como fácilmente preveía yo su elección, era casi árbitro de hacer que perdiera o ganara la torta según quería, y esto tenía más de un fin. No obstante, como mi ánimo era que conociese la diferencia, procuraba hacérsela notar; pero, aunque indolente cuando estaba en sosiego, era tan arrebatado en sus juegos, y tanto se fiaba, que me costó un trabajo indecible el hacer que conociera que no jugaba limpio. Conseguilo al fin a pesar de su atolondramiento, y se me quejó. Díjele yo : «¿Qué quejas son esas? En un regalo que quiero hacer, ¿no soy árbitro de las condiciones? ¿Quién te manda que corras? ¿Te he prometido señalar distancias iguales? ¿No puedes escoger? Escoge la más corta, que nadie te lo estorba. Pues,

¿cómo no adviertes que tú eres el privilegiado y que esa desigualdad de que te quejas es toda en beneficio tuyo, si sabes sacar partido de ella? » Esto era claro; lo entendió y para escoger fue preciso examinar de más cerca. Primero, quiso contar los pasos; pero la medida de los pasos de un niño es defectuosa y lenta; y además empecé yo a multiplicar las carreras en un mismo día; y convertida entonces la afición en una especie de pasión, sentía perder en medir las lizas el tiempo que podía emplearse en correrlas. Mal se adapta la viveza de la infancia con estas dilaciones: ejercitóse por tanto a ver mejor, a valuar la distancia. Poco me costó entonces mantener esta afición y darle pábullo. Finalmente, con pocos meses de pruebas y errores enmendados, de tal modo se formó el compás visual, que cuando le figuraba yo una torta fija en un objeto distante, tenía casi tan infalible la ojeada como la cadena de un agrimensor.

Como entre todos los sentidos la vista es aquel cuyos juicios menos pueden separarse del alma, para aprenderá ver es necesario comparar mucho tiempo la vista con el tacto, a fin de acostumbrar al primero de estos dos sentidos a que nos dé cuenta fiel de las formas y de las distancias; sin el tacto y sin el movimiento progresivo, los ojos más perspicaces del mundo no pudieran darnos idea alguna de la extensión. Para una ostra el universo entero no debe ser más que un punto; y ninguna otra cosa le parecería aunque la animase un espíritu humano. Sólo a fuerza de andar, palpar, numerar y medir las dimensiones, aprendemos a valuarlas; pero, si midiésemos siempre, descansando el sentido en el instrumento, nunca se afinaría. Tampoco es necesario que pase un niño repentinamente desde la medida a la valuación; primero es menester que comparando por partes lo que en junto no puede comparar, a alícuotas exactas sustituya alícuotas por valuación, y que en vez de aplicar la medida con la mano, se acostumbre a aplicarla con la vista sola. No obstante quisiera yo que verificara sus primeras operaciones con medidas reales, para que enmendase sus

errores, o si en el sentido le quedase alguna falsa apariencia, que aprendiese a rectificarla con un juicio más acertado.

Hay medidas naturales que son casi las mismas en todas partes; los pasos de un hombre, el alcance de sus brazos, su estatura. Cuando valúa el niño lo alto de un piso, puede servirle de metro su ayo; si estima la altura de una torre, compárela con las casas; si quiere saber las leguas de distancia cuente las horas de camino, y, sobre todo, no hagamos nada de esto por él, hágalo él mismo.

No podría juzgarse bien acerca de la extensión y tamaño de los cuerpos, sin aprender al mismo tiempo a conocer sus figuras y aun a imitarlas, porque, en verdad, está imitación pende absolutamente de las leyes de la perspectiva, y no es posible valuar la extensión por sus apariencias, sin formarse alguna noción de estas leyes. Los niños, grandes imitadores todos prueban a dibujar; yo quisiera que el mío cultivara este arte, no precisamente por el arte en sí, sino para ajustar la vista y hacer flexible la mano; que en general poquísimos importa que sepa este o el otro ejercicio, con tal que adquiera la perspicacia del sentido y el hábito del cuerpo, que se logra con ese ejercicio. Muy bien guardaré de tomarle un maestro de dibujo, que sólo imitaciones le dé a imitar, y sólo dibujos le haga dibujar; quiero que no tenga otro maestro que la naturaleza, ni otro modelo que objetos; que tenga presente el original mismo, no el papel que le representa; que copie una casa de una casa, un árbol de un árbol, un hombre de un hombre, para que así se acostumbre a observar bien los cuerpos y sus apariencias, no a creer que mentiras e imitaciones convencionales son imitaciones verdaderas. Aún le disuadiré de que bosqueje nada de memoria sin tener delante los objetos, hasta que a fuerza de observaciones se imprima bien en su imaginación la forma exacta de ellos, no sea que pierda el conocimiento de las proporciones y la afición a las bellezas naturales, sustituyendo a la verdad de las cosas figuras extravagantes y ridículas.

Comprendo que de este modo pintorreará, antes de hacer nada que represente algo; que tardará mucho en adquirir la elegancia de los

contornos, y el rasguear ligero de los dibujantes, y que acaso nunca discernirá los efectos pintorescos y el gusto acendrado del dibujo; pero, en cambio, contraerá ciertamente ojeada más justa, mano más firme, conocimiento de las verdaderas relaciones de tamaño y los cuerpos naturales, y experiencia más pronta de figura que median entre los animales, las plantas y la perspectiva. Esto es lo que yo deseo conseguir, siendo mi ánimo menos que sepa imitar que conocer los objetos; quiero que me haga ver una hoja de acanto y que dibuje bien el follaje de un chapitel.

Por lo demás, tanto en este como en los otros ejercicios, no pretendo yo que se divierta mi alumno solo; para que le sea más grato, entraré sin cesar a la parte con él. No quiero que tenga otro émulo que yo, pero lo seré sin riesgo; esto hará interesantes nuestras tareas, sin excitar celos entre los dos. Tomaré el lápiz, a ejemplo suyo, y lo usaré al principio con tan poco acierto como él. Aunque fuese un Apeles, me haré un pintamonas. Empezaré dibujando un hombre como los que dibujan los muchachos en la pared; una barra cada brazo, otra cada pierna, y los dedos más gruesos que los brazos. Mucho tiempo después vendremos a notar el uno o el otro esta desproporción; obsevaremos que la pierna tiene espesor, pero no el mismo en toda ella; que el brazo tiene longitud determinada con relación al cuerpo, etc. En estos adelantos, iré, cuando más, al igual suyo, o me adelantaré a él tan poco, que siempre le será fácil alcanzarme, y muchas veces dejarme atrás. Buscaremos colores y pinceles; procuraremos imitar el colorido de los objetos, su apariencia y su figura; iluminaremos, pintaremos, embadurnaremos; pero en todos nuestros chafarrinones nunca cesaremos de estar al acecho de la naturaleza, ni haremos nada que no sea a presencia del maestro.

No encontrábamos adornos para nuestro aposento; ya los tenemos. Coloco marcos en nuestros dibujos, con cristales para que nadie los toque, y viendo que permanecen en el estado en que los hemos puesto, que tenga cada uno interés en no descuidar los suyos. Los co-

loco por orden en torno del cuarto; cada dibujo repetido veinte y treinta veces, y manifestando a cada ejemplar los adelantos del autor, desde el punto en que la casa no es más que un cuadro casi uniforme hasta aquel en que están representados con la verdad más exacta su fachada, su perfil, sus proporciones y sus sombras. Estas gradaciones no pueden menos de ofrecernos cuadros interesantes para nosotros, curiosos para los demás, y de excitar continuamente nuestra emulación. A los primeros, a los más toscos de estos dibujos, les pongo marcos muy brillantes y dorados que les den realce; pero cuando es ya más exacta la imitación, y realmente bueno el dibujo, no le pongo más que un marco negro muy sencillo, pues no necesita más adorno que el propio, y fuera lástima que el ribete se llevara la atención que merece el objeto. De suerte que cada uno de nosotros anhela merecer la honra del marco sencillo; y cuando quiera el uno despreciar el dibujo del otro, le condenará al marco dorado. Algún día se harán acaso proverbiales entre nosotros estos marcos dorados, y nos asombraremos de que haya tantos que se hagan justicia haciéndoselos poner.

Ya he dicho que la geometría no está al alcance de los niños; pero es por culpa nuestra. No conocemos que nuestro método no es el suyo, y que lo que para nosotros es el arte de discurrir, para ellos es el de ver. En vez de darles nuestro método, mejor haríamos en tomar el suyo, porque nuestro modo de aprendería geometría tanto es asunto de imaginación como de raciocinio. Cuando está enunciada la proposición, es necesario imaginar la demostración, esto es, hallar de qué proposición ya sabida debe ser consecuencia, y entre todas las que pueden sacarse de la misma proposición, escoger precisamente aquella de que se trata.

De este modo, el raciocinador más exacto, como no sea inventivo, se quedará parado. ¿Pero qué sucede? Que en vez de hacer que hallemos las demostraciones, nos las dictan; que en vez de enseñarnos a raciocinar, raciocina el maestro por nosotros y sólo ejercita nuestra memoria.

Haced figuras exactas, combinadlas, ponedlas una encima de otra, examinad sus relaciones ; hallaréis toda la geometría elemental, yendo de observación de problemas, sin que se trate de definiciones, ni de problemas, ni de ninguna otra forma demostrativa como no sea la mera superposición. Por mi parte, no pretendo enseñar la geometría a Emilio; él ha de ser quien a mí me la enseñe, yo indagaré las relaciones, y él las hallará, porque las indagaré de modo que se las haga hallar. Por ejemplo, en vez de servirme de un compás para trazar un círculo, lo trazaré con una punta al cabo de un hilo que, gire sobre un eje. Luego, cuando quiera yo comparar unos radios con otros, Emilio se burlará de mí, y me hará ver que, tendido siempre un mismo hilo, no puede haber trazado distancias desiguales.

Si quiero medir un ángulo de sesenta grados, describo desde el vértice de este ángulo, no un arco, sino un círculo entero, porque con los niños no se ha de suplir nada. Encuentro que la porción del círculo comprendida entre los dos lados del ángulo es la sexta parte del círculo. Luego, desde el mismo vértice, describo otro círculo mayor, y hallo que también este segundo arco es la sexta parte de su círculo. Describo un tercer círculo concéntrico, con el cual repito la misma prueba, y la continúo con nuevos círculos, hasta que asombrado Emilio de mi estupidez me advierta que cada arco, grande o pequeño, comprendido en el mismo ángulo, ha de ser siempre la sexta parte de su círculo, etc. Muy presto llegaremos al uso del semicírculo graduado.

Para probar que los ángulos formados por oblicuas son iguales a dos rectos, describen un círculo; yo, por el contrario, haré de manera que Emilio note primero esto en el círculo, y le digo luego: Si quitásemos el círculo y dejásemos las líneas rectas, ¿mudarían de tamaño los ángulos?

Se descuida la exactitud de las figuras; se supone y se aplican a la demostración. Entre nosotros, por el contrario, nunca se tratará de demostración; nuestro más importante asunto será tirar un cuadrado



muy perfecto, trazar un círculo muy redondo. Para comprobar la exactitud de la figura, la examinaremos por todas sus propiedades sensibles, y esto nos dará motivo a descubrir cada día otras nuevas. Doblaremos por el diámetro los dos semicírculos, y por la diagonal las dos mitades del cuadrado; compararemos nuestras dos figuras, para ver aquella cuyos lados se adaptan con más puntualidad, y, por consiguiente, está mejor hecha; discutiremos si debe existir siempre esta igualdad de partición en los paralelogramos, los trapecios, etc. Alguna vez probaremos a adivinar el resultado de la experiencia antes de hacerla, procuraremos encontrar razones, etc.

La geometría no es para mi alumno otra cosa que el arte de usar bien la regla y el compás, y no la ha de confundir con el dibujo, en el que nunca empleará ninguno de estos dos instrumentos. Se encerrarán bajo llave la regla y el compás; pocas veces permitiré que los use, y por poco tiempo, para que no se acostumbre a embadurnar papel; pero podremos alguna vez llevar nuestras figuras al paseo, y hablaremos de lo que hayamos hecho o queramos hacer.

Nunca me olvidaré de haber visto en Turín un Joven a quien siendo niño hablan enseñado las relaciones de los contornos y las superficies, dándole cada día a escoger hostias isoperímetras de todas las figuras geométricas. El golosuelo había apurado el arte de Arquímedes por hallar la que más tenía que comer.

Cuando un niño juega al volante, ejercita la vista y el brazo; cuando pega con la correa a una peonza, aumenta su fuerza sirviéndose de ella, pero nada aprende. Algunas veces he preguntado por qué no ejercitaban a los niños en los mismos juegos de destreza que a los hombres: en la pala, el mallo, el billar, el arco, la pelota de viento, los instrumentos de música; y me han respondido que de estos juegos unos excedían sus fuerzas, y para los demás no estaban bastante formados sus miembros y órganos. No me parecen fundadas estas razones; aunque no tenga un niño la estatura de un hombre, no deja de vestir un traje de la misma hechura. No quiero decir que juegue con

nuestras mismas bolas en un billar de tres pies de alto, que vaya a hacer partidas a los juegos de pelota, ni que pongan en su mano delicada una fuerte pala, sino que juegue en una sala cuyas vidrieras se resguarden con alambres, que al principio se sirva de pelotas blandas, que sus primeras palas sean de madera, luego de pergamino y al fin de cuerda de vihuela, más tirantes a proporción de sus adelantamientos. Preferís el volante porque cansa menos y no tiene peligro; hacéis mal, por dos motivos: El volante es juego de mujeres; pero todas huyen de una pelota en movimiento, que su blanco cutis no debe acostumbrarse a cardenales ni son contusiones las que han de estamparse en su rostro. Pero nosotros, destinados a ser vigorosos, ¿creemos llegar a serlo sin trabajo? ¿De qué defensa seremos capaces, si no se nos acomete nunca? Siempre se juegan con descuido los juegos en que sin riesgos puede uno ser desmañado ; pero nada desentumece tanto los brazos como tener que cubrir la cabeza, ni aguza tanto la vista como tener que guardar los ojos. Lanzarse de un extremo de la sala a otro, juzgar del bote de una pelota todavía en el aire, volverla con mano firme y vigorosa; estos juegos que también sientan al hombre, todavía sirven más para formarle.

Dicen que son muy blandas las fibras del niño. Tienen menos empuje, pero son más flexibles; su brazo es débil, pero al fin es un brazo, y guardando la proporción, debe hacerse con él todo lo que se hace con otra semejante máquina. Los niños carecen de habilidad de manos; por eso deseo yo que la adquieran; un hombre que no tuviera más ejercicio que ellos, tampoco la tendría; hasta después de habernos servido de nuestros órganos, o podemos conocer su uso. Sólo con una dilatada experiencia aprendemos a sacar ventaja de nosotros mismos, y esta experiencia es el verdadero estudio a que no podemos aplicar-nos demasiado pronto.

Todo cuanto se hace, se puede hacer; ahora bien, no hay cosa más común que ver niños listos y mañosos, cuyos miembros son tan ágiles como puedan ser los de un hombre. En casi todas las ferias los

vemos que ejecutan equilibrios, que andan sobre las manos, que saltan y bailan en la maroma. ¡Por espacio de cuántos años han atraído concurrencia a la comedia italiana las compañías de niños! ¿Quién no ha oído hablar en Italia y Alemania de la compañía pantomímica del célebre Nicolini? ¿Ha notado nadie alguna vez en estos niños movimientos menos desenvueltos, posturas menos graciosas, oído menos fino, baile menos ligero que en los bailarines consumados<sup>61</sup>? Aunque tengan abultados, cortos y poco movibles los dedos, ¿quita eso que sepan escribir y dibujar muchos niños de una edad en que apenas saben otros coger el lápiz ni la pluma? Todavía recuerdan en París a una inglesita que de diez años ejecutaba cosas portentosas en el clave. Yo he visto a un hijo de un magistrado, niño de ocho años, que se ponía encima de la mesa, a los postres, como una figura de ramillete, y que tocaba un violín de tamaño proporcionado al suyo, y asombraba con su ejecución a los mismos artistas.

Todos estos ejemplos, y otros mil, prueban que la falta de aptitud supuesta en los niños para nuestros ejercicios es imaginaria, y si vemos que algunos no los desempeñan, consiste en que nunca se han ejercitado en ellos.

Acaso se me dirá que incurro yo aquí, con relación al cuerpo, en el defecto del cultivo prematuro que condeno en los niños con relación al entendimiento. Es mucha la diferencia; porque uno de estos progresos es aparente, y el otro es real. He probado que él entendimiento que al parecer tienen no le tienen, en vez de que cuando parece que hacen lo hacen. Debemos por otra parte reflexionar en que todo esto no es o no debe ser más que juego, dirección fácil y voluntaria de variar sus pasatiempos para que les sean más gratos, sin que nunca los convierta en faena la violencia. Porque, al fin, ¿en qué se han divertir, que no pueda yo convertirlo en materia de instrucción? Y aun cuando no pudiese, con tal que se diviertan sin inconveniente y se pase el tiempo, no importan por ahora los adelantos en nada; en vez de que cuando es

---

<sup>61</sup> Un niño de siete años ha ejecutado después cosas más portentosas todavía

necesario aprender precisamente una cosa, hágase lo que se haga, nunca es posible conseguirlo sin violencia, sin enfado y sin aburrirse.

Lo que ya he dicho acerca de los dos sentidos, cuyo uso es más continuo e importante, puede servir de ejemplo para el modo de ejercitar los otros. Lo mismo se aplican la vista y el tacto a los cuerpos quietos que a los que se mueven; pero como sólo la ondulación del aire puede mover el sentido del oído, los cuerpos en movimiento son los únicos que hacen ruido o suenan; y si todo estuviese quieto nunca oiríamos nada. De noche, pues, cuando sólo nos movemos si nos parece, no debemos temer otros cuerpos que los que se mueven, y nos importa estar con el oído alerta, para poder juzgar por la sensación que éste nos trasmite, si el cuerpo que la causa es grande o chico, si está cerca o lejos y si es débil o fuerte su pulsación. Las sacudidas del aire están sujetas a repercusiones que le reflejan, que repiten la sensación formando ecos y que hacen que se oiga el cuerpo ruidoso o sonoro en otro sitio que donde se halla. Si aplicamos el oído al suelo en un llano o en un valle, oímos las voces de los hombres o las pisadas de los caballos desde mucho más lejos que cuando estamos en pie.

Así como hemos comparado la vista con el tacto, será bueno comparar la vista con el oído, y saber cuál de las dos impresiones, saliendo a la par del mismo cuerpo, llegará antes a su órgano. Cuando ve uno el fogonazo de un cañón, todavía se puede resguardar del tiro; pero así que oye el ruido, ya no es tiempo; está encima la bala. Podemos juzgar de la distancia a que se halla una tormenta, por el intervalo que media entre el relámpago y el trueno. Haced de modo que el niño conozca todas estas experiencias, que haga las que estén a su alcance y que las otras las encuentre por inducción; pero más quiero cien veces que no las sepa, si es necesario decírselas.

Tenemos un órgano que corresponde al oído, el de la voz; pero no tenemos ninguno que corresponda a la vista, ni repetimos los colores como los sonidos. Nuevo medio de cultivar aquel sentido, ejercitando el órgano activo y el pasivo uno por otro.

El hombre tiene tres clases de voz, a saber, la voz hablada o articulada, la voz cantada o melodiosa, y la voz patética o acentuada, que es el idioma de las pasiones y que anima el canto y la palabra. Estas tres especies de voz las tiene el niño como el hombre; pero no las sabe amalgamar entre sí, se ríe como nosotros, grita, se queja, clama, gime, pero no sabe mezclar estas inflexiones con las otras dos voces. La música perfecta es la que mejor reúne las tres voces. Los niños son incapaces de esta música y su canto nunca tiene alma. Del mismo modo, en la voz hablada su idioma no tiene acento; gritan, mas no acentúan; y así como en sus razonamientos hay poca energía, hay poco acento en su voz. Nuestro alumno tendrá el habla todavía más llana y más sencilla, porque no habiéndose despertado aún sus pasiones, el idioma de éstas no se unirá con el suyo. No le vayáis a dar papeles de comedia o tragedia para que los represente, ni a enseñarles, como dicen, a declamar; tendrá sobrado juicio para comprender que es imposible dar tono a cosas que no puede entender y expresión a afectos que nunca experimentó.

Enseñadle a que hable lisa y llanamente, a que articule bien, a que pronuncie con tersura y sin afectación, a que conozca y siga el acento gramatical y la prosodia, a que siempre alce la voz lo suficiente para que le oigan, pero no más recio, que es el defecto ordinario de los niños educados en colegios; en ningún caso debe haber nada superfluo.

Del mismo modo, en el canto haced justa, igual, flexible y sonora su voz, y sensible a la medida y a la armonía su oído; nada más. La música imitativa y teatral no es para su edad; no quisiera que cantase ni aun palabras; y si las quisiera cantar, procuraría componer yo canciones *ex professo* para él; que fuesen interesantes para su edad y tan sencillas como sus ideas.

Bien se comprende que dándome tan poca prisa en que aprenda a leer lo escrito, menos me la daré a enseñarle a leer la música. Desviemos de su cerebro toda atención sobrado penosa y no nos aceleremos a

fijar su entendimiento en signos de convención. Confieso que esto presenta alguna dificultad aparente, porque aunque a primera vista parezca que no es más necesario el conocer las notas para saber cantar, que el conocer las letras para saber hablar, hay, sin embargo, la diferencia de que cuando cantamos no enunciamos sino las ajenas, y para enunciarlas, preciso es que sepamos leerlas.

Mas, primeramente, en lugar de leerlas puede oír las, que un canto se expresa con más precisión todavía al oír que a los ojos. Además, para saber bien la música, no basta repetirla, es preciso componerla; lo uno se debe aprender con lo otro, sin lo cual nunca se sabe bien. Ejercitad a vuestro pequeño músico en que haga primero frases muy regulares y muy cadentes, en que luego las ligue entre sí con una modulación muy sencilla; finalmente, en que note sus distintas relaciones con una puntuación correcta; lo cual se hace con una buena elección de cadencias y pausas. Sobre todo, nunca un canto extravagante, patético, ni expresivo: siempre, melodía cantable y sencilla, que derive de las cuerdas esenciales del tono y que de tal manera marque el bajo, que le sienta y le acompañe el niño sin dificultad: porque, para formarse el oído y la voz, no se debe cantar más que al piano<sup>62</sup>.

Para señalar mejor los sonidos, los articulamos, cuando pronunciamos; de aquí ha venido el uso de solfear con ciertas sílabas. Para distinguir los grados, hay que dar nombres a estos grados y a sus varios términos fijos; de donde proceden los nombres de los intervalos, y también las letras del alfabeto con que señalan las teclas del piano y las notas de la escala *C* y *A*, designan sonidos fijos, invariables, que siempre los dan las mismas teclas. Otra cosa son *do* y *la*: *do*, constantemente, es la tónica de un modo mayor o la mediante de un modo menor; *la*, constantemente, es la tónica de un modo menor, o la sexta nota de un modo mayor. Así, las letras señalan los términos inmutables de las relaciones de nuestro sistema musical, y las sílabas señalan los términos homólogos de las relaciones semejantes en diversos to-

---

<sup>62</sup> Clavicordio, en el autor: en este y en los lugares siguientes. (N. del T.)

nos; las letras indican las teclas del teclado, y los sílabas los grados del modo. Los músicos franceses han embrollado de extraña manera estas distinciones, confundiendo el sentido de las sílabas con el de las letras, y doblando inútilmente los signos de las teclas, sin haber dejado ninguno para expresar las cuerdas de los tonos, de suerte que para ellos *do* y *C* son siempre una misma cosa ; y no es tal ni debe ser, porque, entonces, ¿para qué sirve *C*? Por eso, su modo de solfear es excesivamente difícil, sin ser provechoso para nada y sin dar ninguna idea clara al entendimiento; pues por este método, las dos sílabas *do* y *mi*, por ejemplo, pueden igualmente significar una tercera mayor, menos, superflua o diminuta. ¿Por qué extraña facilidad acontece que en el país en que se escriben más hermosos libros sobre la música, sea donde con más trabajo se aprende?

Sigamos con nuestro alumno práctica más sencilla y clara; no haya para él más de dos modos, cuyas relaciones siempre sean las mismas, indicadas siempre con las mismas sílabas. Ya sea que cante o toque un instrumento, sepa establecer su modo en cada uno de los doce tonos que pueden servir de base, y ora module en *C*, en *D*, en *G*, etc., sea siempre la final *do* o la según el modo. De esta manera siempre os entenderá; las relaciones esenciales de la manera de ajustarse cuando cante o toque, las tendrá siempre presentes, será más limpia su ejecución y más rápidos sus progresos. No hay cosa tan extravagante como lo que llaman los franceses solfeo natural, que es desviar las ideas propias de la cosa, para sustituir otras ajenas que no hacen más que descarriar. Lo más natural es solfear por transposición, cuando está el modo transportado. Pero sobra de música; enseñadla como queráis, con tal que nunca sea más que un pasatiempo.

Ya estamos advertidos del estado de los Cuerpos extraños con relación al nuestro, de su peso, figura, solidez, tamaño, distancia, temple, quietud y movimiento. Estamos enterados de cuáles son los que nos conviene acercar o desviar; de lo que hemos de hacer para vencer su resistencia u oponerles una que nos preserve de que nos

hagan mal; pero no basta con esto: nuestro cuerpo se extenua sin cesar, y sin cesar necesita renovarse. Aunque tengamos la facultad de convertir cuerpos en nuestra propia sustancia, no es indiferente la elección, que no todo es alimento para el hombre, y entre las sustancias que pueden serlo, unas le convienen más y otras menos, según la constitución de su especie, el clima en que vive, su particular temperamento y el régimen de vida que le prescribe su estado.

Nos moriríamos de hambre o envenenados, si para escoger los alimentos que nos convienen hubiéramos de esperar que nos hubiese enseñado la experiencia a conocerlos y elegirlos; pero la suma bondad, que del deleite de los seres sensibles hizo el instrumento de su conservación, nos advierte de lo que a nuestro estómago conviene, por lo que agrada a nuestro paladar. Naturalmente no hay para el hombre médico más seguro que su propio apetito; y observándole en su primitivo estado, no dudo que los alimentos que más gratos le parecían entonces fuesen también los más sanos.

Hay más. No sólo proveyó el Autor de las cosas; a las necesidades que nos dio, sino también a las que nosotros mismos nos buscamos; y para que siempre vayan juntos el deseo y la necesidad, hace que nuestros gustos cambien y se alteren con nuestro modo de vivir. Cuanto más nos apartamos del estado de la naturaleza, más perdemos nuestros gustos naturales, o, mejor dicho, el hábito nos forma una segunda naturaleza, con que sustituimos completamente a la primera.

De aquí se deduce que los gustos más naturales deben ser también los más sencillos, porque son los que con más facilidad se transforman; mientras que irritándose y complicándose esos gustos, gracias a nuestros caprichos, toman una forma que ya no cambia. El hombre que no es todavía de país ninguno, se acostumbrará sin dificultad a los estilos de cualquiera país que fuere; pero el hombre de un país no se vuelve nunca de otro.

Esto me parece exacto bajo todos conceptos, y todavía más aplicándolo al sentido del gusto. La leche es nuestro primer alimento; sólo



por grados nos acostumbramos a los sabores fuertes; al principio nos repugnan. Frutas, legumbres, hierbas, y en fin, algunas carnes asadas sin condimento y sin sal, componían los banquetes de los primeros hombres<sup>63</sup>; la primera vez que un salvaje bebe vino, hace una mueca y lo echa; y aun entre nosotros, el que ha vivido hasta los veinte años sin gustar licores fermentados, no puede después acostumbrarse a ellos; todos seríamos abstemios si no nos hubieran dado vino en nuestros primeros años. En fin, son nuestros gustos más universales cuanto más sencillos; lo que suele repugnar son los manjares compuestos. ¿Hemos visto a nadie tener asco del agua y del pan? Esta es la regla de la naturaleza y también será la nuestra. Conservemos al niño su primitivo gusto lo más posible; sea sencillo y común su alimento, no se familiarice su paladar sino con sabores poco pronunciados y no se forme un gusto exclusivo.

No examino aquí si tal modo de vivir es más o menos sano porque no le considero bajo este aspecto. Me basta, para preferirle, saber que es el más conforme a la naturaleza, y el que con mayor facilidad puede acomodarse a cualquiera otro. Los que dicen que es preciso acostumbrar a los niños al alimento que han de usar cuando hombres, me parece que discurren mal. ¿Por qué ha de ser el mismo su alimento, cuando su método de vida es tan distinto?

Un hombre extenuado del trabajo, los cuidados y las penas, necesita alimentos nutritivos que le repongan; un niño que viene de jugar, y cuyo cuerpo está creciendo, necesita de un alimento abundante que le suministre mucho quilo. Por otra parte, el hombre hecho tiene ya estado, empleo y domicilio; ¿pero quién puede estar cierto de los que guarda la fortuna, al niño? En nada le hornos de dar forma tan, determinada que le cueste mucho mudarla cuando fuere preciso. No hagamos que se muera de hambre en otro país, sino lleva detrás a un cocinero francés, ni que diga un día que sólo en Francia saben comer.

---

<sup>63</sup> Véase *La Arcadia* de Pausanias y el trozo de Plutarco, que más adelante se cita.

¡Valiente elogio!, entre paréntesis. Yo diría lo contrario de los franceses, que no saben comer, puesto que tanto arte necesitan para que les agraden los platos.

Entre nuestras varias sensaciones, las del gusto son las que generalmente nos hacen más impresión; por esto tenemos más interés en juzgar con acierto de las sustancias que han de hacer parte de la nuestra, que de las que no hacen más que acercarse a ella. Mil cosas hay indiferentes para el tacto, para el oído y para la vista; pero casi nada es indiferente para el gusto.

Además, la actividad de este sentido toda es física y material; es el único que nada dice a la imaginación, o por lo menos aquel en cuyas sensaciones tiene menos parte, al paso que la imaginación y la imitación mezclan con frecuencia la moral con la impresión de los demás. Por eso, en general, los corazones tiernos y voluptuosos, y los caracteres afectuosos y verdaderamente sensibles, se agitan con facilidad por los otros sentidos, y éste no los conmueve. Pero de eso mismo que parece sea inferior el gusto a los demás, y más despreciable la inclinación que a él nos entrega, deduzco yo que el medio que más conviene para gobernar a los niños es conducirlos por la boca. El móvil de la gula es preferible al de la vanidad, porque la primera es un apetito de la naturaleza, que pende inmediatamente del sentido, y, la segunda, es obra de la opinión, sujeta al capricho de los hombres y a todo género de abusos. La gula es la pasión de la infancia; pero no resiste a ninguna otra; a la menor rivalidad desaparece. ¡Ah! creedme; harto pronto cesará el niño de pensar en lo que coma, y si está empleado su corazón, no le ocupará mucho su paladar. Cuando sea hombre, mil impetuosos afectos disiparán la gula y no harán más que inflamar la vanidad; porque sola esta pasión se aprovecha de todas las demás, y al fin acaba con ellas. Algunas veces he examinado las personas que hacían mucho caso de los buenos bocados, que así que despertaban pensaban en lo que habían de comer aquel día, y describían con más puntualidad un banquete, que Polibio una batalla; y he visto

que todos esos pretendidos hombres eran niños de cuarenta años sin vigor ni consistencia, *fruges consumere nali, nacidos para comer los frutos*<sup>64</sup>.

La gula es el vicio de los corazones que no tienen sustancia. Toda el alma de un glotón está en su paladar; sólo fue nacido para comer; en su estúpida incapacidad, sólo en la mesa está a gusto y sólo de los platos sabe juzgar; dejémosle este cargo sin envidiársele, que vale más que otro para nosotros y para él.

Temer que se arraigue la gula en un niño capaz de algo, es precaución de un corto entendimiento. La infancia sólo piensa en lo que come; la adolescencia no se ocupa de eso, todo es bueno y tiene otras atenciones. No quisiera, sin embargo, que hiciéramos imprudente uso de tan mezquino resorte, y que a la honra de hacer una buena acción le diéramos por premio un buen plato. Pero una vez que en la infancia todo debe ser juegos y alegres pasatiempos, no veo por qué motivo a ejercicios meramente corporales no se les haya de dar premio material y sensible. Si un niño mallorquín, viendo una cesta colgada de un árbol, la derriba con la honda, ¿no es justo que se aproveche de ella y que repare con un buen almuerzo la fuerza que ha gastado en ganarle<sup>65</sup>? Si un niño espartano, arrojando el riesgo de cien azotes, se mete con astucia en una cocina, roba una vulpeja viva, se la lleva envuelta en la ropa, y arañado, mordido, desgarrado por no sufrir la afrenta de que le cojan, se deja despedazar las entrañas sin arquear las cejas, sin dar un ay, ¿no es justo que al fin se aproveche de su presa y que se la coma después que ella le ha comido? Nunca debe ser recompensa una buena comida; ¿pero porqué no ha de ser alguna vez del afán que por ganarla se ha tomado? No mira Emilio la torta que he puesto encima de la piedra como premio de haber corrido bien;

---

<sup>64</sup> HOR., Ep. I, II

<sup>65</sup> Siglos hace que han perdido este uso los mallorquines, pero hubo un tiempo en que eran famosos sus tiradores de honda.

pero sabe que el único medio de alcanzarla es llegar a ella antes que ninguno.

No sé contradicen con esto las máximas que dejo, sentadas sobre la sencillez de los manjares, porque halagando el apetito de los niños sólo se trata de satisfacerle, no en excitar su glotonería; y esto se consigue con las cosas más ordinarias del mundo, si no se trata de afinarles el gusto. Su continuo apetito excitado por la necesidad de crecer, es condimento seguro que para ellos equivale a otros muchos. Frutas , queso, algún bollo un poco más delicado que el pan común, y, sobre todo, el arte de distribuirlo con sobriedad, basta para llevar ejércitos de niños al fin del mundo, sin inspirarles afición a los sabores vivos ni exponerse a empalagarles el gusto.

Una prueba entre las que demuestran que el gusto, a la carne no es natural en el hombre, se halla en la indiferencia con que miran los niños este manjar, y la preferencia que todos ellos dan a otros alimentos como los lacticinios, la pastelería, la fruta, etc. Importa mucho conservar esta afición primitiva y no hacer carnívoros a los niños, si no por su salud, por su carácter; porque, expliquen como quieran la experiencia, lo cierto es, que, generalmente hablando, los que mucha carne comen son más crueles y feroces que los otros hombres; observación que es de todos tiempos y países. Bien notoria es la inhumanidad inglesa<sup>66</sup>. Por el contrario, los gauros son los más pacíficos de los hombres<sup>67</sup>. Todos los salvajes son crueles, y sus costumbres no los incitan a que lo sean; esta crueldad, proviene de sus alimentos: van a la guerra como a la caza, y tratan a los hombres como si fueran osos. Aun en Inglaterra no son oídos como testigos las carniceros ni los

---

<sup>66</sup> Bien sé que alaban mucho los ingleses su humanidad, y la buena índole de su nación, que llaman *good natural people*; pero, por más que lo repiten sin cesar, nadie lo dice más que ellos.

<sup>67</sup> Los banianos que se abstienen de toda carne con más severidad que los gauros, son casi tan pacíficos como ellos; pero como es menos pura su moral y no tan discreto su culto, no son tan hombres de bien.

cirujanos<sup>68</sup>. Los perversos atroces se endurecen para los homicidios bebiendo sangre. Homero pinta a los cíclopes que comían carne, como hombres horrorosos, y a los lotófagos como pueblo tan amable, que en cuanto se había probado su trato, se olvidaba el huésped de su país por vivir con ellos.

«Me preguntas, decía Plutarco<sup>69</sup>, por qué se abstenía Pitágoras de comer carne de las alimañas; pero pregúntote yo qué ánimo de hombre tuvo el primero que acercó a su boca una carne manida, que con el diente quebrantó los huesos de un bruto expirado, que hizo que le sirvieran plato de cuerpos muertos, de cadáveres, y que tragó en su vientre miembros que un instante atrás mugían, balaban, andaban y veían. ¿Cómo pudo su diestra ahondar un hierro en el corazón de un ser sensible? ¿Cómo pudieron soportar sus ojos una muerte? ¿Cómo pudo ver sangrar, desollar, desmembrar un pobre animal indefenso? ¿Cómo pudo contemplar el jadear de las carnes? ¿Cómo no le hizo el olor levantar el estómago? ¿Cómo no sintió repugnancia y asco? ¿Cómo no le embargó el horror, cuando vino a manejar la podre de las heridas y a limpiar la negra y cuajada sangre que las cubría?

«Por tierra arrastran pieles desolladas;  
«Mugen al fuego carnes espetadas,  
«Devorólas el hombre estremecido  
«Y oyó dentro del vientre su gemido.

«Esto fue lo que de imaginar y de sentir hubo la vez primera que venció la naturaleza para celebrar este horrible banquete, la vez primera que tuvo hambre de una alimaña viva, que quiso comer de un

---

<sup>68</sup> Uno de los traductores ingleses de este libro ha notado mi equivocación, y ambos la han enmendado. Los carniceros y los cirujanos son admitidos a dar testimonio; pero los primeros no lo son a ser jurados o pares para sentenciar los delitos y los cirujanos sí.

<sup>69</sup> Los párrafos comprendidos entre comillas son de una traducción clásica de Plutarco. (N. de] T.)

animal que todavía pacía, y que dijo cómo había de degollar, de despedazar, de cocer la oveja que le lamía las manos. De los que empezaron estos crueles banquetes, no de los que los dejan, hay por qué pasarse; aunque aquellos primeros pudieran justificar su inhumanidad con disculpas que a la nuestra faltan y que, faltándonos, cien veces más inhumanos que ellos nos hacen.

«Mortales amados de los dioses, nos dirían aquellos primeros hombres, comparad los tiempos, ved cuán felices sois vosotros y cuánto nosotros éramos miserables. La tierra recién formada, el aire u cargado de vapores, todavía no eran dóciles al orden de las estaciones; mal segura la corriente de los ríos, por todas partes sus riberas arrasaban; estanques y lagos y hondos marjales las tres cuartas partes de la superficie del orbe inundaban, y el otro cuarto le ocupaban riscos y estériles selvas. No daba de sí la tierra ninguna sazónada fruta; no teníamos aperos de labor ningunos, no sabíamos el arte de servirnos de ellos : y para quien a nada habla sembrado, jamás llegaba el tiempo de la cosecha. Así de continuo nos acosaba el hambre. El invierno, nuestros manjares ordinarios eran el helecho y las cortezas de los árboles. Algunas verdes raíces de brezo y de grama eran nuestro regalo; y cuando podían hallar los hombres algún fabuco, algunas bellotas o nueces, bailaban de gozo en torno de un roble o de una haya, al son de alguna rústica cantinela, apellidando madre y nodriza suya la tierra; éstas eran sus fiestas, estos sus únicos juegos; todo lo demás de la vida humana sólo era dolor, penalidad y miseria.

«Finalmente, cuando yerma y desnuda la tierra ninguna cosa nos ofrecía, precisados a agraviar la naturaleza por conservarnos, nos comimos a los compañeros de nuestra miseria más antes que perecer con ellos. Empero a vosotros, hombres crueles, ¿qué nos fuerza a derramar sangre? Ved la afluencia de bienes que os cerca, cuántos frutos os produce la tierra, cuántas riquezas os dan los campos y las viñas, qué de animales os brindan con su leche para alimentaros, y con su vellocino para abrigaros. ¿Qué más les pedís? ¿Qué furia os incita a cometer

tantas muertes, hartos de bienes y manando en víveres? ¿Por qué mentís contra nuestra madre, acusándola de que no puede alimentarnos? ¿Por qué pecáis contra Ceres, inventora de las sacras leyes, y contra el gracioso Baco, con solador de los mortales, como si sus pródigos dones no bastasen para la conservación del linaje humano? ¿Cómo tenéis ánimo para mezclar en vuestras mesas huesos con sus suaves frutos, y para comer con la leche la sangre de los animales que os la dieron? Las panteras y los leones, que llamáis vosotros fieras, siguen por fuerza su instinto, y por vivir matan a los otros brutos. Empero vosotros, cien veces más que ellos fieros, resistís sin necesidad a vuestro instinto por abandonaros a vuestras crueles delicias. No son los animales que coméis los que a los demás se comen; no los coméis esos animales carniceros, que los imitáis; sólo de inocentes y mansos brutos tenéis hambre, de los que no hacen mal a nadie, de los que con vosotros se amistan, de los que os sirven, y devoráis en pago de sus servicios.

«¡Oh, matador contra la naturaleza! Si te empeñas en sustentar que te crió ésta para devorar a tus semejantes, a seres de carne y hueso, que como, tú sienten y viven, ahoga el horror. que a tan espantosos banquetes te inspira; mata tú propio» a los animales, digo con tus manos mismas, sin hierro, sin cuchilla; destrózalos con tus uñas, como, hacen los leones y los osos; muerde ese toro, hazle pedazos, ahonda en su piel tus garras; cómete a ese cordero vivo, devora sus carnes humeantes, bébete con su alma su sangre. ¡Te estremeces! ¡No te atreves a sentir que entre tus dientes palpita una carne viva! ¡Hombre compasivo, que empiezas matando el animal, y luego te lo comes, para hacer que dos veces muera! No basta con eso; todavía te repugna la carne muerta, no la pueden llevar tus entrañas; fuerza es transformarla al fuego, cocerla, asarla, sazónarla con drogas que la disfracen; necesitas de pasteleros, de cocineros, de hombres que te quiten el horror de la muerte, y te atavíen cuerpos muertos, para que, engañado el sentido del gusto con estos disfraces, no deseche lo que le horroriza, y paladee

con deleite cadáveres cuyo aspecto ni aun los ojos hubieran podido sufrir.»

Aunque este trozo sea ajeno de mi asunto, no he podido resistir a la tentación de copiarle, y creo que pocos lectores lo lleven a mal.

Por lo demás, sea cual fuere el régimen que adoptaréis para los niños, con tal que solamente los acostumbréis a manjares comunes y sencillos, dejadlos que coman, que corran y que jueguen cuanto quieran, y estad ciertos de que nunca comerán de sobra ni estarán ahítos; pero si los tenéis hambrientos la mitad del tiempo y hallan medio de burlar vuestra vigilancia, se resarcirán con todo su poder y comerán hasta hartarse. Si nuestra gula no tiene tasa, consiste en que la queremos dar otras reglas que las de la naturaleza. Siempre arreglando, prescribiendo, añadiendo y quitando, todo lo hacemos con la balanza en la mano; pero esta balanza no va a medida de nuestra estómago sino de nuestro capricho. Vengo a mis ejemplos: en casa de los aldeanos, el arca del pan y la despensa de la fruta nunca se cierran; y ni hombres ni niños saben qué son indigestiones.

No obstante, si aconteciese que un niño comiera con demasía, lo cual con mi método no creo posible, tan fácil es entretenerle con pasatiempos de su gusto, que lograríamos su mayor abstinencia sin que él lo advirtiera. ¿Cómo se les pasan por alto a todos los institutores tan fáciles y eficaces medios? Refiere Herodoto<sup>70</sup>, que acosados los lidios de una cruel carestía, imaginaron inventar los juegos y otros pasatiempos con los cuales engañaban divertidos el hambre, y pasaban los días enteros sin pensar en comer<sup>71</sup>. Quizás han leído cien veces este

---

<sup>70</sup> Lib. I, cap. Xciv.

<sup>71</sup> Llenos están los historiadores antiguos de ideas de que pudiera hacerse uso, aun cuando sean falsos los hechos en que las presentan. Pero no sabemos sacar utilidad ninguna de la historia; todo lo absorbe la crítica de erudición : como si importara mucho que fuese cierto un suceso, con tal que e él pudiera sacarse una instrucción provechosa. Los hombres de juicio deben mirar la historia como un tejido de fábulas, cuya moral es muy adaptable el corazón humano.



pasaje vuestros eruditos institutores, sin ocurrirles la aplicación que de él se puede hacer a los niños. Me dirá acaso alguno, que el niño no deja de buena gana la comida por ir a estudiar su lección; tiene razón, no pensaba yo que esto fuera un entretenimiento.

El olfato es respecto del sentido del gusto lo que la vista respecto del tacto; que le precede y le advierte del modo que le ha de mover tal o cual sustancia, y lo dispone a que la busque o la evite, según la impresión que de antemano recibe de ella el olfato. He oído decir que en los salvajes no hacían los olores la misma impresión que en nosotros, y juzgaban de un modo diferente de los que eran buenos y malos. Puede ser. En si mismos los olores son sensaciones débiles, que mueven más la imaginación que el sentido, y que menos impresión hacen por lo que dan que por lo que prometen. Esto supuesto, siendo por su modo de vivir tan diferentes los gustos de los unos de los de los otros, deben ser causa de que formen juicios muy opuestos sobre los sabores y, por consiguiente, sobre los olores que los anuncian. Con tanto gusto debe un tártaro oler un cuarto hediondo de caballo muerto, como un cazador nuestro una perdiz medio podrida.

Nuestras sensaciones ociosas, como es, por ejemplo la de la fragancia de las flores de un jardín, no pueden experimentarse por hombres que andan demasiado para encontrar diversión en pasearse o que no trabajan lo suficiente para hallar deleite en el descanso. Gentes que siempre tienen hambre, poco gusto pueden hallar en aromas que no anuncian cosa de comer.

El olfato es sentido propio de la imaginación. Como entona con fuerza los nervios, debe agitar ,mucho el cerebro; por eso aviva por un instante el temperamento y al cabo le consume. En el amor causa efectos muy conocidos; no es el suave aroma de un tocador tan débil red como se cree, y no sé si dar el parabién o compadecer al hombre poco, sensible, a quien nunca hizo palpitar el olor de las flores que lleva su amada en el seno.

Así no debe ser muy activo el olfato en la edad primera, en que la imaginación, animada todavía por pocas pasiones, es poco susceptible de emoción y aun no hay la suficiente experiencia para prever con un sentido lo que otro nos promete. Esta consecuencia se confirma enteramente por la observación; y es cierto que en la mayor parte de los niños es todavía obtuso y casi rudo este sentido, no porque no sea en ellos tan exquisita la sensación como en los hombres, y acaso más, sino porque no uniendo con ella ninguna otra idea, no se mueven fácilmente a sentir pena ni dolor, y ni los atormenta ni los halaga como a nosotros. Creo que sin salir del mismo sistema, ni recurrir a la anatomía comparada de ambos sexos, hallaríamos con facilidad la razón por qué las mujeres sienten en general los olores con más viveza que los hombres.

Dícese que los salvajes del Canadá adquieren desde niños tal sutileza de olfato, que aunque tienen perros, no se sirven de ellos para cazar y hacen ellos mismos de perros. Comprendo en efecto, que si enseñásemos a los niños a descubrir por el olfato su comida, como descubre el perro la caza, acaso conseguiríamos perfeccionarles este sentido hasta el mismo punto; pero, en realidad, no veo que puedan ellos aplicarlo a cosas de mucha utilidad, como no sea para darles a conocer sus relaciones con el gusto ; y la naturaleza ha cuidado de precisarnos a que nos enteremos de estas relaciones. La acción de este último sentido la ha hecha inseparable de la del otro, colocando cerca sus órganos y poniendo en la boca una comunicación inmediata entre ambos, de suerte que nada gustamos sin olerlo. Quisiera, sin embargo, que no se alterasen estas relaciones naturales para engañar a un niño, cubriendo, por ejemplo, con un grato aroma lo desabrido de una purga, porque entonces es harto grande la discordancia de los dos sentidos para que se pueda engañar; y como el sentido más activo absorbe el efecto del otro, no toma la purga con menos asco: éste se extiende a todas las sensaciones que al mismo tiempo le impresionan; y cuando se le presenta la más débil, le acuerda luego su imaginación la otra;

un suavísimo aroma se torna para él en un olor repugnante, y así aumentan nuestras imprudentes precauciones la suma de las sensaciones desagradables a costa de las gratas.

Aún me falta hablar en los siguientes libros de la cultura de una especie de sexto sentido, llamado sentido común, no tanto porque es común a todos los hombres, cuanto porque resulta del uso bien arreglado de los demás sentidos, y porque nos da a conocer la naturaleza de las cosas por el conjunto de todas sus apariencias. Por consiguiente, este sentido no tiene órgano peculiar; sólo reside en el cerebro, y sus sensaciones que son meramente internas, se llaman percepciones o ideas. Por el número de estas ideas se mide la extensión de nuestros conocimientos; su limpieza y su claridad constituyen el entendimiento, y el arte de compararlas entre si es lo que llamamos la razón humana. De suerte que lo que llamaba yo razón sensitiva o pueril, consiste en formar ideas simples por el conjunto de muchas sensaciones; y lo que llamo razón intelectual o humana, en formar ideas complejas por el conjunto de muchas ideas simples.

Suponiendo, pues, que mi método sea el de la naturaleza, y que no me he equivocado en la aplicación, hemos traído a nuestro alumno, atravesando el país de las sensaciones, hasta la última frontera de la razón pueril; el primer paso que vamos a dar más allá, debe ser un paso de hombre. Pero antes de empeñarnos en, esta nueva carrera, demos una ojeada a la que acabamos de andar. Cada edad y cada estado de la vida tiene su perfección conveniente, su especie de madurez peculiar. Muchas veces hemos oído hablar de un hombre formado; contemplemos a un niño formado, espectáculo que será más nuevo y acaso no menos grato para nosotros.

Es tan pobre y limitada la existencia de los seres finitos, que cuando sólo vemos lo que existe, nunca nos conmovemos. Las ficciones son las que adornan los objetos reales, y si la imaginación no añade su embeleso a lo que hace impresión en nosotros el estéril gusto que se goza, ciñéndose al órgano, deja siempre frío el corazón. Ornada

con los tesoros del otoño, la tierra hace alarde de una riqueza que asombra la vista; pero no enardece aquella admiración que es nacida más de la reflexión que del sentimiento. En la primavera, casi yermas las campiñas con nada se cubren todavía, no dan sombra los bosques, no hace más que apuntarla verdura y a su aspecto se inflama el corazón. Al ver cuál renace la naturaleza, nosotros mismos nos sentimos reanimar; rodéanos la imagen del deleite, y las compañeras del contento, las suaves lágrimas, prontas siempre a unirse con todo afecto, delicioso, ya asoman a nuestros párpados; pero en balde es tan bullicioso, tan vivo y tan grato el aspecto de la vendimia; siempre lo contemplamos con ojos enjutos.

¿Por qué esta diferencia? Pues consiste en que con el espectáculo de la primavera reúne la imaginación al de las estaciones que han de seguirla; a esas yermas tiernas que distingue la vista, agrega las flores las frutas, las sombras y a veces los misterios que estas pueden cubrir. En un mismo punto reúne tiempos que han de sucederse, y menos mira los objetos como han de ser que como desea, porque de ella pende el escogerlos. En el otoño, al contrario, no tiene que ver sino lo que existe. Si queremos llegar a la primavera, nos detiene el invierno, y helada la imaginación entre la nieve y las escarchas, fallece.

Tal es el origen del encanto que sentimos al contemplar una hermosa infancia con preferencia a la perfección de la madura edad. ¿Cuándo disfrutamos de un gusto verdadero en ver a un hombre? Cuando la memoria de sus acciones hace que retrocedamos sobre su vida, rejuveneciéndole, por decirlo así, a nuestros ojos. Si nos vemos reducidos a contemplarle como él es, o a suponerle cual en su vejez ha de ser, disipa todo nuestro gusto la idea de la naturaleza decadente; que ninguno hay en ver caminar a un hombre a pasos acelerados hacia la tumba, y todo afea la imagen de la muerte.

Mas, cuando me figuro un niño de diez o doce años, sano, robusto, bien formado para su edad, no excita en mí una idea que no sea grata para el presente y para lo venidero: véole ferviente, vivo, anima-

do, sin roedora solicitud, sin penosa y dilatada precisión, empapado todo en su ser actual y gozando una plenitud de vida que parece quiere extenderse fuera de él. Me le figuro en otra edad ejercitando al sentido, el entendimiento, las fuerzas que en él se desarrollan de día en día; le contemplo niño, y me contenta; imagínole hombre, y me contenta más; su ardiente sangre inflama, al parecer, la mía; creo que vivo con su vida y me rejuvenece su viveza.

Da la hora, ¡y qué cambio! Empañanse al instante sus ojos, huye su alegría; adiós gustos, adiós juegos y retozo. Un hombre severo y enojado le coge de la mano, le dice con gravedad: vamos, niño, y se le lleva. En el cuarto donde entran, veo libros. ¡Libros! ¡Qué tristes muebles para su, edad! Déjase llevar el pobre niño, echa una desconsolada mirada a cuanto le rodea, calla, y parte con los ojos arrasados de lágrimas que no se atreve a verter y preñado el pecho de sollozos que no puede exhalar.

¡Oh, tú, que no tienes que temer semejante cosa, tú para quien ningún tiempo del a vida lo es de aburrimiento y violencia, tú que ves, llegar sin zozobra el día, y sin impaciencia la noche, y que cuentas por tus contentos las horas con tu presencia, de la partida de ese desdichado, ven!... Ya llega, y cuando se acerca siento una impresión de gozo que él participa. Su amigo, su camarada, el compañero de sus juegos es quien le llama; cuando me ve, está seguro de que no pasará mucho rato sin encontrar distracción; nunca dependemos uno de otro, pero siempre estamos de acuerdo y con nadie nos hallamos tan bien como juntos.

En su semblante, en su ademán, en su aspecto, se anuncian la alegría y el desembarazo; brilla en su rostro la salud; sus firmes pasos le dan un aspecto de vigor; delicado su color, sin ser empalagoso, nada tiene de afeminada molicie; ya le han estampado el aire y el sol el honroso cuño de su sexo; aunque todavía no afinados sus músculos ya empieza a señalar algunas líneas de su naciente fisonomía; si aún no, anima sus ojos el calor del sentimiento, tienen a lo menos toda su na-

tiva serenidad, pues no los han enturbiado largas tristezas de su edad, la entereza de la independencia, la experiencia de multiplicados ejercicios. Tiene la presencia despejada y libre, no insolente y vana; su rostro, que nunca se pegó a los libros, no cae sobre el pecho, y no es necesario decirle: *alza la cabeza*, pues todavía no se la hicieron bajar la vergüenza ni el miedo.

Hagámosle sitio en medio de la reunión; examínadle, señores, preguntadle, no temáis su impertinencia, su charlar, ni sus imprudentes preguntas. No tengáis recelo de que se apodere de vosotros, ni pretenda que os ocupéis de él solo y no podáis quitárselo de encima.

Tampoco esperéis de él floridas razones ni que os diga lo que yo le haya dictado; no esperéis otra cosa que la verdad ingenua y sencilla, sin adornos y sin vanidad. Lo malo que haya, o lo que pensare, os lo dirá con tanta franqueza como lo bueno, sin pensar de ningún modo en el efecto que haga en vosotros lo que dijere; y hablará con todo el candor de su edad primera.

Gusta el presagiar bien de los niños, y causa sentimiento el flujo de necedades que casi siempre viene a desbaratar las esperanzas que quisiéramos fundar en. alguna feliz ocurrencia que por casualidad les viene a la boca. Si rara vez da el mío esperanzas semejantes, nunca ocasionará este sentimiento, porque nunca dice palabras inútiles, ni se abandona a una charla que sabe nadie ha de escuchar. Sus ideas son limitadas, pero rectas; si nada sabe de memoria, sabe mucho por experiencia; si no lee tan bien coma otro niño en nuestros libros, lee mejor en el de la naturaleza; su entendimiento no está en su lengua, sino en su cabeza; tiene menos memoria que discernimiento; no sabe hablar más que un idioma, pero entiendo lo que dice; y si no habla tan bien como los demás, en cambio obra mejor.

No sabe lo que es rutina, estilo, hábito; lo que ayer hizo no influye en lo que hace hoy<sup>72</sup>; nunca sigue formulario, ni se sujeta a la auto-

---

<sup>72</sup> Nace el atractivo del hábito de la pereza natural al hombre, y se aumenta esta pereza dejándose llevar de ella con más facilidad se hace lo que ya se ha

---

ridad o al ejemplo; ni obra o habla sino como le acomoda. No aguardéis por tanto de él razonamientos estudiados, ni afectados modales, sino únicamente la expresión fiel de sus ideas, y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Hallaréis en él un corto número de nociones morales que se refieren a su actual estado; pero ninguna acerca del estado relativo de los hombres; ¿y para qué le servirían, puesto que un niño no es todavía miembro activo de la sociedad? Habladle de libertad, de propiedad y aún de convención : hasta ahí puede saber; sabe por qué no debe hacer daño a otro, para que no se lo hagan a él; por qué lo suyo es suyo, y por qué lo ajeno no es suyo; en saliendo de esto, ya no sabe más. Habladle de obligación, de obediencia; no comprende lo que queréis decir; mandadle algo, no os entenderá; pero decidle : si me haces tal favor, te lo agradeceré cuando se ofrezca, y al punto se dará prisa a complaceros, porque lo que más desea es ensanchar su dominio y granjearse con vos derechos que sabe son inviolables. Acaso no siente ocupar lugar, hacer de hombre, y ser tenido en algo; pero si este último motivo le incita, ya se ha salido de la naturaleza, porque no habéis cerrado bien de antemano todos los portillos de la vanidad.

Por su parte, si necesita de algún auxilio, se le pedirá indistintamente al primero que encuentre; al rey lo mismo que a su lacayo: hasta ahora todos los hombres son iguales para él. Por la manera de rogaros, veis que reconoce que no le debéis nada; sabe que lo que solicita es gracia. También sabe que la humanidad inclina a otorgarla. Sencillas y lacónicas son sus expresiones; su voz, su mirar, su semblante, indican un ser tan acostumbrado a que le concedan lo que pide,

---

hecho; y trillado el camino, más fácil es andar por él. Por eso podemos notar que es muy poderoso el imperio del hábito con los ancianos y las personas indolentes y muy impotente con los jóvenes y las personas vivas. Este régimen sólo es bueno para las almas débiles, y las debilita más de día en día. El único hábito que aprovecha a los niños es resignarse a la necesidad de las cosas, y el único conveniente a los hombres sujetarse sin trabajo a la razón. Cualquiera otra costumbre es vicio.

como a que se lo nieguen; que ni tiene la rastrera y servil sumisión de un esclavo, ni el acento imperioso de un amo, sino una confianza modesta en su semejante, la noble y tierna blandura de un ser libre, pero sensible y débil, que implora la asistencia de otro ser libre, pero fuerte y benéfico. Si le otorgáis lo que pide, no os dará las gracias, pero conocerá que ha contraído una deuda. Si se lo negáis, no se quejará, ni insistirá, que sabe sería inútil; no dirá me lo han negado; dirá, no podía ser; y nadie se enoja contra la necesidad bien conocida.

Dejadle solo, en libertad, y ved lo que hace sin decirle nada; contemplad lo que haga, y del modo que lo hace. No necesitando convencerle de que es libre, nunca hace nada por atolondramiento y sólo por hacer un acto de potencia en él mismo. ¿No sabe que siempre es árbitro de sí propio? Es ligero, ágil, listo; tienen sus movimientos toda la viveza de su edad, pero ni uno deja de ir encaminado a un fin. Nunca acometerá nada que exceda sus fuerzas, porque las tiene bien experimentadas, y las conoce; siempre serán sus medios apropiados a sus deseos, y rara vez obrará sin estar cierto de conseguir lo que pretende. Sus ojos tendrán, atención y discernimiento: no hará preguntas necias a los demás acerca de cuanto ve; pero examinará por sí propio y se afanará por averiguar lo que desee saber antes de preguntarlo. Si cae en una dificultad imprevista, se turbará menos que otro; si hay peligro, también, se asustará menos. Como aun está parada su imaginación, y nada hemos hecho para avivarla, no ve más de lo que hay; sólo valúa los riesgos en lo que son, y conserva siempre su presencia de ánimo. La necesidad le oprime con sobrada frecuencia para que intente sustraerse de ella; como desde que nació va uncido a su yugo, está acostumbrado a él y dispuesto a todo.

Distráigase o trabaje, ambas cosas son para él indiferentes; sus juegos son sus quehaceres, no ve distinción ninguna. En todo cuanto hace pone un interés que causa risa y una libertad que gusta, manifestando a una la forma de su inteligencia y la esfera de sus conocimientos. ¿No es un espectáculo peculiar de esta edad, espectáculo que



embelesa y conmueve, ver a un lindo niño, alegres y vivos los ojos, sereno y contento el semblante, risueña y desembarazada la fisonomía, hacer jugando las cosas más serias, o profundamente ocupado en los más frívolos pasatiempos?

Ahora, ¿queréis juzgarle por comparación? Juntadle con otros niños y dejadle obrar; veréis en breve cuál está más verdaderamente formado, cuál se acerca más a la perfección de su edad. De los niños de la ciudad ninguno es más hábil ni tan fuerte como él. A los lugareños de su edad los iguala en fuerza y los aventaja en destreza. Todo cuanto está al alcance de la infancia, lo juzga, lo discurre, y lo prevé mejor que todos ellos. ¿Se trata de obrar, correr, saltar, mover cuerpos, levantar masas, valuar distancias, inventar juegos, ganar premios? Diríamos que tiene la naturaleza a sus órdenes según la facilidad con que todo lo vence. Su destino es guiar, gobernar a sus iguales: el talento y la experiencia le valen el derecho, y la autoridad. Dadle el traje y nombre que os acomode; poco importa; en todas partes tendrá la primacía, en todas será caudillo de los demás, que reconocerán su superioridad; sin querer mandar, será el árbitro y le obedecerán sin creer que lo hacen.

Ha llegado a la madurez de la infancia, ha vivido vida de niño, no ha comprado su perfección a costa de su felicidad; por el contrario, una ha contribuido a otra. Al adquirir la plenitud de la razón de su edad ha sido venturoso y libre en cuanto lo permitía su constitución. Si la hoz fatal viene a segar en él la flor de nuestras esperanzas, no lloraremos a un mismo tiempo su vida y su muerte, no exasperaremos nuestro dolor con la memoria del que le hayamos causado; diremos: «a lo menos gozó de su infancia; nada de cuanto le había dado la naturaleza dejamos que perdiese.»

El gran inconveniente de esta primera educación es que sólo la aprecian los hombres perspicaces, y que un niño educado, con tanto esmero sería reputado por un niño educado del vulgo. Más piensa un preceptor en su interés que en el de su discípulo, y así se aplica a de-

mostrar que no pierde el tiempo y que el dinero, que le dan es bien ganado; le educa de modo que se pueda lucir cuando quiera; no importa que sea inútil lo que enseña, con tal que se vea con facilidad. Sin tino ni discernimiento acumula fárrago en su memoria. Cuando se trata de examinar al niño, le hacen que deslíe su género; le enseña, quedan satisfechos, vuelve a liar su fardo, y se marcha. No es tan rico mi alumno, ni tiene fardo que desliar, ni otra cosa que enseñar que a sí propio. No obstante, un niño, así como un hombre, no se ve en un momento. ¿Cuál es el observador que a la primera ojeada sepa distinguir los rasgos que le caracterizan? Sí, los hay, pero pocos, y de cien mil padres, apenas se hallará uno de esta especie.

Las preguntas multiplicadas con exceso fastidian y aburren a todo el mundo, y con más razón a los niños. Al cabo de pocos minutos se cansa su atención, no escuchan lo que les dice un preguntón, y responden a la ventura. Este modo de examinarlos es vano y pedante; a veces una palabra cogida al vuelo retrata mejor su inteligencia y sentido que pudiera hacerse con largas razones; pero es preciso cuidar de que esta palabra no sea dictada por otro ni casual. Hay que tener mucho discernimiento para apreciar el de un niño.

Oí contar al difunto lord Hyde, que al volver de Italia un amigo suyo, después de tres años de ausencia quiso examinar los adelantos de su hijo, que tenía nueve o diez años. Fué un día a pasear con él y su ayo a un llano donde se estaban divirtiendo unos estudiantes en echar cometas al aire. El padre, al pasar, preguntó a su hijo : *¿Dónde está la cometa cuya sombra vemos?* Sin pararse ni alzar la cabeza, contestó el niño: *en la carretera.* Y efectivamente, añadía lord Hyde, la carretera estaba entre nosotros y el sol. Así que oyó su padre esta respuesta abrazó al niño. y concluyendo su examen, se fue sin añadir palabra. Al siguiente día envió al ayo la escritura de una pensión vitalicia, además de su sueldo.

¡Qué hombre este padre, y qué hijo podía prometerse<sup>73</sup>! La pregunta era en todo propia de la edad del niño, y la contestación de este sencillísima. Pero nótese la claridad de discernimiento pueril que supone. Así amansaba el alumno de Aristóteles aquel célebre caballo que no había podido domar picador ninguno.

---

<sup>73</sup> Por una carta de Rousseau a Mme. de Franqueville, fechaba el 26 de septiembre de 1762 sabemos que este joven, era el conde de Gisors, hijo único del mariscal de Belle-Isle.

## LIBRO TERCERO

Aunque hasta llegar a la adolescencia el curso de la vida es época de flaqueza, hay un punto durante esta primera edad, en que habiendo dejado atrás el progreso de las necesidades al de las fuerzas, aunque el animal que cree es débil todavía en sentido absoluto, es fuerte en el relativo. Como aún no están desenvueltas todas sus necesidades, son más que suficientes sus actuales fuerzas para satisfacer las que tiene. Como hombre, sería muy débil ; como niño es muy fuerte.

¿De dónde procede la debilidad del hombre? De la desigualdad entre su fuerza y sus deseos; nuestras pasiones son las que nos hacen débiles, porque serían necesarias para contenerlas más fuerzas que las que nos concedió naturaleza; tanto da disminuir los deseos, como aumentar las fuerzas; al que puede más de lo que desea, le sobran; en verdad, es un ser fortísimo. Este es el tercer estado de la niñez, y de él voy, pues, a tratar. Sigo llamándola niñez, porque me falta un término exacto para expresarla, acercándose esta edad a la de la adolescencia, sin ser aún la de la pubertad.

A los doce o trece años se desarrollan las fuerzas del niño con mayor rapidez que sus necesidades. Todavía no se ha hecho sentir de él la más violenta y terrible de todas; hasta el mismo órgano permanece imperfecto, y para salir de su imperfección, parece esperar a que le apremie la voluntad. Poco sensible a las inclemencias del aire y las estaciones, las arrostra sin temor; su calor naciente le sirve de abrigo; su apetito de condimento; todo alimento es bueno para su edad; si tiene sueño, se tiende en el suelo y duerme; en todas partes encuentra cuanto necesita; no le acosa ninguna necesidad imaginaria; nada puede con él la opinión; sus deseos no alcanzan más allá de sus brazos y no sólo se puede bastar a sí propio, sino que tiene más fuerza de la

necesaria: esta es la única época de la vida en que ha de hallarse en este caso.

Presiento la objeción. No se dirá que el niño tiene más necesidades de las que yo supongo; pero si se negará que posee la fuerza que le atribuyo, sin atender a que hablo de mi alumno y no de esos muñecos ambulantes que viajan de un cuarto a otro, que cavan una maceta y llevan cargas de cartón. Diránme que hasta la virilidad no se manifiesta la fuerza viril; que lo único que a los músculos puede dar la consistencia, la actividad, el tono y el empuje, de donde resulta la verdadera fuerza, es la elaboración de los espíritus vitales en los vasos propios, y su difusión por todo el cuerpo. Esa es la filosofía de gabinete, pero yo apelo a la experiencia. En vuestras campiñas veo muchachos grandes que cavan, binan, llevan el arado, cargan toneles de vino y conducen la carreta tan bien como su padre, los tendríamos por hombres si no los vendiera la voz. Aun en nuestras ciudades hay chicos aprendices de herrero, de cerrajero, de herrador, que casi son tan robustos como sus maestros, y que no tendrían mucha menos habilidad si los hubieran ejercitado a tiempo. Si hay diferencia, y convengo en que la hay, repito que no es tanta, ni con mucho, como la de los deseos fogosos de un hombre a los limitados de un niño. Además de que aquí no tanto se trata de fuerzas físicas, cuanto de la fuerza y capacidad del entendimiento que las suple o las dirige.

Este intervalo en que el individuo puede más de lo que desea, si bien no es la época de su mayor fuerza absoluta, es, como he dicho, la de su mayor fuerza relativa. Es el tiempo más hermoso de la vida, que se va para no volver; tiempo muy breve y que, por lo tanto, como en adelante veremos, importa mucho emplearlo bien.

¿Qué hará, pues, con este sobrante de facultades y fuerzas que ahora tiene de más y que le hará falta en otra edad? Procurará emplearlo en tareas que, pueda aprovechar cuando fuere necesario; sembrará, por decirlo así, en lo venidero lo superfluo de su estado actual; hará el niño robusto provisiones para apropiarse verdaderamente este

sobrante, lo pondrá en sus brazos, en su cabeza, dentro de sí propio. Ya es llegado el tiempo de trabajar, de instruirse, de estudiar ; y nótese que no soy yo quien arbitrariamente hago esta elección, que es la naturaleza quien la indica.

La inteligencia humana tiene límites; y no solamente un hombre no puede saberlo todo, sino que ni siquiera puede saber por completo aquello poco que saben los demás hombres. Puesto que toda proposición contradictoria de una falsa es verdadera, tan inagotable es el número de las verdades como el de los errores. Hay, por tanto, una elección que hacer en las cosas que deben enseñarse y en el tiempo que conviene aprenderlas. Entre los conocimientos que podemos adquirir, unos son falsos, otros inútiles, y otros sirven para enorgullecer al que los posee. El corto número de los que realmente contribuyen a nuestro bienestar es el único que merece las investigaciones de un sabio, y, por consiguiente, de un niño que queremos lo sea. No se trata de saberlo todo, sino de saber únicamente lo que es útil.

De éste pequeño número se quitarán también las verdades para cuya inteligencia se requiere un entendimiento ya hecho, las que suponen el conocimiento de las relaciones del hombre, que no puede adquirir el niño, y las que, aunque ciertas en sí, predisponen un alma sin experiencia a que forme ideas falsas sobre otras materias.

Ya estamos reducidos a un círculo muy estrecho con relación a la existencia de las cosas; ¡pero cuán inmensa esfera forma aún este círculo para la capacidad de la inteligencia de un niño! Tinieblas del entendimiento humano, ¿qué temeraria mano fue osada a levantar vuestro velo? ¡Qué de abismos veo abrir por vuestras vanas ciencias en torno de este desgraciado joven! ¡Oh, tú, que vas a guiarle por estos peligrosos senderos, y que vas a descorrer ante sus ojos la sagrada cortina de la naturaleza, tiembla; asegúrate bien antes de su cabeza y de la tuya, teme no sea que al uno o al otro se os vaya, y acaso a entrambos. Teme los adornos engañosos de la mentira o que te embriague el incienso de la soberbia! ¡Acuérdate, acuérdate sin cesar de que

nunca fue perniciosa la ignorancia, que sólo el error es funesto y que no nos extraviarnos por no saber, sino por imaginarnos que sabemos.

Sus progresos en la geometría pudieran servir de prueba y medida cierta para el desarrollo de su inteligencia; pero tan pronto como puede discernir lo que es útil de lo que no lo es, conviene usar de muchos cuidados y arte para traerle a estudios especulativos. Si se quiere, por ejemplo, que busque una media proporcional entre dos líneas, hágase de manera que necesite hallar un cuadrado igual a un rectángulo dado; si se tratase de dos medias proporcionales, sería menester primero hacer que le interesara el problema de la duplicación del cubo, etc.. De este modo nos vamos acercando por grados a las nociones morales que distinguen el bien del mal. Hasta aquí no hemos conocido otra ley que la de la necesidad; ahora tenemos en cuenta lo que es útil, en breve llegaremos a lo que es decente y bueno.

El mismo instinto anima las diversas facultades del hombre; a la actividad del cuerpo, que procura desarrollarse, se sigue la del espíritu, que procura instruirse. Primero los niños sólo son bulliciosos, luego son curiosos, y bien dirigida esta curiosidad es el móvil de la edad a que hemos llegado. Distingamos siempre las inclinaciones que proceden de la naturaleza, de las que se originan en la opinión. Hay un ardor de saber que sólo se funda en el deseo de ser tenido por sabio y otro que nace de una curiosidad natural del hombre respecto de cuanto puede interesarle de cerca o de lejos. El deseo innato del bienestar, y la imposibilidad de satisfacer con plenitud este deseo, son causa de que sin cesar aspire a nuevos medios de contribuir a ello. Este es el primer principio de la curiosidad; principio natural del corazón humano, pero que sólo se desarrolla en proporción de nuestras pasiones y nuestras luces. Supóngase un filósofo relegado en una isla desierta con instrumentos y libros, seguro de pasar solo en ella lo restante de su vida; no se cuidará más del sistema del mundo, de las leyes de la atracción, ni el cálculo diferencial; acaso ya no abrirá un libro, pero no se descuidará en visitar hasta el último rincón de su isla, por dila-

tada que sea. Por tanto, descartemos también de nuestros primeros estudios los conocimientos que naturalmente no son del agrado del hombre, y ciñámonos a los que nos hace desear el instinto.

La isla del género humano, es la tierra; el objeto que más impresión hace en nuestros ojos, es el sol. Tan pronto como empezamos a desviarnos de nosotros, sobre una y otro deben versar nuestras primeras observaciones. Por eso la filosofía de casi todos los pueblos salvajes se funda únicamente en divisiones imaginarias de la tierra y en la divinidad del sol.

¡Qué salto!, dirán acaso. Hace un momento que sólo nos ocupábamos en lo que nos toca y rodea inmediatamente; de pronto ya estamos corriendo el globo y no parando hasta el fin del mundo. Este salto es efecto del progreso de nuestras fuerzas y de la propensión de nuestro espíritu. En el estado de insuficiencia y flaqueza, nos reconcentra dentro de nosotros el afán de conservarnos; en el estado de poderío y fuerza, nos saca fuera el anhelo de explayar nuestro ser y nos empuja lo más lejos posible ; pero como no conocemos aún el mundo intelectual, no se adelanta nuestro pensamiento más allá que nuestros ojos, ni nuestro entendimiento se extiende a más del espacio que mide.

Transformemos en ideas nuestras sensaciones, pero no saltemos de repente de los objetos sensibles a los intelectuales, que por los primeros hemos de llegar a los últimos. Sean siempre los sentidos los guías del espíritu en sus primeras operaciones. No consultemos otro libro que el mundo, ni otra instrucción que los hechos. El niño que lee no piensa, no hace más que leer; no se instruye, sólo aprende palabras.

Haced que vuestro alumno se halle atento a los fenómenos de la naturaleza, y en breve le haréis curioso; pero si queréis sostener su curiosidad, no os déis prisa a satisfacerla. Poned a su alcance las cuestiones y dejad que él las resuelva. No sepa nada porque se lo hayáis dicho, sino porque lo haya comprendido él mismo; invente la ciencia y no la aprenda. Si en su entendimiento sustituis una vez sola



la autoridad a la razón, no discurrirá más y jugará con él la opinión ajena.

Queréis enseñar la geografía a ese niño, y le vais a buscar globos, esferas y mapas; ¡cuánta máquina! ¿Para qué todas esas representaciones? ¿Por qué no comenzáis enseñándole el objeto mismo, para que, a lo menos, sepa de lo que se trata?

Una tarde serena vamos a pasearnos por un sitio a propósito, donde bien descubierto el horizonte deja ver de lleno el sol en su ocaso, y observamos los objetos que hacen que se reconozca el sitio por donde se ha puesto. Al día siguiente volvemos a tomar el fresco al mismo sitio, antes de que salga el sol. Le vemos anunciarse de lejos con las flechas de fuego que delante de él lanza. Auméntase el incendio, aparece todo el oriente inflamado; su brillo hace esperar el astro mucho tiempo antes que se descubra; a cada instante creemos que le vamos a ver; vémosle, en fin. Destella como un relámpago un punto brillante, y al instante llena el espacio todo; desvanécese el velo de la tinieblas, y cae; reconoce el hombre su mansión y la halla hermosa. Durante la noche ha cobrado nuevo vigor la verdura; el naciente día que la alumbra, los rayos primeros que la doran, la enseñan cubierta de luciente aljófar, de rocío, que reflejan los colores y la luz. El coro reunido de las aves saluda con sus conciertos al padre de la vida; en este momento ni una está callada: débil aún su trinar, es más lento y más blando que lo demás del día, pues se resienten de lo soñoliento de su apacible despertar. El conjunto de todos estos objetos deja en el pecho una impresión de serenidad que penetra hasta el alma. Media hora hay entonces de embeleso a que ningún hombre resiste; que espectáculo tan bello, tan magnífico, tan delicioso, a todos conmueve.

Lleno del entusiasmo que experimenta, quiere el maestro comunicársele a su discípulo y cree que le mueve participándole las sensaciones que a él le han conmovido. ¡Disparate! En el corazón del hombre es donde reside la vida del espectáculo de la naturaleza y para verle es preciso sentirle. Distingue el niño los objetos, mas no puede

conocer las relaciones que los estrechan ni oír la dulce armonía de su concierto. Requiere una experiencia que no ha adquirido, son necesarios afectos que no ha experimentado,, para sentir la impresión que resulta de todas estas sensaciones juntas. Si no ha andado mucho tiempo por áridas llanuras, si no han tostado sus plantas ardientes arenales, si nunca le sofocó la abrasada reverberación de las peñas heridas del sol, ¿cómo ha de recrearle el fresco de una hermosa madrugada? ¿Cómo han de hechizar sus sentidos el aroma de las flores, el encanto de la verdura, las húmedas perlas del rocío, la muelle y tierna alfombra del césped? ¿Qué emoción regalada le ha de causar el gorjear de los pajarillos, si aún no conoce los acentos del deleite y el amor? ¿Cómo ha de enajenarle el nacimiento de día tan sereno, si aún no le sabe pintar su imaginación los gustos con que puede llenarle? ¿Cómo, en fin, le ha de enternecer la hermosura del espectáculo de la naturaleza, si no sabe qué mano la adornó tan primorosamente?

No expliquéis al niño cosas que no puede entender: lejos las descripciones, la elocuencia, las figuras y la poesía. Ahora no se trata de sentimiento ni gusto; seguid siendo claro, sencillo y tranquilo: hartos pronto vendrá tiempo de que le habléis en otro estilo.

Educado conforme al espíritu de nuestras máximas, acostumbrado a sacar de sí propio todos sus instrumentos, y a no recurrir nunca a otro sino después de haber reconocido su insuficiencia, a cada objeto nuevo que ve le examina mucho tiempo sin decir nada. Es pensativo, no preguntón. Ceñíos a presentarle en ocasión oportuna los objetos; luego, cuando veáis bastante ocupada su curiosidad, hacedle alguna pregunta lacónica que le dirija a la solución.

En el caso presente, luego de haber contemplado el sol naciente, después que le hayáis hecho reparar los montes que se vean hacia el oriente, y los demás objetos inmediatos, y que haya podido charlar a su sabor sobre todo, guardáis un rato de silencio, como si reflexionais sobre algo muy importante, y decidle luego: Estoy pensando en que ayer por la tarde se puso el sol por allí, y esta madrugada ha sali-

do por aquí. ¿Cómo puede ser eso? No digáis más; si os hace preguntas, no respondáis a ellas; hablad de otra cosa. Dejadle que piense él, y estad seguro de que lo hará.

Para que un niño se acostumbre a estar atento, y para que le haga mucha impresión una verdad sensible, es necesario que le cause algunos días de inquietud antes, que dé con ella. Si no la concibe lo bastante de este modo, hay medio de hacérsela todavía más palpable, y es invertir la cuestión; pues que si no sabe cómo va el sol de su ocaso a su nacimiento sabe el menos cómo va de su nacimiento a su ocaso, porque sus ojos solos se lo enseñan. Aclarad, pues, la primera cuestión con la otra: o es vuestro alumno absolutamente estúpido, o no podrá menos de comprender analogía tan clara. Esta será su primera lección de cosmografía.

Como siempre procedemos lentamente de idea sensible en idea sensible, como nos familiarizamos mucho tiempo con una misma antes que pasemos a otra, y, finalmente, como nunca obligamos a nuestro alumno a que esté atento, mucho habrá que andar desde esta primera lección hasta conocer el curso del sol y la figura de la tierra; mas como todos los movimientos aparentes de los cuerpos celestes se basan en el mismo principio, y la primera observación conduce a todas las demás observaciones, menos cuesta, aunque sea necesario más tiempo, llegar desde una revolución diurna al cálculo de los eclipses, que entender bien la causa de la sucesión del día y la noche.

Puesto que gira el sol en derredor del mundo, describirá un círculo, y todo círculo debe tener un centro, ya eso lo sabemos. Este centro no podremos verle, porque está en lo interior de la tierra; pero en su superficie podemos señalar dos puntos opuestos que le correspondan. Un asador que pase por los tres puntos y se prolongue hasta el cielo por una y otra parte, será el eje del mundo y del movimiento diurno del sol. Una perinola redonda que ruede, representará el cielo rodando sobre su eje; las dos puntos de la perinola son los dos polos. el niño tendrá mucha satisfacción en conocer el uno; muéstrselo en la

cola de la osa menor. Ya tenemos diversión para las estrellas, y de aquí nace la primera afición de conocer los planetas y observar las constelaciones.

Hemos visto salir el sol por San Juan; vamos también a verle salir por Navidad o cualquier otro día sereno de invierno, porque ya es sabido que no tenemos pereza y que no nos arredra el frío. Tengo cuidado de hacer esta segunda observación en el mismo sitio en que hicimos la primera; y mediante alguna habilidad para hacer que en ello se fije, no deja uno de nosotros dos de decir: ¡Ah, ah, cosa rara! ¡el sol ya no sale en el mismo sitio! Aquí están nuestros antiguos sitios; y ahora ha salido por allí, etc. Luego hay un oriente de verano y otro de invierno, etc... Maestro joven, ya estás en el camino. Deben bastaros estos ejemplos para enseñar con mucha claridad la esfera, representando el mundo con el mundo, y el sol con el sol.

Por regla general, nunca substituyáis a la cosa con el signo, a menos que no podáis hacerla ver; porque el signo absorbe la atención del niño y le hace olvidar la cosa representada.

La esfera armilar me parece una máquina mal compuesta y ejecutada con malas proporciones aquella confusión de círculos y las extrañas figuras que en ellos graban, le dan aspecto de magia, que asusta la inteligencia de los chicos. La tierra es muy pequeña y los círculos muy grandes; algunos, como los coluros, son absolutamente inútiles; cada círculo es más ancho que la tierra; el espesor del cartón les da una forma sólida, que hace que se miren como masas circulares realmente existentes; y cuando decís al niño que todos estos círculos son imaginarios ni sabe lo que ve ni entiende cosa alguna.

No sabemos nunca colocarnos en el lugar de los niños, ni acomodarnos a sus ideas, sino que les atribuimos las nuestras; y siguiendo siempre nuestros propios raciocinios, con verdades bien eslabonadas, sólo amontonamos en sus cabezas extravagancias y errores.

Dispútase acerca de la preferencia entre el análisis o la síntesis para estudiar las ciencias. No siempre hay necesidad de escoger; posi-

ble es a veces resolver y componer en una misma investigación, guiando al niño por el método de enseñanza, cuando cree él que no hace más que analizar. Empleando entonces de consuno uno y otra, se servirían de prueba recíprocamente. Saliendo a la par de los dos puntos opuestos, sin pensar que anda el mismo camino, extrañará mucho encontrarse y no podrá menos de serle muy grata esta extrañeza. Quisiera, por ejemplo, tomar la geografía por ambos extremos y unir con el estudio de las revoluciones del globo la medida de sus partes, empezando por el sitio de su habitación. Mientras que estudia el niño la esfera y se traslada así a los cielos, traedle a la división de la tierra, y enseñadle primero su propia morada.

Sus dos primeros puntos de geografía serán el pueblo donde vive y la casa de campo de su padre; luego los lugares intermedios, después los ríos de las inmediaciones y, al fin, el aspecto del sol y el modo de orientarse. Este es el punto de reunión. Haga él mismo el mapa de todo esto, mapa muy sencillito, y formado primero con dos solos objetos, a los cuales va añadiendo poco a poco los demás, al paso que va sabiendo o valuando su distancia y su posición. Ya se ven las ventajas que le hemos proporcionado con ponerle un compás en los ojos.

A pesar de esto, será necesario sin duda guiarle algo, aunque poco, y sin que lo eche de ver. Si se engaña, dejadle, no enmendéis sus yerros; esperad, sin decir palabra, que se halle en estado de verlos y enmendarlos por sí propio; o, cuando más, en hallando ocasión propicia, suscitad alguna operación que se los haga ver. Si nunca se engañara, no aprendería tan bien. En cuanto a lo demás, no tratamos de que sepa con puntualidad la topografía del país, sino el modo de instruirse en ella; poco importa que tenga o no los mapas en la cabeza, con tal que entienda bien lo que representan y tenga ideas claras del arte que sirve para levantarlos. Notad la diferencia del saber de vuestros alumnos a la ignorancia del mío. Aquéllos saben los mapas y éste los hace. Ya tenemos nuevos adornos para su aposento.

Acordaos siempre de que no es el espíritu de mi sistema enseñar muchas cosas al niño, sino el no dejar nunca que se introduzcan en su cerebro otras ideas que las justas y claras. Aun cuando nada sepa, poco me importa, con tal que no se engañe; y si planto verdades en su cabeza, es sólo por preservarle de los errores que en su lugar aprendería. Con lentos pasos vienen la razón y el discernimiento; pero las preocupaciones acuden en tropel, y es necesario preservarle de ellas. Mas si consideráis la ciencia en sí misma, os metéis en un mar sin fondo ni orillas, lleno todo de bajíos; y nunca llegaréis a puerto de salvamento. Cuando veo a un hombre que se deja arrastrar del amor a los conocimientos, y corre de uno a otro sin saber parar, se me figura que veo a un muchacho cogiendo conchas a la orilla del mar, y cargando con ellas; luego con la codicia de más que ve, tira aquellas, y coge otras, hasta que abrumado con el mucho peso, y no sabiendo donde escoger, al fin las arroja todas, y se vuelve con las manos vacías.

Durante la edad primera hubo tiempo sobrado y sólo procurábamos perderle, por no emplearle mal. Ahora es todo lo contrario; no tenemos el suficiente para hacer todo cuanto sería útil. Mirad que se acercan las pasiones, y así que llamen a la puerta, vuestro alumno sólo en ellas pondrá toda su atención. La edad serena de la inteligencia es tan breve, huye coa tanta rapidez, y hay que emplearla en tantas cosas indispensables, que es locura intentar que baste para hacer sabio a un niño. No se trata de enseñarle las ciencias, sino de inspirarle la afición a ellas y darle métodos para que las aprenda cuando se desarrollen mejor esas aficiones. He aquí, ciertamente, el principio fundamental de toda buena educación.

He aquí también el tiempo de acostumbrarle poco a poco a que ponga continua atención en el mismo objeto; pero nunca debe ser esta efecto de la violencia, sino siempre del gusto o del deseo; es necesario además tener mucha cuenta con que no le incomode, y llegue a aburrirle. Estad siempre alerta, y suceda lo que quiera dejadlo antes que

se fastidie; porque nunca importa tanto que aprenda, como que no haga cosa ninguna contra su voluntad.

Si os hace preguntas, contestad lo suficiente para entretener su curiosidad, no para dejarla satisfecha; pero, con especialidad, cuando veáis que en vez de proponer cuestiones para instruirse se echa a divagar y a incomodaros con preguntas necias, callaos al punto, seguro de que entonces no trata de la cuestión, sino de sujetaros a sus interrogatorios. Menos cuenta se ha de tener con las palabras que dice, que con el motivo que se las dicta. Esta advertencia, no tan necesaria hasta aquí, empieza a ser de la mayor importancia en cuanto el niño comienza a discurrir.

Hay un encadenamiento de verdades generales, por virtud del cual todas las ciencias penden de principios comunes de todas, y sucesivamente se desarrollan; este encadenamiento es el método de los filósofos. De este no tratamos aquí. Otro hay enteramente distinto, en el cual cada objeto particular viene eslabonado con otro anterior y trae detrás de sí al que sigue. Este orden, que mantiene siempre con una continua curiosidad la atención que todos los estudios. requieren, es el que sigue la mayor parte de los hombres y el que conviene con especialidad a los, niños. Cuando nos orientamos para levantar nuestros mapas, fue preciso trazar meridianas. Dos puntos de intersección entre las sombras iguales de la mañana y la tarde, son una excelente meridiana para un astrónomo de trece años. Pero estas meridianas se borran; se necesita tiempo para trazarlas; obligan a trabajar siempre en un mismo sitio; tanta solicitud y tanta sujeción le aburrirían al fin. Ya lo hemos previsto y remediado de antemano.

Ya estoy de nuevo en mis largos y minuciosos detalles. Ya oigo, lectores, vuestras murmuraciones, y las arrostro, que no quiero sacrificar a vuestra impaciencia la parte más útil de este libro. Tomad la resolución que os parezca acerca de mis prolijidades, que yo tengo tomada la mía acerca de vuestras quejas.

Desde mucho tiempo antes habíamos notado mi alumno y yo que el ámbar, el vidrio, la cera, y otros varios cuerpos frotados atraían las pajillas, y que otros no las atraían. Por casualidad encontramos uno que tiene una virtud aún más extraña, que es atraer a alguna distancia, y sin que le froten, las limaduras y otros pedacillos de hierro. ¡Cuánto tiempo no divierte esta cualidad, sin poder descubrir en ella otra cosa! Por fin encontramos que se comunica al hierro mismo, tocado al imán de cierta manera. Un día vamos a la feria<sup>74</sup> y un jugador de manos atrae con un mendrugo de pan un pato de cera que nada en un barreño de agua. Extrañándolo mucho, no decimos, sin embargo, que es un hechicero, porque no sabemos qué cosa es un hechicero. Tocando sin cesar efectos cuyas causas ignoramos no nos apresuramos a decidir de nada, y estamos quietos hasta que hallamos ocasión para salir de nuestra ignorancia.

De vuelta a casa, a fuerza de hablar del pato de la plaza, se nos pone en la cabeza imitarle: cogemos una aguja fuerte, bien tocada a la piedra imán, la rodeamos con cera blanca, a que damos lo mejor posible la figura de un pato, de manera que el cuerpo le atraviere la aguja y la cabeza de ésta haga el pico. Ponemos en agua el pato, aproximamos al pico una llave, y con un júbilo que no es difícil comprender, vemos que nuestro pato sigue la llave, precisamente lo mismo que el de la plaza seguía el mendrugo de pan. Observar en qué dirección se queda el pato en el agua cuando le dejan quieto, es cosa que podremos hacer otro día. Por ahora queremos ocuparnos enteramente de nuestro objeto.

---

<sup>74</sup> No he podido menos de reírme al leer una crítica ingeniosa de M. de Formey acerca de este cuentecillo «cubiletero -dice- que se pica de hábil con un niño y sermonea gravemente a un institutor pertenece a la clase de los Emilios». M. de Formey no ha sido capaz de comprender que se trata de una escena de antemano arreglada y que el cubiletero representaba un papel convenido. Es cosa que, efectivamente, yo no he dicho; pero cuántas veces he declarado ya que de ningún modo escribo para gentes a quienes hay que decirse todo!



Aquella misma tarde volvemos a la plaza con pan preparado en nuestros bolsillos; y tan pronto como el jugador de mano hizo su habilidad, mi doctorcillo, que ya no se podía contener, le dice que aquello es fácil y que también él lo hace. Cóguele la palabra saca al instante de su bolsillo el pan donde está metido el pedazo de hierro; al acercarse a la mesa, le late el corazón; presenta el pan casi temblado; viene el ánade y le sigue. Con el palmoteo y las aclamaciones del corro se le va la cabeza, no está en sí. Confuso el jugador de manos, viene, no obstante, a abrazarle y a darle el parabién, rogándole que le honre al otro día con su presencia, y añadiendo que juntará más gente, para que aplaudan su habilidad. Ufano mi pequeño naturalista, quiere charlar; pero le tapo la boca, y me le llevo colmado de elogios.

Hasta el otro día cuenta el niño los minutos con una visible impaciencia. Invita a cuantos encuentra; quisiera que presenciase su gloria todo el linaje ha mano; aguarda la hora con ansia, sale antes que sea tiempo, vuela al sitio y ya está formado el corro. Al entrar en él, se ensancha su corazón novel. Antes se han de hacer otros juegos; el jugador de manos se esmera y ejecuta mil lindezas; el niño nada de ello ve; se afana, suda, apenas alienta; pasa el tiempo manejando en la faltriquera el mendrugo de pan, temblándole la mano con la impaciencia. Al fin llega su vez, y el maestro le anuncia al público con mucha pompa. Se acerca con alguna vergüenza, saca su pan... ¡Oh vicisitud de las cosas humanas! El pato, tan manso la víspera, está hoy huraño; en vez de presentarle el pico, le vuelve la cola, y se va; huye del pan y de la mano que se lo presenta con tanta diligencia como antes le seguía. Después de mil pruebas inútiles burladas siempre, se queja el niño de que le han engañado, de que han sustituido otro pato al de la víspera y reta al jugador de manos a que le atraiga.

Sin responderle, coge el titiritero un mendrugo de pan, se le presenta al pato, y al instante viene a la mano que le retira. Agarra el niño el mismo mendrugo pero lejos de aprovechar más que antes, ve que el pato hace burla de él, y que da vueltas en derredor del barreño;

por fin se va lleno de confusión y sin atreverse a probar de nuevo, no sea que se burlen de él otra vez.

El jugador toma entonces el mendrugo de pan que había traído el niño, y se sirve de él con tan buen resultado como del suyo; saca el hierro delante de todo el mundo, otras risotadas a costa nuestra; luego con este pan, sacado el hierro, atrae como antes el pato. Lo mismo hace con otro mendrugo, cortado a presencia de toda la gente por tercera mano; otro tanto hace con su guante, con la yema del dedo; por fin, se pone en mitad del corro, y con el tono enfático que es propio de estas gentes, declara que no será menos obediente a su voz que a su ademán; háblale, y obedece el pato; dícele que vaya a mano derecha, y va a la derecha; que vuelva, y vuelve; que dé una vuelta y la da; tan pronto como la orden es el movimiento. Los reiterados aplausos son otras tantas afrentas para nosotros. Nos escapamos sin ser vistos y nos encerramos en nuestro cuarto, sin ir a contar nuestras victorias a todo el mundo, como habíamos proyectado.

Al día siguiente por la mañana, llaman a la puerta; abro, y me encuentro con el hombre de los cubiletos, que se queja con mucha moderación de nuestra conducta. ¿Qué nos había hecho para que quisiéramos desacreditar sus juegos y quitarle que ganara el pan? ¿Qué milagro es saber atraer un ánade de cera, para que se quiera comprar esta honra a costa de la subsistencia de un hombre de bien? « A fe mía, señores, que si tuviera yo otro talento para poder vivir, poco alarde haría de éste. Podían ustedes conocer que un hombre que pasa su vida ejercitándose en esta pobre industria, sabe más de esto que ustedes que sólo se ocupan en ella algunos ratos. Si al principio no les enseñé mis artes magistrales, consiste en que no conviene darse prisa a demostrar lo que uno sabe; tengo buen cuidado de reservar mis mejores habilidades para un caso dado, y después de ésta me quedan otras muchas con que parar a jóvenes indiscretos. En cuanto a lo demás, vengo de muy buena gana a decir a ustedes el secreto que tanto

les ha dado que hacer, rogándoles no abusen de él en perjuicio mío y que otra vez sean más circunspectos. »

Entonces nos enseña su máquina; y con la mayor sorpresa vemos que no consiste más que en un grande y fuerte imán, que movía sin ser visto un niño escondido debajo de la mesa.

Recoge el hombre su máquina, y después de haberle nosotros dado las gracias y pedídole perdón, queremos hacerle un regalo que él rehusa. «No, señores, no estoy tan satisfecho con ustedes que quiera admitir sus dádivas; los dejo reconocidos mal de su grado, y esa es mi única venganza. Sepan ustedes que en todas las condiciones se halla generosidad; yo llevo dinero por mis habilidades, pero no por mis lecciones.»

Al salir, me dirige a mí en voz alta, y con particularidad una reprimenda. «Disculpo, me dice, sin dificultad a este niño, que ha pecado solamente por ignorancia; pero usted caballero, que debía conocer su culpa, ¿por qué se la dejó cometer? Una vez que viven ustedes juntos, el de más edad debe al otro sus solicitudes y consejos; la experiencia de usted es la autoridad que le debe conducir. Cuando sea hombre y se arrepienta de los yerros de su mocedad, le echará a usted la culpa de todos aquellos de que no le haya advertido<sup>75</sup>.»

Se va y nos deja muy confusos. Me afeo mi blandura; prometo al niño que otra vez la sacrificaré a su interés y que le advertiré de sus yerros antes que los cometa; porque se acerca el tiempo de que van a mudar nuestras relaciones y a suceder la severidad del maestro a la condescendencia del camarada; esta mudanza debe venir por grados; es menester preverlo todo y desde muy lejos.

Al día siguiente, volvemos a la feria a ver la habilidad cuyo secreto sabemos. Nos arrimamos con un profundo respeto a nuestro Só-

---

<sup>75</sup> El lector habrá comprendido que este discurso es obra del preceptor, dictado al cubiletero palabra por palabra. De otro modo jamás se me hubiera ocurrido suponerlo en boca de semejante personaje : creo haber dado pruebas de capacidad suficiente para no hacer que las personas hablen sin poderlo hacer. Véase lo que contesto la M, Formey en mi nota anterior.

crates titiritero; apenas nos atrevemos a alzar los ojos hasta él nos hace mil cortesías y nos coloca con una distinción que es para nosotros nuevo bochorno. Hace sus habilidades como acostumbra; pero se divierte, y se recrea mucho tiempo en la del ánade, mirándonos varias veces en ademan irónico. Todo lo sabemos y no alentamos. Si se atreviese mi alumno a abrir siquiera la boca, sería un niño que merecería ser hecho pedazos.

Todos los detalles de este ejemplo importan más de lo que parece. ¡Cuántas Lecciones en una sola! ¡Cuántas mortificaciones trae consigo el primer movimiento de vanidad! Maestro joven, acechad con cuidado este movimiento. Sí lograréis hacer que de él nazcan desaires y desgracias<sup>76</sup>, estad cierto de que en mucho tiempo no se suscitará el segundo. ¡Cuánto preparativo! diréis; cierto, y todo ello tan sólo para hacer una brújula que le sirva de meridiana.

Habiendo aprendido ya que el imán obra a través de los demás cuerpos, nos damos prisa a fabricar una máquina semejante a la que hemos visto: una mesa agujereada, encima un barreño muy llano, y con algunas líneas de agua, un pato hecho con mayor esmero, etc. Atentos en torno del barreño, notamos por fin que cuando el pato se halla quieto conserva siempre la misma dirección con corta diferencia. Seguimos la experiencia, examinamos esta dirección; vemos que es de sur a norte; no se necesita más, ya está hallada nuestra brújula, o, lo que es igual, ya estamos en la física.

Hay distintos climas en la tierra y diversas temperaturas en estos climas. Varían las estaciones de un modo más sensible a medida que se acerca uno al polo; todos los cuerpos se comprimen con el frío se dilatan con el calor; este efecto es más sensible en los licores espirituosos: de aquí viene el termómetro. El viento da en el rostro; luego el

---

<sup>76</sup> Esta humillación y tales desgracias lo son a mi modo de ver y no en el concepto del jugador de manos. Puesto que M. Formey quiso apropiarse mi libro e imprimirlo con sólo cambiar mi nombre por el suyo, al menos debió tomarse el trabajo de leerlo.

aire es un cuerpo, un fluido que se siente, aunque no se pueda hacer visible. Meted un vaso boca abajo en el agua, y no se llenará, a menos que dejéis salida al aire; luego el aire es un fluido resistente. Empujad con más fuerza el vaso, y entrará el agua en una parte del espacio que ocupa el aire, sin poder llenar totalmente este espacio; luego el aire es compresible hasta cierto punto. Una pelota llena de aire bota mejor que llena de cualquiera otra materia; luego el aire es un cuerpo elástico. Si tendido en el baño levantáis horizontalmente el brazo hasta sacarle del agua, le sentiréis cargado de un peso terrible; luego el aire es un cuerpo pesado. Poniéndole en equilibrio con otros fluidos, puede medirse su peso; de aquí el barómetro, el sifón, la escopeta de viento, la máquina neumática. Con experiencias no menos toscas se encuentran todas las leyes de la estática y la hidrostática. No quiero para nada de esto que entre en un gabinete de física experimental; no me gusta todo ese aparato de instrumentos y máquinas. El aspecto científico acaba con la ciencia. O asustan todas máquinas a un niño, o le distraen y le quitan sus figuras la atención que debiera poner en sus efectos.

Quiero que nosotros mismos hagamos todas nuestras máquinas, y no he de comenzar haciendo el instrumento antes que la experiencia; quiero que después de haber entrevisto la experiencia, como por casualidad, inventemos poco a poco el instrumento que ha de verificarla. Quiero que no sean tan justos y perfectos nuestros instrumentos y que tengamos ideas más exactas de lo que deben ser y de las operaciones que de ellos tienen que resultar. Por primera lección de estática, en vez de ir a buscar balanzas, atravieso un palo sobre el respaldo de una silla, mido la longitud de las dos partes del palo en equilibrio, por una y otro lado, pongo pesos diferentes, unas veces iguales y otras desiguales, y tirando o empujando el palo lo que fuere necesario, descubro al fin que resulta el equilibrio de la proporción recíproca entre la cantidad de los pesos y la longitud de las palancas. Ya está mi pequeño físico apto para rectificar balanzas antes haber visto ninguna.

No hay duda de que se adquieren nociones más claras y seguras de las cosas que aprende uno por sí propio, que de las que se saben por enseñanza de otro, y además de que no se acostumbra la razón a sujetarse ciegamente a la autoridad, se vuelve uno más ingenioso para hallar relaciones, ligar ideas, inventar instrumentos, que cuando, adoptándolo todo como nos lo dan, dejamos que nuestro espíritu caiga en la desidia, como el cuerpo de un hombre que, siempre vestido, calzado, servido por sus criados y arrastrado por sus caballos, pierde al cabo la fuerza para el uso de sus miembros. Alabábase Boileau de que había enseñado a Racine a versificar con dificultad. Con tantos admirables métodos para abreviar el estudio de las ciencias, necesitaríamos quien nos diera uno para aprenderlas con trabajo.

La ventaja más sensible de estas lentas y laboriosas investigaciones es que en medio de los estudios especulativos, mantienen la actividad del cuerpo y la agilidad de los miembros, y sin cesar conforman las manos para las faenas y usos que aprovechan al hombre. Tantos instrumentos inventados para que nos guíen en nuestras experiencias y suplan la exactitud de los sentidos, hacen que no nos cuidemos de ejercitar estos. El grafómetro nos ahorra que valuemos la magnitud de los ángulos; los ojos que median con exactitud las distancias, se fían de la cadena que las mide en vez de ellos; la romana exime de juzgar con la mano el peso que por ella se conoce. Cuanto más ingeniosas son nuestras herramientas, más torpes y rudos se tornan nuestros sentidos; y a puro amontonar máquinas en derredor, ninguna hallamos dentro de nosotros.

Pero si ponemos en la fabricación de estas máquinas toda la habilidad que las sustituía, sí en hacerlas empleamos la sagacidad que necesitábamos para no usarlas, ganamos sin pérdida ninguna; agregamos el arte a la naturaleza, y, sin ser menos hábiles, nos hacemos más ingeniosos. En vez de sujetar a un niño encima de los libros, ocupándole en un obrador, trabajan sus manos en beneficio de su entendimiento; se hace filósofo, cuando piensa que no es más que un

operario. Finalmente, acarrea este ejercicio otras utilidades de que hablaré más adelante, y veremos de qué modo es posible encumbrarse a las verdaderas funciones del hombre desde los juguetes de la filosofía.

Ya he dicho que no convienen a los niños, ni aun cuando rayan en la adolescencia, los conocimientos meramente especulativos; pero sin sumirlos en las honduras de la física sistemática, haced de modo que se ligen todas sus experiencias una a otra por algún género de deducción, para que, con auxilio de este encadenamiento las puedan colocar con orden en su espíritu y acordarse de ellas cuando fuere necesario; porque es muy dificultoso que hechos y aun raciocinios aislados se queden mucho tiempo en la memoria, cuando falta asidero para traerlos a ella.

Para la investigación de las leyes de la naturaleza, comenzad siempre por los fenómenos más sensibles y más comunes y acostumbrad a vuestro alumno a que crea que estos fenómenos son hechos y no razones. Cojo una piedra, finjo que la dejo en el aire, abro la mano, y cae la piedra. Veo a Emilio muy atento y le pregunto : ¿ Por qué se ha caído esta piedra?

¿Qué niño quedará parado por esta pregunta? Ninguno, ni aun Emilio, si no he puesto mucho esmero en prepararle a que no sepa responder a ella.

Dirán todos que cae la piedra porque es pesada. ¿Y qué es lo pesado? Lo que cae. ¿Luego la piedra se cae porque se cae? Aquí se detiene de veras mi pequeño filósofo. Esta será su primera lección de física sistemática; y ya sea que le aproveche o no para esta ciencia, siempre será una lección de sano juicio.

Al paso que el niño crece en inteligencia, nos obligan otros motivos importantes a escoger con más escrupulosidad sus ocupaciones. Luego que llega a conocerse a sí propio lo bastante para entender en qué consiste su bienestar; luego que adquiere relaciones suficientes para conocer por ellas lo que le conviene y lo que no, ya entonces está

en condiciones de conocer la diferencia que hay del trabajo a la diversión y de mirar ésta como un desahogo de aquél. Ya pueden formar parte de sus estudios objetos realmente útiles y convencerse de que debe poner en ellos aplicación más constante que la que ponía en meros pasatiempos. Desde temprano enseña al hombre la ley de la necesidad, que cada instante renace, a que haga lo que no es de su agrado, para precaver lo que le sería más penoso. Para esto sirve la previsión; y de esta previsión, bien o mal arreglada, nace la sabiduría y la miseria humana.

Todo hombre quiere ser feliz; mas para conseguirlo, debemos saber qué es la felicidad. Tan sencilla es la del hombre natural como su vida; se funda en no padecer y la constituyen la salud, la libertad y lo necesario. Otra es la felicidad del hombre moral; pero aquí no tratamos de ésta. Nunca repetiré lo bastante que sólo los objetos meramente físicos pueden interesar a los niños; especialmente a los que no ha hecho despertar la vanidad, y de antemano no han sido estragados con la ponzoña de la opinión.

Cuando precaven sus necesidades antes de sentir las, ya está muy adelantada su inteligencia, y empiezan a conocer el valor del tiempo. Entonces importa acostumbrarlos a que encaminen su empleo a objetos útiles, pero de utilidad palpable para su edad y que alcancen sus luces. No se les debe presentar tan pronto todo aquello que tiene conexión con el orden moral y con el uso de la sociedad, porque no son capaces de entenderlo. Necedad es exigir de ellos que se apliquen a cosas que vagamente les dicen son para su bien, sin que sepan qué bien es éste, y que les aseguran les han de aprovechar cuando sean hombres, sin que ningún interés tengan por ahora en ese pretendido provecho que no pueden comprender.

No haga nada el niño porque así se lo digan : sólo es bueno para él lo que por tal reconoce. Si le lanzáis siempre más allá de sus luces, os figuráis que tenéis previsión, y os falta por completo. Por armarle con algunos vanos instrumentos de que acaso no hará nunca uso, le



quitáis el instrumento más universal del hombre, que es la sana razón; le acostumbráis a que siempre se deje guiar, a que nunca sea más que una máquina en manos ajenas. Queréis que sea dócil cuando chico; eso es querer que sea crédulo y burlado cuando hombre. Sin cesar le decís: «Todo cuanto exijo de ti es en beneficio tuyo; pero no eres capaz de conocerlo ¿Qué me importa a mi que lo hagas o no? Para ti solo te afanas. » Con esas buenas razones que ahora le decís para que adquiera discreción, le disponéis a que se deje alucinar un día por las que le diga un iluso, un alquimista, un truhán, un pícaro o un loco de cualquier género, para que caiga en sus lazos o dé en su locura.

Es conveniente que un hombre sepa muchas cosas cuya utilidad no puede comprender un niño; pero ¿se necesita o es posible siquiera que aprenda un niño todo cuanto importa que sepa el hombre? Procurad enseñar a un niño todo lo que es útil para su edad, y veréis que sobra con eso para llenar su tiempo. ¿Por qué queréis, en detrimento de los estudios que hoy día le convienen, aplicarle a los de una edad a que es incierto haya de llegar? Pero, me diréis: ¿será tiempo de aprender lo que debe saberse cuando llegue el caso de hacer uso de ello? No lo sé; pero sí sé que no es posible aprenderlo antes, porque la experiencia y el sentimiento son nuestros verdaderos maestros, y nunca el hombre conoce lo que le conviene fuera de las relaciones en que él se ha encontrado. Sabe el niño que ha de llegar a ser hombre; todas las ideas que del estado de hombre puede formarse son para él motivos de instrucción; pero acerca de las ideas de este estado, que exceden a su capacidad, debe, permanecer en absoluta ignorancia. Todo mi libro no es más que la prueba no interrumpida de este principio de educación.

Tan pronto hemos conseguido dar a nuestro alumno una idea de la palabra *útil*, tenemos ya otro fuerte asidero para conducirlo. Esta voz le hace mucha impresión porque para él sólo tiene un significado relativo a su edad y ve claramente la relación de ella con su actual bienestar a vuestros hijos no les hace mella esta voz, porque no os habéis esmerado en darles una idea de ella que no excediese a su ca-

pacidad y porque encargándose otros de proporcionarles cuanto es útil, nunca necesitan pensar en ello ni saben qué cosa sea la utilidad.

*¿Para qué sirve eso?* Esta será en lo sucesivo la palabra sagrada, la expresión que entre él y yo ha de terminar todas las acciones de nuestra vida; la pregunta con que infaliblemente rebatiré yo todas las tuyas y que pondrá freno a esa multitud de necias y fastidiosas preguntas con que los fatigan sin fruto a cuantos tienen cerca, menos por sacar provecho, que por ejercitar en ellos algún género de imperio. Aquel a quien enseñan como la lección más importante, que nada quiera saber que no sea útil, pregunta como Sócrates y no propone cuestión ninguna sin darse primero a sí propio la cuenta que antes de resolverla sabe que van a pedirle.

Ved qué poderoso instrumento pongo en vuestras manos para emplearle en vuestro alumno. Como no sabe la razón de nada, le tenéis ya casi reducido a silencio cuando queráis; y, por el contrario, ¿qué ventaja sacaréis de vuestros conocimientos y experiencias para hacerle ver la utilidad de cuanto le propongáis! Porque, no equivocaros, hacerle esta pregunta es enseñarle a que él también os la haga; y debéis contar con que para todo aquello que en adelante le propongáis, no dejará de preguntaros a ejemplo vuestro : *¿Para qué sirve eso?*

Quizás este sea el lazo que con mayor dificultad evita un ayo. Si, a la cuestión del niño, procurando solamente salir del paso, dáis una razón siquiera que no sea él capaz de entender, al ver que discurrís según vuestras ideas, y no según las tuyas, creará que lo que le decís sirve para vuestra edad, y no para la de él; cesará de fiarse de vos y todo se ha perdido. ¿Cuál es, sin embargo, el maestro que se quiera quedar corto y confesar a su alumno que no tiene razón? Todos llevan por regla el no confesar sus yerros, aun cuando los cometan; yo, al contrario, llevaría la de confesar aun los que no hubiese cometido, cuando no pudiera poner a su alcance mis razones; así, no desconfiando de mi conducta, nunca le sería sospechosa y conservaría más cré-

dito con él, atribuyéndome culpas no cometidas, que el que logran los maestros ocultando las que realmente cometen.

Pensad bien, primeramente, que rara vez debéis proponerle lo que él ha de aprender; a él toca desearlo, indagarlo, hallarlo; a vos ponerlo a su alcance, hacer con habilidad que nazca! este deseo y darle medios para que le satisfaga. De aquí se infiere que hayan de ser vuestras preguntas poco frecuentes, pero escogidas; y como él os pondrá muchas más que vos a él, siempre estaréis menos en descubierto, y con más frecuencia en caso de decirle : *¿ Para qué puede ser útil el saber lo que me preguntas?*

Además, como poco importa que aprenda una cosa con preferencia a otra, con tal que conciba bien lo que aprende, cuando no podáis darle acerca de lo que le decís una explicación que sea buena para él, no le déis ninguna. Decidle sin reparo: «No tengo respuesta buena que darte; no tenía yo razón, dejemos eso.» Si era realmente inoportuna vuestra instrucción, no hay inconveniente ninguno en abandonarla totalmente; si no lo era, con un poco de esmero, en breve hallaréis ocasión para hacer palpable su utilidad.

No me gustan las explicaciones con largos razonamientos: los niños atienden poco a ellas, y menos las retienen en la cabeza. Cosas, cosas. No me cansaré de repetir que damos mucho valor a las palabras; y con nuestra educación parlanchina, parlanchines *es* lo que formamos.

Supongamos que mientras estoy estudiando con mi alumno el curso del sol y la manera de orientarse, me interrumpen de pronto preguntándome para qué sirve todo eso. ¡Qué elocuente razonamiento le voy a hacer! ¡Cómo me aprovecho de la ocasión de que aprenda una porción de cosas en la respuesta a su pregunta, especialmente si hay quien se halle presente a nuestra conferencia<sup>77</sup>! Le hablaré de la uti-

---

<sup>77</sup> Muchas veces he notado que en las doctas explicaciones que dan a los niños, no tanto se atiende a que escuchen ellos como las personas que se hallan

lidad de los viajes, de los beneficios que del comercio redundan, de las producciones peculiares de cada clima, de las varias costumbres de los pueblos, del uso del calendario, de la computación del regreso de las estaciones para la agricultura, del arte de la navegación, del modo de dirigirse en el mar y seguir con puntualidad su camino sin saber uno dónde está; mezclaré en mi explicación la política, la historia natural, la astronomía y hasta la moral y el derecho de gentes; de modo que mi alumno conciba una alta idea de todas estas ciencias y mucho deseo de aprenderlas. Cuando todo esto le haya, dicho, habré hecho alarde de verdadero pedante, y él no habrá comprendido ni siquiera una palabra. Buenas ganas le quedarían de preguntarme como antes, para qué es bueno el orientarse; pero no se atreve, porque no me enfade; más cuenta le tiene fingir que entiende lo que le han obligado que escuche. Así se hacen las brillantes educaciones.

Pero educado más a lo rústico, nuestro Emilio, a quien con tanto trabajo hemos hecho de tan dura penetración, nada de todo eso escucha. a la primer palabra que no entiende, se escapa, empieza a brincar por el cuarto y me deja que perore solo. Busquemos solución más tosca, que mi aparato científico nada vale para él.

Observábamos la posición del bosque al norte de Montmorency, cuando me interrumpió con su impertinente pregunta: *¿Para qué sirve eso?* Tienes razón, le dije, pensaremos en ello más despacio, y si hallamos que para nada sirve este estudio, nunca trataremos de él, pues no nos falta en qué entretener útilmente el tiempo.» Nos ocupamos en otra cosa] y no se vuelve a hablar de geografía en todo lo demás de la tarde.

Al siguiente día, por la mañana, le propongo un paseo antes de almorzar; no desea él otra cosa; siempre están dispuestos los chicos para correr, y éste tiene buenas piernas. Trepamos al bosque, atravesamos prados, nos extraviarnos, no sabemos dónde nos hallamos, y

---

presentes. Estoy muy cierto de lo que aquí digo, porque esta observación la he hecho en mí propio.

tratándose de volver, no podemos dar con el camino. Pásase el tiempo, arrecia el calor, tenemos hambre; aguijamos, vamos vagando acá y allá y sólo encontramos bosques, barbechos y llanos, sin señal ninguna por donde podamos venir en conocimiento del sitio en que estamos. Bien sofocados, muy molidos y muy hambrientos, con todas nuestras carreras no hacemos otra cosa que descarriarnos más y más. Al fin nos sentamos a descansar y a deliberar. Emilio, que supongo yo educado como otro niño cualquiera, no delibera, que llora, y no sabe que estamos a las puertas de Montmorency y que sólo un tallar nos le esconde; pero para él este tallar es una densa selva, porque un hombre de su estatura entre zarras está como enterrado.

Pasados unos instantes de silencio, le digo con ademán inquieto:  
«Querido Emilio, ¿qué haremos para salir de aquí?»

EMILIO, *sudando, y llorando a lágrima viva.*

Yo no lo sé. Estoy cansado; tengo hambre y sed; no puedo más.

JUAN JACOBO

¿Crees que estoy yo en mejor estado? ¿Piensas que quedaría por llorar, si pudiera almorzar lágrimas? No se trata de llorar, sino de conocer el sitio. Veamos tu reloj: ¿Qué hora es?

EMILIO

Son las doce, y no me he desayunado.

JUAN JACOBO

Verdad es, las doce son, y no me he desayunado

EMILIO

¡Oh, qué hambre debe usted tener!

JUAN JACOBO

Lo peor es que la comida no me vendrá a buscar aquí. Son las doce: justamente la hora en que ayer observábamos desde Montmorency la posición del bosque, ¿Si pudiéramos observar del mismo modo desde el bosque la posición de Montmorency?...

EMILIO

Sí; pero ayer veíamos el bosque, y desde aquí no vemos el pueblo.

JUAN JACOBO

Eso es lo malo... Si pudiéramos sin verle encontrar su posición...

EMILIO

¡Ah, querido amigo mío!

JUAN JACOBO

¿No decíamos que estaba el bosque?...

EMILIO

Al norte de Montmorency.

JUAN JACOBO

¿Por consiguiente, Montmorency estará?...

EMILIO

Al mediodía del bosque.

JUAN JACOBO

Un modo tenemos para hallar el norte a las doce del día.

EMILIO

Sí, por la dirección de la sombra.

JUAN JACOBO

Pero ¿ y el mediodía?

EMILIO

¿Cómo lo haremos?

JUAN JACOBO

El mediodía es la parte opuesta del norte.

EMILIO

Cierto, no hay más que seguir la dirección contraria a la sombra.  
¡Ah! Este es el mediodía, este es el mediodía; seguro que hacia aquí  
está Montmorency; vamos hacia esta parte.

JUAN JACOBO

Puede que tengas razón; tomemos esa senda que atraviesa el bosque.

EMILIO, *dando palmadas, y un grito de alborozo:*

¡Ah! ya veo el pueblo; ahí está frente a nosotros; todo él se ve.  
Vamos a almorzar, vamos a comer, corramos; para algo es buena la astronomía.

Contad con que si no dice esta última frase no dejará de pensarla, y nada importa, con tal que no sea yo quien la diga. Pero estad cierto de que no olvidará en su vida la lección de este día en vez de que si no hubiera yo hecho más que figurarle todo esto en su cuarto, al día siguiente no hubiera recordado palabra de mis razones. Es preciso hablar en cuanto sea dable con acciones; y decir sólo lo que no se puede hacer.

No rebajaré al lector hasta el punto de presentarle un ejemplo de cada especie de estudios; pero de cualquier cosa que se trate, nunca

puedo exhortar la bastante al ayo a que mida bien su prueba con la capacidad del alumno; porque, vuelvo a repetirlo, no es lo malo que no entienda, sino que crea que entiende.

Me acuerdo de que una vez quise aficionar a un niño a la química, y después de haberle enseñado, varias precipitaciones metálicas, le explicaba cómo, se hacía la tinta, diciendo que su color negro procedía de un hierro muy dividido, desprendido del vitriolo y precipitado por un licor alcalino. En mitad de mi docta explicación, me paró el traidorzuelo con mi pregunta que le había enseñado, y me quedé atascado.

Habiéndolo pensado un rato, tomé mi determinación. Envié a buscar vino a la bodega de la casa, y otro barato a la taberna. Puse en un frasquito, disolución de álcali fijo, luego, teniendo delante, un vaso de cada uno de los distintos vinos<sup>78</sup>, le hablé así: «Muchos géneros se falsifican para hacer que parezcan mejores de lo que son. Estas falsificaciones engañan la vista y el gusto; pero son perjudiciales, y con su hermosa apariencia hacen la cosa falsificada peor de lo que antes era.

«Se falsifican con especialidad las bebidas, y más que todas los vinos, porque es más difícil de conocer el engaño y aprovecha más al engañadar.

«La falsificación de los vinos ásperos o acedos se hace con al mártaga, que es una preparación del plomo. Unido el plomo con los ácidos forma una sal muy dulce que corrige la aspereza del vino, pero que es veneno para los que le beben. Por tanto, es importante, antes de beber un vino sospechoso, saber si está o no almartagado. Para descubrirlo, discurro yo de esta manera :

«El vino no solo contiene alcohol, como se ve por el aguardiente que de él se saca, sino que, además, contiene ácido, como se puede conocer por el vinagre y el tártaro que de él también salen.

---

<sup>78</sup> Contribuye mucho a que el niño esté atento un aparato, fácil que preceda a la explicación que le van a dar.



«El ácido tiene afinidad con las sustancias metálicas, y uniéndose con ellas por disolución, forma una sal compuesta, como el moho, por ejemplo, que no es otra cosa que un hierro disuelto por el ácido contenido en el aire o en el agua, y también el cardenillo, que es el cobre en disolución por el vinagre.

«Mas este ácido tiene todavía mayor afinidad con las sustancias alcalinas que con las metálicas; de suerte que, interviniendo las primeras en las sales compuestas, se ve forzado el ácido a soltar el metal a que estaba unido, para combinarse con el álcali.

«Entonces, desprendida la sustancia metálica del ácido en que estaba disuelta, se precipita, y pone turbio el licor.

Por consiguiente, si uno de estos dos vinos está almartagado, la almártaga la tiene disuelta el ácido; echando dentro un licor alcalino, forzaré éste al ácido a que suelte su presa para combinarse con él; y el plomo, que ya no quedará en disolución se volverá a manifestar, enturbiará el licor y al fin se precipitará en el fondo del vaso.

«Si no hay plomo<sup>79</sup>, ni metal ninguno en el vino, se combinará pacíficamente el álcali con el ácido<sup>80</sup>; quedará todo disuelto y no habrá precipitado.»

A continuación derramé sucesivamente gotas de mi licor alcalino en ambos vasos: el del vino de casa permaneció claro y diáfano, el otro se enturbió al instante; y al cabo de una hora vimos claramente el plomo precipitado en el fondo del vaso.

«Este es, continué, el vino natural y puro, que se puede beber, y este otro el falsificado, que es un veneno. Por los mismos conoci-

---

<sup>79</sup> Los vinos al que venden por menor los taberneros de París, aunque no todos estén adulterados, rara vez dejan de tener plomo, porque los mostradores de las tabernas están guarnecidos de este metal, y el vino que se vierte de las medidas, pasando por el plomo y permaneciendo en él, disuelve siempre una parte. Extraño es que la policía consienta tan manifiesto y peligroso abuso. Pero es verdad que como los ricos no beben estos vinos, no están expuestos a morir envenenados.

<sup>80</sup> El ácido vegetal es muy dulce. Si fuera ácido mineral, y estuviera disuelto en menos liquido, se haría la combinación con efervescencia.

mientos, cuya utilidad me preguntabas, se descubre esto: el que sabe cómo se hace la tinta, también sabe conocer los vinos adulterados.»

Muy contento estaba yo con mi ejemplo, y, sin embargo, noté que no le había hecho impresión al niño. Necesité algún tiempo para ver que había hecho yo una tontería; porque, además de la imposibilidad de que un niño de doce años pudiera seguir mi explicación, no cabía en su entendimiento la utilidad de esta experiencia; porque habiendo probado los dos vinos y gustándole ambos no aplicaba idea ninguna a la palabra *falsificación*, que tan bien creía yo haberle explicado. Tampoco las otras *perjudicial* y *veneno*, tenían para él significado alguno; y en este punto se hallaba en el mismo caso que el historiador del médico Filipo, que es el de todos los niños.

Las relaciones de los efectos con las causas, cuya conexión no vemos, los bienes y males de que no tenemos idea ninguna, las necesidades que nunca hemos sentido, son cosas nulas para nosotros; imposible es que nos inclinen a que hagamos nada que se refiera a ellas. De quince años mira uno la felicidad de un sabio, como de treinta la bienaventuranza de los predestinados. Quien no conciba bien una y otra, poco hará por ganarlas; y aun cuando las conciba, se afanará muy poco quien no las desee, ni crea que le convienen. Fácil es convencer a un niño de que es útil lo que quieren enseñarle; pero nada importa convencerle, si no logramos persuadirle. En balde hace la serena razón que aprobemos o vituperemos; solamente la pasión nos hace obrar; ¿y cómo nos hemos de apasionar por intereses que no son los nuestros todavía?

No mostréis nunca al niño nada que no alcance él a ver: mientras que casi es ajena de él la humanidad, y no podéis subirle al estado de hombre, bajad el hombre al estado de niño. Disponedle para lo que puede serle útil en otra edad, pero no le habléis de cosas cuya actual utilidad no vea. En cuanto a lo demás, no hagáis nunca comparaciones con otros niños; no tenga rivales ni contrincantes, ni aun para correr, así que empieza a discurrir; pues prefiero que nunca aprenda si

ha de aprender por celos o vanidad. Señalaré cada año los progresos que haga; y los compararé con los que hiciere el año siguiente; le diré: «Tantos dedos has crecido; es el foso que saltabas, la carga que llevabas; hasta aquella distancia tirabas una piedra; ese espacio corrías sin descansar, etc.; veamos lo que ahora haces. » Así le excito sin darle celos de nadie. Se querrá vencer, y debe hacerlo; no veo inconveniente ninguno en que sea émulo de sí propio.

Aborrezco los libros porque sólo enseñan a hablar de lo que uno no sabe. Dicen que grabó Hermes en columnas los elementos de las ciencias para que no pudiera un diluvio borrar sus descubrimientos. Si los hubiera estampado bien en las cabezas de los hombres, la tradición los hubiera conservado. Los monumentos donde con caracteres más duraderos se graban los conocimientos humanos, son los cerebros bien dispuestos.

¿Acaso no habría modo de aproximar todas las lecciones desparrramadas en tantos libros, de reunirlos en un objeto común, que pudiera ser fácil verle, interesante seguirle y servir de estimulante aun en esta edad? Si es posible inventar una situación en que de un modo sensible se manifiesten al espíritu de un niño las necesidades naturales del hombre, y con la misma facilidad se desarrollen sucesivamente los medios de remediar estas mismas necesidades, el primer ejercicio que se debe dar a su imaginación es la pintura viva y natural de este estado.

¡Filósofo ardiente, ya veo inflamarse la vuestra! No os afanéis, que esta situación está hallada y descrita, y sin haceros agravio, mucho mejor que vos mismo la describierais, a lo menos con más sencillez y verdad. Puesto que absolutamente necesitamos libros, uno hay, que para mi gusto es el tratado más feliz de educación natural. Este será el primer libro que lea mi Emilio; él solo ocupará por mucho tiempo toda su biblioteca y siempre ocupará en ella un lugar distinguido. Será el texto al cual servirán de mero comentario todas nuestras conferencias acerca de las ciencias naturales, y él servirá de

prueba del estado de nuestro discernimiento durante nuestros progresos; y mientras no se estrague nuestro gusto, siempre nos agradará su lectura. ¿Pues qué maravilloso libro es ese? ¿Es Aristóteles? ¿Es Plinio? ¿Es Buffon? No; que es Robinsón Crusoe.

Robinsón Crusoe, solo en su isla, privado del auxilio de sus semejantes y de los instrumentos de todas las artes, procurándose, no obstante, su alimento y conservación, y logrando hasta una especie de bienestar, es un objeto que a cualquiera edad interesa y que hay mil medios de hacerle grato a los niños. Así realizamos la isla desierta que al principio me sirvió de comparación. Convengo en que no es el estado del hombre social, ni es verosímil que haya de ser el de Emilio; mas por este estado debe apreciar todos los demás. El medio más cierto de colocarse en esfera superior a las preocupaciones, y coordinar sus juicios según las verdaderas relaciones de las cosas, es suponerse un hombre aislado y juzgar de todo como debe juzgar este mismo hombre con relación a su propia utilidad.

Separando de esta novela todo su fárrago, empezándola por el naufragio de Robinsón cerca de su isla, y concluyéndola con el arribo del navío que viene a sacarle de ella, será en junto la diversión y la instrucción de Emilio durante la época de que aquí tratamos. Quiero que pierda la cabeza ocupándose sin cesar en su fortaleza, en sus cabras, en sus plantíos; que aprenda circunstanciadamente, no en libros sino en las cosas, todo cuanto en caso semejante ha de saberse, que se figure que él mismo es Robinsón; que se contemple vestido de pieles, con una disforme gorra, un enorme sable, y todo el estrambótico atavío de la figura, menos el quitasol que no necesita. Quiero que le afañen las medidas que hubiera de tomar si llegase a faltarle esto o lo otro; que examine la conducta de su héroe; que averigüe si éste no ha omitido nada, si no podía hacer cosa mejor, que note con atención sus yerros y los aproveche para no incurrir en ellos en igual caso; porque no dudéis de que formará el proyecto de ir a hacer un establecimiento

semejante; que estas son las torres de viento de esta venturosa edad en que no se conoce otra dicha que lo necesario y la libertad.

¡Cuántos recursos ofrece esta locura a un hombre hábil, que sólo se la ha sugerido para aprovecharse de ella! Ansioso el niño por formar un almacén para su isla, aprenderá con más ardor que pueda enseñarle el maestro. Todo cuanto es útil querrá saberlo, y no querrá saber otra cosa: ya no necesitaréis guiarle, que os veréis precisados a contenerle. Pero que a ella ciñe su felicidad; porque se va acercando el día en que si todavía quiere vivir en ella, no querrá vivir solo; y el Ealvaje compañero de Robinsón, Domingo, que ya ahora le interesa poco, no pueda bastarle.

El ejercicio de las artes naturales, para las cuales puede ser suficiente un hombre solo, conduce a la investigación de las artes industriales, que necesitan del concurso de mucho. Salvajes y solitarios pueden ejercitar las primeras; las otras solamente nacen en la sociedad, haciéndola indispensable. Mientras únicamente se conoce la necesidad física, cada hombre se basta a sí propio; la introducción de lo superfluo precisa a dividir y distribuir el trabajo, porque si bien es verdad que un hombre que trabaja solo no gana más que la subsistencia de un hombre, ciento que trabajen de acuerdo ganarán para que subsistan doscientos. Por tanto, si una parte de los hombres vive sin trabajar, es necesario que el concurso de brazos de los que trabajan supla por la ociosidad de aquéllos.

Vuestro mayor cuidado será el apartar del espíritu de vuestro alumno todas las nociones de las relaciones sociales que excedan de su capacidad; pero cuando por el encadenamiento de sus conocimientos os veáis precisados a manifestarle la dependencia recíproca de los hombres, en vez de mostrársela por su aspecto moral, llamad primero toda su atención hacia la industria y las artes mecánicas, que hacen que sean útiles unos a otros. Paseadle de obrador en obrador y no consentáis nunca que vea operación ninguna sin poner él manos a la obra; ni que salga del taller sin saber a fondo la razón de cuanto en él se

hace, o, a lo menos, de cuanto haya observado. Para esto trabajad vos mismo, dadle ejemplo: para que él se haga maestro, haceos aprendiz, y estad cierto de que más aprenderá con una hora de trabajo, que con un día de explicaciones.

Hay una estimación pública que se aplica a las diversas artes en razón inversa de su utilidad real. Mídese directamente esta estimación por su misma inutilidad, y debe ser así. Las artes más útiles son las que menos ganan, porque se proporciona el número de operarios con la necesidad de los hombres, y porque el trabajo necesario para todo el mundo permanece forzosamente a un precio que puede pagar el pobre. Por el contrario, esos que no se llaman artesanos, sino artistas, como trabajan únicamente para los ociosos y los ricos, ponen a sus bujerías precio arbitrario; y consistiendo sólo en la estimación el mérito de estos vanos artefactos, hasta su subido precio es parte de él y se estiman en proporción de lo que cuestan. No es debido a su uso el caso que de ellos hacen los ricos, sino a que no puede pagarlos el pobre. *Nolo habere bona, nisi quibus populus inviderit*<sup>81</sup>.

¿Qué será de vuestros alumnos si les dejáis que adopten esta necia preocupación, si vos mismo la favorecéis, si ven, por ejemplo, que entráis con más atenciones en la tienda de un platero que en la de un cerrajero? ¿Qué juicio han de formar del verdadero mérito de las artes y del exacto de las cosas, si en todas partes ven el precio de capricho en contradicción con el que resulta de la utilidad real, y que cuanto más cuesta una cosa, menos vale? En cuanto dejéis que se introduzcan estas ideas en su cabeza, abandonad lo restante de su educación; mal que os pese, serán educados como todo el mundo, y habréis perdido catorce años de afanes.

Emilio, que piensa en amueblar su isla, tiene otro modo de ver. Mucho más aprecio hubiera hecho Robinsón de la tienda de un herre-

---

<sup>81</sup> No quiero poseer bienes que no tenga que envidiármelos el pueblo. - PETRON.

ro que de todos los dijés de un diamantista; el primero le hubiera parecido un hombre muy respetable, no así el segundo.

«Mi hijo está destinado a vivir en el mundo, y no ha de vivir con sabios, sino con locos: así es necesario que conozca sus locuras, una vez que los hombres quieren ser guiados por ellas. Bueno será el conocimiento real de las cosas, pero más vale todavía el de los hombres y sus juicios: porque siendo en la sociedad humana el hombre el mayor instrumento del hombre, el más sabio es el que mejor se vale de este instrumento. ¿Qué sirve dar a los niños idea de un orden imaginario opuesto en todo al que han de hallar establecido, y por el cual será fuerza que se arreglen? Dadles primero lecciones para que sean sabios, y luego se las daréis para que conozcan en qué son locos los demás.»

Conformándose con estas especiosas máximas, se afana la falsa prudencia de los padres en hacer esclavos a sus hijos de las preocupaciones de que los mantienen, y la irrisión de la turba insensata, cuando piensan que la hacen instrumento de las pasiones de ellos. ¡Cuántas cosas es necesario conocer antes de llegar al conocimiento del hombre! El hombre es el último estudio del sabio, ¡y pretendéis que sea el primero de un niño! Antes de instruirle en nuestro modo de sentir, enseñadle primero a que le aprecie. ¿Es conocer una locura el reportarla a razón? Para ser sabio es preciso discernir lo que no es conforme con la sabiduría. ¿Cómo ha de conocer vuestro hijo a los hombres, si no sabe juzgar sus juicios, ni distinguir sus errores? Es malo saber lo que aquellos piensan, ignorando si en su pensar aciertan o yerran. Por tanto, enseñadle primero lo que son las cosas en sí mismas y luego le enseñaréis lo que son a nuestra vista; así sabrá comparar la opinión con la verdad y elevarse sobre la esfera del vulgo, porque no conoce las preocupaciones quien las adopta, ni conduce al pueblo el que se le parece. Pero si empezáis instruyéndole en la opinión pública, antes de enseñarlo a que la estime en lo que vale, estad cierto de que por mucho que os afanéis la hará suya y nunca la extirparéis en él. De aquí

colijo que para conseguir que tenga razón sana, es preciso formar bien sus juicios en vez de dictarle los nuestros.

Ya veis que hasta aquí no he hablado de los hombres a mi alumno, que hubiera tenido razón sobrada para entenderme; aún no son para él bastante palpables sus relaciones con su especie, para juzgar por sí de los demás. No conoce otro ser humano que a sí propio, y está aún muy lejos de conocerse; pero si forma pocos juicios acerca de su persona, al menos son exactos. No sabe cuál es el puesto de los demás; pero ve el suyo, y se tiene firme en él. En vez de las leyes sociales que no puede conocer, le hemos aprisionado con las cadenas de la necesidad. Todavía casi no es más que un ser físico; sigamos tratándole como tal.

Debe apreciar todos los cuerpos de la naturaleza y todos los oficios de los hombres, por la relación sensible que tienen con su utilidad, seguridad, conservación y bienestar. El hierro debe ser a sus ojos mucho más apreciable que el oro, y el vidrio más que el diamante, del mismo modo estima más a un albañil o a un zapatero que a todos los diamantistas de Europa; particularmente un pastelero es para él sujeto importantísimo y daría toda la Academia de la Historia por un confite-ro. Los plateros, los grabadores, los doradores y los bordadores, son a su parecer holgazanes que pasan el tiempo en juegos absolutamente inútiles, y tampoco hace mucho caso de la relojería. El venturoso niño disfruta del tiempo sin ser su esclavo, le aprovecha y no sabe lo que vale; la calina de las pasiones que le hace siempre igual su sucesión, le sirve de instrumento para medirle cuando lo necesita<sup>82</sup>. Cuando supuse que tenía un reloj, y le hice llorar, me fingía un Emilio vulgar para ser útil y que me entendiesen; porque en cuanto al verdadero, niño tan distinto de los demás, para nada serviría de ejemplo.

---

<sup>82</sup> La medida del tiempo se pierde, cuando nuestras pasiones quieren arreglar el curso de éste a su antojo. El reloj del sabio es la serenidad de carácter y poseer siempre la paz del ánimo.



Hay otro orden no menos natural y más conforme a razón todavía, en virtud del cual se consideran las artes según las relaciones de necesidad que las estrechan, colocando en primer lugar las más independientes y en el último las que penden de mayor número de otras. Este orden, que presenta importantes consideraciones acerca del de la sociedad general, es parecido al anterior y sujeto al mismo trastorno en la estimación de los hombres; de suerte que se emplean las materias primeras en oficios que no dan honra ni casi provecho, y que cuanto más manos han mudado, más honra tiene y crece el valor de la mano de obra. No examino aquí si es cierto que sea mayor la industria y merezca más recompensa en las minuciosas artes que dan a estas materias la última forma, que en el primer trabajo que las convierte en usuales a los hombres; digo sólo que en cada cosa, el arte cuyo uso es más general y más indispensable, es sin disputa el que más estimación merece; y que la industria que menos artes auxiliares necesita, también es acreedora a más aprecio que las que emplean muchas, porque es más libre y más independiente. Tales son las verdaderas reglas de la valuación de las artes y la industria; todo lo demás es arbitrario y pende de la opinión.

La primera y más respetable de todas las artes es la agricultura; en segunda lugar colocaría yo la herrería; la carpintería en tercero, etc. El niño a quien no hayan seducido las preocupaciones vulgares, precisamente pensará así. ¡Cuántas importantes reflexiones sacará nuestro Emilio sobre este punto de su Robinsón! ¿Qué pensará cuando vea que sólo subdividiéndose y multiplicando hasta lo infinito los instrumentos de unas y otras, se perfeccionan las artes? Dirá: Todas estas gentes son neciamente ingeniosas; pensaríase que tienen miedo de que les sirvan para algo sus dedos y sus brazos, según la multitud de instrumentos que inventan para no usarlos. Para ejercitar un arte sola, se han sujetado a otras mil; y cada artífice necesita una ciudad entera. En cuanto a mi camarada y yo, nuestro ingenio le empleamos en nuestra maña, y nos hacemos herramientas que a todas partes podamos llevar.

Todos esos sujetos tan afanos con su talento en una capital, nada sabrían en nuestra isla y serían a su vez aprendices nuestros.

Lectores, no os detengáis sólo en el ejercicio del cuerpo y la habilidad de manos de nuestro alumno ; pero considerad qué dirección damos a su pueril curiosidad; contemplad qué cabeza le vamos formando. En cuanto vea, en cuanto haga, lo querrá conocer todo y saber la razón de ello; de un instrumento en otro siempre querrá subir al primero; nada admitirá por suposición; se negaría a aprender lo que requiriese un conocimiento anterior que no tuviese; si ve hacer un muelle, querrá saber cómo se sacó el acero de la mina; si ve juntar las piezas de un arca, querrá saber cómo se cortó el árbol; si trabaja él, a cada herramienta que maneje no dejará de decirse: «Si no tuviese yo esta herramienta, ¿cómo haría para fabricar una semejante, o para no necesitarla?»

Por lo demás, un error difícil de evitar en las ocupaciones a que tiene pasión el maestro, es que siempre supone la misma afición al niño. Cuando la diversión del trabajo os arrastre, tened cuenta no se aburra él sin atreverse a manifestároslo. El niño debe estar todo entero a lo que haga; pero vos debéis estar todo entero al niño; observarle, acecharle sin intermisión y sin que lo eche de ver, prever de antemano todos sus sentimientos, y precaver los que no debe tener; ocuparle, en fin, de manera, que no sólo reconozca que es útil, sino que se complazca en ello en fuerza de entender bien para qué es bueno lo que hace.

La sociedad de las artes consiste en cambios de industria, la del comercio en cambios de cosas, la de bancos en cambios de signos y dinero; todas estas ideas, lo mismo que las nociones elementales de ellas son cosas que ya tenemos adquiridas. Los cimientos de todo esto los pusimos desde la edad primera, con ayuda del hortelano Roberto. Ahora no queda más que generalizar estas ideas y extenderlas a otros ejemplos para hacer que comprenda el tráfico en sí mismo, haciéndose sensible con las noticias de historia natural, que sobre las produc-

ciones peculiares de cada país se rozan con las noticias de artes y ciencias que atañen a la navegación; finalmente, con la mayor o menor dificultad del transporte, según la distancia de los sitios y según la situación de las tierras, mares, ríos, etc.

Ninguna sociedad puede existir sin cambio, ni sin medida común ningún cambio, ni sin igualdad ninguna medida común. De suerte que la ley primera de toda sociedad es una igualdad de convención, sea en los hombres, sea en las cosas.

La igualdad convencional, muy distinta entre los hombres de la igualdad natural, hace necesario el derecho positivo, esto es, el gobierno y las leyes. Los conocimientos políticos de un niño han de ser claros y limitados ; del gobierno en general sólo debe conocer lo que tiene conexión con el derecho de propiedad, de que ya posee alguna idea.

La igualdad convencional entre las cosas, llevó a inventar la moneda, porque ésta no es más que un término de comparación del valor de las cosas de distinta especie; y en este sentido, la moneda es el verdadero vínculo de la sociedad; pero todo puede ser moneda; en otro tiempo lo era el ganado; las conchas lo son todavía en muchos pueblos; el hierro era moneda en Esparta, el cuero lo ha sido en Grecia, y la plata y el oro lo son en nuestros países.

Los metales, como de más transporte, fueron generalmente escogidos por términos medios de todos los cambios; y estos metales fueron convertidos en moneda por ahorrarse la medida o el peso a cada cambio; porque el sello de la moneda no es otra cosa que un testimonio de que una pieza de tal manera sellada pesa tanto, y sólo el rey tiene derecho a acuñar moneda, puesto que sólo él puede exigir que todo un pueblo dé crédito a su autoridad.

Explicado así el uso: de esta invención, la entiende el menos avisado. Difícil es comparar inmediatamente cosas de distinta naturaleza; por ejemplo, paño con trigo; pero hallada una común medida, es decir, la moneda, fácil es que el fabricante y el labrador prefieran el valor de

las cosas que quieren permutar, a esta común medida. Si tal cantidad de paño vale tal suma de dinero y tal cantidad de trigo vale también la misma suma de dinero, infiérese que el mercader que recibe este trigo por su paño hace una permuta igual. Así por la moneda se hacen conmensurables y se pueden comparar los bienes de distintas especies.

No vayáis más adelante, ni os metáis a explicar los efectos morales de esta institución. En toda cosa importa explicar bien el uso, antes de hacer ver el abuso. Si pretendierais hacer ver a los niños cómo hacen los signos que se descuiden las cosas, cómo han nacido de la moneda todas las fantasías de la opinión, cómo los países ricos en dinero deben ser pobres en todo, trataríais a estos niños no sólo como filósofos, sino como sabios, y querríais que entendieran lo que muy pocos filósofos han concebido.

¡En qué abundancia de objetos interesantes puede girar la curiosidad de un alumno, sin dejar nunca las relaciones reales y materiales que se encuentran en la esfera de su capacidad, ni consentir que en su espíritu se suscite siquiera una idea que no puede él concebir! Cífrase el arte del maestro, no en recargar sus observaciones de menudencias, que con nada se relacionen, sino en aproximarle sin cesar a los grandes enlaces que debe conocer un día, para formar recto juicio sobre el buen y mal orden de la sociedad civil. Es necesario saber amalgamar las conversaciones con que se entretiene al niño, con la forma que a su espíritu se ha dado. Cuestión hay que apenas pudiera llamar la atención de otro, y que va a desvelar a Emilio por espacio de seis meses.

Vamos a comer a una casa opulenta; hallamos los preparativos de un banquete, mucha gente, muchos platos, muchos lacayos, un elegante y exquisito servicio. Todo este aparato de fiesta y deleite excita no sé qué embriaguez que da al traste con la cabeza de quien no está acostumbrado a él. Preveo el efecto de todo esto en mi alumno. Mientras se prolonga el festín, se suceden los servicios y se escuchan mil estrepitosos dichos; me arrimo a él, y le digo al oído: «¿Por cuántas manos calculas que haya pasado todo cuanto ves sobre la mesa antes

de llegar aquí? » ¡Qué multitud de ideas despierto en su cerebro con estas pocas palabras! Al instante se disiparon todos los vapores del delirio. Piensa, reflexiona, calcula, se inquieta. Mientras que alegres los filósofos con el vino y acaso con sus vecinas, choclean y hacen los niños, está él filosofando solo en un rincón: me hace preguntas; no le quiero contestar, y le digo que otra vez le responderé; se impacienta, se olvida de comer y beber, no ve la hora de levantarse de la mesa para hacerme preguntas a su sabor. ¡Qué objeto para su curiosidad! ¡Qué texto para su instrucción! Con un entendimiento sano que nada ha podido estragar todavía ¿qué ha de pensar del lujo, cuando contemple que se han puesto a contribución todas las regiones del orbe, que acaso veinte millones de manos han trabajado mucho tiempo y ha costado la vida a miles de hombres, todo por presentarle a mediodía con aparato lo que va por la noche a depositar en su retrete?

Acechad con cuidado las conclusiones ocultas que en su interior saca de todas estas observaciones. Si le habéis guardado menos bien de lo que yo supongo, puede tener la tentación de dar otro giro a sus reflexiones y de creerse un personaje importante en el mundo, viendo que tantos afanes cuesta guisarle su comida. Si prevéis este raciocinio, con facilidad le podéis prevenir antes que se le ocurra, o, por lo menos, borrar al instante la impresión que en él haya hecho. No sabiendo apropiarse todavía las cosas de otro modo que por el goce material, no puede juzgar de la conveniencia o discrepancia que con él tienen, como no sea por relaciones sensibles. La comparación de una sencilla y rústica comida, preparada por el ejercicio, sazónada por el hambre, la libertad y la alegría, con tan magnífico festín, tan medido a compás, hastiará para darle a entender que no trayéndote ningún beneficio real el banquete, y sacando tan satisfecho el estómago de la mesa del labriego como de la del banquero, lo mismo hay en una que en otra que pueda llamar suyo verdaderamente.

Imaginémonos lo que en caso semejante podrá decirle su ayo: «Acuérdate bien de estas dos comidas y resuelve dentro de ti en cuál te

has hallado con más gusto, en cuál has notado más alegría, en cuál comieron los convidados con más apetito, bebieron con más júbilo y de mejor gana y se rieron más de veras; cuál duró más tiempo sin pesadumbre y sin que fuese necesario renovarla con otros servicios. Mira, no obstante, la diferencia; ese pan moreno que tan sabroso hallas, procede del trigo cogido por el labrador; su vino grueso y negro, pero sano y refrigerante, es de su propio viñedo; la mantelería está tejida con su cáñamo que hilaron en invierno su mujer, sus hijas y su criada; ningunas otras manos que las de su familia han hecho los preparativos de su mesa; el inmediato molino y el vecino mercado son para él los linderos del universo. ¿En qué disfrutaste realmente de todo cuanto abastecieron a la otra mesa las tierras remotas y la mano de los hombres? Si todo eso no hace que se coma mejor, ¿qué has ganado con esa abundancia? ¿Qué había allí que fuese para ti? Si hubieras sido el amo de casa, podrías añadir, más extraño hubiera sido todo para ti; porque el afán de hacer alarde de tu gozo a los ojos de los demás, habría acabado de quitártelo: tú hubieras tenido el cuidado, ellos el gusto.»

Muy hermoso puede ser este discurso; pero nada vale para Emilio a cuyo alcance no está, y a quien nadie dicta sus reflexiones. Habladle con más sencillez, decidle una mañana, después de estas dos pruebas: «¿a dónde iremos a comer hoy? ¿En derredor de aquel monte de plata, que tapa las tres cuartas partes de la mesa, y aquellos cuadros de flores de papel, que sirven a los postres encima de espejos, en medio de aquellas mujeres con tanto encaje, que te tratan como un muñeco, y quieren que hayas dicho lo que no sabes; o a aquel lugar dos leguas de aquí, en casa de aquella buena gente, que con tanto agasajo nos recibe, y tan buena nata nos da?» No es dudosa le elección de Emilio, que ni es vanidoso ni hablador, ni puede aguantar la sujeción, y que no gusta de nuestros exquisitos platos, pero que siempre está dispuesto a correr por el campo, y le gustan mucho la buena fruta, las

buenas legumbres, la buena nata y la buena gente<sup>83</sup>. En el camino nos ocurre naturalmente la reflexión de que la multitud de hombres que trabajan para esos grandes banquetes, o pierden su afán o no se cuidan mucho de nuestro deleite.

Mis ejemplos, buenos tal vez para un individuo, serán malos para otros mil. Si se entiende el espíritu de cada uno, se sabrán variar según fuere necesario: esta elección pende del talento peculiar del niño, en las ocasiones que presentamos de manifestar sus disposiciones naturales. Nadie imaginará que en tres o cuatro años que hemos de pasar, sea posible dar al niño, por mucha capacidad que tenga, una idea de todas las artes y ciencias naturales, suficiente para que las aprenda un día por sí sólo; pero haciendo que pasen a su vista todos los objetos que le importa conocer, le damos ocasión para desarrollar su gusto y su talento, y dar los primeros pasos hacia el objeto a que éste le encamina, indicándonos la senda que se le ha de allanar para auxiliara la naturaleza.

Otra ventaja que se obtiene de escalonar así conocimientos adecuados, aunque cortos, consiste en que de este modo se los indicamos por sus conexiones y sus relaciones, y para su estimación los colocamos todos en su lugar, precaviendo así la preocupación tan común en la mayor parte de los hombres, de apreciar sólo los estudios que han cultivado y no hacer caso de los demás. Quien ve bien el orden del todo, ve el sitio en que debe estar cada parte; quien ve bien una parte sola y la conoce a fondo, puede ser un hombre científico: el primero

---

<sup>83</sup> La afición al campo que le supongo a mi alumno es fruto natural de su educación. Como por otra parte no tiene nada de ese aspecto melindroso que tanto agrada a las mujeres, le obsequian menos que a otros niños; por consiguiente, él gusta menos de ellas, y no se echa tanto a perder en su compañía, cuyo encanto aún no está en estado de sentir. Me he guardado de enseñarle a que las bese la mano, a que las eche flores y a que ni siquiera las trate con las atenciones que se les deben con preferencia a los hombres; habiendo llevado por ley inviolable el no exigir de él nada de que no pudiese alcanzar la razón: y no hay razón valedera que dar a un niño para que trate a un sexo de distinto modo que a otro.

tiene sana razón, y ya os acordáis de que no tanto nos proponemos adquirir ciencia como sano juicio.

Sea como fuere, es independiente de mis ejemplos; se funda en la medida de las facultades del hombre en sus distintas edades y en la elección de las ocupaciones que convienen a estas facultades. Creo que con facilidad se encontraría otro método que produjera mejores efectos al parecer; pero si no fuese tan adaptable a la especie, a la edad y al sexo, dudo que se obtuvieran de él los mismos resultados.

Al comenzar este segundo período, nos hemos aprovechado de la superabundancia de nuestras fuerzas respecto a nuestras necesidades, para salir fuera de nosotros; nos hemos lanzado a los cielos, hemos medido la tierra, hemos reconocido las leyes de la naturaleza; en una palabra, hemos andado la isla entera: ahora tornamos a nosotros y nos acercamos insensiblemente a nuestra morada. Fortuna es que a la vuelta no encontramos aún encastillado el enemigo que nos está amenazando y que se prepara a enseñorearse de ella.

¿Qué nos queda por hacer habiendo ya observado todo cuanto nos rodea? Convertir en nuestro uso todo aquello que podemos apropiarnos y hacer que redunde nuestra curiosidad en provecho de nuestro bienestar. Hasta aquí hemos hecho provisión de todo género de instrumentos, sin saber de cuáles necesitaríamos. Acaso los inútiles para nosotros podrán servir para otros, y acaso recíprocamente tendremos nosotros necesidad de los de ellos. De esta suerte, a todos nos tendrán cuenta estas permutas; mas para hacerlas es menester conocer nuestras mutuas necesidades; que sepa cada uno lo que tienen los demás para su uso y lo que en cambio puede él ofrecerles. Supongamos diez hombres, cada uno de los cuales tiene necesidad de diez especies. Menester es que para lo que cada uno necesita se aplique a diez clases de tarea; pero teniendo en cuenta la diferencia de inclinaciones y habilidades, al uno le saldrá menos bien esta faena, aquella al otro. Idóneos todos para cosas diferentes, harán unas mismas y estarán mal servidos. Formemos una sociedad de estos diez hombres y aplíquese



cada uno por sí y por los otros nueve al género de ocupación que mejor le convenga; perfeccionar a cada uno la suya con un continuo ejercicio y sucederá que, muy bien provistos los diez, les quedará todavía sobrante para otros. Este es el principio, aparente de todas nuestras instituciones. No es del caso examinar aquí las consecuencias: esto ya lo he hecho en otro escrito<sup>84</sup>.

Conforme a este principio, un hombre que se quisiera mirar como un ser aislado, sin conexión con nada y bastante para sí propio, no podría menos de ser miserable. Ni aun subsistir le sería posible, porque hallando cubierta la tierra entera del *tuyo* y el *mío*, y no teniendo otra cosa suya que su cuerpo, ¿de dónde había de sacar lo que necesitase? Con salir del estado de naturaleza, obligamos a nuestros semejantes a que también le abandonen: nadie puede permanecer en él contra la voluntad de los demás; y fuera realmente dejarle el querer permanecer en él, sin poder vivir: porque la primera ley de la naturaleza es el cuidado de la propia conservación.

De este modo se forman poco a poco en el espíritu de un niño ideas de las relaciones sociales, aun antes que realmente pueda ser miembro activo de la sociedad. Bien ve Emilio que para adquirir instrumentos para su uso también los necesita que sirven para el de los demás, y por los cuales pueda obtener en cambio las cosas que tiene menester, y que a ellos pertenecen. Con facilidad le traigo a que conozca la necesidad de estas permutas, y a que se ponga en estado de aprovecharse de ellas.

«*Excelentísimo señor, es menester que yo viva*, decía un desventurado autor satírico al ministro que le afeaba la infamia de su oficio. *No veo qué necesidad* haya, le respondía sin inmutarse el potentado.» Esta respuesta, excelente en boca de un ministro, hubiera sido inhumana y falsa en la de cualquiera otro. Menester es que viva todo hombre. Este argumento a que cada uno da más o menos fuerza, a proporción que más o menos humanidad tiene, me parece que no

---

<sup>84</sup> *Discurso sobre la desigualdad de condiciones.*

admite réplica para el que le hace con respecto a sí propio. Puesto que la más violenta de cuantas aversiones nos inspira la naturaleza, es la de morir, infiérese que se lo ha permitido todo aquel a que no tiene ningún otro medio posible de vivir. Los principios por los cuales aprende el hombre virtuoso a menospreciar la vida, sacrificándola a su obligación, están muy remotos de esta primitiva sencillez; ¡felices los pueblos en que se puede ser bueno sin esfuerzo y justo sin virtud! Si hay en el mundo un país tan miserable en que no pueda uno vivir sin obrar mal, y los ciudadanos sean bribones por necesidad, no se debe en él ahorcar al malhechor, sino a quien le obliga a que lo sea.

Tan pronto como sepa Emilio qué cosa es la vida, será mi primera diligencia enseñarle a que la conserve. Hasta aquí no he distinguido los estados, las jerarquías y las fortunas; y poco más los distinguiré en adelante, porque el hombre es uno mismo en todos los estados; porque el rico no tiene mayor capacidad de estómago que el pobre, ni digiere mejor; porque el amo no tiene más largos ni más fuertes los brazos que su criado; porque un grande no es mayor que un plebeyo, y en fin, porque siendo en todos unas mismas las necesidades naturales, los medios de satisfacerlas deben ser iguales en todos. Adaptad al hombre la educación del hombre, no a lo que no es él. ¿No véis que con trabajar en formarle exclusivamente para un estado, le hacéis inútil para cualquier otro, y si a la fortuna le place, os habréis afanado sólo en hacerle desgraciado? ¿Qué cosa hay más ridícula que un gran señor pareciendo que en su miseria conserva las preocupaciones de su nacimiento? ¿Qué cosa más vil que un rico que ha empobrecido y que acordándose del desprecio que se deba a la pobreza, siente que ha quedado el postrero de los humanos?

El único recurso del primero es el oficio de bribón público; el del otro, el de criado rastrero, con este lindo mote: *Menester es que yo viva*.

Confiáis en el orden actual de la sociedad, sin reflexionar que está sujeto a inevitables revoluciones, y no os es dado prever ni preca-

ver la que puede tocarles a vuestros hijos. Hácese pequeño el grande; pobre el rico; vasallo el monarca. ¿Tan raros son los golpes de la fortuna, que os podáis mirar como exento de ellos? Vamos acercándonos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones<sup>85</sup>. ¿Quién puede responderos de lo que seréis entonces? Todo cuanto han hecho los hombres, los hombres lo pueden destruir ; no hay otros caracteres indelebles que los que estampa la naturaleza, y no hace la naturaleza príncipes, ni ricos, ni grandes señores. ¿Pues qué hará en la decadencia ese noble que habéis educado tan solo para la grandeza? ¿Qué hará en la pobreza ese banquero que sólo con oro sabe vivir? ¿Qué hará, privado de todo, ese opulento imbécil que ni de si mismo sabe usar y coloca su propio ser en lo que es ajeno de él? ¡Venturoso el que sabe dejar el estado que se deja y permanecer hombre a despecho de la suerte! Alaben cuanto quieran a ese rey vencido que se quiere sepultar como un frenético bajo las ruinas de su trono; yo le desprecio: veo que existe solamente por su corona y que, en absoluto, no es nada, si no es rey; pero el que la pierde y vive sin ella, es entonces superior a ella. De la jerarquía de rey, que un cobarde, un perverso, un loco puede ocupar como otro cualquiera, asciende al estado de hombre, que tan pocos hombres saben desempeñar. Triunfa entonces de la fortuna, la arrostra; todo se lo debe a si solo, y cuando nada le queda que mostrar más que él mismo, no es nulo, que es algo. Sí, prefiero cien veces al rey de Siracusa de maestro de escuela en Corinto, y al rey de Macedonia escribano en Roma, que a un malhadado Tarquino, que no sabe qué hacerse si no reina; que al heredero del poseedor de tres reinos, burla de cualquiera que se atreve a denotar su miseria, errando de corte en corte, mendigando auxilios en todas partes y en todas encon-

---

<sup>85</sup> Creo imposible que duren todavía mucho tiempo las vastas monarquías de Europa; todas han brillado y todo Estado que brilla, raya en su ruina. Otras razones tengo más perentorias que esta máxima; pero no conviene decirlas, cualquiera las ve de sobra.

trando desaires, por no saber hacer otra cosa que un oficio que ya no está en su mano.

El hombre y el ciudadano, quien quiera que sea, no tiene otro caudal que dar a la sociedad que a si propio; todos los demás bienes suyos están en ella sin su voluntad; y cuando es un hombre rico, o no disfruta él de su riqueza, o también la disfruta el público con él. En el primer caso roba a los demás aquello de que se priva, y en el segundo no les da nada; de suerte que le queda por pagar la deuda social toda entera, mientras que sólo con su caudal la satisface. Pero mi padre, cuando la ganó, sirvió a la sociedad... Enhorabuena; pagó su deuda, mas no la vuestra. Más debéis a los otros que si hubierais nacido sin caudal, una vez que nacisteis favorecido. No es justo que lo que un hombre ha hecho por la sociedad, exima a otro de lo que la debe; porque como cada uno se debe todo entero, ninguno puede pagar más que por sí; ningún padre puede dejar por herencia a su hijo el derecho de ser inútil a sus semejantes, y eso es lo que, según decís, hace, dejándole sus riquezas, que son remuneración y prueba de su trabajo. El que come en la ociosidad aquello que por si propio no ha ganado, lo roba; y el acreedor del Estado, a quien éste paga no haciendo nada, poco se diferencia a mis ojos de un ladrón que vive a costa de los caminantes. Fuera de la sociedad, el hombre aislado, que a nadie debe nada, tiene derecho para vivir como se le antoja; pero en la sociedad, donde necesariamente vive a costa de los demás, les debe en trabajo lo que vale su manutención; esto no sufre excepciones., Así, el trabajar es obligación indispensable del hombre social. Rico o pobre, fuerte o débil, todo ciudadano ocioso es un bribón.

Entre todas las ocupaciones que pueden proporcionar al hombre su subsistencia, la que más le acerca al estado de naturaleza, es el trabajo manual; y entre las condiciones todas, la del artesano es la más independiente del hombre y de la fortuna. Un artesano sólo pende de su trabajo; es libre y tan libre cuanto esclavo es el labrador, atado a su campo cuya cosecha se halla a discreción ajena: el enemigo, el prínci-

pe, un poderoso vecino, se la pueden quitar; por él le hacen sufrir mil vejaciones; pero si un en país cualquiera molestan a un artesano, en breve hace la maleta, se lleva sus brazos, y se va. No obstante, la agricultura es el primer oficio del hombre, el más honroso, el más útil y, por consiguiente, el más noble que puede ejercitar. No le digo a Emilio que aprenda la agricultura, porque la sabe. Está familiarizado con todas las faenas rústicas, ha empezado por ellas y no las deja nunca de la mano. Le digo únicamente: «Cultiva la heredad de tus padres; pero, si pierdes esta heredad, o no la tienes, ¿qué has de hacer? Aprende un oficio.»

¡A mi hijo un oficio! ¡Artesano mi hijo! Señor, ¿eso se le ocurre? Más acertado, señora, que vuestra idea, puesto que le queréis reducir a que nunca pueda ser más que un milord, un marqués, un príncipe, y yo le quiero dar un cargo que nunca pueda perder, que en todos tiempos le honre; quiero enaltecerle al estado de hombre; decid lo que queráis, menos iguales tendrá a título de tal, que por todos los que de vos heredare.

La letra mata, y el espíritu vivifica. No tanto se trata de aprender un oficio por saberle, cuanto por vencer las preocupaciones que le desprecian. Nunca os veréis precisado a trabajar para vivir. Eso es la peor. Pero no importa; no trabajéis por necesidad, trabajad por gloria: bajad al estado de artesano para subir a más alto grado que el vuestro. Para sujetar a vos la fortuna y las cosas, haceos primero independiente de ellas; y para dominar por la opinión, dominadla a ella antes.

Acordaos de que no pido una profesión, sino un oficio, oficio verdadero, arte meramente mecánico, en que más que la cabeza trabajen las manos, con el que nadie haga caudal, pero que ponga a cualquiera en estado de no necesitarle. En casas donde no había que temer el riesgo, de que falte para comer, he visto yo padres cuya previsión llega hasta dar a, sus hijos conocimientos de que, en todo caso, puedan echar mano para mantenerse. Creen estos padres que han adelantado mucho, y no es así; porque los recursos que piensan procurar a sus

hijos penden de la misma fortuna contra la cual quieren prevenirse; de manera que con todos sus lucidos talentos, si el que los tiene no se encuentra en circunstancias propicias, se morirá de hambre, como si ninguno tuviese.

Supuesto que de amaños y de intrigas se trata, tanto da usarlos para mantenerse en la abundancia como para recuperar desde el seno de la miseria con qué reponerse en su primer estado. Si cultiváis artes que dan una utilidad proporcionada a la fama del artista; si os hacéis apto para empleos que sólo se consiguen por valimiento, ¿de qué os servirá todo eso cuando aburrido con justicia del mundo, desdeñéis los medios sin los cuales no es posible hacerse lugar? Habéis estudiado la política y los intereses de los príncipes ; bien está; pero ¿qué habéis de hacer con esos conocimientos si no sabéis introducirlos con los ministros, con las damas de la corte, con los jefes de oficina, si no dáis en el modo de gustarles, si no encuentran todos en vos el bribón que les conviene?

Sois pintor o arquitecto: enhorabuena; pero es necesario que sea conocida vuestra habilidad. ¿Quién os ha de encargarse un cuadro, si no sois de la Academia, si no tenéis protección, aunque sea para llenar un rincón de su antesala? Soltad esa regla y ese pincel, alquilad un coche y andad de puerta en puerta, que así se adquiere celebridad; pero antes habéis de saber que en todas esas ilustres puertas hay porteros o conserjes que sólo por señas comprenden, y tienen los oídos en las manos. ¿Queréis enseñar lo que, habéis aprendido, y ser maestro de geografía, de matemáticas, de lenguas o de música y dibujo? Para eso necesitáis discípulos, y, por consiguiente, apologistas. No perdáis de vista que más vale ser charlatán que hábil, y que si no sabéis otro oficio que el vuestro, nunca seréis otra cosa que un ignorante.

Ved pues, cuán poca solidez tienen todos esos brillantes recursos, y de cuántos más necesitáis para sacar de ellos utilidad. Y luego, ¿qué os haréis en ese torpe aplebeyamiento? Sin instruiros, os envilecen los reverses de la fortuna; traído más que nunca al retortero por la opinión

pública, ¿cómo os habéis de levantar sobre las preocupaciones que son árbitros de vuestra suerte? ¿Cómo despreciar los vicios y la bajeza que necesitáis para subsistir? Sólo de las riquezas dependíais, ahora dependéis de los ricos; habéis empeorado de esclavitud, echándole de sobrecarga la miseria. Sois pobre sin ser libre, que es el estado peor en que pueda caer el hombre.

Pero, si en vez de recurrir a esos sublimes conocimientos destinados para ser alimentos del alma y no del cuerpo, echáis mano, si hay necesidad, de vuestros brazos y del uso que de ellos sabéis hacer, desaparecen todas las dificultades y es inútil toda artería; cesan de ser estorbo para vivir la probidad y el honor: no necesitáis ser embustero y cobarde en presencia de los grandes; en la de los bribones flexible y rastrero; complaciente vil de todo el mundo, prestamista o ladronzuelo, que es casi lo mismo en aquel que nada tiene; no os mueve la opinión ajena; no tenéis que hacer la corte a nadie, ni necio que adular, ni portero que ablandar, ni cortesana que pagar y tributarle incienso, que es peor todavía. Que los tunantes manejen en buen hora los negocios de interés; poco os importa, que no ha de impedirlos eso que en vuestra vida oscura seáis hombre de bien y ganéis el pan. Entráis en la primera tienda del oficio que habéis aprendido: «Maestro, necesito obra. -Camarada, poneos ahí y trabajad. » Antes que sea hora de comer, ya habéis ganado la comida; si sois sobrio y diligente, antes que pasen ocho días, tendréis con qué vivir otros ocho; habréis vivido libre, sano, sincero, laborioso y justo. No pierde el tiempo quien así le aprovecha.

Quiero absolutamente que aprenda Emilio un oficio. Oficio honroso a lo menos, me diréis. ¿Qué significa esa palabra? ¿No es honroso todo oficio útil al público? No quiero que sea bordador, ni dorador, ni limpiabotas, como el caballero Locke; no quiero que sea músico, ni comediante, ni compositor de libros<sup>86</sup>. Menos estas profesiones y las

---

<sup>86</sup> Se me dirá que yo lo soy. Verdad es, por mi desgracia, lo confieso; pero mis yerros, que tanto me cuestan, no son motivo para que otro los cometa. No

demás que se les parecen, siga la que quiera, que no pretendo sujetarle en nada. Más quiero que sea zapatero que poeta; más quiero que empiedre los caminos reales, que no que haga flores de porcelana. Sin embargo, me diréis, los corchetes, los espías, los verdugos, son sujetos útiles. Del Gobierno pende que no lo sean pero sea así; yo no he dicho bien: no basta con escoger un oficio útil, también es preciso que no requiera en las personas que le ejerciten propiedades de corazón odiosas y no compatibles con la humanidad. Volviendo, par tanto, a la primera expresión, tomemos un oficio honroso, pero nunca olvidemos que no hay honra sin utilidad.

Un famoso autor de este siglo<sup>87</sup>, cuyos libros están llenos de vastos proyectos y mezquinas ideas, había hecho, como todos los sacerdotes de su comunión, voto de no tener mujer propia; pero siendo más escrupulosa que los demás acerca del adulterio, dicen que, se resolvió a tener en casa criadas lindas, con las cuales resarcía lo mejor que podía el agravio que con esta temeraria promesa había hecho a su especie, a la naturaleza y al Estado. Reputaba obligación del ciudadano el dar otros a la patria, y con el tributo que en este género le pagaba, poblaba la clase de artesanos. Así que tenían edad para ello estos niños, les hacía aprender a todos el oficio que más les agradaba, excluyendo sólo las profesiones ociosas, fútiles o expuestas a la moda, como la de fabricar pelucas, por ejemplo, que nunca es necesaria, y puede llegar a ser inútil de un día a otro, si no es que se cansa la naturaleza de darnos pelo.

He aquí el espíritu que debe guiarnos en la elección del oficio de Emilio, o más bien, no nos incumbe hacer esta elección a nosotros, sino a él; porque las máximas en que está imbuido, habiendo arraigado en él un natural desprecio a las cosas sin valor, no le dejarán gastar su tiempo en faenas inútiles, y en las cosas no conocerá otro valor que

---

escribo para disculparme de ellos, sino para estorbar que mis lectores los imiten.

<sup>87</sup> El Abate de Saint-Pierre



el de su utilidad real; así, necesita un oficio que pudiera servir a Robinsón en su isla.

Si tiene un niño especial ingenio para un arte, se saca la ventaja de ver saltar la primera chispa, y de estudiar su afición, sus inclinaciones y su gusto, haciendo que pase revista a las producciones del arte y la naturaleza, avivando su curiosidad y siguiéndole a donde ésta le lleva. Pero es error frecuente, de que debéis precaveros, atribuir el efecto de la ocasión a fuego del ingenio, y confundir con una inclinación irresistible a tal o cual arte, aquel espíritu imitativo común del hombre y del mono, y que maquinalmente los incita a que hagan lo que ven hacer, sin saber para lo que sirve. Lleno está el mundo de artesanos, especialmente de artistas, que no tienen particular talento para el arte que profesan, y a que los aplicaron desde su primera edad, o a impulso de que así les convenía, o dejándose alucinar de un aparente fervor que del mismo modo hubieran tenido para otro cualquier arte, si le hubiesen visto practicado. Aquel oye un tambor y se reputa general; este ve levantar una casa, y quiere ser arquitecto. El oficio que ve hacer atrae a cada uno, mientras vea que tiene estimación.

Conocí a un lacayo que, viendo pintar y dibujar a su amo, se le antojó ser pintor y dibujante. Al punto que hubo formado esta resolución, tomó el lapicero, que no dejó hasta coger el pincel, el cual no dejará en su vida. Sin lecciones ni reglas se puso a dibujar todo cuanto a la mano hallaba. Tres años enteros pasó pegado a sus mamarrachos, sin desprenderse de ellos un punto como no fuera para cosas de su servicio, y sin desalentarse con el poco adelanto que su corta habilidad le permitía. Le he visto por espacio de seis meses, de un verano muy caluroso, en una antesalilla, al mediodía, sentado o más bien clavado todo el día en una silla, delante de un globo, dibujar este globo, volverle a dibujar, empezar y volver a empezar sin interrupción hasta que hubo representado la curvatura de la esfera con la suficiente propiedad para quedar satisfecho con su trabajo. Al fin, con el valimiento de su

amo y guiado por un artista, ha logrado dejar la librea y sustentarse con su pincel.

La perseverancia suple hasta cierto término a la habilidad: este término le ha alcanzado y nunca irá más adelante. Son dignas de elogio la emulación y la constancia de este honrado mozo, y siempre le estimarán por su aplicación, su fidelidad y sus buenas costumbres; pero nunca pintará otra cosa que muestras de tienda.

¿Quién no se hubiera engañado con su fervor y no le hubiera tenido por señal de ingenio? Mucha diferencia hay de apasionarse por una ocupación a ser apto para ella. Más sagaces observaciones de lo que se piensan son necesarias para conocer la verdadera habilidad y gusto de un niño, que más que sus disposiciones manifiesta sus deseos, y que siempre juzgamos por estos, porque no sabemos estudiar aquellas. Quisiera que nos diese un escritor de juicio recto un tratado del arte de observar a los niños, arte que tanto importaría conocer, y del cual ni siquiera los elementos saben los maestros ni los padres.

Pero tal vez damos aquí demasiada importancia a la elección de un oficio. Puesto que solamente se trata de un trabajo manual, nada quiere decir esta elección para Emilio y ya tenemos más de la mitad del aprendizaje con los ejercicios en que hasta aquí te hemos ocupado. ¿Qué queréis que haga? Dispuesto está para todo; ya sabe manejar la pala y el azadón; sabe servirse del martillo, del torno, del cepillo, de la lima, y está familiarizado con las herramientas de todos los oficios. No se trata más que de adquirir en alguna de estas herramientas tan pronta y fácil práctica, que iguale a los mejores oficiales que las usen; y en este punto les saca a todos la imponderable ventaja de tener ágil el cuerpo y flexibles los miembros, para tomar sin dificultad todo género de posturas y prolongar sin esfuerzo toda especie de movimientos. Tiene, además, justos y bien ejercitados sus órganos, y ya conoce toda la mecánica de las artes. Sólo le falta la costumbre para trabajar tan bien como el maestro, y la costumbre se adquiere con el tiempo.

¿En cuál de los oficios, cuya elección tenemos que hacer, empleará el tiempo suficiente para hacerse práctico en él?

Dad al hombre un oficio que convenga a su sexo, y al joven uno que convenga a su edad; ni lo agrada ni le conviene toda profesión casera y sedentaria, que afemina el cuerpo y le torna débil. Nunca aspiré naturalmente un joven a ser sastre; y es necesario arte para inclinarse a este oficio mujeril al sexo para el cual no fue destinado<sup>88</sup>. No pueden unas mismas manos manejar la aguja y la espada. Si fuera yo soberano, sólo a las mujeres y a los cojos precisados a ocuparse como ellas, permitiría la costura y los oficios que con la aguja se hacen. Suponiendo necesarios los eunucos, hallo que es desvarío de los orientales el hacerlos. ¿Por qué no se contentan con los que ha hecho la naturaleza, con esa muchedumbre de hombres cobardes cuyo corazón ha castrado, y que les sobrarían para lo que necesitan? Todo hombre flaco, delicado, medroso, fue condenado por la naturaleza y destinado a vivir con las mujeres o al modo de ellas; ejercite, pues, alguno de los oficios que las son peculiares; y si son absolutamente necesarios verdaderos eunucos, redúzcanse a este estado los hombres que deshonran su sexo, empleándose en ministerios que no les convienen. Su elección indica el error de la naturaleza; pues enmendad este error.

Prohíbo, a mi alumno los oficios insanos, pero no los penosos, ni tampoco los peligrosos, que ejercitan a la par el ánimo y la fuerza, y son peculiares sólo de los hombres; las mujeres no los pretenden. ¿Cómo no tienen aquéllos vergüenza de introducirse en los que son de la jurisdicción de otro sexo?

Luctantur pauca, comedunt coliphia pauca.  
Vos lanara trahitis, calathisque peracta refertis  
Vellera<sup>89</sup>...

<sup>88</sup> En los pueblos antiguos no había sastres: los vestidos de las hombres los hacían en cada casa las mujeres.

<sup>89</sup> Lidian pocas, de atletas los manjares  
Pocas comen; vosotros hiláis lana

En Italia no se ven mujeres en las tiendas; y no puede imaginarse cosa más triste que la visita de las calles de este país, para los que están acostumbrados a las de Inglaterra y Francia. Cuando veía yo a mercaderes modistas que vendían a las damas cintas, blondas y felpilla, me parecían muy ridículos estos delicados arreos en manos toscas, que mejor soplarían la fragua y machacarían en el yunque. Decía yo que en aquel país deberían, por represalias, las mujeres establecer tiendas de armeros y espaderos. ¡Eh! que haga y venda cada uno las armas de su sexo, pues para conocerlas es preciso manejarlas.

Joven, imprime a tus trabajos la mano del hombre; aprende a manejar el hacha y la sierra, a cuadrar una viga, a subir a un tejado, a poner un techo, a afianzar las maestras y las soleras; y grita luego a tu hermana para que te venga a ayudar en tu tarea, así como te decía ella que trabajases tú en su punto de encaje.

Esto que digo es demasiado para mis agradables contemporáneos, bien lo veo; pero me dejo a veces llevar de la fuerza de las deducciones. Si un hombre, sea quien fuere, tiene vergüenza de trabajar en público armado de una azuela y un mandil de cuero por delante, sólo veo en él un esclavo de la opinión dispuesto a avergonzarse de sus buenas obras, así que ridiculicen al hombre de bien. Cedamos, no obstante, a la preocupación de los padres todo cuanto no puede perjudicar todas las profesiones útiles, para honrarlas todas; basta con no tener ninguna por inferior a nosotros. Cuando nos dan a escoger y nada nos determina por otra parte, ¿por qué no hemos de atenderá la decencia, a la inclinación, al agrado entre profesiones de la misma jerarquía? Útiles son los trabajos de los metales, y acaso los más útiles de todos; no obstante, sin especial razón que a o melle mueva, no haré a vuestro hijo herrador, cerrajero, ni herrero; no quisiera verle en la fragua con la figura de un cíclope. Tampoco le haré albañil, y mucho

---

Y en canastas lleváis vuestros hilados.

JUVENAL, Sat. II, vers. 53....

menos zapatero. Menester es que se ejerzan todos los oficios; pero quien puede escoger, ha de tener en cuenta la limpieza, porque en este punto no hay opinión, que los sentidos solos deciden. Finalmente, tampoco quisiera aquellas estúpidas profesiones, cuyos operarios sin industria y casi autómatas, siempre ejercitan sus manos en un mismo trabajo; tejedores, fabricantes de medias, aserradores de piedra; ¿para qué vale emplear en semejantes oficios a hombres que discurren, si son máquinas que mueven a otras?

Bien examinado todo, el oficio que más quisiera yo que agradase a mí alumno, seria el de ebanista, el cual es limpio, útil, se puede ejercitar dentro de casa, mantiene en suficiente movimiento el cuerpo, requiere industria y habilidad en el artífice, y no están excluidos, en la forma de las obras que determina la utilidad, el gusto y la elegancia. Y si el talento, de vuestro alumno tuviese una predilección particular a las ciencias especulativas, no desaprobaría yo que le dieseis un oficio conforme a sus inclinaciones; que aprendiese, por ejemplo, a fabricar instrumentos de matemáticas, lentes, telescopios, etc.

Cuando Emilio aprenda su oficio, quiero yo aprenderlo con él, porque estoy convencido de que nunca aprenderá bien lo que no aprendamos juntos. Así nos pondremos ambos en aprendizaje y no pretenderemos que nos traten como caballeros, sino como verdaderos aprendices que no lo son por vía de chanza ¿y por qué no lo hemos de ser de veras? Carpintero era el Zar Pedro en el astillero, y tambor en sus propias tropas. ¿Pensáis que este príncipe no era igual vuestro por su mérito y su cuna? Bien véis que esto no se lo digo a Emilio, sino a vos, cualquiera que seáis.

Desgraciadamente no podemos pasar todo nuestro tiempo en el banco del ebanista. No sólo somos aprendices del arte, somos también aprendices de hombre; y es más penoso y largo el aprendizaje de este oficio que del otro. ¿Pues qué haremos? ¿Tomaremos un maestro de acepillar una hora al día, como se toma un maestro de baile? No, que no seríamos aprendices, sino discípulos; y no es tanto nuestra ambi-

ción el aprender el oficio, como elevarnos al estado de ebanista. Así soy de parecer que vayamos una o dos veces a lo menos cada semana a pasar todo el día en casa del maestro, que nos levantemos a su hora, que nos pongamos al trabajo antes que él, que comamos a su mesa, que trabajemos bajo sus órdenes, y que después de haber tenido la honra de cenar con su familia, nos volvamos, si queremos, a dormir a casa en nuestros duros lechos. Así se aprenden muchos oficios a la par, y así se ejercita el trabajo manual, sin descuidar el otro aprendizaje.

Cuando hagamos el bien, seamos sencillos, y no reproduzcamos la vanidad con nuestro afán de combatirla. Estar ufanos por haber vencido las preocupaciones, es sujetarse a ellas. Dicen que por un antiguo estilo de la casa otomana, está obligado el Gran Señor a trabajar con sus manos; y todos saben qué obras que salen de mano, real no pueden menos de ser obras maestras. Distribuye, pues, con munificencia estas obras maestras a los potentados de la Puerta, y se paga la obra a proporción de la elevación del artífice. Lo malo que veo en esto no es la pretendida vejación que, por el contrario, es una cosa buena, porque precisando a los grandes a que partan con él los despojos del pueblo, eso menos le roba directamente el príncipe. Alivio necesario del despotismo es éste, y sin él no pudiera subsistir este horroroso gobierno.

El verdadero inconveniente de este uso consiste en la idea que a este pobre hombre le da de su mérito, que, como el rey Midas, ve que se convierte en oro todo cuando toca, y no mira las orejas tan largas que a vueltas de eso le salen. Para que se le queden cortas a mi Emilio, preservemos sus manos de tan rico talento y provenga el valor de la obra y no del artífice. No consintamos nunca que juzguen de las suyas, como no sea comparándolas con las de buenos maestros; valúese su trabajo por el trabajo mismo y no porque es suyo. Decid de lo que esté bien hecho *Esto está bien hecho*; pero no añadáis: *¿Quién lo hizo?* Si dice él mismo, en ademán ufano y satisfecho: *Pues yo lo he*

*hecho*, respondedle con reposada voz: *Tú u otro nada importa; ello está bien trabajado.*

Guárdate, sobretodo, buena madre, de las mentiras que te preparan. Si sabe tu hijo muchas cosas, desconfía de todo cuanto sepa: perdido está si tiene la desgracia de ser rico y educarse en París. Mientras esté con artistas hábiles, poseerá todos los talentos de estos; pero, en apartándose de ellos, solamente el pobre es ignorante. Esta capital está llena de aficionados, y más aún de aficionadas que componen sus obras con ayuda de vecino. Sé de tres honrosas excepciones en hombres, y puede haber más; pero no sé ninguna en mujeres, y dudo que las haya. Generalmente se cobra fama en las artes como en el foro; y se hace uno artista y juez de los artistas, como doctor en leyes y magistrado.

Si quedara de una vez bien establecido que es excelente cosa saber un oficio, en breve lo sabrían vuestros hijos sin aprenderlo, y se examinarían de maestros como los consejeros de Zurich. Nada de ese ceremonial para Emilio; nada de apariencias, la realidad siempre. No digan que sabe, y aprenda él en silencio; haga siempre obras maestras y no se examine nunca de maestro; no se muestre obrero por el título, sino por el trabajo.

Si hasta aquí me he dado a entender, debe concebirse cómo con el hábito del ejercicio corporal y del trabajo manual, aficiono poco a poco a mi alumno a la reflexión y a la meditación, para contrapesar en él la pereza que resultaría de su indiferencia a los juicios de los hombres y de la calma de sus pasiones. Preciso es que trabaje como un rústico y piense como un filósofo, para que no sea tan haragán como un salvaje. Todo el misterio de la educación se cifra en que siempre los ejercicios del cuerpo y los del ánimo se sirvan de desahogo unos a otros.

Guardémonos, sin embargo, de anticipar las instrucciones que piden más maduro entendimiento. No será Emilio mucho tiempo artesano sin sentir por sí propio la desigualdad de condiciones, que prime-

ro apenas había columbrado. Conforme a las máximas que yo le he enseñado, me querrá recíprocamente examinar. Como todo lo recibe de mí solo, y se encuentra tan cerca del estado de pobreza, querrá saber por qué estoy yo tan distante de él, y acaso me hará preguntas escabrosas, que me cojan desapercibido. «Usted es rico; me lo ha dicho así, y lo veo. También, el rico debe su trabajo a la sociedad, puesto que es hombre. ¿Pero qué hace usted por ella? » ¿Qué contestaría a esto un buen perceptor? No lo sé. Acaso sería tan tonto que hablase al niño de los afanes que por él se toma. Por lo que a mi hace, el taller me saca del atolladero. «Esa, querido Emilio, es una excelente pregunta; y te prometo, en cuanto a mí toca, responder a ella, cuando por lo que tocara a ti respondas de modo, que quedes satisfecho. Entretanto cuidaré de restituir a los pobres y a ti lo que tengo de sobra y en hacer cada semana una mesa o un banco, a fin de no ser totalmente inútil para todo.»

Ya hemos vuelto a nosotros mismos. Nuestro niño, próximo a dejar de serlo, ha entrado dentro de sí y más que nunca siente la necesidad que le encadena con las cosas. Después de haber ejercitado primero su cuerpo y sus sentidos, hemos ejercitado su espíritu y su razón; finalmente, hemos reunido el uso de sus miembros con el de sus facultades; hemos hecho un ser activo y pensador; para completar el hombre, sólo nos queda hacer un ser amante y sensible, esto es, perfeccionar la razón por el sentimiento. Pero, antes que nos metamos en este nuevo orden de cosas, contemplemos aquel de donde salimos, y veamos, con la mayor exactitud posible, hasta dónde hemos llegado.

Al principio nuestro alumno sólo tenía sensaciones; ahora tiene ideas: sólo sentir sabía, y ahora juzga; porque de la comparación de muchas sensaciones sucesivas o simultáneas, y del juicio que uno forma de ellas, resulta una especie de sensación mixta o compleja, que llamo yo idea. El modo de formar las ideas es lo que caracteriza el entendimiento humano. El que sólo forma sus ideas arreglándose a las relaciones reales, es un entendimiento sólido; el que ve las relaciones



tales cuales son, un entendimiento justo: el que las valúa mal, un entendimiento torcido; el que se fragua imaginarias relaciones que no tienen realidad ni apariencia, es un loco; el que no compara, un simple. La mayor o menos aptitud para comparar ideas y hallar relaciones, es lo que constituye en los hombres el mayor o menos entendimiento, etc.

Las ideas sencillas no son más que sensaciones comparadas. Hay juicios en las sensaciones simples, lo mismo que en las sensaciones complejas, que llamo yo ideas simples. En la sensación, el juicio es meramente pasivo, afirma que se siente lo que se siente. En la percepción o idea, el juicio es activo; aproxima, compara, determina relaciones que no determina el sentido. Esta es toda la diferencia, pero es considerable. Nunca nos engaña la naturaleza; siempre somos nosotros los que nos engañamos.

Digo que es imposible que nos engañen nuestros sentidos, porque siempre es cierto que sentimos lo que sentimos; y en eso tenían razón los epicúreos. Las sensaciones hacen que incurramos en errores sólo por el juicio que nos place juntar con ellas cerca de las causas productivas de estas mismas sensaciones, o cerca de las relaciones que entre sí tienen, o cerca de la naturaleza de los objetos que nos hacen percibir. En esto sí que se engañaban los epicúreos, afirmando que los juicios que formábamos en conformidad de nuestras sensaciones, nunca eran errados. Sentimos nuestras sensaciones; mas no sentimos nuestros juicios, que los producimos.

Veo servir a un niño de ocho años un queso helado; lleva la cuchara a la boca, sin saber lo que es, y sobrecogido por el frío grita: *¡Ah, esto quema!* Experimenta una sensación vivísima, no conoce otra más viva que el calor del fuego y cree que ésta es la que siente. No obstante, se engaña; el frío que experimenta le causa dolor, pero no le quema; ni son semejantes estas dos sensaciones, puesto que los que han experimentado una y otra no las confunden. Luego no es la sensación la que engaña, sino el juicio que de ella se forma.

Lo mismo sucede con quien ve por primera vez un espejo o una máquina de óptica, o el que entra en un hondo sótano en lo más fuerte del invierno o del verano, o el que mete en agua tibia la mano muy fría o muy caliente, o el que hace rodar entre dos dedos cruzados una bolita, etc. Si se limita a decir lo que percibe, lo que siente, siendo meramente pasivo su juicio, imposible es que se engañe; pero cuando juzga de la realidad por la apariencia, es activo, compara, establece por inducción relaciones que no percibe; entonces se engaña, o se puede engañar, y necesita de la experiencia para enmendar o precaver el error.

Enseñad de noche a vuestro alumno nubes que pasen entre él y la luna; creará que la luna es la que corre en sentido contrario y que las nubes están paradas. Lo creará así por una precipitada inducción, porque ve que, por lo común, se mueven los objetos chicos y no los grandes, y porque las nubes le parecen mayores que la luna, cuya distancia no puede calcular. Cuando en un barco que va navegando, contempla desde algo lejos la orilla, incurre en el opuesto error, y cree que ve correr la tierra, porque como no siente que se mueve, considera el barco, la mar o el río, y todo su horizonte, como un todo inmóvil, del cual sólo una parte le parece la orilla que ve correr.

La primera vez que un niño ve un palo metido hasta la mitad en el agua, ve un palo roto; la sensación es verdadera, y no dejaría de serlo aun cuando no supiésemos la causa de esta apariencia. Así, si le preguntáis lo que ve, dice que un palo roto, y dice la verdad, porque es ciertísimo que tiene la sensación de un palo roto. Pero cuando, engañado por su juicio, se adelanta a más y después de haber afirmado que ve un palo roto, afirma que lo que ve es efectivamente un palo roto, entonces dice cosa falsa. ¿Y por qué? Porque en tal caso se hace activo, y ya no juzga por inspección, sino por inducción, y afirma lo que no siente; es decir, que el juicio que recibe por un sentido le ha de confirmar otro.

Puesto que todos nuestros errores proceden de nuestros juicios, claro es que si nunca tuviéramos necesidad de juzgar, tampoco la tendríamos de aprender; nunca nos hallaríamos en caso de engañarnos; seríamos más felices con nuestra ignorancia que podemos serlo con nuestro saber. ¿Quién niega que los sabios conocen mil cosas verdaderas, que nunca sabrán los ignorantes? ¿Están por eso aquellos más cerca de la verdad? Muy al contrario; más se desvían cuanto más adelantan, porque como hace todavía más progresos la vanidad de juzgar que las luces, cada verdad que aprenden se presenta en unión de cien juicios erróneos. Es evidente que las doctas corporaciones de Europa no son otra cosa que escuelas públicas de mentira; y de seguro más errores acreditados hay en la Academia de Ciencias, que en todo un pueblo de Hurones.

Puesto que cuanto más saben los hombres más se equivocan, la ignorancia es el único medio de evitar el error. No juzguéis, y nunca os engañaréis: lección es esta de la naturaleza no menos que de la razón. Exceptuando las relaciones inmediatas en cortísimo número y muy palpables que las cosas tienen con nosotros, naturalmente tenemos una profundísima indiferencia respecto de todo lo demás. No volvería un salvaje la cabeza por ir a ver el juego de la más hermosa máquina y todos los portentos de la electricidad. *¿Qué me importa?* es la expresión más común del ignorante y la que más conviene el sabio.

Pero, desgraciadamente ya no aceptamos esa expresión. Todo nos importa desde que de todo pendemos; y con nuestras necesidades se explaya necesariamente nuestra curiosidad. Por eso le doy yo una muy grande al filósofo y no se la doy al salvaje. Este de nadie necesita: el otro necesita de todo el mundo, y sobre todo de admiradores.

Se me dirá que salgo de la naturaleza; no lo creo. Esta escoge sus instrumentos y no los arregla por la opinión, sino por la necesidad. Ahora bien, según la situación de los hombres varían las necesidades. Mucha diferencia hay entre el hombre natural que vive en el estado de

naturaleza y el hombre natural que vive en el estado de sociedad. No es Emilio un salvaje que ha de ser relegado en un páramo, sino salvaje destinado a vivir en las ciudades. Conviene que sepa hallar en ellas lo que necesite, sacar utilidad de sus moradores y vivir, si no como ellos, a lo menos con ellos.

Puesto que en medio de tantas nuevas relaciones de que va a depender tendrá que juzgar aunque no quiera, enseñémosle a que juzgue con acierto.

La mejor manera de aprender a juzgar con acierto es la que más conduce a simplificar nuestras experiencias y aun a poderlas omitir, sin incurrir en errores; de donde se infiere que, después de haber verificado mucho tiempo las relaciones de un sentido por las de otro, también es necesario aprender a verificar las relaciones de cada sentido por él mismo y sin recurrir a otro ; cada sensación se nos convertirá entonces en una idea y será siempre esta idea conforme a la verdad. Esta es la especie de peculio que he procurado formar en esta tercera edad de la vida humana.

Este modo de proceder exige una paciencia y circunspección de que son capaces pocos maestros, y sin la cual nunca aprenderá a juzgar el discípulo. Si cuando éste, por ejemplo, se engaña acerca de la experiencia del palo roto, os dáis prisa a sacar el palo del agua para manifestarle su error, acaso le desengañaréis; pero ¿qué le enseñaréis? nada más de lo que hubiera aprendido por sí propio. ¡Oh, no es eso lo que hay que hacer! Menos se trata de enseñarle una verdad, que de hacerle ver cómo se ha de conducir para descubrirla siempre. Para instruirle mejor, no se le ha de desengañar tan pronto. Sirvamos Emilio y yo de ejemplo.

Primeramente, todo niño que haya recibido la educación ordinaria no dejará de responder en sentido afirmativo a la segunda de las dos preguntas propuestas. Dirá que de seguro está el palo roto; pero dudo mucho que Emilio me de la misma respuesta. No viendo que sea necesario tener ciencia ni aparentarla, nunca se da prisa a juzgar; si lo

hace es sólo por la evidencia, y está muy distante de encontrarla en esta ocasión, sabiendo cuán expuestos a ilusión están nuestros juicios por las apariencias, aunque no sea más que en la perspectiva.

Por otra parte, como sabe ya por experiencia que mis más frívolas preguntas llevan siempre un propósito que no percibe al principio, no tiene costumbre de responder atolondradamente a ellas; por el contrario, desconfía, pone mucha atención y las examina muy despacio antes de responder. Nunca me da una respuesta sin estar satisfecho con ella, y es muy mal contentadizo. Por fin, ni él ni yo estamos seguros de saber la verdad de las cosas, sino sólo de que no incurrimos en errores. Mucha más confusión nos causaría el contentarnos con una razón que no fuese buena, que el no hallar ninguna. *No sé*, es una expresión que a entrambos nos sienta bien, y que con tanta frecuencia repetirnos, que ya nada cuesta a uno ni a otro. Pero sea que no caiga en este atolondramiento, o sea que con nuestro cómodo *no sé* lo evite, mi réplica es la misma; veamos, examinemos. Este palo que tiene la mitad dentro del agua está fijo en situación perpendicular. Antes que le saquemos del agua, o pongamos en él mano, ¡cuántas cosas tenemos que hacer para saber, si como parece, está roto!

1° Desde luego damos una vuelta en derredor del palo y vemos que la rotura la da con nosotros. Luego nuestra vista es la que la muda de lugar, y la vista no mueve los cuerpos.

2° Miramos bien a plomo por la punta del palo que está fuera del agua; entonces ya no es curvo, y el cabo inmediato a nuestro ojo nos oculta exactamente la otra extremidad<sup>90</sup>. ¿Hemos puesto recto el bastón con nuestra vista?

3° Agitamos la superficie del agua, y vemos que se dobla el palo en muchas piezas, que se mueve haciendo ángulos y sigue las ondula-

---

<sup>90</sup> Después he hallado lo contrario con una experiencia más exacta. La refracción obra circularmente y parece más grueso el palo por el cabo metido en el agua que por el otro; pero esto no disminuye la fuerza del raciocinio, ni es menos justa la consecuencia que sacamos.

ciones del agua. ¿Basta, pues, el movimiento que damos al agua, para romper, ablandar y derretir el palo?

4º Damos salida al agua y vemos que se endereza el palo poco a poco, a medida que aquella va bajando. ¿No es esto más que lo suficiente para aclarar el hecho y encontrar la refracción? Luego no es cierto que nos engañe la vista, puesto que no necesitamos más que de ella para rectificar los errores que la atribuimos.

Supongamos al niño lo bastante torpe para no dar con el resultado de estas experiencias; entonces es cuando se ha de llamar el tacto en socorro de la vista. En vez de sacar el palo agua, dejadle quieto, y pase el niño la mano por él de un cabo a otro; no sentirá ángulo; luego no está roto el palo.

Me diréis que aquí no solo hay juicios, sino racionios en forma. Verdad es. Mas ¿no veis que luego que nuestro espíritu ha llegado hasta las ideas, todo juicio es un racionio? La conciencia de toda sensación, es una proposición, un juicio; luego así que uno compara una sensación con otra, racionia. El arte de juzgar y el de racioniar son exactamente una mismo. O nunca sabrá Emilio la dióptrica, o quiero que la aprenda en derredor de este palo. No habrá disecado insectos; no habrá contado las manchas del sol; no sabrá qué es un microscopio ni un telescopio; nuestros doctos alumnos se burlarán de su ignorancia. Tendrán razón, porque antes que se sirva de estos instrumentos, quiero que los invente, y bien veis que esto requiere mucho tiempo.

Tal es el espíritu de todo mi método en la parte presente. Si el niño quiere hacer rodar una bolita entre dos dedos cruzados, y cree que siente dos bolas, no le dejaré que mire, hasta tanto que se convenza de que no hay más que una.

Bastarán estas aclaraciones, según creo, para señalar con claridad los progresos que hasta aquí ha hecho el entendimiento, de mi alumno y el camino que en ellos ha seguido. Pero acaso os asusta la muchedumbre de cosas que he presentado a sus ojos; teméis que

abrume su inteligencia con tanto número de conocimientos, y es todo lo contrario, que más le enseñe a que los ignore que a que los adquiera. Le muestro la senda de la ciencia, llana en verdad, pero larga, inmensa, y que se anda con lentos pasos; le hago que dé los primeros para que reconozca la entrada, pero no le permito que se meta muy adentro.

Obligado a aprender por sí mismo, usa de su razón, no de la ajena; pues para que no tenga influjo ninguno el parecer de los demás, no sé conceder influencia a la autoridad; y la mayor parte de nuestros errores nos vienen mucho menos de nosotros que de los demás. Debe resultar de este continuo ejercicio un vigor de espíritu semejante al que con el trabajo y la fatiga adquiere el cuerpo. Otra ventaja se saca de esto, y es que sólo adelanta a proporción de sus fuerzas. Ni el espíritu ni el cuerpo llevan más carga que la que pueden llevar. Cuando se apropia el entendimiento las cosas, antes de depositarlas en la memoria, lo que luego saca de ella es suyo propio; pero si se ha cargado la memoria sin consultarle, se expone uno a no sacar de esta nada que sea propio del entendimiento.

No tiene Emilio muchos conocimientos, pero los que tiene son verdaderamente suyos, y nada sabe a medias. En el corto número de cosas que sabe bien, la más importante es que hay muchas que ignora y que un día puede saber, muchas más que saben otros y que no sabrá él en su vida, y una infinidad de ellas que nunca sabrá hombre alguno. Tiene un espíritu universal, no por las luces sino por la facultad de adquirirlas; un espíritu despejado, inteligente, apto para todo, y como dice Montaigne, si no instruido, inestructible. Bástame con que sepa hallar el *para qué* sirve en todo cuanto haga, y el *por qué* en todo cuanto crea; porque repito que no es mi objeto darle ciencia, sino enseñarle a que la adquiera cuando la necesite, hacer que la aprecie exactamente en lo que vale, y que ame la verdad sobre todas las cosas. Con este método se adelanta poco, más no se da nunca un paso inútil y nunca es necesario retroceder.

Emilio sólo tiene conocimientos naturales y meramente físicos. Ni siquiera sabe el nombre, de la historia, ni lo que es metafísica y moral. Conoce las relaciones esenciales del hombre con las cosas, pero no las relaciones morales del hombre con el hombre. Apenas sabe generalizar algunas ideas y hacer pocas abstracciones. Ve cualidades comunes de ciertos cuerpos, sin raciocinar acerca de ellas en sí mismas. Conoce la extensión abstracta con el auxilio de las figuras del álgebra: estas figuras y estos signos son el apoyo de estas abstracciones, en que descansan sus sentidos. No procura conocer las cosas por su naturaleza, sino por las relaciones que le interesan, ni aprecia lo que es ajeno de él de otro modo que con relación a sí mismo; pero su valuación es exacta y segura, pues no tienen cabida en ella la convención y el capricho. De lo que hace más aprecio, es de aquello que le es más útil; y como siempre tiene este modo de apreciar las cosas, nunca abre puerta a la opinión.

Emilio es laborioso, templado, sufrido, entero, animoso. No inflamada su imaginación nunca le abulta los peligros, pocos son los males que siente, y sabe padecer con calma, porque no ha aprendido a disputar con el destino. En cuanto a la muerte, todavía no está muy cierto de lo que sea: pero acostumbrado a sujetarse sin resistir a la ley de la necesidad, cuando fuere necesario morir, morirá sin bregar ni sollozar, que es todo cuanto permite la naturaleza en este instante abominado de todos. Vivir libre y suavemente encadenado con las cosas humanas, es el mejor modo de aprender a morir.

En una palabra, Emilio posee la virtud en todo cuanto tiene relación con él mismo. Para poseer también las virtudes sociales, únicamente le falta conocer las relaciones que las requieren; fáltanle las luces que está preparado a recibir su espíritu.

Se considera sin relación con los demás, y lleva a bien que no piensen los otros en él. Nada exige de nadie, y cree que a nadie debe nada. Solo está en la sociedad humana, consigo solo hace cuenta, y también tiene más derecho a contar consigo propio, porque es todo



cuanto puede ser uno de su edad. No tiene errores, o sólo tiene aquellos que son para nosotros inevitables; no tiene vicios, o sólo tiene aquellos de que ningún mortal puede preservarse. Tiene sano el cuerpo, ágiles los miembros, justo y despreocupado el ánimo, libre y exento de pasiones el corazón. El amor propio, que es la más natural y la primera de todas ellas, apenas si en él todavía se ha despertado. Sin perturbar el sosiego de nadie ha vivido satisfecho, libre y feliz, en cuanto se lo ha permitido la naturaleza. ¿Os parece que un niño, que de esta manera ha cumplido sus quince años, ha perdido todos los pasados?

## LIBRO CUARTO

¡Cuán rápidamente pasamos por la tierra! Antes que conozcamos el uso de la vida, ya es ido el primer cuarto; el cuarto último huye cuando hemos cesado de disfrutarla. Primero no sabemos vivir; en breve ya no podemos; y del intervalo que separa estos dos extremos inútiles, los tres cuartos del tiempo restantes se los llevan el sueño, la fatiga, el dolor, la sujeción, todo género de penalidades. La vida es corta, no tanto por lo poco que dura, cuanto porque de eso poco apenas hay rato que gocemos de ella. Vano es que la hora de la muerte se halle distante del punto del nacimiento; sobrado breve será la vida, si no se llena bien este espacio.

Nacemos, por decirlo así, en dos veces; una para existir, otra para vivir; para la especie la una, y la otra para el sexo. Sin duda yerran los que miran a la mujer como un hombre imperfecto; la analogía exterior milita en favor de ellos. Hasta la edad núbil no descubren las criaturas de ambos sexos apariencia ninguna que las distinga; el mismo semblante, la misma figura, el mismo color, en todo son iguales; criaturas son los chicos y criaturas las chicas; un mismo nombre califica seres tan semejantes. Los varones a quienes impiden el ulterior desarrollo del sexo, toda su vida conservan esta conformidad y siempre son criaturas adultas, y las mujeres, que no la pierden, parece que bajo muchos aspectos nunca sean otra cosa.

Pero, en general, el hombre no está destinado a permanecer siempre en la niñez, pues sale de ella en la época que ha prescrito la naturaleza, y aunque bien fugaz este instante crítico, su influjo se extiende muy adelante.

Así como el bramido del mar desde lejos precede a la tormenta, así también anuncia esta tempestuosa revolución el murmullo de las nacientes pasiones, y una sorda fermentación con que se previene la cercanía del peligro. Mudanza de genio, frecuentes enfados, agitación

continua de ánimo tornan casi indisciplinable el niño; sordo ahora a la voz que ola con docilidad, es el león con la calentura; desconoce a quien le gula y no quiere ya ser gobernado.

A los signos morales de una índole que se altera, se unen sensibles mudanzas en todo su exterior. Desenvuélvese su fisonomía, y se imprime en ella su sello característico; pardea y toma consistencia el vello suave que crece bajo sus mejillas; muda su voz, o más bien la pierde; no es niño, ni hombre, y no puede tomar el habla de uno ni de otro. Sus ojos, los órganos del alma, que hasta ahora nada decían, hallan su expresión y su lengua; animalos un ardor naciente; todavía reina la santa inocencia en sus vivas miradas, pero ya han perdido su primera sencillez, y advierte que pueden decir mucho; empieza a saber lo que siente, y está inquieto sin motivo para estarlo. Todo esto puede venir despacio, y dejarle tiempo todavía; pero si es sobrado impaciente, su viveza, si se convierte en furia su arrebato, si de un instante a otro se enternece y se irrita, se vierte llanto sin causa, si cuando se arrima a los objetos que empiezan a serle peligrosos, se agita su pulso y sus ojos se inflaman, si se estremece cuando la mano de una mujer toca su mano, si ante ella se turba y se intimida, Ulises, cuerdo Ulises, mira por ti; abiertas están las odres que con tanto afán guardabas cerradas, sueltos están ya los vientos; no abandones un punto el timón, o todo se ha perdido.

Este es el segundo nacimiento de que he hablado; aquí nace de verdad el hombre a la vida, y nada humano es ajeno de él. Hasta aquí nuestros afanes no han sido otra cosa que juegos de niños; ahora es cuando adquieren verdadera importancia. Esta época, en que se concluyen las educaciones ordinarias, es propiamente aquella en que ha de empezar la nuestra; mas para exponer bien este nuevo plan, tomemos desde más arriba el estado de las cosas que tienen relación con él.

Nuestras pasiones son los principales instrumentos de nuestra conservación; luego tan vana como ridícula empresa es intentar destruirlas; esto es censurar la naturaleza y querer reformar la obra de

Dios. Si dijera Dios al hombre que aniquilase las pasiones que le da, querría Dios y no querría, y se contradiría a sí propio. Nunca dictó tan desatinado precepto, no hay escrita semejante cosa en el corazón humano; lo que quiere Dios que haga un hombre, no hace que otro hombre se lo diga; se lo dice él mismo, y lo escribe en lo íntimo de su corazón.

Por loco tendría a quien quisiera estorbar que naciesen las pasiones, casi por tan loco como el que quisiese aniquilarlas; y, ciertamente, me habrían entendido muy mal los que creyesen que semejante proyecto hubiera sido el mío hasta aquí.

Pero ¿razonaría bien quien dedujese, porque es natural al hombre tener pasiones, que son naturales todas cuantas sentimos en nosotros y vemos en los demás? Natural es su fuente, es verdad, pero corre abultada por mil raudales extraños; y es un caudaloso río que sin cesar se enriquece con nuevas aguas, y en que apenas se encontrarían algunas gotas de las suyas primitivas. Nuestras pasiones naturales son muy limitadas; son instrumentos de nuestra libertad, que conspiran a nuestra conservación todas cuantas nos esclavizan y nos destruyen, no nos las da la naturaleza, nos las apropiamos nosotros en detrimento suyo.

La fuente de nuestras pasiones, el origen y principio de todas las demás, la única que nace con el hombre, y mientras vive nunca le abandona, es el amor de sí mismo: pasión primitiva, innata, anterior a cualquiera otra, de la cual se derivan, en cierto modo, y a manera de modificaciones, todas las demás. En este sentido son todas, si queremos, naturales. Pero la mayor parte de estas modificaciones tienen causas extrañas, sin las cuales nunca existirían; y estas modificaciones, lejos de sernos provechosas, nos son perjudiciales, pues mudan su primer objeto y pugnan con su principio; entonces se encuentra el hombre fuera de la naturaleza y se pone en contradicción consigo mismo.

Siempre es bueno el amor de si mismo, pero conforme al orden. Encargado con especialidad cada uno de su propia conservación, su más importante y primera solicitud debe ser el velar sobre ella continuamente; ¿y cómo ha de estar siempre en vela, si no le mueve el más vivo interés?

Preciso es, pues, que nos amemos para conservarnos, y que nos amemos más que todas las cosas; por consecuencia inmediata de este mismo afecto, amamos lo que nos conserva. Todo niño se aficiona a su nodriza, Rómulo se debió aficionar a la loba que le daba el pecho. Esta afición es al principio meramente maquinal. A todo individuo le atrae lo que favorece su bienestar, y le repele lo que le perjudica; esto no es más que un ciego instinto. Lo que transforma en afecto este instinto, en amor la afición, la aversión en odio, es la intención manifiesta de perjudicarnos o sernos útil. Nadie se apasiona por los seres insensibles que siguen el impulso que les han dado; pero aquellos de quienes esperamos daño o beneficio en fuerza de su disposición interna, de su voluntad, los que vemos que libremente obran en nuestro favor o en contra nuestra, nos inspiran afectos análogos a los que nos manifiestan. Buscamos lo que nos sirve, pero amamos lo que nos quiere servir; huimos lo que nos perjudica, pero aborrecemos lo que quiere hacernos mal.

El primer afecto de un niño es amarse a si propio; y él, segundo, que del primero se deriva, amar, a los que le rodean; porque en el estado de flaqueza en que se halla, sólo conoce las personas por la asistencia y las atenciones que recibe. Primero la afición que tiene a su nodriza y a su niñera no es más que hábito; las busca porque las necesita, y, porque se encuentra bien con ellas; es más egoísmo en él que benevolencia. Mucho tiempo se necesita para que comprenda que no sólo le son útiles, sino que quieren serlo; y, entonces es cuando empieza a quererlas.

Por consiguiente un niño, se inclina de modo natural a la benevolencia, porque ve que todo cuanto, a él se acerca tiene propensión a

asistirle; y de esta observación saca la costumbre de un afecto propicio a su especie; pero, a medida que extiende sus relaciones, sus necesidades, sus dependencias activas o pasivas, se despierta el afecto de sus relaciones con otro y produce el de las obligaciones y preferencias. Tórnase entonces el niño imperioso, celoso, engañador y vengativo. Si le obligan a que obedezca, como no ve para qué sirve lo que le mandan, lo atribuye a intención de atormentarle, y se enfurece. Si le obedecen a él, así que algo se le resiste, lo mira como una rebeldía, como una determinación de hacerle mal; aporrea la silla o la mesa, porque le ha desobedecido. El amor de sí mismo, que sólo a nosotros se refiere, está contento cuando se hallan satisfechas nuestras verdaderas necesidades; pero el amor propio que se compara, nunca está contento ni puede estarlo, porque como nos prefiere este afecto a los demás, también exige que nos prefieran los demás a ellos, cosa que no es posible. De este modo nacen del amor propio las irascibles y rencorosas; de suerte que lo que hace al hombre esencialmente bueno, es tener pocas necesidades, y compararse poco con los demás, y, esencialmente malo, el tener muchas necesidades y adherirse mucho a la opinión. Fácil es ver por este principio, cómo se pueden encaminar a lo bueno o a lo malo todas las pasiones de los niños y los hombres. Verdad es que no pudiendo siempre vivir solos, con dificultad vivirán siempre buenos, y que necesariamente, crecerá esta dificultad aumentándose sus relaciones; y en este particularmente los riesgos de la sociedad nos hacen más indispensables la diligencia y el arte para precaver en el corazón humano la depravación que nace de sus nuevas necesidades.

El estudio conveniente para el hombre es el de sus relaciones. Mientras que sólo se conoce por su ser físico, se debe estudiar en sus relaciones con las cosas, que es el empleo de su niñez; cuando empieza a sentir su ser moral, se debe estudiar en sus relaciones con los hombres, que es el empleo de toda su vida, comenzando desde el punto a que ya hemos llegado.

Tan pronto como el hombre necesita una compañera, ya no es un ser aislado, ni está solo su corazón. Con ésta nacen todas sus relaciones con su especie, y todas las afecciones de su alma; y en breve su pasión primera hace que fermenten todas las demás.

La inclinación del instinto es indeterminada; un sexo es atraído hacia otro; este es el movimiento de la naturaleza. La elección, las preferencias, el cariño personal; son producto de las luces, las preocupaciones y la costumbre; es menester conocimientos y tiempo para hacernos *aptos* para el amor; sólo después de juzgar amamos, y no preferimos hasta haber comparado. Fórmanse estos juicios sin que pensemos en ello; mas no por eso son menos reales. Digan lo que quieran, siempre honrarán los hombres el amor verdadero; porque, si bien nos descarrían sus arrebatos, y no excluye del pecho que le siente cualidades odiosas, o a veces las engendra, no obstante supone otras apreciables, sin las cuales no sería el amante capaz de serlo. Esta elección, que dicen ser opuesta a la razón, proviene de ella. Al amor le pintan ciego porque tiene ojos más penetrantes que los nuestros y ve relaciones que no podemos distinguir. Toda mujer sería igualmente buena para quien no tuviese idea ninguna del mérito ni la belleza, y la más próxima sería siempre la más amable. Lejos de venir el amor de la naturaleza, él es, por el contrario, freno y regla de las inclinaciones de aquella; por él, fuera del objeto amado, nada es un sexo con respecto al otro.

La preferencia que uno da, quiere obtenerla; el amar debe ser mutuo. Para ser amado es preciso hacerse amable; para ser preferido, es preciso hacerse más amable que ningún otro, al menos a los ojos del objeto amado. De aquí la primera contemplación de sus semejantes; las primeras comparaciones con ellos; la emulación, las rivalidades, los celos. Lleno el pecho de un afecto que rebosa, anhela por verterse fuera; en breve de la necesidad de una dama nace la de un amigo. El que siente cuán suave es ser amado, quisiera que todo el mundo le amara; y cuando todos aspiran a preferencias, no puede me-

nos de haber muchos mal satisfechos. Con el amor y la amistad nacen las disensiones, los odios y las maldades. Sobre tantas pasiones diversas, veo que se erige la opinión un trono incontrastable, y que los estúpidos mortales, siervos de su imperio, fundan su propia existencia en ajenos juicios.

Ampliad estas ideas, y veréis de dónde proviene a nuestro amor propio la forma que le es natural; y cómo cesando de ser un afecto absoluto el amor de sí mismo se convierte en altivez en los ánimos fuertes, en vanidad en los apocados, y en todos se alimenta a costa del prójimo. No teniendo germen esta especie de pasiones en el corazón de los niños, no pueden brotar por sí solas; nosotros somos los que las plantamos, y nunca echan en ellos raíces, como no sea por nuestra culpa. Mas no sucede lo mismo en el corazón del joven; hágase lo que se quiera, contra nuestra voluntad nacerán en él. Así que es tiempo de variar de método.

Empecemos con algunas importantes reflexiones acerca del estado crítico de que aquí se trata. No ha determinado de tal modo la naturaleza el tránsito de la infancia a la pubertad, que en los individuos no varíe según los temperamentos, y en los pueblos, según los climas. Saben todos las diferencias que en esta parte se observan en los países fríos y en los cálidos, y ve cada uno que se forman los temperamentos ardientes antes que los demás; pero es fácil engañarse acerca de las causas, atribuyendo con frecuencia a lo físico lo que se debe imputar a lo moral; que es uno de los más frecuentes abusos de la filosofía de nuestro siglo. Lentas y tardías son las instrucciones de la naturaleza; las de los hombres casi siempre prematuras. En el primer caso, los sentidos despiertan la imaginación; en el segundo, la imaginación despierta los sentidos y les da una precoz actividad, que no puede menos que enervar y debilitar primero a los individuos, y más tarde a la especie. Más cierta y más general observación que la de la eficacia de los climas, es que siempre es más temprana la pubertad y la potencia del sexo en los países instruidos y cultos que en los ignorantes y bár-



baros<sup>91</sup>. Tienen los niños una rara sagacidad para penetrar por medio de los melindrosos adornos de la decencia las malas costumbres que encubren. El apurado estilo que les dictan, las lecciones de honestidad que les dan, el velo misterioso que afectan correr ante sus ojos son cebos que incitan su curiosidad. Por el modo como obran con ellos, es claro que lo que fingen ocultarles, eso quieren que aprendan; y de todas cuantas instrucciones les dan, esta es la que más les aprovecha.

Consultad la experiencia y comprenderéis hasta qué punto acelera este desatinado método la obra de la naturaleza y estraga el temperamento. Está es una de las causas principales de que degeneren las castas en las ciudades. Exhaustos muy en breve los jóvenes, se quedan pequeños, endebles, mal formados, envejecen en vez de crecer, como desfallece y muere antes del otoño; la vid que forzaron a dar fruto en primavera.

Es preciso haber vivido en pueblos rudos y sencillos; para saber hasta qué edad puede una venturosa ignorancia dilatar la inocencia de los años. Un espectáculo que causa risa y ternura, es ver ambos sexos entregados a la confianza de su corazón, en la flor de la edad y la hermosura prolongar los cándidos juegos de la niñez, y con su fami-

---

<sup>91</sup> «En las ciudades, dice Buffon, y entre la gente rica acostumbrada a alimentos abundantes y suculentos, llegan los niños antes a este estado; en el campo y entre la gente pobre son más tardíos; porque se alimentan poco y mal; necesitan dos o tres años más.» (*Hist. Nat.*, IV, p. 238 in-12.) Admito la observación, mas no la aplicación, puesto que en los países donde los aldeanos comen mucho y viven muy bien, como en Valois y ciertos lugares montañosos de Italia, por ejemplo el Friuli, es también más tardía que en los pueblos grandes la edad de la pubertad, aunque en estos, por contentar la vanidad, muchas veces comen escasamente y por comprarse una gala no comen lo suficiente. Asombra en estas montañas el ver muchachos grandes, fuertes como hombres, que todavía tienen aguda la voz y sin bozo la cara, y muchachas altas, muy bien formadas, que no dan señal periódica alguna de su sexo, diferencia que a mi ver, únicamente proviene de que con la sencillez de sus costumbres quedándose más tiempo serena y tranquila su imaginación, pone más tarde su sangre en fermentación y hace menos precoz su temperamento.

liaridad misma manifestar, lo puro de sus deleites. Finalmente, cuando llega a casarse esta amable mocedad, ambos esposos, que mutuamente se entregan las primicias de su persona, se quieren más uno a otro, y una porción de hijos sanos y robustos son prenda de una unión que nada puede alterar, y fruto de la cordura de sus primeros años.

Si la edad en que adquiere el hombre la conciencia de su sexo varía no menos por efecto de la educación que por la acción de la naturaleza, dedúcese que puede acelerarse y retardarse esta edad según el modo con que los niños se eduquen; y si gana o pierde consistencia el cuerpo a proporción que se retarda o se acelera este progreso, también se comprende que cuanto más nos apliquemos a retardarle, más fuerza y vigor adquirirá un joven. Todavía no hablo más que de los efectos meramente físicos; en breve veremos que los resultados no se ciñen a éstos.

De estas reflexiones infiero la solución de si conviene dar luz a los niños desde temprano acerca de los objetos de su curiosidad, o si vale más alucinarlos con modestos errores. Pienso que no conviene ni lo uno ni lo otro. En primer lugar, no les ocurre esta curiosidad sin haber dado motivo a ella; por tanto, se ha de hacer de manera que no les venga la idea. En segundo, cuestiones que no está uno forzado a resolver, no exigen que engañemos al que nos las propone: más vale imponerle silencio que responderle con una mentira. Poco extrañará esta ley, si hemos tenido cuidado de sujetarle a ella en las cosas indiferentes. Finalmente, si nos resolvemos a responderle, sea con la mayor sencillez, sin misterio, sin empacho y sin sonrisa. Mucho menos peligroso es satisfacer la curiosidad del niño, que incitarla.

Sean siempre graves, cortas, resolutivas vuestras contestaciones y no parezca nunca que vaciláis. No es necesario añadir que han de ser verdaderas; es imposible enseñar a los niños el riesgo de que mientan a los hombres, sin que sientan los hombres el riesgo más grave de mentir a los niños. Una sola mentira del maestro que él descubra, dio para siempre al traste con todo el fruto de la educación.

En ciertas materias, lo que más convendría a los niños sería una absoluta ignorancia, pero que sepan pronto lo que no es posible esconderles siempre. Menester es que no se despierte de manera alguna su curiosidad o que se la satisfagan antes de la edad en que no carece de peligro. En esta parte pende mucho vuestra conducta con vuestro alumno, de su particular situación, de las sociedades que frecuenta, de las circunstancias en que preveáis que podrá hallarse, etc. Aquí importa no dejar nada a la casualidad; y si no estáis cierto de lograr que hasta los diez y seis años no sepa la diferencia de los sexos, enseñádsela antes que cumpla los diez.

No me gusta que afecten con los niños un lenguaje muy depurado, ni que se hagan largos circunloquios, que conozcan ellos, por no querer llamar las cosas con su verdadero nombre. En estas materias las buenas costumbres siempre tienen mucha sencillez; pero mancillada la imaginación con el vicio, torna delicado el oído, y fuerza a que se aclare sin cesar la expresión. Los términos toscos no tienen malas consecuencias; lo que hemos de huir son las ideas lascivas.

Aunque el pudor sea cosa natural en la especie humana, los niños no lo conocen. Con el conocimiento del mal nace el pudor; ¿y cómo han detener un afecto que se origina de aquel, si no tienen ni deben tener este conocimiento? Darles lecciones de pudor y honestidad, es enseñarles que hay cosas torpes y deshonestas e inspirarles secreto deseo de saberlas. Tarde o temprano se salen con ello, y la primer chispa que prende la imaginación, infaliblemente acelera el incendio de los sentidos. Quien se sonroja ya es culpado, pues la inocencia verdadera de nada se avergüenza.

Los niños no tienen, los mismos deseos que los hombres; pero expuestos como ellos a la suciedad que repugna a los sentidos, de esta sola sujeción pueden tomar las mismas lecciones, de bien parecer Seguid el espíritu de la naturaleza, que colocando en el mismo lugar los órganos de los secretos deleites y de las asquerosas necesidades; nos

inspira las mismas atenciones en edades distintas, aquí por una idea, allá por otra; por la modestia al hombre; al niño por la limpieza.

No veo más que un medio eficaz para que conserven los niños su inocencia; y es que todos cuantos les rodean la amen y respeten sin lo cual todo el recato que con ellos procuran usar, tarde o temprano se: desmiente; una sonrisa, un guiño de ojos, un ademán que se escape, les dicen cuanto se esforzaban en callarles; pues les basta, para saberlo, ver que han querido escondérselo. La delicadeza de expresiones y circunloquios que usan entre sí las personas cultas, como suponen luces que no deben tener los niños, es con ellos del todo impertinente; mas cuando honramos de veras su sencillez, con facilidad tomamos con ello a los términos que les convienen. Hay cierto candor de conversación que sienta bien y place a la inocencia; y este es el verdadero estilo que desvía al niño de una peligrosa curiosidad. Hablándole de todo con sencillez, no le dejamos sospechar que algo más quede por decirle. Juntando con las palabras torpes las ideas desagradables que anuncian, se ahoga el primer fuego de la imaginación: no le vedamos que pronuncie estas palabras, ni que tenga estas ideas; pero sin que él lo piense, le infundimos repugnancia a que las recuerde. ¡Y de cuántos atolladeros saca esta libertad cándida a los que, tomándola en su propio corazón. siempre, dicen lo que conviene, y lo dicen siempre como lo sienten!

*¿Cómo se paren los niños?* Cuestión peliaguda que, naturalmente, ocurre a los muchachos, y cuya discreta o necia respuesta decide alguna vez, de sus costumbres y salud para toda su vida. El modo más corto que imagina una madre para zafarse de ella, sin engañar a su hijo, consiste en hacerle callar. Esa estaría bien si de, antemano le hubieran acostumbrado a ello, en las preguntas indiferentes, y no sospechara que había misterio en este nuevo estilo. Pero rara vez, se ciñe la madre a eso. *Ese es secreto de las personas casadas*, les dirá; los *chicos no han de ser tan curiosos*. Muy bueno, es eso, para que salga la madre del paso; mas sepa que en revancha de esta especie de burla,

no cesará el niño de indagar hasta saber el secreto de las personas casadas, y no tardará en conocerle.

Permítanme referir una respuesta muy distinta que, oí dar a la misma pregunta, y que me chocó más porque salió de boca de una mujer tan modesta en sus razones como en sus modales; pero que cuando era necesario sabía hollar a sus plantas, en beneficio de su hijo y en obsequio de la virtud, el infundado temor del que dirán y los fútiles donaires de los juglares. No hacía mucho tiempo que había arrojado el niño con los orines una piedrecilla que le despedazó la uretra; pero se le había olvidado el pasado mal. *Mamá*, dijo, *¿cómo se paren los niños?* *Hijo mío*, respondió sin titubear la madre, *las mujeres los orinan con dolores que a veces les cuestan la vida*. Ríanse los locos, escandalícense los necios; pero averigüen los sabios si hallarán respuesta más prudente y que con más acierto se encamine al fin.

Primeramente, la idea de una necesidad natural y conocida del niño aparta de su imaginación la de una operación misteriosa; y las ideas accesorias de muerte y dolor envuelven aquella en un velo de tristeza que amortigua la imaginación y enfrena la curiosidad: el espíritu se ocupa todo en las consecuencias del parto, y no en sus causas. Las dolencias de la naturaleza humana, objetos de asco, imágenes de sufrimiento, son las aclaraciones a que conduce esta respuesta, si la repugnancia que inspira deja que el niño las pregunte. ¿Por donde abrirán puerta a la inquietud de nacientes deseos diálogos dirigidos de esta manera? Bien veis, no obstante, que no se ha alterado la verdad, ni ha sido necesario engañar al alumno en vez de instruirle.

Vuestros niños leen, y en sus lecturas adquieren conocimientos que, si no leyeran, no tendrían. Si estudian, se inflama y aguza la imaginación con el silencio del gabinete. Si viven en el mundo, oyen una extravagante jerigonza, ven ejemplos que les hacen eco; tanto les han persuadido que eran hombres que todo cuanto hacen los hombres luego averiguan cómo a ellos pudiera convenirles; menester es que les sirvan de pauta las acciones ajenas, pues que les sirven de ley los aje-

nos juicios. Los criados que de ellos penden, les halagan a costa de las buenas costumbres; nodrizas chistosas les dicen, cuando tienen sólo cuatro años, dichos que la más descarada no se atrevería a pronunciar delante de ellos, si tuvieran quince. En breve olvidan ellas lo que dijeron, pero ellos no olvidan lo que oyeron. Las conversaciones indecentes disponen a las costumbres de un hombre relajado; el lacayo bribón hace al niño disoluto; y el secreto del uno, sirve de fianza al del otro.

El niño educado conforme a su edad, está solo; no conoce otras aficiones que las del hábito; quiere a su hermana lo mismo que a su reloj, y como a su perro a su amigo. No siente que es de sexo ninguno, de ninguna especie; igualmente extraños son para él el hombre y la mujer; nada de cuanto dicen o hacen lo refiere él a sí propio; no lo ve ni lo oye, o no pone en ello atención ninguna, ni le interesan sus ejemplos ni sus razonamientos; nada de esto hace impresión en él. Por este método no le inculco un artificioso error, déjole sí en la ignorancia de la naturaleza. Llega tiempo en que cuida la misma naturaleza de dar luces a su alumno, y ya entonces le ha puesto en estado de aprovecharse sin riesgo de las lecciones que le da. Este es el principio; no es del caso circunstanciar las reglas, y pueden servir de ejemplo los medios que he propuesto con motivo de otros objetos.

¿Queréis poner orden y regla en las pasiones nacientes? Ensanchad el espacio durante el cual se desarrollan, para que tengan tiempo de irse colocando a medida que van naciendo. Entonces no las coordina el hombre, sino la naturaleza, y vuestra tarea se ciñe a dejarla que ponga en orden su trabajo. Si estuviera solo vuestro alumno, nada tendráis que hacer; pero todo cuanto le rodea inflama su imaginación. Arrástrale el torrente de las preocupaciones, y para retenerle, es fuerza empujarle en sentido contrario, que el sentimiento refrene la imaginación, y que la razón ponga silencio a la opinión de los hombres. La sensibilidad es el manantial de todas las pasiones, y la imaginación determina su corriente. Todo ser que siente sus relaciones debe conmoverse cuando éstas se alteran, y cuando imagina cree imaginar

otras que más se adaptan a su naturaleza. Los errores de la imaginación trasforman en vicios todas las pasiones de los seres limitados, hasta las de los ángeles, si los hay, pues para que supiesen qué relaciones se adaptan mejor a su naturaleza, fuera preciso que conociesen la de todos los seres.

Por consiguiente, todo el compendio de la humana sabiduría, con respecto a las pasiones; se cifra: 1º, en conocer las verdaderas relaciones del hombre, tanto en la especie como en el individuo; 2º, en coordinar; conforme a estas relaciones, todos los afectos del alma.

Pero ¿es dueño el hombre de coordinar sus afectos según tales o cuales relaciones? No cabe duda, cómo pueda dirigir su imaginación a tal o cual objeto, o de darle tal o cual costumbre. Además, no tanto tratamos aquí de la que un hombre puede hacer en sí mismo cuanto de lo que podemos hacer con nuestro alumno, eligiendo las circunstancias en que le hayamos de colocar. Explicar los medios a propósito para mantenerle en el orden de la naturaleza, es decir de qué modo puede salir de él.

Mientras que su sensibilidad permanece limitada a su individuo, no hay cosa alguna moral en sus acciones; sólo cuando comienzan a extenderse fuera de él, toma primero los afectos, y luego las nociones del bien y el mal, que le constituyen verdaderamente hombre y parte integrante de su especie. Así que, desde luego, es preciso parar en este primer punto nuestras observaciones. Estas son dificultosas, porque para hacerlas es menester desechar los ejemplos que a la vista tenemos, e indagar a aquellos en que se efectúan, conforme al orden de la naturaleza, los desarrollos sucesivos.

Un niño amoldado, culto, civilizado, que sólo espera la potencia para poner en práctica las instrucciones que ha recibido, nunca se engaña acerca del instante en que le viene esta potencia. En vez de aguardarla, la acelera: excita en su sangre una precoz fermentación; mucha antes de sentir deseos, sabe cuál debe ser el objeto de ellos. La naturaleza no le excita, sino que él la fuerza; nada tiene aquella que

enseñarle cuando le hace hombre, que ya lo era por el pensamiento mucho antes de serlo en realidad.

Más lentos y más graduales son los pasos de la naturaleza. Poco a poco se inflama la sangre, se elaboran los espíritus, y se forma el temperamento. El sabio artífice, que dirige la fábrica, está atento a perfeccionar todos sus instrumentos antes de ponerlos en acción; antecede a los primeros deseos una larga inquietud, los alucina una larga ignorancia, y desea uno sin saber qué. Agitase y fermenta la sangre; procura brotar fuera cierta superabundancia de vida. Anímanse los ojos y recorren los demás seres; empieza el joven a interesarse por aquellos que tiene cerca y a sentir qué no fue formado para vivir solo; así se abre el corazón a los afectos humanos y se hace capaz de cariño.

El primer afecto de que es capaz un joven, criado con esmero, no es el amor, es la amistad. El primer acto de su naciente imaginación es manifestarle que tiene semejantes, y antes que el sexo le mueva la especie. Esta es otra utilidad que se saca de prolongar la inocencia; aprovecharse de la naciente sensibilidad para sembrar en el corazón del joven las primeras semillas de la humanidad. Beneficio tanto más precioso, cuanto este es el único tiempo de la vida en que pueden las mismas solicitudes coger óptimos frutos.

Siempre he visto que los jóvenes estragados desde temprano, y abandonados a las mujeres y a la disolución, eran inhumanos y crueles; hacíalos impacientes, vengativos y furiosos la fogosidad de su temperamento; llena su imaginación de un objeto solo, se negaba a todo lo demás; no conocían compasión ni misericordia, y al menor de sus deleites hubieran sacrificado padre, madre y el universo entero. Por el contrario, al mozo educado con una feliz sencillez, le incitan los primeros movimientos de la naturaleza a las tiernas y afectuosas pasiones: su compasivo corazón se conmueve con las penas de sus semejantes, se estremece de placer cuando vuelve a ver a su camarada, saben sus brazos estrecharse en lazos de cariño y sus ojos verter lágrimas de ternura; si desagrada, siente vergüenza; si ofende, descon-



suelo. Si le hace vivo, arrebatado, iracundo una sangre que se inflama, descubre, pasado un instante, toda la bondad de su corazón en la efusión de su arrepentimiento; llora, gime por la herida que ha hecho; a precio de su sangre querría rescatar la que ha vertido; apágase todo su arrebato, y toda su altivez se humilla ante la conciencia de su yerro. ¿Ha sido él el ofendido? En la vehemencia de su enojo, una disculpa, una palabra, le desarma; perdona los agravios ajenos con tan buena voluntad como resarce los suyos. No es la adolescencia la edad de la venganza ni de la enemistad, sino la de la conmiseración, la clemencia y la generosidad. Sí, lo sostengo y no temo que me desmienta la experiencia: un niño que no es de mala índole, y que hasta los veinte años ha conservado su inocencia, a esta edad es el más generoso, el mejor, el más amante, y el más amable de los hombres. Nunca os dijeron tal cosa; bien lo creo: educados nuestros filósofos en toda la corrupción de los colegios, están muy distantes de saber eso.

La flaqueza del hombre es la que le hace sociable; nuestras comunes miserias son las que excitan nuestros corazones a la humanidad: nada le deberíamos si no fuéramos hombres. Todo cariño es señal de insuficiencia; si no tuviera cada uno de nosotros necesidad de los demás, nunca pensaría en unirse con ellos. Así, de nuestra misma enfermedad nace nuestra dicha frágil. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario; Dios solo disfruta de una felicidad absoluta; pero ¿quién de nosotros se forma idea de ella? Si un ser imperfecto se pudiera bastar a sí propio, ¿de qué, según nosotros, disfrutaría? Estaría solo y sería miserable. No concibo que el que nada necesita pueda amar algo, ni que el que nada ama pueda ser feliz.

Dedúcese de aquí que nos aficionamos a nuestros semejantes, no tanto por el sentimiento de sus gustos, cuanto por el de sus penas; porque en éstas vemos mejor la identidad de nuestra naturaleza y la fianza del cariño que nos tienen. Si nos unen por interés nuestras necesidades comunes, por afecto nos unen nuestras miserias comunes. Menos amor que envidia inspira a los demás la presencia de un hom-

bre feliz; con gusto le echaríamos en cara que usurpa un derecho que no tiene, gozando de una felicidad exclusiva; nuestro amor propio también padece, haciéndonos ver que este hombre no necesita de nosotros. Pero, ¿quién no se compadece del desgraciado que ve sufrir? ¿Quién no le quisiera librar de sus males, si sólo un deseo bastara para ello? La imaginación más nos hace poner en lugar de miserable que de hombre feliz, y sentimos que el primero de estos nos atañe más de cerca que el último. Dulce es la piedad, porque sustituyéndonos al que padece, sentimos, no obstante, la satisfacción de no padecer como él; y amarga la envidia, porque la presencia de un hombre feliz, lejos de subrogar al envidioso en su lugar, le causa el desconuelo de no verse en él. El uno parece que nos exime de los males que sufre, y el otra que nos priva de los bienes que disfruta.

Así, pues, si queréis excitar y mantener en el pecho de un joven los primeros movimientos de la naciente sensibilidad, y enderezar su carácter hacia la beneficencia y la bondad, no hagáis brotar en él, con la engañosa imagen de la felicidad humana, la soberbia, la vanidad, la envidia; no esponzáis a sus ojos la pompa de las cortes, el fausto de los palacios, los atractivos del teatro; no le llevéis a las tertulias y las brillantes asambleas; no le hagáis ver lo exterior de la alta sociedad hasta que le hayáis puesto en estado de que la aprecie por sí propio. Enseñarle el mudo antes de que conozca a los hombres, es entregarle y no formarle, engañarle y no instruirle.

No son los hombres, por naturaleza ni reyes, ni potentados, ni cortesanos, ni ricos: todos nacieron pobres y desnudos sujetos todos a las miserias de la vida, a los pesares, a los males, a las necesidades, a toda especie de duelos; condenados, en fin, a muerte. Esto sí que es propio del hombre; de ello no está exento ningún mortal. Así, empezad estudiando en la naturaleza humana lo que de ella es más inseparable, lo que mejor constituye la humanidad.

A los diez y seis años sabe el adolescente lo que es sufrir, porque ya ha sufrido; mas apenas sabe que también sufren otros seres, pues

verlo sin sentirlo no es saberlo; y, como cien veces he dicho, el niño que no imagina lo que sienten los demás, no conoce otros males que los suyos propios. Pero cuando el primer desarrollo inflame su imaginación, empieza a padecer con sus duelo. Entonces la triste pintura de la humanidad doliente, debe excitar en su pecho la ternura primera que haya experimentado.

Si no es fácil notar este instante en vuestros hijos ¿de quién os quejáis? Tan pronto los enseñáis a que finjan afectos, y les hacéis que hablen su idioma, que, como siempre os explicáis en el mismo estilo, vuelven contra vosotros mismos vuestras lecciones, sin dejaros medios ninguno para que distingáis, cuando, habiendo cesado de mentir, empiezan a sentir lo que dicen. Pero ved a mi Emilio: de la edad a que le he conducido, ni sintió, ni mintió jamás. Antes de saber qué es querer, a nadie ha dicho *yo le quiero*; no le han prescrito qué semblante había de poner cuando entrara en el cuarto de su padre, su madre o su ayo enfermos; no le han enseñado el arte de afectar la tristeza que no tenía. No ha fingido que lloraba la muerte de nadie, porque no sabe qué cosa es morir. En sus modales descubre la misma insensibilidad que hay en su corazón. Indiferente para todo, menos para sí, como todos los niños por nadie se toma interés; y lo que le distingue de los demás, es que no afecta que se lo toma, y no es falso como ellos.

Habiendo reflexionado poco Emilio acerca de los seres sensibles, tarde sabrá qué es padecer y morir. Empezarán. a agitar sus entrañas los quejidos y los gritos; la vista de la sangre que corre le hará volver los ojos; gran angustia le causarán las convulsiones de un animal moribundo, antes que sepa de dónde le vienen estos nuevos movimientos. No los tendría si hubiera permanecido bárbaro y estúpido; si estuviera más instruido sabría cuál es su fuente: ya ha comparado sobradas ideas para no sentir nada, y no las bastantes para concebir lo que siente.

Así nace la piedad, primer sentimiento relativo que mueve el pecho humano, según el orden de la naturaleza. Para tornarse piadoso y sensible, preciso es que sepa el niño que hay seres semejantes a él, que padecen lo que ha padecido, que sienten los dolores que ha sentido, y otros de que debe tener idea como que también puede sentirlos. Y, efectivamente, ¿cómo nos dejamos mover de la piedad, sino es trasladándonos fuera de nosotros, identificándonos con el ser que padece; dejando, por decirlo así, nuestro ser por tomar el suyo? Sólo en cuanto juzgamos que él padece, padecemos nosotros y padecemos en él, no en nosotros. De manera que ninguno se vuelve sensible hasta que se anima su imaginación y empieza a trasladarle fuera de sí propio.

¿Qué debemos hacer, en consecuencia, para excitar y mantener esta naciente sensibilidad y para guiarla y seguirla en su natural declive, sino es presentar al joven objetos en que pueda obrar la fuerza expansiva de su corazón, que le dilaten y le extiendan por los demás seres, que hagan que en todas partes se halle fuera de sí; desviar con esmero los que le coartan, le reconcentran y ponen tirante el muelle del yo humano; quiero decir, en términos más claros, excitar en él la bondad, la humanidad, la conmiseración, la beneficencia, todas las halagüeñas y suaves pasiones que, naturalmente, agradan a los hombres y estorban que nazcan la envidia., la codicia, el rencor, todas pasiones crueles y repulsivas, que no sólo hacen, por decirlo así, nula, sino también negativa la sensibilidad y son perpetuo torcedor de quien las experimenta?

Creo que puedo resumir todas las reflexiones precedentes en dos o tres máximas concisas, claras y fáciles de comprender.

*Máxima primera.*

«No es propiedad del corazón humano ponerse en el lugar de los que son más felices que nosotros; pero sí en el de los que son más dignas de compasión.»

Si se encuentran excepciones a esta máxima, son más aparentes que reales. Así que de nadie se sustituye en lugar del rico o del potentado con quien se une; y aun cuando es sincera esta intimidad, no hace otra cosa que apropiarse parte de su bienestar. Algunas veces es amado aquel en su desgracia; pero mientras está en prosperidad no tiene otro amigo verdadero quien, sin dejarse llevar de las apariencias, no obstante su prosperidad, más le compadece que le envidia.

Nos conmueve la felicidad de ciertos estados de la vida rústica y pastoral, por ejemplo. La envidia no envenena el encanto de contemplar felices estas buenas gentes y verdaderamente nos interesan, ¿Por qué? Porque reconocemos ser árbitros de bajar a este estado de inocencia y serenidad que sólo ideas gratas excita, y que para poder disfrutarle, con querer basta. Siempre gusta ver sus recursos, contemplar su propio caudal, aun cuando no se quiera hacer uso de él.

Dedúcese de aquí, que para excitar a un joven a que sea humano, lejos, de hacer que admirado contemple el brillante destino de los demás, es menester enseñársele por su aspecto triste, y hacérsele temer. Entonces por una evidente consecuencia; se debe allanar él una vereda para la felicidad, sin seguir las huellas de nadie.

*Máxima segunda.*

«Sólo se compadecen en otro aquellos males de que uno mismo no se cree exento.»

**Non ignara mali, miseris succurrere disco**<sup>92</sup>

---

<sup>92</sup> No bisoña en desdichas, a los tristes  
Aprendí a socorrer.

No conozco nada tan hermoso, tan profundo, conmovedor y verdadero como este verso.

¿Por qué no tienen compasión los reyes de sus vasallos? Porque cuentan con que nunca han de ser hombres. ¿Por qué son tan duros los ricos con los pobres? Porque no tienen miedo de llegar a serlo. ¿Por qué desprecia tanto la nobleza a la plebe?. Porque nunca un noble será plebeyo. ¿Porqué son generalmente los turcos más humanos, más hospitalarios que nosotros? Porque como en su gobierno totalmente arbitrario siempre son precarias y vacilantes la fortuna y el poder de los particulares, no contemplan el abatimiento y la miseria como un estado que es ajeno de ellos<sup>93</sup>: mañana puede ser cada uno lo que hoy es aquel a quien favorece. Esta reflexión, que sin cesar se repite en las novelas orientales, les comunica no sé qué ternura, que no encuentra el lector en todos los aderezos de nuestra seca moral.

No acostumbréis, pues, a vuestro alumno a que desde el pináculo de su gloria contemple las penas de los afligidos, los afanes de los miserables, ni esperéis enseñarle a que de ellos se compadezca, si los mira como ajenos. Hacedle comprender que la suerte de estos desventurados puede ser la suya, que todos sus males le pueden sobrevenir, que mil casos inevitables y no previstos le pueden sumir en ellos de un instante a otro. Enseñadle a que no mire como estables la cuna, la salud, ni las riquezas: hacedle ver todas las vicisitudes de la fortuna; presentadle ejemplos, siempre demasiado frecuentes, de personas que de puesto más encumbrado que el suyo, han caído en abismo más hondo que aquel en que ve a estos desgraciados; poco importa que haya o no sido por su culpa; ahora no se trata de eso, ni él sabe todavía qué cosa es culpa. No excedáis nunca la esfera de sus conocimientos, ni le iluminéis con otras luces que las proporcionadas a su capacidad: no necesita saber mucho para conocer que no le puede responder toda la prudencia humana de si dentro de una hora ha de estar

---

<sup>93</sup> Parece que ya se va cambiando esto: las condiciones comienza a ser más estables, y más duros también los hombres.

vivo o muerto, de si antes que sea noche no le hará crujir los dientes el dolor nefrítico, si dentro de un mes ha de ser rico o pobre, si dentro de un año estará remando y aguantando el rebenque en una galera argelina. Y no le digáis todo esto con frialdad, como si le enseñases la doctrina cristiana; vea, sienta las humanas calamidades; removed, atemorizad su imaginación con los peligros que sin cesar cercan a todo mortal; contemple en torno suyo abiertas todas estas insondables simas y estréchese con vos al oiros describirlas, de miedo de despeñarse en sus abismos. Así le haremos tímido y medroso, diréis. Luego veremos; mas por ahora empecemos haciéndole humano, que es lo que más nos importa.

*Máxima tercera.*

«La compasión que tenemos del mal ajeno, no se mide por la cantidad de este mal sino, por el sentimiento que atribuimos a los que le padecen.».

Tanto compadecemos a un desdichado, cuanto creemos que él se reputa digno de compasión. Más limitado de lo que parece es el sentimiento físico de nuestros males; mas por lo que verdaderamente somos dignos de lástima, es por la memoria que nos hace sentir su continuidad y por la imaginación que los extiende al tiempo venidero. Esta pienso yo que es una de las causas que nos endurecen con los males de los animales más que con los de los hombres, aunque igualmente nos debiera Identificar con ellos la común sensibilidad. No nos dolemos de una mula que está en su caballeriza, porque no presumimos que mientras come el pienso, contemple los palos que ha recibido y las fatigas que la esperan. Tampoco nos dolemos de un carnero que vemos paciendo, aunque sepamos que en breve ha de ser degollado, porque juzgamos que no prevé su suerte. Así nos endurecemos por extensión sobre el destino de los hombres y se consuelan los ricos del mal que hacen a los pobres, suponiéndolos tan necios que no lo sien-

ten. Generalmente estimo yo lo que aprecia cada uno la felicidad de sus semejantes, por el caso que me parece hace de ellos. Cosa natural es valuar en poco la dicha de las personas que uno tiene en poco. Así no os choque que los políticos traten con tanto desdén al pueblo, ni que afecten la mayor parte de los filósofos que tienen por tan malo al hombre.

El pueblo es lo que compone el linaje humano; es tan poco lo que no es pueblo, que no vale la pena de contarse. El hombre es el mismo en todas las condiciones; y si es así, las más numerosas son las que más respeto merecen. A los ojos de un pensador desaparecen todas las distinciones civiles: las mismas pasiones, los mismos afectos ve en un sujeto ilustre que en un ganapán; sólo distingue el estilo y un colorido con más o menos adornos; si alguna diferencia esencial los separa es en detrimento de los más disimulados. La plebe se manifiesta como ella es, y no es amable; pero es fuerza que los hombres decentes se disfracen: si se dejasen ver como ellos son, causarían horror.

Según dicen nuestros sabios, hay la misma dosis de pena y de bienestar en todas las condiciones. Máxima tan absurda como imposible de sostener, porque si todos son felices en igual grado, ¿qué necesidad tengo yo de incomodarme por nadie? Quéde cada uno como está: maltraten al esclavo, padezca el enfermo, perezca el desvalido; que nada consiguen con mudar de estado. Hacen una enumeración de las penas del rico y manifiestan la vaciedad de sus placeres: ¡qué torpe sofisma! Las penas del rico no provienen de su estado sino de él solo, que abusa de su condición. Aunque fuera todavía más desventurado que el pobre, no sería digno de compasión, porque todos sus males son obra suya y está en su mano ser feliz; mas las penalidades del miserable le vienen de las cosas, del rigor de la suerte que sobre él se agrava. No hay costumbre que pueda quitarle el sentimiento físico de la fatiga, del desfallecimiento, del hambre; ni el entendimiento recto, ni la sabiduría, valen para eximirle de los males de su estado. ¿Qué adelanta Epicteto con prever que su amo le va a romper una pierna? ¿Deja de



rompérsela por eso? Con su mal junta el de la previsión. Aunque fuera la plebe tan inteligente como estúpida la suponemos, ¿qué otra cosa pudiera ser de lo que es? ¿Qué otra cosa pudiera hacer de lo que hace? Estudiad las personas de esta clase, y veréis que con otras formas tienen tanta perspicacia y más razón que vosotros. Respetad vuestra especie; considerad que esencialmente consta de la colección de pueblos; y que aun cuando se quitaran de ellos todos los reyes y todos los filósofos, poco se echaría de ver, y no andaría peor el mundo. En una palabra, enseñad a vuestro alumno a que ame a todos los hombres, hasta a los que los desestiman; haced que no se coloque en clase ninguna; sino que en todas se halle; hablad en su presencia con ternura del género humano con lástima a veces, mas nunca con desprecio. Hombre, no deshonres al hombre.

Por estas y otras semejantes veredas, bien opuestas a las trilladas, conviene introducirse en el corazón del adolescente para excitar en él los primeros movimientos de la naturaleza, para desarrollarse y dilatarse respecto a sus semejantes. Importa también que con estos movimientos vaya mezclada cuanto menos interés personal fuere posible, especialmente ni vanidad, ni emulación, ni vanagloria, ni ninguno de aquellos afectos que nos fuerzan a compararnos con los demás; porque nunca se hacen estas comparaciones sin cierta impresión de odio contra aquellos que, aunque no sea más que en nuestra, estimación propia, nos disputan la preferencia. Fuerza es entonces cegarse o enojarse, ser un tonto, o un perverso; procuremos evitar esta alternativa. Tarde o temprano, dicen, se han de encender estas peligrosas pasiones, mal que nos pese. No lo niego; cada cosa tiene su tiempo y lugar; sólo dijo que no debemos contribuir a su nacimiento.

Este es el espíritu del método que conviene prescribirse. Así son inútiles los ejemplos detallados porque empieza ya la división casi infinita de caracteres; y cada ejemplo que yo diese, acaso no convendría a uno entre cien mil. De esta edad empieza también en el maestro hábil la verdadera función de observador y de filósofo, que sabe el arte

de sondear los corazones mientras se afana en formarlos. En tanto que todavía no piensa en disfrazarse porque aún no lo ha aprendido el joven, a cada objeto que le presentan se echa ver en su ademán, en sus ojos, en sus acciones, la impresión que en él hace; en su semblantes se leen todos los movimientos de su alma: espíándolos se consigue preverlos y al cabo dirigirlos.

Obsérvase que, generalmente, la sangre, las heridas, los gritos, los gemidos; el aparato de las operaciones dolorosas, y todo cuanto trasmite a los sentidos objetos que sufren, sobrecoge más pronto y de modo general a todos los hombres. Como la idea de destrucción es más compuesta, no hace la misma impresión; más tarde y con menos vigor mueve la idea de la muerte porque nadie ha hecho la experiencia de morir; es preciso haber visto cadáveres para sentir las congojas de los agonizantes. Pero cuando una vez se ha formado bien en nuestro ánimo esta imagen, no hay espectáculo más horrible a nuestros ojos, ya sea a causa de la idea de total destrucción que entonces presenta a los sentidos, o ya porque sabiendo que es inevitable este instante para todos, se siente uno conmovido más vivamente con una situación que está cierto no puede menos de ser la suya algún día.

Estas diversas impresiones tienen sus modificaciones y sus grados, que penden del carácter particular de cada individuo y de sus anteriores costumbres; pero son universales, y nadie está totalmente exento de ellas. Unas hay más tardías y menos generales, que son más peculiares de los ánimos sensibles; éstas son las que se reciben de las penas morales, de los dolores internos, de las aflicciones, de las largas pesadumbres, de la tristeza. Hombres hay que se conmueven por los gritos y llantos; nunca les arrancaron un suspiro los sordos y dilatados sollozos de un pecho sofocado de pesar; nunca la presencia de un andar abatido, de un rostro macilento y aplomado de unos ojos amortecidos y exhaustos ya de lágrimas, los han hecho llorar; nada significan para ellos las penas del alma; juzgados están, nada siente la suya, no esperéis de ellos otra cosa que inflexible rigor, dureza de corazón y

crueldad. Íntegros y justos podrán ser; mas nunca clementes, generosos y piadosos. Digo que podrán ser justos, si es posible que lo sea el hombre no misericordioso.

No os apresuréis, sin embargo, a juzgar de los jóvenes por esta regla, especialmente de los que educados como deben serlo, no tienen ninguna idea de las penas morales, que nunca les han causado; porque repito que sólo pueden compadecer los males que conocen; y esta aparente insensibilidad, que sólo procede de ignorancia, en breve se convierte en ternura, así que empiezan a sentir que en la vida humana hay mil duelos que no conocían. En cuanto a mi Emilio, como en su niñez ha tenido sencillez y recto discernimiento, cierto estoy de que tendrá sensibilidad y alma cuando sea grande, porque la verdad de los afectos tiene íntima conexión con lo justo de las ideas.

Mas, ¿por qué recordarlo aquí? Más de un lector, sin duda, me echará en cara que olvido mi resolución primera y que he permitido a mi alumno una constante felicidad. Desventurados, moribundos, espectáculos de miseria y dolor, ¡qué felicidad, que gustos para un corazón que empieza a vivir! Su triste institutor, que tan plácida educación le destinaba, sólo le ha hecho nacer para que sufra. Esto dirán: ¿y qué me importa? Hacerle feliz es lo que yo he prometido; y no hacer que lo pareciese. ¿Es culpa mía, si alucinados siempre por la apariencia, se os antoja la realidad?

Consideremos a dos jóvenes cuando han concluido su primera educación, y entran en el mundo por dos puertas opuestas. De repente se encarama el uno al Olimpo, se introduce en la más lucida sociedad; le llevan a la corte, a las casas de los grandes, de los ricos, de las lindas damas. En todas partes supongo que le obsequian, y no examino el efecto que estos agasajos hacen en su razón; quiero que los resista.

Vuelan a encontrarle los deleites, cada día le divierten objetos nuevos; y a todo se entrega con un interés que os cautiva. Le veis atento, diligente; curioso; os impresiona su admiración, la situación de su alma; creéis que goza, y yo creo que padece.

¿Qué es lo que primero advierte al abrir los ojos? Una muchedumbre de pretendidos bienes que no conocía, cuya mayor parte sólo un instante están a su disposición, y que parece se le muestran sólo para que su privación le cause más desconsuelo. Si se pasea en un palacio; su inquieta curiosidad hace ver que se enoja en su interior, porque no es así la casa de sus padres. Todas sus preguntas os dan a entender que sin cesar se compara con el amo de esta casa; y todo cuanto en este paralelo se queda él inferior, aumenta su vanidad irri-tándola. Si encuentra un joven mejor vestido que él, le veo en secreto murmurar de la avaricia de sus padres. ¿Lleva él ropa de más precio? Tiene el sentimiento de ver que otro le eclipsa o por su cuna, o por su ingenio, y que están, desairadas todas sus galas al lado de un vestido de paño común. ¿Luce él solo en una tertulia? ¿Se pone en puntillas para que le vean mejor? ¿Quién no se encuentra con una secreta, disposición a censurar el ufano y vanidoso además de un mozuelo presumido? En breve se mancomuna todo; inquietanle las miradas de un hombre grave, no tardan en llegar a sus oídos las burlas de un zumbón mordaz, y aunque solamente uno le desdeñase, el menosprecio de éste envenena al momento los aplausos de los demás.

Démoselo todo, no le escaseemos ni el mérito ni las gracias; sea buen mozo, agudo, amable, obsequiado de las mujeres; pero como le obsequian antes que él las quiera, más pronto le volverán loco que enamorado; tendrá aventuras, pero no ardor ni pasión para disfrutar de ellas. Siempre adivinados sus deseos, sin tener nunca tiempo para que nazcan en el seno de los deleites, sólo siente el quebranto de la sujeción: el sexo destinado a hacer feliz al suyo le harta y fastidia, antes de conocerle; si sigue tratándole, no es más que por vanidad; y aun cuando le tomara verdadera afición, no será el único joven, el único brillante, el único amable, ni serán siempre sus amadas prodigios de fidelidad.

Nada digo de los chismes, alevosías, bastardías, y todo género de pesares imprescindibles de semejante vida. La experiencia del mundo cansa de él; sólo hablo de los quebrantos anejos a la ilusión primera.

¡Qué contraste para el que, encerrado en el seno de su familia y sus amigos, se ha visto único objeto de todas sus atenciones y se mete de repente en un orden de cosas en que es tenido en tan poco, que se encuentra como anegado en una esfera extraña, él que por tanto tiempo fue el centro de la suya! ¡Cuántas afrentas, cuántos desaires ha de sufrir, antes que pierda entre los extraños las preocupaciones de su mucha valía, que le inspiraron y alimentaron en él los suyos! Cuando niño, todo le cedía, todo acudía en torno de él a su voluntad; joven, tiene que ceder a todo el mundo; y si se descuida un poco y conserva sus antiguos modales, ¡con cuán duras lecciones se va a ver precisado a volver en sí! El hábito de alcanzar con facilidad el objeto de sus deseos le incita a desear mucho y hace que sienta privaciones continuas. Todo cuanto le agrada se le antoja; cuanto tienen los otros quisiera tenerlo él; todo lo codicia, a todo el mundo envidia, en todas partes quisiera dominar; le roe la vanidad; su corazón novel se inflama en ardor de desenfrenados deseos; con ellos se engendran el rencor y los celos; de consuno toman vuelo todas las voraces pasiones; su agitación le acompaña en el ruido del mundo; le sigue todas las noches a su morada; entra desazonado consigo y con los demás; duérmese lleno de cien proyectos vanos desasosegado con mil fantasías; y hasta en sus sueños le retrata su soberbia los ilusorios bienes; cuyo deseo le acongoja, y que no ha de poseer en su vida. Este es vuestro alumno; veamos el mío.

Si el primer espectáculo que le impresiona es un objeto de tristeza, luego que vuelve en sí, es contento lo primero que siente. Al ver de cuántos males está exento, siente que es más feliz de lo que creía. Participa de las penas de sus semejantes, pero esta participación es voluntaria y suave. A un tiempo disfruta de la compasión que tiene a sus males y de la dicha que de ellos le exime; se siente en aquel estado

de fuerza que nos extiende más allá de nosotros y hace que coloquemos en otra parte la actividad superflua para nuestro bienestar. Sin duda para dolerse del mal ajeno es necesario conocerle, pero no sentirle. Quien ha padecido o teme padecer, se duele de los que padecen; pero el que está padeciendo sólo se duele de sí.. Pues una vez que estando todos sujetos a las miserias de la vida, ninguno reparte con los otros más sensibilidad que la que al presente no necesita para sí propio, infiere que debe ser muy suave el afecto de la conmiseración, porque atestigua en favor nuestro; y por el contrario, siempre es desventurado un hombre duro, pues no le deja su corazón ninguna sensibilidad sobrante que pueda distribuir a los duelos ajenos.

Juzgamos demasiado de la felicidad por sus apariencias; la suponemos donde menos se halla; la buscamos donde no puede estar; la alegría es señal muy equívoca de dicha. Muchas veces un hombre alegre es un desventurado que procura alucinar a los demás y atolondrarse a sí propio. Esas personas tan risueñas, tan despejadas, tan serenas en una concurrencia, casi todas son tristes y regañonas en su casa, y pagan sus criados la pena de la diversión que dan a sus sociedades. El contento verdadero, ni es alegre ni bullicioso; celoso de tan suave afecto, quien le disfruta piensa en él, le saborea, teme que se le evapore. Un hombre verdaderamente feliz habla poco, se ríe menos y reconcentra, por decirlo así, la felicidad en torno de su corazón. Los juegos estrepitosos; la turbulenta alegría encubren el tedio y los desabrimientos; pero la melancolía es amante de las suaves delicias: a los gustos más dulces los acompañan la ternura y las lágrimas, y hasta el gozo excesivo antes saca llantos que risa.

Si a primera vista parece que contribuyen a la felicidad la variación y multitud de pasatiempos, y que debe aburrir una vida igual, mirándolo más atentamente, hallamos que, por el contrario, el hábito más suave del ánimo consiste en una moderación de goces que deja poco sitio al deseo y al hastío. La inquietud de los deseos engendra la curiosidad y la inconstancia; y el vacío de los deleites turbulentos el

aburrimiento. Nunca se aburre de su estado el que no conoce otro más gustoso. Los salvajes son los menos curiosos y que menos se aburren, de cuantos hombres hay en el mundo; para ellos todo es indiferente; no gozan de las cosas, sino de sí mismos; pasan la vida sin hacer nada, y no se aburren nunca.

El hombre de mundo está todo entero en su fingimiento. Como casi nunca está solo consigo mismo, es un extraño para sí, y no se halla a gusto cuando se ve forzado a entrar en su interior. Para este hombre lo que él es no es nada, lo que parece es el todo.

No puedo menos de figurarme, en el semblante del joven de que antes he hablado, un no sé qué importuno, melindroso, afectado, que desagrada, que repugna a la personas llanas y en el del mío una interesante y cándida fisonomía, que manifiesta el contento y la verdadera serenidad del ánimo, que inspira estimación y confianza y que parece que sólo espera los desahogos de la amistad, para brindar con la suya a los que a él se acercan. Creen muchos que la fisonomía es el mero desarrollo de los contornos que ya ha bosquejado la naturaleza. Yo más bien creyera que además de este desarrollo, se van formando insensiblemente y adquieren fisonomía los rasgos del semblante humano con la frecuente y habitual impresión de ciertas afecciones del ánimo. Señálanse estas afecciones en el rostro, no hay cosa más cierta; y cuando se convierten en hábitos, deben dejar en él impresiones duraderas. De esta manera concibo yo que la fisonomía anuncia el carácter, y que alguna vez podemos juzgar de éste por aquélla, sin meternos en misteriosas explicaciones que suponen conocimientos de que carecemos.

El niño tiene solamente dos afecciones bien marcadas: el placer y el dolor; se ríe o llora; para él no hay intermedios, pues sin cesar pasa de uno de estos movimientos a otro. Esta alternativa continua estorba que hagan en su rostro ninguna impresión constante y que adquiera fisonomía; pero en la edad en que más sensible se conmueve con mayor viveza y constancia, las impresiones ya más profundas estampan

huellas que se borran con gran dificultad; y resulta del estado habitual del ánimo una colocación de rasgos que el tiempo hace indeleble. No es raro, sin embargo, ver hombres que en diferentes edades mudan de fisonomía. Muchos he visto yo en este caso, y siempre he hallado que las que había podido seguir y observar bien, habían también mudado de pasiones habituales. Esta observación sola, perfectamente confirmada, me parece decisiva y no está fuera de su lugar de los movimientos del alma por los signos externos.

Yo no sé si mi joven, por no haber aprendido a imitar modales de sociedad ni a fingir afectos que no tiene, será menos amable: aquí no tratamos de esto, sólo sé que será más amante; y se me hace muy difícil creer que el que se ama a sí sólo pueda disfrazarse tan bien que agrade tanto como el que de su cariño a los demás saca un nuevo sentimiento de felicidad. En cuanto a este mismo sentimiento, presumo que basta con lo dicho para guiar en este punto a un lector de sana razón y hacer ver que no me contradigo.

Vuelvo, pues, a mi sistema, y digo: Cuando se acerca la edad crítica, presentad a los jóvenes espectáculos que los enfrenen y no que los exciten: alucinad su naciente imaginación con objetos que, lejos de inflamar sus sentidos, repriman su actividad. Desviadlos de los pueblos grandes, donde el inmodesto traje de las mujeres acelera y adelanta las lecciones de la naturaleza; donde todo presenta a sus ojos deleites que no deben conocer hasta que sepan escogerlos. Traedlos a su primera mansión, donde la sencillez rústica no deja que las pasiones de su edad se desenvuelvan con tanta prontitud; o si los retiene en la ciudad su gusto a las artes, precaved con esta misma afición una ociosidad peligrosa. Escoged con esmero sus sociedades, sus ocupaciones y sus pasatiempos; enseñadles sólo pinturas halagüeñas, pero modestas, que los conmuevan sin seducirlos, y que ceben su sensibilidad sin agitar sus sentidos. Considerad también que en todo hay excesos que temer y que siempre las pasiones sin moderación causan mayores daños de los que se desea evitar. No se trata de hacer de



vuestro alumno un enfermero, de afligir su vista con continuos objetos de penas y quebrantos, de llevarle de enfermo a enfermo, de hospital en hospital, del patíbulo a la cárcel: lo que conviene es apiadarle, y no endurecerle con la escena de las humanas miserias. Si se presentan mucho tiempo los mismos espectáculos, no sentirá la impresión de ellos, que a todos nos acostumbra el hábito; lo que se ve con frecuencia no se imagina, y la imaginación sola es la que hace que sintamos los ajenos males: así a puro ver morir y padecer, se tornan inhumanos los médicos y los clérigos. Conozca vuestro alumno la suerte del hombre y las miserias de sus semejantes, pero no las presencie a cada paso. Un objeto tan sólo bien escogido y manifestado desde el punto de vista que conviene, le dará materia para enternecerse y reflexionar por espacio de un mes. No tanto lo que ve, como el recapacitar lo que ha visto, es lo que determina el juicio que de ello forma; y la impresión duradera que recibe de un objeto, menos procede del objeto mismo, que del punto de vista desde el cual se le excita a que se acuerde de él. Así valiéndoos con economía de ejemplos, imágenes y lecciones, embotaráis por mucho tiempo el aguijón de los sentidos, y entenderéis la naturaleza, siguiendo sus propias direcciones.

Conforme vaya adquiriendo conocimientos, escoged ideas que a ellos se refieren; al paso que se inflaman sus deseos, buscad imágenes a propósito para reprimirlos. Un militar anciano, estimado no menos por sus costumbres que por su valor, me contó que joven, su padre, hombre de razón, pero devoto, viendo que su temperamento naciente le arrastraba hacia las mujeres, nada omitió para contenerle; pero conociendo al fin que, a pesar de todos sus afanes, nada conseguía, se resolvió a llevarle a un hospital de sifilíticos, y sin prevenírselo le metió en una sala donde con curas horribles expiaba una muchedumbre de estos desventurados los desórdenes que las habían motivado. A la vista de escena tan asquerosa, que repugnaba a todos los sentidos, casi se cayó el joven desmayado. «Anda, miserable, disoluto, díjole entonces con tono vehemente su padre, sigue la villana inclinación que te

arrastra; en breve será mucha fortuna la tuya, si te admiten en esta sala, donde víctima de las dolencias más infames, pondrás a tu padre en el caso de dar gracias a Dios por tu muerte.»

Juntas estas cortas razones con el enérgico espectáculo que se le presentaba, tanta impresión le hicieran que nunca se le borró. Condenado por su profesión a pasar su mocedad en guarniciones, quiso mejor aguantar la mofa de sus camaradas, que imitar su disolución. «He sido hombre, me dijo, he tenido flaquezas; pero nunca he podido mirar sin horror una mujer pública.» Maestro, pocos razonamientos; aprende a escoger los sitios, los tiempos, las personas, dad luego vuestras lecciones en ejemplos y estad cierto de su eficacia.

El empleo de la infancia es poca; lo malo que en ella se introduce tiene remedio, y lo bueno que se hace se puede hacer más tarde. Pero no sucede lo mismo en la primera edad en que verdaderamente empieza a vivir el hombre. Nunca dura esta edad lo suficiente para el uso que de ella debe hacerse; y exige su importancia una continuada solitud; por eso insisto tanto en el arte de prolongarla. Uno de los mejores preceptos de la buena cultura es retardarlo todo cuando fuere posible. Haced lentos y seguros los adelantos; estorbad que se haga hombre él joven cuando nada le falta ya para serlo. Mientras crece el cuerpo, se forman y se elaboran los espíritus destinados a dar fuerza a las fibras y bálsamos a la sangre; si hacéis que tomen distinto curso, y que lo que estaba destinado a la perfección de un individuo sirva para la formación de otro, permanecen ambos en un estado de flaqueza, y se queda imperfecta la obra de la naturaleza. También las operaciones intelectuales se resienten de esta alteración, y tan endeble el alma como el cuerpo, sólo desempeña funciones desmayadas y flacas. Ni el valor ni el ingenio penden de miembros fuertes y robustos; y bien concibo que no acompañe la fuerza del ánimo a la del cuerpo, si no están bien dispuestos por otra parte los desconocidos órganos de la comunicación de ambas sustancias; pero, aunque fuere buena la disposición mutua de éstos, siempre obrarán sin energía, si no tienes otro princi-

pio que una sangre apurada, empobrecida y privada de aquella sustancia que da acción y fuerza a todos los muelles de la máquina. Generalmente se nota más vigor de alma en los hombres que en su juventud se preservaron de una corrupción prematura que en aquellos cuyo desorden empezó en cuanto se pudieron abandonar a él, y esta es sin duda una de las causas porque exceden comúnmente en valor y razón los pueblos de sanas costumbres a los que lis tienen estragadas. Estos se lucen únicamente en no sé qué mezquinas dotes delicadas y menudas que llaman ellos agudeza, sagacidad, sutileza; pero las vastas y nobles funciones de sabiduría y razón que honran y distinguen al hombre con dignas acciones, con virtudes, con afanes verdaderamente útiles, no se hallan más que en los primeros.

Quéjense los maestros de que el ardor de esta edad hace a la juventud indisciplinable, y bien veo que es así; ¿pero no es de ellos la culpa? ¿No saben que en cuanto han dejado que corra llama por los sentidos, no es posible darla otra dirección? ¿Los fríos y pesados sermones de un pedante borrarán en el espíritu de su alumno la imagen de los deleites que ha concebido? ¿Desterrarán los deseos que atormentan su corazón? ¿Amortiguarán el ardor de un temperamento cuyo uso sabe? ¿No se irritará contra los estorbos que se oponen a la única felicidad de que tiene idea? ¿Y qué otra cosa verá en la dura ley que le prescriben sin poder hacer que la entienda, que la enemiga y la voluntariedad, de un hombre que se afana por atormentarle? ¿Es extraño que recíprocamente se enoje él y le aborrezca?

Comprendo que haciéndose fácil puede hacerse uno menos insufrible y conservar una autoridad aparente; pero no veo para qué sirva la autoridad que el ayo conserva en su alumno fomentando los vicios que debería enfrenar; es como si, por calmar un fogoso caballo, le hostigara el picador a que se tirara por un despeñadero.

Lejos de ser este ardor de la adolescencia un impedimento para la educación, por él se perfecciona y se perfila ésta; él es quien da un asidero en el corazón de un joven, cuando llega a ser más fuerte que

vos. Sus afecciones primeras son las riendas con que dirigís todos sus movimientos; libre era, y ya le veo esclavizado. Mientras que nada amaba, solamente dependía de sí propio y de sus necesidades; así que ama, depende de su cariño. De este modo se forman los vínculos primeros que le estrechen con su especie. No os figuréis que dirigiendo a esta su sensibilidad naciente, abraza al principio a todos los hombres, y que la expresión de linaje humano signifique algo para él. No, que primero se ceñirá esta sensibilidad a sus semejantes, y para él sus semejantes no son las personas desconocidas sino aquellas con quienes tiene intimidad; las que la costumbre le ha hecho que quiera o que necesite; las que ve con evidencia que tienen modos de pensar y de sentir como los suyos; las que están expuestas a las penas que ha padecido y que se complacen en los contentos que ha disfrutado, en una palabra, aquellas en quienes para él es más inclinación a quererlas. Antes de haber cultivado de mil maneras su índole, y de hacer repetidas reflexiones acerca de sus propios afectos y de los que observe en los demás, podrá llegar a generalizar sus nociones individuales bajo la idea abstracta de humanidad, y a reunir a sus particulares afecciones las demás que pueden completamente identificarle con su especie.

Al hacerse capaz de cariño, se hace sensible al de los demás, y por lo mismo atento a las señales de este cariño<sup>94</sup> ¿Veis qué nuevo imperio vais a granjearos en él? ¡Con cuántas cadenas habéis ceñido su corazón, antes que él lo echase de ver! ¡Qué ha de sentir cuando mirando por sí contemplo lo que habéis hecho por él, cuando se pueda comparar con los demás jóvenes de su edad, y compararos a vos con los otros ayos! Digo cuando él lo vea; pero tened cuenta con no decirselo, que entonces no lo verá él. Si exigís de él obediencia en pago de los afanes que por él os habéis tomado, pensará que la habéis cogi-

---

<sup>94</sup> El cariño puede existir sin correspondencia, no así la amistad, que es una permuta, un contrato como los demás; pero el más sagrado de todos. La palabra amigo no tiene otro correlativo que ella misma. Es un infame todo hombre que no es amigo de su amigo; porque no se puede granjear la amistad como no sea pagándola o fingiendo que se paga...

do en un lazo, y dirá entre sí que, cuando fingíais servirle sin interés, pretendíais cargarle con una deuda, y atarle con un contrato sin su consentimiento. Vano será alegar que lo que exigís de él es por su bien; al cabo exigís, y exigís en virtud de lo que, sin contar con él habéis hecho en su beneficio. Cuando un desventurado toma el dinero que fingen darle y se encuentra comprometido contra su voluntad, lamentáis la injusticia; ¿pues no sois todavía más injusto cuando pretendéis que pague vuestro alumno el valor de afanes que no había admitido?

Más rara sería la ingratitud si fueran menos frecuentes los beneficios a usura. Lo que nos hace bien lo amamos; ¡es un afecto tan natural! La ingratitud no se alberga en el corazón humano; mas sí el interés, y menos hay favorecidos ingratos, que bienhechores interesados. Si me vendéis vuestras dádivas, ajustaré el precio que por ellas quiero pagar; pero si fingís que me dais para venderme luego a como queráis, cometéis un fraude; pues lo que hace inapreciables los dones, es que sean gratuitos. El corazón sólo admita leyes de sí propio; el que quiere encadenarle le liberta, y quien le deja libre le encadena.

Cuando echa el pescador el cebo al agua, viene el pez, y se está quieto sin recelo; pero cuando cogido del anzuelo, que escondía el cebo, siente que tiran, procura escaparse. ¿Es el pescador el bienhechor, y el pez el ingrato? ¿Se ha visto alguno que olvide a su bienhechor aun cuando éste no se acuerde de él? Por el contrario, siempre habla de él con gusto, no piensa en él sin enternecerse: si halla ocasión para hacerle ver, con algún inesperado servicio, que se acuerda de los suyos, ¡con qué júbilo interior satisface entonces su gratitud! ¡Con cuánto alborozo seda a conocer! ¡Con qué gozo dice: ya es llegada mi vez! Ésta es la voz de la naturaleza, que nunca hubo quien pagase con, ingratitud un beneficio verdadero.

Puesto que la ingratitud es un afecto natural, si no destruíis por culpa vuestra su eficacia, estad cierto de que cuando empiece vuestro alumno a conocer lo que valen vuestros afanes, será agradecido, con

tal qué vos mismo no les pongáis precio, y que os granjearán en su corazón una autoridad que nada podrá destruir. Pero antes que consigáis esta ventaja, tened cuenta con no privaros de ella alegándole su valor. Ensalzarle vuestros servicios, es hacérselos inaguantables, y olvidaros de ellos, es acordárselos. No mentéis nunca lo que os debe, sino lo que a si propio se debe, hasta que sea tiempo de tratarle como hombre. Dejadle toda su libertad para tornarle dócil; huid de él para que os busque; enaltecéd su alma hasta el noble afecto de la gratitud, no hablándole nunca más que de su interés. No he querido que le dijese era por su bien lo que hacían, hasta que estuviese en estado de entenderlo, porque en esta expresión sólo hubiera visto vuestra dependencia, y os habría mirado como criado suyo. Pero ahora que empieza a sentir qué cosa es querer, también siente lo suave del vinculo que puede estrechar a un hombre con lo que quiere; y en el celo que hace que sin cesar os afanéis por él, ya no ve la adhesión de un esclavo, sino el cariño de un amigo. Ahora bien, ninguna, cosa puede tanto con él corazón humano como la voz bien conocida de la amistad, porque sabemos que siempre nos habla por nuestro interés. Podemos creer que se engaña un amigo, mas no que quiere engañarnos. Algunas veces nos resistimos a sus consejos, pero nunca los despreciamos.

Entramos, por fin, en el orden moral; acabamos de dar el segundo paso de hombre. Si aquí fuera lugar oportuno, trataría de demostrar cómo de los primeros movimientos del corazón se originan las primeras voces de la conciencia, y cómo de los afectos de amor y odio nacen las primeras nociones del bien y el mal. Haría ver que *justicia* y *bondad* no sólo son palabras abstractas, meros seres morales formados por el entendimiento, sino verdaderas afecciones del alma iluminada por la razón, y que sólo son un progreso coordinado de nuestras primitivas afecciones; que no es posible establecer ninguna ley natural por la razón sola, y sin acudir a la conciencia, y que es fantástico todo el derecho de la naturaleza, si no va fundado en una necesidad natural

en el corazón humano<sup>95</sup>. Pero considero que no debo, componer aquí tratados de metafísica y moral, ni cursos de estudio de ningún género; bástame con señalar el orden y el progreso de nuestras sensaciones y conocimientos con relación a nuestra naturaleza. Otros, acaso, demostrarán extensamente lo que yo no hago más que indicar.

No habiendo hasta ahora contemplado mi Emilio sino a sí propio, la primera mirada que pone en sus semejantes le incita a compararse con ellos, y el primer afecto que excita en él esta comparación es anhelar el primer puesto. Este es el punto en que se convierte el amor de sí en amor propio, y empiezan a brotar todas las pasiones que con éste tienen conexión. Mas, para resolver si entre estas pasiones, las que en su carácter hayan de dominar han de ser blandas y humanas, o crueles y dañadoras; si han de ser de benevolencia y conmiseración., o de codicia y envidia, es necesario saber en qué sitio se reconocerá entre los hombres, y que género de estorbos crearán necesita remover para colocarse en el lugar que pretende ocupar.

Para guiarle en esta investigación, habiéndole ya hecho ver a los hombres por los accidentes comunes de la especie, es preciso manifestárselos ahora por sus diferencias; y aquí se le debe dar a conocer la

---

<sup>95</sup> Ni aun el precepto de obrar con otro como quisiéramos que obraran con nosotros, tiene otro fundamento verdadero que el sentimiento y la conciencia; porque ¿qué razón exacta milita para obrar, siendo yo, como si fuera otro, con especialidad estando moralmente cierto de no hallarme nunca en caso idéntico? ¿Y quién me dice que con seguir puntualmente esta máxima, haya de lograr que también la sigan conmigo? El malo se aprovecha de la probidad del justo y de su propia injusticia; y tiene mucha satisfacción en que sea justo todo el mundo menos él. Digan lo que quieran, este convenio no es muy ventajoso para los hombres de bien. Pero cuando me identifica con mi semejante la fuerza de un alma expansiva, cuando me siento, por decirlo así, en él, por no padecer yo, no quiero que él padezca; me interesa él por mi amor y se halla la razón del precepto en la misma naturaleza que me inspira el deseo de mi bienestar, do quiera que sienta mi existencia. De donde infiero que no es cierto estricten los preceptos de la ley natural en sola la razón y que tienen más sólido y seguro cimiento. El principio de la justicia humana es el amor de los hombres derivado del amor de sí mismo. El Evangelio cifra el compendio de toda la moral en el sumario de la ley.

medida de la desigualdad natural y civil y la pintura de todo el orden social.

Hay que estudiar la sociedad por los hombres, y los hombres por la sociedad; los que quieran tratar por separado la política y la moral no entenderán palabra de una ni otra. Aplicándonos primero a las relaciones primitivas, observamos la impresión que deben hacer en los hombres y las pasiones que de ellas deben originarse, y vemos que por el progreso de las pasiones se multiplican y estrechan recíprocamente estas relaciones. No tanto la fuerza de los brazos como la moderación de los ánimos es la que hace a los hombres independientes y libres. Quien pocas cosas desea, con pocas personas está relacionado; pero confundiendo siempre nuestros vanos deseos con nuestras necesidades físicas, los que cimentaron la sociedad humana en estas últimas, han reputado causas los que eran efectos, y así se han descarriado en todos sus raciocinios.

Hay en el estado de naturaleza una igualdad de hecho indestructible y real, porque no es posible que en este estado sea tan grande la mera diferencia de hombre a hombre, que constituya dependiente a uno de otro. En el estado civil existe una igualdad de derecho vana y fantástica, porque los mismos medios destinados para mantenerla sirven para destruirla, y porque agregada la fuerza pública al más fuerte para oprimir al débil, rompe la especie de equilibrio en que nos había puesto la naturaleza<sup>96</sup>. De esta primera contradicción se derivan todas las que se notan en el orden civil entre la realidad y la apariencia. Siempre será sacrificada la muchedumbre al corto número, y el interés público al particular; siempre servirán de instrumentos para la violencia y armas para la iniquidad, los especiosos nombres de subordinación y justicia; de donde se colige que las clases distinguidas que pretenden ser útiles para las demás, efectivamente son útiles sólo para

---

<sup>96</sup> El espíritu universal de las leyes de todo país es siempre auxiliar al fuerte contra el débil, y al que tiene contra el que no tiene, inconveniente que es inevitable y no admite excepción.



sí propias a costa de las demás; y por esto debemos juzgar del aprecio en que, según la justicia y la razón, merecen ser tenidas. Fáltanos ver si la jerarquía que se han tomado contribuye más a la felicidad de los que la ocupan, para saber el juicio que debe formar cada uno de nosotros acerca de su propia suerte. Este es el estudio que ahora nos importa; mas para que saquemos fruta de él es necesario conocer primero el corazón humano.

Si únicamente se tratase de que los jóvenes conociesen al hombre por su máscara, no habría necesidad de enseñársela, que de sobra la verían ellos; pero, como el hombre no es su máscara, y no queremos que se dejen engañar del relumbrón, cuando les pintéis el hombre, retratadle como él es, no para que le tomen odio, sino para que le tengan lástima y no se le quieran parecer; que este es, a mi ver, el más juicioso afecto que a un hombre pueda inspirar su especie.

A este propósito, importa seguir aquí un camino opuesto al que hasta ahora ha seguido, y antes instruir al joven por la experiencia ajena que por la suya propia. Si le engañan a él los hombres, les tomará aborrecimiento; pero si le respetan y ve que mutuamente se engañan, les tendrá lástima. Decía Pitágoras que era parecido el espectáculo del mundo al de los juegos olímpicos: los unos ponen tienda, y sólo piensan en su ganancia; los otros aventuran su persona, y buscan la gloria; los otros se contentan con ver los juegos.

Yo quisiera que fuese tan escogida la sociedad de un joven que tuviera buena opinión de los que con él viven, y que le enseñáramos a conocer tan bien el mundo, que la tuviese mala de todo cuanto en él hacen. Sepa que, naturalmente, es bueno el hombre; siéntalo en si y juzgue de su prójimo por sí mismo; pero vea cómo deprava y pervierte la sociedad a los hombres; encuentre en las preocupaciones de éstos la causa de todos sus vicios; tenga inclinación a estimar a cada individuo, mas desprecie la muchedumbre; vea que todos llevan casi una misma máscara, pero sepa que hay rostros más hermosos que la máscara que los encubre.

Hay que confesar que este método tiene sus inconvenientes y es que difícil de poner en práctica; porque si desde tan temprano se hace observador, y le ejercitáis en que aceche con tanta atención las acciones ajenas, le haréis maldiciente y satírico, decisivo y pronto a fallar; se acostumbrará a la odiosa satisfacción de hallar en todo siniestras interpretaciones, y a no mirar bien ni aun lo que es bueno. A lo menos se hará al espectáculo del vicio, y verá sin horror a los malos como se acostumbra uno a ver sin compasión a los desventurados; y en breve la perversidad general no tanto le servirá de lección cuanto de disculpa, diciendo en su interior que si es tal el hombre, él no debe querer ser de otro modo.

Si queréis instruirle por principios y darle a conocer al mismo tiempo la naturaleza del corazón humano, la aplicación de las causas externas que convierten en vicios nuestras inclinaciones, trasladándole intempestivamente de los objetos sensibles a los intelectuales, usáis de una metafísica que no está en estado de entender, incurriendo en el inconveniente, que hasta aquí con tanto afán hemos evitado, de darle lecciones que lo parezcan, y de sustituir en su inteligencia la experiencia y la autoridad del maestro a su experiencia propia y al adelanto de su razón .

Para quitar a la vez ambos obstáculos, y poner a su alcance el corazón humano sin arriesgarse a estragar el suyo, quisiera yo enseñarle los hombres a lo lejos, en otros tiempos y en otros países, de suerte que pudiera ver la escena sin poder nunca obrar en ella. Esta es la época de aprender la historia; de la filosofía; con ella, mero espectador, los verá sin interés ni pasión, como juez, no como cómplice ni como acusador.

Para conocer a los hombres, es necesario verlos en sus obras. En el mundo les oímos hablar; muestran sus dichos y esconden sus acciones; pero éstas se hallan patentes en la historia y los juzgamos por los hechos. Hasta sus dichos sirven para valuarlos, porque, comparando lo

que dicen con lo que hacen, vemos a un tiempo lo que son, y lo que quieren parecer; cuanto más se encubren, mejor los conocemos.

Tal estudio tiene por desgracia, inconvenientes y riesgos de varias especies. Es difícil colocarse en un punto de vista desde el cual podamos juzgar con equidad a nuestros semejantes. Uno de los vicios principales de la historia, consiste en que retrata mucho más a los hombres por sus malas facciones que por las buenas; como sólo toma interés por las revoluciones y las catástrofes, mientras crece y prospera un pueblo en la bonanza de un gobierno pacífico, nada dice de él; ni empieza a mencionarle hasta que éste, no pudiéndose ya bastarse a sí propio, se ingiere en los negocios de los limítrofes o deja que éstos se metan en los suyos; no le ilustra hasta que ya está decadente; principian todas nuestras historias por donde debieran concluir. Con mucha puntualidad tenemos la historia de los pueblos que se destruyen; la que nos falta es la de los pueblos que se multiplican, que son tan felices y tan discretos que nada tiene que decirnos de ellos; y con efecto, aun en nuestro tiempo, vemos que los gobiernos que mejor se conducen son aquellos de que menos se habla. Sólo el mal sabemos, y apenas forma época el bien. Solamente los malos son famosos; los buenos son puestos en olvido o ridiculizados.

Semejante el tiempo a un río caudaloso, dice Bacón, aquello más ligero y menos sólido, es lo que nos trae; todo lo que más peso tiene se va al fondo y se queda tragado en su vasto cauce. De este modo, la historia, como la filosofía, calumnia sin cesar al linaje humano.

Además, falta mucho para que los hechos que describe la historia sean la pintura exacta de cómo sucedieron; pues mudan de forma en la cabeza del historiador, amoldándose por sus intereses y tomando color en sus preocupaciones en el sitio de la escena, para que vea un suceso tal como fue. Todo lo disfraza la ignorancia o la parcialidad. Aun sin alterar un rasgo histórico, con sólo ensanchar o estrechar las circunstancias que a él se refieren; ¡cuántas fases diferentes pueden dársele! Poniendo un objeto mismo en diferentes puntos de vista, apenas pare-

cerá el mismo, y con todo no habrá variado otra cosa que la mirada del espectador. ¿Basta, en obsequio de la verdad, contarme un hecho verdadero, si me le hacen ver de distinto modo que sucedió? ¿Cuántas veces un árbol más o menos, un peñasco a mano derecha o izquierda, un torbellino de polvo levantado por el viento, han decidido el éxito de una batalla, sin que nadie lo haya conocido! ¿Quita eso que os diga el historiador la causa de la derrota o la victoria, tan resueltamente como si se hubiera encontrado en todas partes?

Ahora bien, ¿qué me importan los hechos en sí mismos, cuándo no sé la razón de ellos? ¿Ni qué lección me puede dar un suceso cuya verdadera causa ignoro? Una me da el historiador, pero arreglada por él; y la crítica misma con que tanto ruido meten, no es más que el arte de conjeturar, de escoger entre muchas mentiras la que se da más aire a la verdad.

¿No habéis leído nunca Cleopatra o Casandra<sup>97</sup> o cualquiera otro libro de la misma especie? El autor elige un suceso conocido; acomodándole luego a sus ideas, adornándole con circunstancias que inventa, con personajes que nunca existieron; y con retratos imaginarios amontona ficciones y más ficciones para amenizar la lectura. Poca diferencia veo entre estas novelas y nuestras historias, como no sea que el novelista se abandona más a su propia imaginación y el historiador se ciñe más a la ajena, a lo cual añadiré, si quieren, que aquél se propone un objeto moral, bueno o malo, y éste no se cuida de eso.

Me dirán que interesa menos la fidelidad de la historia que la verdad de las costumbres y caracteres; y que como esté bien pintado el corazón humano, poco importa que sea fiel la narración de los sucesos; porque añaden, al cabo: ¿qué se nos da de hechos que hace dos mil años sucedieron? Tienen razón, si están dibujados los retratos conforme al natural; pero si la mayor parte no tienen otro modelo que la imaginación del historiador, ¿no incurrimos en el inconveniente que queríamos evitar, otorgando a la autoridad de los escritores lo que

---

<sup>97</sup> Romans de la Calprenède.

queríamos quitar a la del maestro? Si sólo pinturas de fantasía ha de ver mi alumno, más quiero que sea el dibujo de mi mano que de la de otro; pues, a lo menos se las adaptaré mejor.

Los peores historiadores para un joven son los que juzgan. Hechos, hechos, y juzgue él propio; quo así aprenderá a conocer a los hombres. Si le guía sin cesar el juicio del autor, no hace otra cosa que ver por ojos ajenos; y así que éstos le faltan, no ve nada.

Dejo aparte la historia moderna, no sólo porque no tiene fisonomía marcada y nuestros hombres son todos parecidos, sino porque nuestros historiadores, atentos sólo a lucirse, no piensan más que en hacer retratos con colores muy vivos, y que no se parecen a nada<sup>98</sup>. En general, los antiguos hacen menos retratos y gastan menos agudeza y más sentido en sus juicios; y todavía entre éstos es menester mucho tino para escoger bien; no se han de tomar al principio los más juiciosos, sino los más sencillos. No quisiera poner en manos de un mancebo a Polibio ni a Salustio; Tácito es el libro de los ancianos, pues los jóvenes no son capaces de entenderle. Aprendamos a ver en las acciones humanas los primeros contornos del corazón del hombre antes de querer sondear sus abismos; y sepan leer bien en los hechos antes de leer en las máximas. Sólo a la experiencia convienen la filosofía en máximas; nada debe generalizar la juventud; toda su instrucción se ha de ceñir a reglas particulares.

A mi ver, el verdadero de los historiadores es Tucídides. Cuenta los hechos sin juzgarlos, pero ni omite ninguna de las circunstancias que nos pueden poner en estado de juzgarlos por nosotros mismos. Todo cuanto refiere lo pone a vista del lector; lejos de interponerse entre los lectores y los sucesos, se esconde; y cree uno que ve, no que lee. Por desgracia, siempre habla de guerras, y en todas sus narraciones casi no vemos otra cosa que batallas, y es la que menos instruye. La misma discreción y el mismo defecto tienen la *Retirada de los diez*

---

<sup>98</sup> Véanse Dávila, Guichardino, Estrada, Solís, Maquiavelo, y a veces el mismo De Thou. Vertot es casi el único que sabía pintar sin hacer retratos.

*mil* y los *Comentarios* de César. Sin retratos ni máximas, pero fluido, cándido, lleno de las circunstancias más capaces de agrandar y de interesar, el buen Herodoto acaso fuera el mejor de los historiadores, si no degeneraran con frecuencia estas mismas circunstancias en pueriles simplicidades, más propias para estragar el gusto de la juventud, que para formarle; por tanto, su lectura necesita discernimiento. Nada digo de Tito Livio, ya llegará su turno; pero es político, es retórico, es todo cuanto no conviene para esta edad.

La historia, en general, tiene el defecto de que sólo menciona hechos sensibles y señalados, los cuales pueden fijarse con nombres, lugares y fechas; pero siempre permanecen desconocidas las lentas y progresivas causas de estos hechos, que no se pueden asignar del mismo modo. Muchas veces atribuyen a una batalla perdida o ganada el motivo de una revolución que ya se había hecho inevitable antes de esta batalla. La guerra no hace más que manifestar sucesos, determinados ya por causas morales que rara vez saben ver los historiadores.

El espíritu filosófico ha vuelto hacia esta parte las reflexiones de varios escritores de este siglo; pero dudo, que la verdad salga más depurada de su trabajo. Habiéndose apoderado de todos ellos la manía de sistemas, ninguno procura ver las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema.

Añádase a todas estas reflexiones que la historia manifiesta mucho más las acciones que los hombres; sólo en ciertos instantes privilegiados los coge con sus vestidos de ceremonia; solamente expone al hombre público, el cual se ha ataviado para ser visto; no le sigue dentro de su casa, de su gabinete, en medio, de su familia, de sus amigos; sólo le pinta cuando está representando, y harto más nos retrata su traje que su persona.

Para empezar el estudio del corazón humano, quisiera mejor la lectura de las vidas particulares, porque entonces en vano se esconde el hombre; pues a todas partes le persigue el historiador; no le deja parar un instante, ni un rincón en que se pueda ocultar de los pene-

trantes ojos del espectador; y cuando piensa el uno que más escondido está, mejor le da a conocer el otro. «Aquellos, dice Montaigne, que escriben las vidas, cuanto tratan más de los consejos que de los sucesos, más de lo que sucede adentro que de lo que acontece fuera, tanto más me gustan; por eso Plutarco es mi hombre<sup>99</sup>.

Verdad que es la índole de los hombres reunidos o de los pueblos muy distinta del carácter del hombre en particular, y que fuera imperfectísimo nuestro conocimiento del corazón humano, si no le examináramos también en la muchedumbre. Pero no es menos cierto que antes de juzgar de los hombres es preciso estudiar al hombre, y que quien perfectamente conociese las inclinaciones de cada individuo, podría combinar todos sus efectos en el pueblo entero.

Aun aquí es preciso recurrir a los antiguos, por las razones que ya he dicho, y además porque desterradas del estilo moderno todas las circunstancias familiares y bajas, aunque verdaderas y características, con tanto adorno aparecen los hombres en las vidas privadas de nuestros autores, como en la escena del mundo. No menos severa en los escritos que en las acciones, la decencia sólo permite ya decir en público lo que permite que en público se haga; y como no es posible mostrar a los hombre sino en perpetua representación, no los conocemos más en nuestros libros que en nuestros teatros. Cien veces se harán y tornarán a hacer las vidas de los reyes, sin que tengamos Suetonios<sup>100</sup>.

Plutarco se aventaja en estas mismas menudencias en que ya no osamos meternos. Tiene gracia inimitable para retratar a los grandes

---

<sup>99</sup> Libro II, cap. x.

<sup>100</sup> Uno solo de nuestros historiadores, Duclos\*, que imitó a Tácito en las grandes pinceladas, se ha atrevido a imitar a Suetonio, a veces a copiar a Commines en las pequeñas; y esto mismo, que da valor a su libro, ha sido motivo de crítica en nuestro país.

\* Duclos autor de la Vida de Luis XI, 3 vol. in 8º, publicada en 1745, con un suplemento en un volumen que apareció al año siguiente.

varones en las cosas menudas; y es tan feliz en la elección de sus rasgos, que muchas veces una palabra, una sonrisa, un ademán, le bastan para caracterizar a su héroe. Con un chiste vuelve Aníbal el valor a su ejército asustado, y le hace marchar riendo a la batalla que le dio la Italia; Agesilao, a caballo en una caña, me hace querer al vencedor del gran Rey; César, atravesando una pobre aldea, y discurriendo con sus amigos, sin pensarlo deja ver al astuto que decía querer sólo igualarse a Pompeyo; Alejandro bebe una purga sin decir palabra, y éste es el más hermoso instante de su vida: Arístides escribe su propio nombre en una concha, y justifica así su mote; Filopemeno, tirando la capa, corta leña en la cocina de su huésped. Este es el arte verdadero de pintar. No se manifiesta la fisonomía en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones; en frioleras es donde se descubre el natural. Las cosas públicas, o son muy comunes, o tienen mucho adrezo, y la dignidad moderna casi no permite a nuestros historiadores que hablen de ningunas otras.

Turena fue, indudablemente, uno de los más claros varones del siglo pasado, y un escritor ha sabido hacer interesante su vida con menudas circunstancias que le dan a conocer y le hacen amar; pero ¡cuántas se ha visto precisado a suprimir que le hubieran hecho más conocido y más amado! Una sola citaré, que sé de buen origen, y que Plutarco se hubiera guardado de omitir, pero que Ramsai no se hubiera atrevido a escribir, aun cuando la hubiese sabido.

Un día de verano, que hacía mucho calor, estaba asomado a la ventana de su antecámara el vizconde de Turena, en chupetín blanco y en gorro; llega uno de sus criados, y engañado con el vestido, cree que es un pinche de cocina con quien tenía mucha familiaridad. Acércase bonitamente por detrás, y con mano no muy ligera, le pega una terrible palmada en las nalgas. Vuélvese al instante el aporreado, mírale el criado y conoce temblando a su amo. Híncase de rodillas fuera de sí: «Excelentísimo señor, pensé que era Jorge. –Y aunque hubiera sido Jorge, dice Turena estregándose el trasero, no venía al caso pegar tan



fuerte.» Miserables, esto es lo que no os atrevéis a decir. Pues no ten­gáis nunca naturalidad, ni entrañas; templad, endureced vuestros co­razones de acero en vuestra vil decencia, y en fuerza de dignidad haceos despreciables. Pero tú, buen muchacho, que lees este rasgo y sientes enternecido toda la blandura de ánimo que aun, en el primer movimiento acredita, lee también las miserias de este gran varón así que se trataba de su cuna y su nombre. Contempla que este mismo Turena era quien ponía cuidado en ceder el sitio preferente en todas partes a su sobrino para que vieses que este niño era jefe de una casa soberana. Junta estas contraposiciones, ama la naturaleza, desprecia la opinión y conoce al hombre.

Muy pocas personas son capaces de comprender el efecto que en el espíritu inexperto de un joven pueden producir lecturas dirigidas de esta manera. Cargados con libros desde nuestra infancia, acostumbra­dos a leer sin pensar, nos hace menos impresión lo que leemos, pues como ya tenemos dentro de nosotros las pasiones y las preocupaciones de que están llenas las historias y las vidas de los hombres, nos parece natural todo cuanto hacen, porque estamos fuera de la naturaleza y por nosotros juzgarnos a los demás. Pero representémonos a un joven edu­cado según mis máximas; figurémonos a mi Emilio, con quien hemos empleado diez y ocho años de cuidados continuos, sin otro objeto que conservar­le recto el juicio y sano el corazón; figurémonos que, al le­vantar el telón, pone por la vez primera la vista en la comedia del mundo, o más bien que colocado detrás de la escena mira a los actores ponerse y quitarse sus trajes y que cuenta las cuerdas y poleas, cuya torpe apariencia engaña los ojos de los espectadores. Muy en breve, al primer asombro se seguirán en él afectos de vergüenza y de desdén de su especie; se indignará contemplando a todo el linaje humano, hecho irrisión de sí propio, envileciéndose con éstos juguetes de criaturas; se afligirá al mirar que se hacen pedazos sus hermanos por sueños, y que se convierten en fieras por no haberse sabido contentar con ser hom­bres.

Ciertamente, con las naturales disposiciones del alumno, si el maestro escoge con un poco de tino y prudencia sus lecturas, y si le sugiere un poco las reflexiones que de ellas ha de sacar, será para él este ejercicio un curso de filosofía práctica, ciertamente mejor y más bien hecho que todas las vanas especulaciones con que embrollan en las aulas el entendimiento de nuestra juventud. Cuando después de haber escuchado los novelescos proyectos de Pirro, le pregunta Cineas qué utilidad real le habrá de traer la conquista del mundo, que no pueda sin tanto afán disfrutarla, entonces sólo vemos nosotros un dicho agudo; pero Emilio verá en él una discretísima reflexión, que hubiera él igualmente hecho, y que nunca se borrará de su ánimo, porque no halla en éste ninguna otra preocupación contraria que pueda estorbar su impresión. Cuando luego, leyendo la vida de este insensato, halle que todos sus vastos designios vinieron a parar en morir a manos de una mujer, en vez de maravillarse de este pretendido heroísmo, ¿qué otra cosa ha de ver en todas las proezas de tan ilustre capitán, y en todas las arterías de tan consumado político, que otros tantos pasos en busca de la malhadada teja que con una ignominiosa muerte debía acabar con sus proyectos y su vida?

No todos los conquistadores han sido muertos, ni todos los usurpadores han fracasado en sus empresas; felices parecerán muchos a los ánimos embebecidos en las opiniones vulgares; mas el que, sin pararse en las apariencias, sólo juzga de la felicidad de los hombres por el estado de sus corazones, en sus triunfos mismos verá sus miserias; verá que con la fortuna crecen y toman más vuelo sus deseos y sus roedores cuidados; los verá correr hasta ahogarse, sin llegar nunca a la meta; los verá semejantes a aquellos viajeros inexpertos que por primera vez atraviesan los Alpes, y a cada montaña piensan que se los dejan atrás, y cuando a fuerza de fatigas han trepado a la cumbre, encuentran desalentados que se les oponen montañas aún más altas que las ya pasadas.

Después de avasallados sus conciudadanos y destruidos sus rivales, Augusto rigió por espacio de cuarenta años el más vasto imperio que ha existido; pero ¿le quitaba todo este inmenso poder que golpease con la cabeza en las paredes y que aturdiere a gritos su palacio, pidiendo a Varo sus legiones exterminadas? Aun cuando hubiera vencido a todos sus enemigos, ¿para qué le hubieran servido sus inútiles triunfos, si en torno suyo le nacía sin cesar todo género de pesares y sus amigos más queridos aspiraban a quitarle la vida, viéndose reducido a llorar la ignominia o la muerte de todos sus deudos? Quiso el desventurado gobernar el mundo, y no supo gobernar su casa. ¿Qué resultó de esta negligencia? Vio morir en la flor de su edad a su sobrino, a su hijo adoptivo, a su yerno; su nieto tuvo que comer el pelote de su cama para prolongar algunas horas su miserable existencia; su hija y su nieta, después de haberle cubierto de infamia, murieron, una de hambre y miseria en una isla desierta, y otra en la cárcel a manos de un soldado; finalmente, él mismo, postrera reliquia de su malhadada familia, se vio forzado por su propia mujer a dejar por sucesor suyo a un monstruo. Tal fue la suerte de este árbitro del mundo, tan célebre por su felicidad y su gloria. ¿Cómo he de creer que uno solo de los que tanto las admiran, quisiese comprarlas a este precio?

He tomado a la ambición como ejemplo, pero lecciones semejantes presenta el juego de todas las humanas pasiones al que quiere estudiar la historia para conocerse y tornarse sabio a costa de los muertos. Se acerca el tiempo en que tendrá la vida de Antonio una instrucción más inmediata para el joven que la de Augusto. En los extraños objetos que a su vista se presentan durante sus nuevos estudios, no se reconocerá Emilio a sí propio; pero sabrá de antemano apartar la ilusión de las pasiones antes que nazcan; y al ver que en todos tiempos han obcecado a los hombres, vivirá prevenido de que también podrán obcecarle a él, si de ellas se deja arrastrar. Bien sé que estas lecciones no le son muy adaptables, y que acaso, cuando se necesiten serán insuficientes y tardías; mas acordaos que no son esas las

que he querido sacar de este estudio. Cuando le empecé, propuse otro fin; y ciertamente, si este fin no se consigue, la culpa será del maestro.

Considerad que, tan pronto como se haya desarrollado el amor propio, sin cesar se pone en acción el *yo* relativo, y nunca observa el joven a los otros sin volver sobre sí y compararse con ellos. Por tanto, se trata de saber en qué sitio se colocará entre sus semejantes después que los haya examinado. Por el modo como hacen que lean la historia los jóvenes, veo que los transforman, por decirlo así en todos los personajes que ven; que hacen esfuerzos para que se supongan unas veces Cicerón, otras Trajano, otras Alejandro; que los desalientan cuando entran dentro de sí; que a cada uno le inspiran el desconsuelo de no ser más que él propio. Ciertas utilidades tiene este método, que yo no disputo; pero si en estos paralelos sucediere una sola vez que quiera más mi Emilio ser otro que él, aunque este otro fuere Sócrates, aunque fuero Catón, todo falló: quien empieza a tenerse por extraño, no tarda en olvidarse enteramente de sí.

No son, ciertamente, los filósofos los que mejor conocen a los hombres, pues sólo los miran entre las preocupaciones de filosofía; y no conozco estado ninguno en que tantas haya. Más sano juicio forma de nosotros un salvaje que un filósofo. Este siente sus vicios, se indigna con los nuestros y dice: Todos somos malos; el otro nos contempla sin emoción, y dice: Sois locos. Tiene razón, porque nadie hace el mal por hacerle. Mi alumno es este salvaje, con la diferencia de que como Emilio ha reflexionado más, ha comparado más ideas y ha visto más de cerca nuestros errores, está con mayor atención contra sí propio y sólo juzga de lo que conoce.

Nuestras pasiones son las que nos irritan contra las de los demás; nuestro interés el que hace que aborrezcamos a los malos; ni no nos hiciesen mal ninguno, les tendríamos más lástima que odio. El mal que nos hacen los malos es causa de que nos olvidemos del que se hacen a sí propios. Con más facilidad les perdonáramos sus vicios, si pudiéramos saber cuánto castigo les da por ello su mismo corazón.

Sentimos la ofensa y no vemos el castigo; aparentes son las ventajas, interna la pena. No menos fruto de sus vicios que si no hubieran salido con designio; el objeto ha variado, la zozobra es la misma; en vano hacen alarde de su fortuna, y nos esconden su corazón; su conducta nos lo descubre a pesar suyo; pero para verle bien es menester que no se le parezca el nuestro.

Nos seducen en los otros las pasiones que son comunes con las nuestras, y nos repugnan las que perjudican a nuestros intereses; por una inconsecuencia que de ellas proviene, vituperamos en los demás lo que quisiéramos imitar. Son inevitables la aversión y la ilusión cuando se ve uno forzado a sufrir de otro el mal que haría si se hallase en sus lugar.

Pues ¿qué sería necesario para observar a los hombres? Tener grande interés en conocerlos y grande imparcialidad para juzgarlos; un corazón tan sensible que concbiese todas las pasiones humanas y, tan sereno que no las experimentase. Si en la vida hay un instante propicio para este estudio, es el que he escogido para Emilio: antes le hubieran sido ajeno los hombres; más tarde se hubiera parecido a ellos. La opinión, cuya acción ve, no adquirió imperio en él todavía, ni las pasiones, cuyo efecto siente, han agitado aún su pecho. Es hombre, y le interesan sus hermanos; es equitativo, y juzga a sus semejantes. Es cierto que si los juzga bien, no querrá estar en lugar de ninguno de ellos, porque yendo fundado el blanco de cuantos afanes se toman en preocupaciones que él no tiene, le parece un blanco en el aire. Todo cuanto él desea, lo tiene a la mano. ¿De quién ha de pender, pues se basta a sí propio, y está exento de preocupaciones? Tiene brazos, moderación, salud<sup>101</sup>, pocas necesidades y con qué satisfacerlas. Criado en absoluta libertad, el mayor mal que concibe, es la servidumbre. Compadece a esos miserables reyes esclavos de todo

---

<sup>101</sup> Creo que puedo contar atrevidamente su salud y constitución robusta entre las ventajas que por su educación ha logrado, o más bien entre los dones de la naturaleza que esta educación le ha conservado.

cuanto les obedece; a esos fingidos sabios encadenados con su vana reputación, a esos necios ricos, mártires de su fausto, y a esos que hacen gala de su sensualidad, viviendo siempre empalagados por dar a entender que se deleitan. Compadecería a un enemigo que le hiciera daño, porque en su maldad verla su miseria, y diría entre sí: Cuando este hombre se ha puesto en la necesidad de hacerme mal, ha hecho que penda su suerte de la mía.

Otro paso más y tocamos a la meta. El amor propio es un instrumento útil, pero peligroso; hiere con frecuencia la mano que de él se sirve y rara vez hace provecho sin causar estrago. Considerando Emilio su lugar en el género humano, y viéndose tan felizmente colocado, tendrá impulsos de honrar su razón con lo que es efecto de la vuestra y de atribuir a mérito suyo lo que ha debido a su dicha. Dirá entre sí: Soy sabio y los hombres son locos. Los compadecerá despreciándolos; dándose el parabién, se tendrá en más; y sintiéndose más feliz que ellos, se reputará más acreedor a serlo. Este es el error más temible, porque es el que con mayor dificultad se desarraiga. Si se hubiera de quedar en este estado, poco le habrían aprovechado todos nuestros afanes; y si necesario fuera escoger, tal vez preferiría yo la ilusión de las preocupaciones a la de la soberbia.

Los grandes hombres no se engañan acerca de su superioridad, que la ven, la sienten, y no por eso son menos modestos. Cuanto más poseen, más conocen lo mucho que les falta. Menos los envanece su elevación sobre nosotros, que los humilla el sentimiento de su miseria; y en los bienes exclusivos que disfrutan, tienen sobrada rectitud de razón para vanagloriarse de una dádiva que les fue hecha. Puede el hombre de bien estar ufano de su virtud, porque es suya; pero ¿por qué ha de estarlo un hombre de talento? ¿Qué hizo Racine para no ser Pradón? ¿Qué hizo Boileau para no ser Cotin?

Aquí aun es otra cosa mucho más diferente. Quedémonos siempre en el orden común. a mi alumno no le he supuesto un ingenio trascendental, ni un entendimiento obtuso; le he escogido en una inte-

ligencia ordinaria, para hacer ver lo que puede la educación en el hombre. Los casos raros están fuera de regla. Así cuando a consecuencia de mis afanes prefiere Emilio su modo de ser, ver y sentir al de los demás, tiene razón; pero cuando por eso se cree demás excelente naturaleza, y de mejor índole que la de ellos, Emilio se equivoca; es fuerza desengañarle, o precaver antes el error, a fin de que ya no sea tarde, cuando queramos desvanecerle.

No hay locura de que no se pueda curar a un hombre que no está loco, si no es de la vanidad; sólo se corrige con la experiencia, si algo de ella puede corregirse; tal vez en sus comienzos podamos estorbar que tome incremento. No os metáis en largos argumentos para probar al joven que es hombre como los demás, y expuesto a las mismas flaquezas: haced que lo experimente o no lo sabrá nunca. Aquí estamos en un caso de excepción a mis propias reglas, que es el de exponer voluntariamente a mi alumno a todos los desmanes que le puedan probar que no es más discreto que nosotros. De mil maneras se repetiría la aventura del titiritero; dejaría que los aduladores sacasen de él el partido que se les antojara; si unos atolondrados le hacían cometer algún disparate, le dejaría que sintiese sus consecuencias; si unos tahúres le persuadían a que jugase con ellos, les dejaría que le trampeasen su dinero<sup>102</sup>; dejaría que le lisonjeasen, que le despojasen, que le vaciasen el bolsillo; y, cuando viéndole sin un cuarto, hiciesen bur-

---

<sup>102</sup> Por lo demás, con dificultad caerá nuestro alumno en este lazo, teniendo tanto en qué entretenerse, no aburriéndose en su vida y sabiendo apenas para qué sirve el dinero. Como los dos móviles con que a los niños conducen son el interés y la vanidad, sirven estos mismos dos móviles a las ramerías y a los buscones para que se apoderen de ellos al llegar a mozos. Cuando veis que despiertan su codicia con premios y recompensas, que de diez años los aplauden en un acto público del colegio, también veis cómo a los veinte les harán soltar el bolsillo en un garito o en una mancebía. Siempre se puede apostar a que el más adelantado del aula será con el tiempo el más jugador y el más disoluto. Los medios que no se usaron en la niñez, no están sujetos a los mismos abusos en la mocedad. Pero no pierda el lector de vista que es máxima constante mía suponer siempre que sucederá lo peor. Primero procuro precaver el vicio y luego le supongo, a fin de poner remedio.

la. de él, Jes daría las gracias en su presencia por las lecciones que se hubiesen tomado el trabajo de darle. Los únicos lazos de que le preservarla con esmero, serían de los de las cortesanas; y la única contemplación que con él tendría, sería participar de todos los riesgos que le dejara correr y de todos los desaires que consintiera le hiciesen. Todo lo aguantaría en silencio, sin quejarme, sin echárselo en cara, sin articular una palabra; y estad cierto de que con esta prudencia nunca desmentida, todo cuanto por él me vea padecer, le hará más impresión que lo que él mismo padeciere.

No puedo menos de poner aquí en evidencia la pretendida dignidad de los ayos, que por representar el impertinente papel de sabios, desairan a sus alumnos, tratándolos con afectación coino si fueran niños y distinguiéndose siempre de ellos en todo cuanto los obligan a hacer. Muy lejos de abatir así su pecho juvenil, no omitáis cosa alguna para elevar su ánimo, hacedlos iguales vuestros, para que as! lo sean; y si todavía no pueden ellos subir hasta vos, bajaos sin escrúpulo ni ver '7üenza, hasta ellos. Contemplad que vuestra honra se cifra más en vuestro alumno que en vos; tomad parte en sus yerros, para que se enmiende de ellos; cargaos con su ignominia para borrarla; ¡mitad a aquel valiente romano que, viendo huir su ejército y no pudiendo reunirle, echó a correr al frente de sus soldados, gritando : « No huyen, que siguen a su capitán. » ¿ Cedió esta acción en su desdoro? Lejos de eso : con sacrificarla aumentó su gloria. La fuerza de la obligación y la hermosura de la virtud nos arrastran involuntariamente y derrocan nuestras desatinadas preocupaciones. Si me dieran una bofetada desempeñando mis obligaciones junto a Emilio, lejos de vengarme me alabaría en todas partes de haberla recibido, y dudo que se hallase hombre tan villano que por eso no me respetara más todavía.

Esto no significa que deba suponer el alumno las luces del maestro tan cortas como las suyas y que se deja seducir con tanta facilidad. Buena es esta opinión para un niño que, no sabiendo ver ni comparar nada, pone todo el mundo a nivel suyo y sólo se fía de aque-



llos que efectivamente saben nivelarse con él. Pero un joven de la edad de Emilio y de tanta razón como él, no es tan necio que así se deje alucinar, ni sería bueno que lo fuese. De otra especie es la confianza que debe tener en su ayo; debe estribar en la autoridad de la razón, en la superioridad de luces, en las ventajas que ya es capaz de conocer el joven y cuya utilidad aprecia para sí. Convencido está por una larga experiencia de que le quiere su conductor; ahora se debe convencer de que es un hombre discreto, ilustrado, que desea su felicidad y sabe lo que puede proporcionársela. Debe saber que por su propio interés le conviene escuchar sus consejos. Ahora, si se dejase el maestro engañar como el discípulo, perdería el derecho de darle lecciones y exigir de él deferencia. Aún menos debe suponer el alumno que a sabiendas le deje el maestro caer en lazos y que ponga asechanzas a su simplicidad. Pues ¿qué se ha de hacer para evitar estos dos inconvenientes? Lo mejor y más natural: ser sincero y sencillo como él, avisarle de los riesgos a que se expone, manifestárselos con claridad, palpablemente, pero sin exageración, sin enojo, sin pedantes circunloquios, especialmente sin dictarle como preceptos vuestros consejos, hasta que se conviertan en tales, y se haga absolutamente preciso este estilo imperioso. Y si después de esto se empeña, como sucederá con mucha frecuencia, no le digáis entonces nada, seguidle, imitadle con alegría, osadamente; abandonaos, divertíos tanto como él, si fuere posible. Si las consecuencias se hacen muy serias, siempre estáis a punto de detenerlas; y, entre tanto, el muchacho que ve vuestra previsión y condescendencia, ¡cuánta impresión le hará la una y cuánto le enternecerá la otra! Todos sus yerros son otros tantos lazos que os da para contenerle, cuando sea menester. Lo que constituye aquí el mayor arte del maestro es traer a punto las ocasiones y dirigir de tal manera las exhortaciones que, de antemano, sepa cuándo ha de ceder, y cuándo se ha de obstinar el joven, para rodearle por todas partes con las lecciones de la experiencia, sin exponerle nunca a riesgos muy graves.

Advertidle sus faltas antes de que caiga en ellas; cuando las haya cometido, no se las reprendáis, pues no haríais más que excitar y enfurecer su amor propio. Lección que repugna no aprovecha. No sé que haya mayor sandez que la expresión: *¿No le lo había yo dicho?* El mejor modo de hacer que se acuerde de lo que le dijimos, es hacer como que lo hemos olvidado. Por el contrario, cuando le veáis confuso por no haberos creído, templad su humillación con buenas palabras. Ciertamente os tomará cariño, viendo que por él os olvidáis de vos, y que en vez de aumentar su dolor le consoláis. Mas si a su desconsuelo añadís reprensiones, os tomará rencor y tendrá empeño en no daros oídos, aunque sólo sea por probaros que no es de vuestro parecer sobre la utilidad de vuestros consejos.

La manera de consolarle también puede ser para él una lección más útil porque no desconfía de ella. Si le decís: «Presumo que otros mil incurren en iguales yerros», es cosa que él no espera, y le corregís con apariencias de compadeceros de él; porque es disculpa que deja muy mortificado al que se precia de valer más que los otros hombres, el consolarle con su ejemplo; es hacerle entender que cuando más puede aspirar a creer que no valen más que él.

El tiempo de los yerros es el de las fábulas, que censurando el culpado bajo un disfraz extraño, le instruyen sin ofenderle; y entonces comprende que no es mentira el apólogo, por la verdad que a sí propio se aplica. El niño que nunca fue engañado con alabanzas no entiende palabra de la fábula que antes examiné pero el atolondrado que acaba de servir de irrisión a un adulado, concibe maravillosamente que el cuervo era un majadero. Así de un hecho saca una máxima; y la experiencia, que presto hubiera olvidado, se graba en su juicio con el auxilio de la fábula. No hay conocimiento moral que no pueda adquirirse con la experiencia ajena o con la suya propia. Cuando la experiencia es peligrosa, la lección se obtiene de la historia; cuando no puede traer la prueba muy funestas consecuencias, bueno es que quede el joven

expuesto a ella; y luego, por medio del apólogo, se compendian en máximas los casos particulares que conoce.

Sin embargo, no quiero decir con esto que se deban desenvolver ni aun enunciar estas máximas. La cosa más vana y peor entendida, es la moralidad con que concluye la mayor parte de las fábulas; como si no debiera hallarse difundida esta moralidad en todo el contesto de cada una, de manera que fuese palpable para el lector. Pues ¿por qué poniendo al fin esta moralidad, le quitan la satisfacción de encontrarla él por sí? El talento de instruir consiste en que el discípulo tome gusto a la instrucción; y para ello no ha de quedar de tal manera pasiva su inteligencia en todo cuanto le digáis, que nada absolutamente tenga que hacer para entenderos. Menester es que el amor propio del maestro deje siempre algún lugar al suyo; menester es que pueda decir para sí: «Concibo, penetro obro, me instruyo.» Una de las cosas que hacen inaguantable el Pantalón de la comedia italiana, es el afán que se toma por explicar al público las simplezas que éste entiende de sobra. No quiero que su ayo sea Pantalón, y mucho menos un autor. Siempre se ha de dar uno a entender, mas no siempre lo ha de decir todo; el que hace esto poco dice, porque al fin nadie le escucha. ¿Qué significan los cuatro versos que añade La Fontaine a la fábula del león y el ratón? ¿Se teme que no le hayan entendido? ¿Necesita tan buen pintor poner los nombres al pie de lo que pinta? Lejos de generalizar así su moralidad, la particulariza, la ciñe en algún modo a los ejemplos que cita y estorba que se aplique a otros. Quisiera que antes de poner en manos de un joven las fábulas de este excelente autor, se quitasen todas las conclusiones en que se toma el trabajo de explicar lo que con tanto donaire como claridad acaba de decir. Si vuestro alumno no entiende la fábula sin la explicación, estad cierto de que tampoco con ella la entenderá.

De igual modo sería conveniente dar a estas fábulas un orden más didáctico y más conforme con el progreso de los afectos y luces del adolescente. ¿Dónde hay cosa más desatinada que seguir pun-

tualmente el orden numérico del libro, sin tener cuenta con la ocasión ni la necesidad? Por ejemplo, la zorra y las uvas, luego la cierva y la viña, luego el asno cargado de reliquias, etc. Todavía tengo ojeriza al dichoso asno, porque recuerdo haber visto a un hijo de un marqués, destinado a ser gentil hombre, a quien todo el día estaban hablando de tan ilustre destino, que leyó esta fábula, la cogió de memoria y la repitió cien y cien veces, sin ocurrirle nunca el más leve reparo contra el oficio que le querían dar. Por mi parte nunca he visto que hiciera un niño aplicación sólida de las fábulas que aprendía, ni tampoco que nadie procurara que hiciese tal aplicación. La instrucción moral es el pretexto de este estudio; pero el verdadero objeto de la madre y del niño no es otro que hacer se ocupe toda una concurrencia en oírle recitar sus fábulas; por eso se le olvidan todas cuando llega a mozo, y no se trata de decirlas de corrido, sino de aprovecharse de ellas. Repito que es propio de hombres solamente el instruirse en las fábulas, y este es el tiempo de que Emilio empiece.

Señalo desde lejos, porque tampoco quiero decirlo todo, las sendas que desvían del camino recto, para que se sepan evitar. Creo que siguiendo la que he indicado, comprará vuestro alumno el conocimiento de los hombres y de sí mismo lo más barato posible; y le ponéis en ocasión de contemplar los vaivenes de la fortuna sin envidiar la suerte de sus validos, y de estar satisfecho consigo sin reputarse por más sabio que los demás. También habéis empezado por hacerle actor para hacerle espectador; es preciso concluir, porque desde las butacas se ve la apariencia de los objetos, pero en las tablas se ven como realmente son. Para abarcar la totalidad, es preciso colocarse en el punto verdadero de vista y acercarse para ver los pormenores. Pero ¿con qué título se introducirá un joven en los negocios del mundo? ¿Qué derecho tiene para que le inicien en estos tenebrosos misterios? Enredos de galanteos ciñen los intereses de su edad; todavía sólo de sí dispone, que es como si de nada dispusiera. La más vil de las mercaderías es el

hombre, y de nuestros importantes derechos de propiedad siempre el de la persona es el que menos vale.

Cuando veo que en la edad de mayor actividad se limitan los estudios de los jóvenes a objetos meramente especulativos, y luego sin la menor experiencia los lanzan fuera de tiempo al mundo y a los negocios, hallo que no menos pugnan con la razón que con la naturaleza, y no extraño que tan pocas gentes sepan conducirse. ¿Qué idea tan extravagante ha sido el enseñarnos tantas cosas inútiles, mientras que para nada se ha tenido en cuenta el arte de obrar? Pretenden formarnos para la sociedad, y nos instruyen como si debiera cada uno de nosotros vivir solo meditando en una celda o tratando de negocios fútiles con personas indiferentes. Pensáis que enseñáis a vivir a vuestros hijos, cuando les enseñáis ciertas contorsiones de cuerpo y ciertas expresiones de rutina que nada significan. Yo también he enseñado a vivir a mi Emilio, que ha aprendido a vivir consigo mismo, y además a ganar su pan. Pero esto no basta. Para vivir en el mundo, es preciso que sepa tratar con los hombres, que conozca los instrumentos que en ellos influyen; es preciso que calcule la acción y reacción del interés particular en la sociedad civil, y que prevea con tanta exactitud los sucesos, que rara vez se engañe en sus empresas, o a lo menos, que tome siempre los mejores medios para llevarlas a cabo. Las leyes no permiten a los jóvenes que cuiden sus asuntos propios ni que dispongan de su caudal; pero ¿de qué les servirían estas precauciones, si no pudiesen adquirir experiencia alguna hasta la edad prescrita? Nada habrían adelantado con la dilación, y tan rudos estarían de veinte y cinco años como de quince. Sin duda se ha de estorbar que un joven obcecado por su ignorancia o engañado por sus pasiones se perjudique a sí propio; pero en cualquiera edad es permitido ser benéfico, en cualquiera edad puede uno, bajo la dirección de un hombre prudente, amparar a los menesterosos que sólo necesitan un apoyo.

Las nodrizas y las madres toman cariño a las criaturas por los afanes que éstas les cuestan; el ejercicio de las virtudes sociales planta

en lo interior de los corazones el amor de la humanidad, y haciendo bien nos hacemos buenos; no conozco práctica más segura. Ocupad a vuestro alumno en todas cuantas buenas obras están a su alcance; sea siempre su interés el de los desvalidos; no los ayude sólo con su bolsillo, sino también con sus solicitudes; sívalos, ampárelos, conságreles su persona y su tiempo; hágase su agente de negocios; que en su vida puede desempeñar más noble empleo. ¡Cuántos oprimidos que nunca hubieran sido escuchados, alcanzarán justicia, cuando por ellos la solicite con aquella esforzada entereza que infunde la práctica de la virtud, cuando se franquee las casas de los ricos y poderosos, cuando vaya, si es necesario, a echarse a los pies del monarca para que oiga la voz de los menesterosos, a quienes su miseria cierra todos los caminos y que, por miedo de recibir castigo por los males que padecen, ni aun se atreven a quejarse.

Pero ¿hemos de hacer que Emilio sea un caballero andante, un enderezador de entuertos, un paladín? ¿Se irá a meter en los asuntos públicos, a hacer de sabio y defensor de las leyes; con los grandes, con los magistrados y con el príncipe; de procurador a casa de los jueces y de abogado en los tribunales? No sé nada de esto. Los nombres de escarnios y fruslerías no mudan la esencia de las cosas. Hará todo cuanto vea que es bueno y provechoso, y nada más; y bien sabe que todo aquello que desdice de su edad no puede ser provechoso ni bueno. Sabe que consigo mismo ha contraído sus primeras obligaciones; que deben desconfiar los jóvenes de sí propios, ser circunspectos en su conducta, respetuosos delante de las personas de mayor edad, mirados y recatados para no hablar sin que venga al caso, modestos en las cosas indiferentes, pero valientes para hacer bien, y resueltos para decir verdad. Así eran aquellos ilustres romanos que, antes de ser admitidos en los cargos, gastaban su mocedad en perseguir el delito y patrocinar la inocencia, sin otro interés que el de instruirse en servicio de la justicia y en amparo de las buenas costumbres.

No gusta Emilio de ruidos ni de disputas, no sólo entre los hombres<sup>103</sup>, sino tampoco entre los animales.

Nunca azuza dos perros para que riñan, ni hace que un perro corra tras un gato. Este espíritu pacífico es efecto de su educación, que no habiendo: dado pábulo al amor propio y a una opinión de sí mismo, le ha impedido que buscarse sus delicias en la dominación y en la desdicha ajena. Padece cuando ve padecer, que es un efecto natural. Lo que hace que se endurezca un joven, y tenga gusto en ver atormentar a un ser sensible, es que por una reflexión de vanidad se contempla exento de las mismas penas por su discreción o su superioridad. El que ha sido preservado de esta disposición de ánimo no puede incurrir en el vicio que de ella es consecuencia. Así, Emilio gusta de la paz; la imagen de la felicidad es halagüeña para él; y mira como medio de participar de ella el contribuir a producirla. No he supuesto que cuando ve desventurados se ciñese a aquella conmiseración estéril y cruel

---

<sup>103</sup> Pero si le provocan a riña, ¿cómo se habrá de conducir? Respondo que nunca tendrá disputas, ni dará margen para que con él las tengan. Pero finalmente, proseguirán, ¿quién está libre de un mentís o de una bofetada de un mal criado, de un borracho, o de un tunante, que por tener la satisfacción de quitar a uno la vida, le quita primero la honra? Eso es otra cosa: el honor de los ciudadanos no ha de estar a merced de un mal criado, de un borracho, ni de un bribón, y es tan imposible preservarse de semejante desmán, como de que le caiga encima una teja. Una bofetada, un mentís recibido y aguantado, producen efectos civiles que la prudencia no puede precaver, y de que no puede resarcir al agraviado tribunal ninguno; entonces la insuficiencia de las leyes le restituye su independencía; es el único magistrado, el único juez entre el ofensor y él, el único intérprete y ministro de la ley natural; se debe justicia, y él solo puede hacérsela; y no hay en la tierra gobierno ninguno tan desatinado que, por hacérsela él, le castigue en este caso. No digo que deba desafiarse, que es una extravagancia; digo, sí que se debe justicia, y que es el único dispensador de ella. Sin tanta inútil pragmática contra los duelos, si fuera soberano, yo respondo que no se daría nunca una bofetada ni un mentís en mis Estados, y eso por medio muy sencillo en que no se meterían los tribunales. Sea como fuere, Emilio sabe la justicia que se debe a sí propio en este caso y el ejemplo que debe a la seguridad de las personas de honor. No pende del hombre de más entereza estorbar que le insulten; pero si pende de él que no se vayan alabando mucho tiempo de haberle insultado.

que se limita a compadecerse de los males que pueden remediar. En breve le da su activa beneficencia luces que con un pecho más duro no hubiera adquirido, o hubiera adquirido mucho más tarde. Si ve reinar la discordia entre sus camaradas, procura reconciliarlos; si ve afligidos, se informa del motivo de su aflicción; si ve que dos sujetos se aborrecen, quiere averiguar la causa de su enemistad; si ve que gime un oprimido por las vejaciones de un poderoso y un rico, averigua las malas artes que encubren estas vejaciones; y en él interés que le inspiren todos los desvalidos, nunca son para él indiferentes los medios de poner fin a sus males. Pues ¿qué tenemos que hacer para sacar utilidad de estas disposiciones de un modo que no desdiga de su edad? Regular sus solicitudes y sus conocimientos y emplear su fervor en aumentarlos.

No me cansaré de repetirlo; todas las lecciones que deis a la juventud, reducidas a ejemplos y no a razones; nada aprendan en los libros de cuanto les puede enseñar la experiencia. ¡Qué proyecto tan extravagante es ejercitarlos en que hablen sin tener nada que decir; creer que les hacen sentir en los bancos de un aula la energía del idioma de las pasiones, y toda la fuerza del arte de la persuasión, sin que tengan interés en persuadir a nadie cosa alguna! Todos los preceptos de la retórica parecen mera palabrería a quien no ve cómo ha de usarlos en beneficio suyo. ¿Qué importa a un estudiante saber cómo hizo Anibal para determinar a sus soldados a que pasaran los Alpes? Si en vez de esas magníficas arengas, le dijereis lo que ha de hacer para persuadir a su catedrático a que le dé vacaciones, estad cierto de que pondría más atención en vuestras reglas.

Si quisiera enseñar la retórica a un joven cuyas pasiones estuviesen ya todas desenvueltas, sin cesar le presentaría objetos capaces de lisonjear estas pasiones, y examinaría con él qué estilo debería usar con los demás hombres para inducirlos a que fuesen propicios a sus deseos. Pero no está Emilio en situación tan ventajosa para el arte oratoria: ceñido en lo físico a casi sólo lo indispensable, menos nece-



sita de los demás que los demás necesitan de él; y como nada tiene que pedirles para sí, lo que les quiere persuadir no le importa tanto que le cause sensible conmoción. De aquí se sigue que generalmente debe usar un estilo sencillo y poco figurado. Por lo común se explica con propiedad, y sólo para que le entiendan. Es poco sentencioso, porque no ha aprendido a generalizar sus ideas, y usa pocas imágenes porque rara vez se apasiona.

No quiere decir esto, sin embargo, que sea flemático y frío, pues ni su edad, ni sus costumbres, ni sus inclinaciones se lo permiten: en el ardor de la adolescencia, contenidos y destilados en su sangre los espíritus vivificantes, producen en su juvenil corazón un calor que brilla en sus miradas, que se siente en sus discursos y se manifiesta en sus acciones. Su estilo ha tomado acento, y alguna vez vehemencia. El noble afecto que le inspira le da elevación y fuerza; penetrado del tierno amor de la humanidad, cuando habla trasmite los movimientos de su ánimo; su generosa ingenuidad tiene un no sé qué, más encantador que la artificiosa elocuencia de los demás; o más bien es de verdad elocuente, pues no tiene sino manifestar lo que siente para comunicárselo a los que le escuchan.

Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que poniendo de esta manera en acción la beneficencia y sacando de nuestro buen o mal éxito reflexiones acerca de la causa de uno o de otro, pocos conocimientos útiles hay que no puedan cultivarse en el espíritu de un joven, y que con todo el saber verdadero que se puede aprender en los colegios, aprenderá además una ciencia más importante todavía, que es la aplicación de esta doctrina a los usos de la vida. No es posible que interesándose tanto por sus semejantes, no aprenda muy temprano a pesar y valuar las acciones, los gustos y las inclinaciones de éstos, y a atribuir generalmente su justo valor a lo que puede acarrear utilidad o detrimento al bien de los hombres, con más tino que aquellos que no interesándose por nadie, nada hacen por otro. Los que nunca tratan más que de sus propios asuntos, se apasionan en demasía para que

puedan juzgar de las cosas con rectitud. Refiriéndolo todo a sí solos, y sacando solamente de su interés las ideas del bien y el mal, se llenan la cabeza de mil preocupaciones, y en todo cuanto puede oponer el menor óbice a su utilidad, al punto ven el trastorno del universo.

Extendamos el amor propio a todos los demás seres, y le trasformaremos en virtud; no hay pecho humano en que no se halle la raíz de ésta. Cuanto menos inmediata conexión tiene con nosotros el objeto de nuestra solicitud, menos temible es la ilusión del interés particular; cuanto más se generaliza este interés, más equitativo se hace, y el amor del linaje humano no es otra cosa en nosotros que el amor de la justicia. Por tanto, si queremos que Emilio ame la verdad, si queremos que la conozca, retengámosle siempre lejos de sí mismo en los negocios. Mientras más consagra su solicitud a la felicidad ajena, más discreta y sagaz será aquella y menos se engañará acerca de lo que es bueno o malo; pero no le consintamos nunca ciegas preferencias, fundadas en excepción de personas o en injusta preocupación de ánimo. ¿Por qué ha de hacer perjuicio a uno por servir a otro? Poco le importará a quién le ha de caber en suerte más dicha, con tal que contribuya él a la mayor dicha de todos; ese es el primer interés del sabio después del interés privado, porque cada uno es parte de su especie, y no de otro individuo.

Así, pues, para que la piedad no degenera en flaqueza, es preciso generalizarla y extenderla a todo el género humano. Cuando no va acorde con la justicia no nos dejemos llevar de ella, porque entre todas las virtudes, la justicia es la que más contribuye el bien común de los hombres. Por razón, y por nuestro amor debemos todavía más compasión a nuestra especie que a nuestro prójimo; y es la mayor crueldad con los hombres la piedad que se tiene de los malos.

Por lo demás, no nos olvidemos de que todos estos medios mediante los cuales lanzo a mi alumno fuera de su propio ser, tienen siempre una relación directa con él, puesto que no sólo resulta de ellos

un gozo interior, sino que haciéndole benéfico en provecho ajeno, trabajo en su propia instrucción.

Presenté primeramente los medios, y ahora hago ver el efecto. ¡Cuán grandes ideas miro que poco a poco se coordinan en su cabeza! ¡Qué sublimes afectos sofocan en su pecho el germen de las mezquinas pasiones! ¡Qué rectitud de juicio, qué atinada razón observo se forman tu él con el cultivo de sus inclinaciones, con la experiencia que aprisiona los deseos de un alma grande en el estrecho sitio de la posibilidad y hace que un hombre superior a los demás, no pudiendo ensalzarlos hasta su esfera, sepa bajarse a la de ellos! En su entendimiento se graban los verdaderos principios de la justicia, los verdaderos modelos de la hermosura, todas las relaciones morales de los seres y todas las ideas de orden; ve el lugar de cada cosa y la causa que de él la desvía; ve lo que puede hacer bien, y lo que lo estorba; conoce, sin haberlas experimentado, las ilusiones y la acción de las pasiones humanas.

Adelanto, impulsado por la fuerza de las cosas, pero sin engañarme acerca del juicio que van a formar mis lectores. Mucho tiempo hace que me ven en los países de la fantasía, y yo los veo siempre en los de la preocupación, Aunque me separo mucho de las opiniones vulgares, no por eso dejo de tenerlas presentes en el entendimiento, y las examino y las medito, no para seguirlas, ni para desecharlas, sino para pesarlas en la balanza de la razón. Siempre que ésta me fuerza a que me desvíe de ellas, tengo ya por sabido, instruido por la experiencia, que no me han de imitar; sé que empeñados en no creer posible más que lo que ven, se persuadirán de que el joven que aquí figuro es un ser imaginario y fantástico, porque se diferencia de aquellas con quienes le comparan: sin hacerse cargo de que es fuerza que se diferencie de ellos, puesto que habiendo sido educado de un modo totalmente distinto, movido de afectos diametralmente contrarios, instruido de diversa manera que ellos, sería mucho más extraño que se les pareciese que no que fuese cual yo le supongo. Este no es el hom-

bre del hombre, es el hombre de la naturaleza; y ciertamente debe ser muy extraño a sus ojos.

Al empezar esta obra, nada suponía que no pudiese observar todo el mundo lo mismo que yo, porque hay un punto, que es el nacimiento del hombre, del cual todos igualmente salimos; pero cuanto más adelantamos, yo para cultivar la naturaleza, y vosotros para depravarla, más nos desviamos unos de otros. A los seis años se diferenciaba poco mi alumno de los vuestros, que aun no habíais tenido tiempo para desfigurar; ahora en nada se parecen; y la edad de hombre formado, a que se va acercando, le debe mostrar de una manera absolutamente distinta, si no ha perdido todos mis cuidados. La suma de lo que han adquirido puede que con poca diferencia sea igual por una y otra parte; pero las cosas que han adquirido no son parecidas. Os choca encontrar en él unos afectos sublimes de que no hay en los otros ni el menor germen; pero considerad que éstos son ya todos filósofos y teólogos, antes que sepa siquiera Emilio qué cosa es filosofía, ni que haya oído aún nombrar a Dios.

Si se me dijera: «Nada de cuanto suponéis existe; los jóvenes no son así, tienen tal o cual pasión, hacen esto o lo otro»; es como si afirmasen que un peral nunca es un árbol alto, porque los que vemos en nuestros jardines todos son enanos.

Suplico a estos jueces tan prontos en censurar, consideren que lo que dicen lo sé yo lo mismo que ellos; que verosililmente he meditado más tiempo, y que no teniendo interés alguno en engañarlos, tengo derecho para exigir se tomen más espacio para averiguar en qué me engaño; que examinen bien la constitución del hombre; que sigan los primeros desarrollos del corazón en tal o cual circunstancia, para que vean cuánto puede diferenciarse un individuo de otro por sola la fuerza de la educación; que comparen luego la mía con los efectos que le atribuyo, y me digan en qué he discurrido mal, y nada me quedará qué responderles.

Lo que más me lleva a la afirmación, y según creo me disculpa de ello, es que en vez de dejarme llevar del espíritu de sistema, otorgo lo menos posible al raciocinio y sólo me fío de la observación. No me fundo en lo que he imaginado, sino en lo que he visto. Verdad es que no he limitado mis experimentos al recinto de las tapias de un pueblo, ni a una sola clase de personas; pero después de haber comparado tantas clases y pueblos cuantos he podido ver en el espacio de una vida consagrada a observarlos he quitado como artificial lo que pertenecía a un pueblo y no a otro y era peculiar de un Estado y no de otro, y sólo he mirado como propio, sin disputa, del hombre, lo que era común a todos, de cualquier edad, clase y nación que fuesen.

Ahora, si conforme a este método seguís desde su niñez a un joven que no haya recibido forma particular, y que dependa lo menos posible de la autoridad y la opinión ajena, ¿a quién pensáis se parecerá, a mi alumno o a los vuestros? Me parece que esta es la cuestión que ha de resolverse si me he extraviado. El hombre no empieza fácilmente a pensar; pero así que empieza ya no cesa. Quien ha pensado pensará siempre, y ejercitado una vez el entendimiento en la reflexión, ya no puede permanecer en sosiego. Así pudiéramos creer que hago mucho, o muy poco; que no es naturalmente el espíritu humano tan pronto en abrirse, y que después de haberle dado medios fáciles que no tiene, le retengo sobrado tiempo encerrado en un círculo de que ya debe haber salido.

Pero considerad ante todo que, si queremos formar el hombre de la naturaleza, no por eso tratamos de hacerle un salvaje y relegarle en lo enmarañado de las selvas; sino de que metido en el torbellino social, no se deje arrastrar de las pasiones ni de las opiniones de los hombres; de que vea por sus ojos y sienta por su corazón, y de que no le gobierne ninguna autoridad como no sea la de su propio razón. En tal estado claro es que la multitud de objetos que en él hacen impresión, los frecuentes afectos que le mueven, los diversos medios de satisfacer sus necesidades reales, le deben dar muchas ideas que nunca

hubiera tenido o que hubiera adquirido con más lentitud. Se ha acelerado el progreso natural del ánimo, pero no se ha invertido.

El mismo hombre que debe permanecer estúpido en las selvas, debe tornarse racional y sensato en las ciudades, cuando en ellas sea mero espectador. No hay cosa más a propósito para hacer a uno sabio, que las locuras que ve sin tener parte en ellas; y aun aquel que de ellas participa, se instruye, con tal que no se alucine ni le engañe el error de los que las cometen.

Considerad también que limitados por nuestras facultades a las cosas sensibles casi no tenemos base alguna para las nociones abstractas de la filosofía y para las ideas meramente intelectuales. Para llegar a ellas es menester desprendernos del cuerpo a que con tanta fuerza estamos adheridos, o hacer de objeto en objeto un progreso gradual y lento; o, finalmente salvar con velocidad y casi de un salto, el intervalo, con un paso gigante de que no es capaz la niñez y para el cual aun los adultos necesitan muchos escalones hechos expresamente para ellos. El primero de estos escalones es la primera idea abstracta; pero con mucha dificultad concibo cómo se pensó en construirle.

El Ser incomprendible que lo abarca todo, que da movimiento al mundo y forma el completo sistema de los seres, ni es visible a nuestros ojos ni palpable a nuestras manos, ni accesible a ninguno de nuestro sentidos; patente está la obra, pero oculto el artífice. No es pequeño negocio conocer al fin que existe; y cuando hasta aquí hemos llegado, cuando nos preguntamos ¿quién es? ¿dónde está? se confunde y se descarría nuestra inteligencia y no sabemos qué pensar.

Pretende Locke que comencemos por el estudio de los espíritus y luego pasemos al de los cuerpos. Así se anda por la senda de las preocupaciones, la superstición y el error, no por el de la razón ni la de la naturaleza bien ordenada, que eso es taparse los ojos para aprender a ver. Es preciso haber estudiado mucho tiempo los cuerpos para formarse noción de los espíritus y sospechar que existen. El orden contrario sólo sirve para establecer el materialismo..

Puesto que nuestros sentidos son los primeros instrumentos de nuestras luces, los seres corpóreos sensibles serán los únicos de que inmediatamente tengamos idea. La palabra *espíritu* no tiene significación ninguna para quien no ha filosofado. Para la plebe y para los niños un espíritu es un cuerpo ¿No imaginan espíritus que gritan, hablan, dan golpes y meten bulla? Pues me confesarán que espíritus que tienen brazos y lenguas mucho se parecen a cuerpos. Por eso todos los pueblos del mundo, sin exceptuar los judíos, se fraguaron dioses corpóreos. Nosotros mismos, con nuestros términos de Espíritu, Trinidad, Personas, la mayor parte somos verdaderos antropomorfitas. Confieso que nos enseñan a decir que Dios está en todas partes; pero también creernos que el aire está en todas partes, a lo menos en nuestra atmósfera; y la misma voz de *espíritu* no significa en su origen otra cosa que *soplo* y *viento*. Cuando se acostumbra una persona a decir palabras que no entiende, fácil es hacerle que diga cuanto se quiera.

La conciencia de nuestra acción sobre los demás cuerpos debió al principio hacernos creer que, cuando obraban éstos en nosotros, era de un modo semejante a aquel con que nosotros obramos en ellos. Así empezó el hombre animando todos los seres cuya acción sentía Conociéndose menos fuerte que la mayor parte de estos seres, y no sabiendo hasta dónde alcanzaba su potencia, la supuso ilimitada, haciendo dioses en cuanto hizo cuerpos. En los primeros tiempos, asustados los hombres con todo, no vieron cosa alguna muerta en la naturaleza. Tan lenta como la idea del espíritu fue para formarse en ellos la de la materia, porque también esta es una abstracción. De suerte que llenaron de dioses sensibles el universo. Los astros, los vientos, las montañas, los ríos, los árboles, las ciudades y hasta las casas, todo tenía su alma, su dios y su vida, Los muñecos de Laban, los *manitúos* de los salvajes y los *fetiches* de los negros, todas las obras de la naturaleza y de los hombres fueron las primeras divinidades de los mortales; el politeísmo fue su primera religión, y lo será siempre de todo hombre flaco y medroso que no tenga tan cultivado el espíritu que reúna el sistema total

de los seres en una sola idea, y dé significado a la voz sustancia, que en la realidad es la mayor de las abstracciones. Por tanto, todo niño que cree en Dios, necesariamente es idólatra o, a lo menos, antropomorfito; y si la imaginación ha visto una vez a Dios, milagro será que le conciba luego el entendimiento a este error justamente nos lleva la idea de Locke.

Llegados no sé como, a la idea abstracta de la sustancia, vemos que, para admitir una sustancia única, sería forzoso suponer en ella cualidades incompatibles que mutuamente se excluyen, como el pensamiento y la extensión; ésta, que esencialmente es divisible, y aquél, que excluye toda divisibilidad. Concebimos por otra parte que el pensamiento, o si se quiere sentimiento, es una cualidad primitiva, inseparable de la sustancia a que pertenece; y que lo mismo es la extensión, con respecto a sustancia. De donde se deduce que los seres que pierden una de estas cualidades, pierden la sustancia a que pertenece ésta; por consiguiente, que la muerte no es otra cosa que una separación de sustancias, y que los seres en que se hallan reunidas estas dos cualidades, se componen de las dos sustancias a que dichas cualidades pertenecen.

Considerad ahora la distancia que todavía media entre la noción de las dos sustancias y la de la naturaleza divina; entre la incomprendible idea de la acción de nuestra alma en nuestro cuerpo, y la de la acción de Dios en todos los seres. Las ideas de creación, de aniquilación, de ubicuidad, de eternidad, de omnipotencia, las de los divinos atributos, todas esas ideas que a tan pocos hombres es dado ver, de tal modo son confusas y oscuras, y que ninguna oscuridad tienen para la plebe, porque no comprende nada de ellas, ¿cómo se han de presentar con toda su fuerza esto es, con toda su oscuridad, a inteligencias inexpertas, ocupadas todavía en las primeras operaciones de los sentidos y que sólo conciben lo que tocan? En vano están abiertos alrededor nuestro los abismos de lo infinito; no sabe un niño asustarse de ellos, porque no pueden sondear su profundidad ojos tan débiles. Para las



niños todo es infinito; a nada saben poner límites; y no porque hacen la medida larga, sino porque tienen corto el entendimiento, y casi siempre he notado que el infinito le colocan antes más acá que más allá de las dimensiones que conocen. Un espacio inmenso más le valuarán por sus pies que por sus ojos; y no le extenderán, hasta más allá de donde pueden ver, sino hasta más allá de donde pueden ir. Si les hablan del poder de Dios, le tendrán por casi tan fuerte como su padre. Como en todas cosas su conocimiento es para ellos la medida de las posibilidades, siempre lo que les dicen lo reputan menos de lo que saben. Así son los juicios naturales de la ignorancia y la flaqueza de entendimiento. Ajax hubiera temido entrar en lucha con Aquiles, y reta a Júpiter a la pelea, porque conoce a Aquiles y a Júpiter no. Un aldeano suizo, que se tenía por el más opulento de los hombres, y a quien le procuraban explicar qué cosa era un rey, preguntaba con altivo ademán, si podría el rey tener cien vacas en la montaña.

Comprendo que no pocos lectores extrañarán verme seguir toda la edad primera de mi alumno sin hablarle de religión. A los quince años aun no sabía si tenía un alma, y acaso no es tiempo de que lo aprenda a los diez y ocho; porque, si lo aprende antes que sea oportuno, corre peligro de no saberlo en toda su vida.

Si tuviera que pintar la estupidez enfadosa, retrataría un pedante ensañando el catecismo a unos niños; si quisiera volver loco a un niño, le obligaría a que explicara lo que dice cuando da la doctrina. Me objetarán que siendo misterios la mayor parte de los dogmas del cristianismo, aguardar a que sea capaz de concebirlos el espíritu humano, no es aguardar a que el niño sea hombre, sino a que ya el hombre no sea. A eso respondo, lo primero, que hay misterios que es imposible, no sólo que un hombre los conciba, sino que los crea; y no veo lo que se adelanta con enseñárselos a los niños, como no sea enseñarles desde temprano a mentir. Digo, además, que para admitir los misterios, es necesario comprender a lo menos que son incomprensibles, y los

niños no son siquiera capaces de esta comprensión. No hay verdaderos misterios para la edad en que todo lo es.

*Es necesario creer en Dios para salvarse.* Este dogma; mal comprendido, es el principio de la sangrienta intolerancia y causa de todas esas vanas instrucciones que han dado un golpe de muerte a la razón humana, acostubrándola a que se contente con voces . Sin duda no se debe perder un punto para merecer la salvación eterna; pero si basta, para alcanzarla, repetir ciertas palabras, no veo inconveniente en que llenemos el cielo de cotorras y papagayos, tanto como de niños.

La obligación de creer supone posibilidad de hacerlo. El filósofo que no cree obra mal, porque hace mal uso de la razón que ha cultivado y porque está en estado de entender las verdades que desecha. Pero ¿qué cree el niño que profesa la religión cristiana? lo que concibe; y concibe tan poco lo que le hacen que diga, que si le dicen lo contrario, lo adoptará con la misma docilidad. Asunto es de geografía la fe de los niños, y de no pocos adultos. ¿Serán premiados por haber nacido en Roma más bien que en la Meca? Al uno le dicen que se debe honrar a Mahoma, y dice que honra a Mahoma; al otro que se debe honrar a la Virgen, y dice que honra a la Virgen. Uno haría lo que el otro hace si a entrambos mutuamente los trasladaran de domicilio. ¿Es posible que nos fundemos en dos afectos tan semejantes, para enviar el uno al cielo y el otro al infierno? Cuando dice un niño que cree en Dios, no es en Dios en quien cree, sino en Pedro o en Juan que le dicen hay una cosa que se llama Dios, y lo cree a la manera de Eurípides.

¡Oh Jove! que este nombre es de tu esencia  
Lo que puede alcanzar mi inteligencia<sup>104</sup>

---

<sup>104</sup> Plutarco. *Tratado del Amor*. Así empezaba la tragedia de Menalipo; pero los clamores del Pueblo de Atenas forzaron a Eurípides a que mudase este principio.

Nosotros afirmamos que ningún niño que muera antes de tener de razón será privado de la bienaventuranza eterna; lo mismo creen los católicos de los niños que han recibido el bautismo, aunque nunca hayan oído hablar de Dios. Luego hay casos en que puede uno salvarse sin creer en Dios; y estos casos se verifican, ya en la infancia, ya en la demencia, cuando no es capaz el espíritu humano de las operaciones arias para reconocer la Divinidad. Toda la diferencia que de vos a mí noto, consiste en que afirmáis que tienen esta capacidad los niños a los siete años, y que yo no se la otorgo ni aun a los quince. Bien esté yo equivocado, bien tenga razón, no se trata aquí de un artículo de fe, sino de una mera observación de historia natural.

Conforme al mismo principio, es claro que un hombre que ha llegado a viejo sin creer en Dios, no por eso será privado de su presencia en el otro mundo si su ceguera no ha sido voluntaria, y digo que no siempre lo es. Lo confesáis así de los locos a quienes una enfermedad priva de sus facultades espirituales aunque no de su cualidad de hombres, ni por consiguiente del derecho a los beneficios de su Creador. Pues ¿por qué no convenís también en lo mismo respecto de aquellos que desviados de toda sociedad desde su niñez, hayan tenido una vida absolutamente silvestre, privados de las luces que sólo se adquieren con el trato de los hombres<sup>105</sup>? Porque está demostrado que no es posible que semejante salvaje eleve nunca sus reflexiones hasta conocer al verdadero Dios. Nos dice la razón que sólo por sus culpas voluntarias es un hombre merecedor de castigo, y que no se le puede imputar a delito una ignorancia invencible; de donde se infiere que ante la eterna justicia, todo aquel que creyera, si tuviese las necesarias luces, es reputado creyente, y que no habrá otros incrédulos castigados que aquellos que cierran su corazón a la verdad.

Guardémonos de anunciar la verdad a los que no se hallan en estado de comprenderla; eso es querer sustituirla con el error. Más

---

<sup>105</sup> Acerca del estado natural del espíritu humano y de la lentitud de sus progresos, véase la primera parte del *Discurso sobre la desigualdad*.

valiera no tener idea ninguna de la Divinidad, que tenerlas groseras, fantásticas, injuriosas, indignas de ella; pues, menos mal es desconocerla que ultrajarla. Más quisiera, dice el buen Plutarco, que creyesen que no había Plutarco en el mundo, que dijese que Plutarco es injusto, envidioso, celoso y tan tirano, que exige más de lo que deja facultad para que hagan.

El mayor daño de las deformes imágenes de la Divinidad que imprimen en el espíritu de los niños, consiste en que permanecen en él toda la vida, y cuando son hombres no conciben otro Dios que el de los niños. En Suiza vi una buena y piadosa madre de familia, tan convencida de esta máxima, que no quiso instruir en la religión a su hijo en la primera edad, no fuese que satisfecho con esta ruda instrucción, se descuidase en tomar otra mejor cuando llegase a tener uso de razón. Oía este niño hablar siempre de Dios con recogimiento y reverencia; y cuando él quería hablar, le imponían silencio, como que era una materia muy sublime y muy alta para él. Este recato incitaba su curiosidad, y su amor propio aspiraba al instante de conocer este misterio que con tanto esmero le ocultaban. Cuanto menos le hablaban de Dios y menos consentían que él hablase, más se ocupaba de él; este niño vela a Dios en todas partes. Yo recelaría de este estilo misterioso, afectado con imprudencia, que exaltando en demasía la imaginación de un muchacho, le tocara la cabeza, y al fin le hiciesen un fanático en vez de hacerle un creyente.

Pero no hay temor de cosa parecida en Emilio, pues desviando constantemente su atención de todo cuanto excede a su capacidad, escucha con la más profunda indiferencia las cosas que no entiende. Hay tantas en que está habituado a decir: «Eso no es de mi competencia», que una más poco le importa; y cuando le empiezan a inquietar esta a altas cuestiones, no es por no haber oído hablar de ellas, sino porque encamina sus investigaciones hacia estas materias el natural progreso de sus luces.

Ya hemos visto por qué camino se aproxima a estos misterios el espíritu humano cultivado, y sin reparo confesaré que aun en el seno de la sociedad no alcanza a ellos hasta una edad más adelantada. Pero como en la misma sociedad hay causas inevitables, por las cuales se acelera el progreso de las pasiones, si no aceleramos en la misma proporción el progreso de las luces que sirven para regular estas pasiones, saldríamos entonces verdaderamente del orden de la naturaleza y se rompería el equilibrio. Cuando no podemos impedir que se desenvuelvan las primeras con sobrada rapidez, es preciso encender con la misma las que les han de corresponder de las segundas; de suerte que no se invierta el orden, que no se separe lo que debe ir junto, y que el hombre en todos los instantes de su vida no esté en este punto por una de sus facultades, y en aquel otro por las demás.

¡Qué dificultad miro suscitarse aquí! Dificultad tanto más grave, cuanto que consiste menos en las cosas que en la pusilanimidad de los que no se atreven a resolverla. Empecemos a lo menos teniendo ánimo para proponerla. Un niño debe ser educado en la religión de su padre; siempre le prueban con mucha facilidad y victoriosamente, que la tal religión, sea la que fuere, es la única verdadera; que todas las demás son meras extravagancias y disparates. En este punto la fuerza de los argumentos pende absolutamente del país donde los proponen. Un turco que en Constantinopla tiene por ridículo el cristianismo, venga a ver lo que piensan del mahometismo, en París. En la cuestión religiosa es donde más particularmente se muestra tiránica la opinión. Pero nosotros, que en todo pretendemos quebrantar su yugo, que nada queremos dejar a la autoridad, y que nada queremos enseñar a nuestro Emilio que no pudiera él aprender por sí propio en cualquier país, ¿en qué religión educaremos? ¿A qué secta agregaremos al hombre de la naturaleza? Me parece que es muy sencilla la respuesta; no le agregaremos a esta ni a la otra; pero le pondremos en estado de que elija aquella a que le conduzca el mejor uso de su razón.

Incedo per ignes  
Suppositos cineri doloso.<sup>106</sup>

No importa; hasta aquí el celo y la buena fe han suplido en mí la prudencia, y espero que no me abandonen estos auxiliares cuando más los necesito. Lectores, no temáis de mí precauciones indignas de un amante de la verdad, que nunca olvidaré mi emblema; pero séame licito desconfiar de mis opiniones. En vez de deciros lo que yo pienso, os diré lo que pensaba uno que valía más que yo. Respondo de la verdad de los hechos que voy a referir, y que realmente pasaron por el autor del escrito que traslado aquí. A vosotros toca ver si se pueden sacar de él reflexiones provechosas acerca de la materia que estamos tratando. No os propongo como regla el dictamen de otro ni el mío; os le presento para que le examinéis.

«Hace treinta años que en una ciudad de Italia un joven expatriado se veía reducido a la última miseria. Había nacido calvinista; pero a consecuencia de una locura de joven, hallándose fugitivo, en país extraño, y sin recursos, mudó de religión para comer. En esta ciudad había un hospicio para los conversos, y entró en él. Mientras le instruían sobre la controversia, le inspiraron dudas que no tenía, y le enseñaron lo malo que no sabía; oyó dogmas nuevos, vio costumbres aún más nuevas y estuvo en poco que fuese víctima de ellas. Quiso escaparse, y le encerraron; se quejó, y le castigaron por sus quejas; a merced de sus tiranos, se vio tratado como delincuente por no haber querido ceder al delito. Figúrense el estado de su juvenil corazón los que saben cuánto enoja la primera prueba de la violencia y la injusticia a un pecho sin experiencia. Corrían de sus ojos lágrimas de rabia, sofocábale la indignación; imploraba al cielo y los hombres, de todo el mundo se fiaba y de nadie era escuchado. Sólo veía criados viles sujetos al infame que le ultrajaba, o cómplices del mismo delito que escar-

---

<sup>106</sup>

Por ascuas encendidas voy andando,  
Cubiertas bajo pérfidas cenizas.

necían su resistencia y le excitaban a que los imitara. Perdido estaba, sin duda, cuando acertó a venir al hospicio un honrado eclesiástico, a quien logré consultar secretamente. El eclesiástico era pobre y necesitaba de todo el mundo; pero todavía necesitaba más de él el desventurado, y no dudó aquél en favorecer su evasión, a riesgo de ganarse un peligroso enemigo.

»El joven, que se había escapado del vicio para caer en la miseria, y que luchaba sin fruto contra su estrella, creyó por un instante que la había vencido. Al primer crepúsculo de buena fortuna, se olvidó de su protector y de sus desgracias. En breve recibió el castigo de esta ingratitud; todas sus esperanzas se disiparon; en vano le favorecía su juventud, pues sus novelescas ideas todo lo echaban a perder. Como no poseía ni talento ni habilidad suficiente para allanarse una fácil vereda, ni sabía ser malo ni moderado, a tantas cosas aspiró que pudo conseguir; y habiendo recaído en su antigua miseria, sin pan y sin albergue, a punto de morir de hambre, se volvió a acordar de su bienhechor.

»Vuelve a él, le habla y es bien recibido; su vista recuerda al eclesiástico una buena acción que había hecho, y siempre esta memoria, regocija el alma. Este hombre era naturalmente humano y compasivo; sentía como suyas las penas ajenas, y las comodidades no habían empedernido su corazón; finalmente, su buena índole se había fortalecido con las lecciones de la sabiduría y con una ilustrada virtud. Recibe al joven, le busca un albergue, le recomienda y parte con él su pobre comida, que apenas bastaba para los dos. Hace más: le instruye, le consuela, le enseña el arte dificultoso de sufrir con paciencia la adversidad. Hombres preocupados, ¿hubierais aguardado esto de un sacerdote, y en Italia?

» Este honrado eclesiástico era un pobre presbítero saboyano, que por un lance de juventud se había indispuerto con su obispo y había atravesado los montes buscando recursos que en su país no tenía. No le faltaba instrucción ni talento, y siendo de una presencia interesante,

había encontrado protectores que le colocaron en casa de un ministro para ser ayo de su hijo. Prefería la pobreza a la dependencia, y no sabía el modo de conducirse con los grandes. No estuvo mucho tiempo con éste; pero cuando le dejó conservó su estimación, y como vivía con prudencia, y se hacía querer de todo el mundo, se lisonjaba de que se reconciliaría al cabo con su obispo y que le daría éste algún pobre curato en la montaña para vivir los años que le quedaban; esto era el colmo de su ambición.

»Sentía una inclinación natural por el mancebo fugitivo, y esto hizo que le examinase con atención. Vio que ya la mala fortuna habla marchitado su corazón, que el oprobio y el menosprecio habían abatido su valor y que, convertida en amargo despecho su altivez, en la injusticia y dureza de los hombres sólo le dejaban ver el vicio de su naturaleza, y lo fantástico de la virtud. Había visto que la religión sólo sirve de disfraz al interés, y el culto sagrado de salvoconducto a la hipocresía; en la sutileza de las vanas disputas había visto el cielo y el infierno hecho premio o castigo de juegos de vocablos; había visto la sublime y primitiva idea de la Divinidad desfigurada con las desatinadas imaginaciones de los hombres; y convencido de que para creer en Dios era necesario renunciar a la razón que de él hemos recibido, lo mismo desdeñaba nuestros ridículos sueños, que el objeto a que los aplicamos. Sin saber nada de lo que existe, sin imaginar nada acerca de la generación de las cosas, se sumió en una estúpida ignorancia y un profundo desprecio a todos cuantos pensaban que sabían más que él.

»El olvido de toda religión, viene a parar en olvidarse de las obligaciones del hombre. Ya estaba andado este camino hasta más de la mitad en el corazón del licencioso joven, aunque no era de mala índole; pero sofocándola poco a poco la incredulidad y la miseria, corría rápidamente a su pérdida, y con las costumbres de un mendigo le aguardaba la moral de un ateo.



»Aunque casi inevitable el mal, todavía no estaba absolutamente consumado. El joven tenía conocimientos; habían cultivado su educación y estaba en aquella venturosa edad en que fermentando la sangre empieza a dar calor al alma, sin esclavizarle el furor de los sentidos. La suya aun tenía toda su elasticidad. Suplían la sujeción su tímido carácter y su vergüenza nativa, y prolongaban en él la época en que con tanto afán mantenéis a vuestro alumno. El aborrecible ejemplo de una torpe depravación y de un vicio sin agrados, lejos de animar su imaginación, la había amortiguado. Por mucho tiempo en vez de la virtud le sirvió de escudo la repugnancia para conservar su inocencia que debía rendirse a más halagüeñas seducciones.

»Vio el eclesiástico el peligro y sus remedios; no le arredraron las dificultades; se complacía en su obra, y se resolvió a perfeccionarla, restituyendo a la virtud a víctima que había librado de las garras de la infamia. Tomó con calma la ejecución de su plan; animábase su esfuerzo con lo noble del motivo, y le inspiraba medios dignos de su celo. Cierta estaba, cualquiera que fuese el éxito, de que no sería tiempo perdido el que emplease en conseguirle; que siempre sale con su designio el que sólo quiere hacer bien.

»Empezó por ganar la confianza del joven con no venderle sus beneficios, no hacerse importuno ni reprenderle, con ponerse siempre a su alcance y hacerse chico para igualarse con él. Me parece que era un tierno espectáculo ver a un varón grave que se hacía camarada de un tunante, y la virtud que se acomodaba al vicio para triunfar de él con más seguridad. Cuando venía el atolondrado a darle parte de sus extravagancias y a explanarse con él, le escuchaba el sacerdote, le dejaba desahogarse; sin aprobar lo malo, en todo se interesaba; nunca paraba su charla con una impertinente censura, y el gusto con que creía el mozo que le escuchaba, aumentaba el que sentía en decirlo todo. Así hizo su confesión general sin pensar en confesarse.

»Después de haber estudiado bien en el joven sus afectos y su carácter, vio claro el sacerdote que, sin ser ignorante para su edad, se

había olvidado de cuanto le importaba saber, y que el oprobio a que le había reducido la fortuna, sofocaba en él todo verdadero afecto del bien y el mal. Un grado hay de embrutecimiento que priva de vida el alma, pues la voz interior no se hace oír de aquel que sólo piensa en mantenerse. Para preservar al desventurado de esta muerte moral, empezó despertando en él el amor propio y la estimación de sí mismo; hacía le ver un porvenir más dichoso en el buen empleo de su talento; reanimaba en su corazón un generoso ardor contándole las nobles acciones de otros, y haciéndole admirarse a los que las habían hecho, le exaltaba el deseo de hacer otras semejantes. Para desprenderle insensiblemente de su ociosa y vagabunda vida, le hacía que extractara libros selectos; y fingiendo que necesitaba de estos extractos mantenía en él el noble afecto de la gratitud. Le instruía indirectamente con sus libros; le hacía que recobrase buena opinión de sí mismo a fin que no se reputara inútil para todo bien y no quisiese tornar a hacerse despreciable a sus propios ojos.

»Un detalle dará a conocer el arte que usaba este hombre benéfico para que insensiblemente el corazón de su discípulo saliere de la bajeza, sin que al parecer pensase él en instruirle. Era el eclesiástico de tan notoria probidad y tan atinado discernimiento, que más querían muchas personas depositar en él sus limosnas, que en manos de los ricos curas de las ciudades. Cierta día que le habían dado un dinero para distribuírsele a los pobres, a título de tal tuvo el mancebo la osadía de pedirle parte de él «No, le dijo el eclesiástico, somos hermanos, vos sois cosa mía y no debo llegar a este depósito para mi uso.» Luego de su propio dinero le dio lo que le había pedido. Lecciones de esta naturaleza rara vez dejan de surtir efecto en un corazón de joven que no está totalmente pervertido.

»Me canso de hablar en tercera persona y es trabajo superfluo, porque bien conocéis, amado conciudadano, que yo mismo soy este desventurado fugitivo; me miro muy distante de los desórdenes de mi mocedad, para no atreverme a confesarlos; y bien merece la mano que

de ellos me libró, que aunque me cueste rubor, tribute alguna honra a sus beneficios.

»Lo que más me impresionaba era ver en la vida privada de mi digno maestro la virtud sin hipocresía, la humanidad sin flaqueza, razonamientos siempre rectos y sencillos, y la conducta acorde siempre con ellos. No se preocupaba de si los que asistía oían o no misa, si confesaban a menudo, si ayunaban los días de vigilia, si comían de viernes, ni veía les impusiese otras obligaciones semejantes que el que no las desempeña, aunque se muera de hambre, ninguna asistencia tiene que esperar de los devotos.

»Animado por estas observaciones, lejos de hacer yo alarde en su presencia del afectado fervor de un nuevo converso, no le escondía mucho mi modo de pensar y no veía que se escandalizase. A veces hubiera podido decir en mi interior: Me permite la indiferencia al culto que he abrazado, por la que ve que también profeso al en que he nacido, y sabe que ya no es mi desdén asunto de partido. Pero ¿qué había de pensar cuando algunas veces le veía aprobar dogmas contrarios a los de la iglesia romana y tener al parecer en poco todas sus ceremonias? Hubiérale creído protestante encubierto si le hubiera visto observar con menos escrúpulo aquellos mismas prácticas de las que parecía hacer muy poco caso; pero sabiendo que a sus solas desempeñaba sus obligaciones de sacerdote con tanta puntualidad como a presencia del público, no sabía yo explicar estas contradicciones. Excepuando el defecto que en otro tiempo había ocasionado su desgracia, y de que no parecía muy bien enmendado, era ejemplar su vida, irreprehensibles sus costumbres, honestas y prudentes sus palabras. Viviendo con él en la mayor intimidad, cada día aprendía a respetarle más; y habiendo con tanta bondad ganado enteramente mi corazón, aguardaba con curiosa inquietud el momento de saber en qué principios fundaba la uniformidad de vida tan singular.

»No llegó tan pronto ese momento. Antes de descubrirse con su discípulo, se esforzó a que fructificasen en él las semillas de razón y

bondad que había plantado en su alma. Lo más difícil de destruir en mí, era una altiva misantropía, cierta exasperación contra los ricos y los dichosos del mundo, como si lo fueran a mi costa y me usurpasen su pretendida felicidad. Inclinábame en demasía a esta indignación la loca vanidad de la juventud, que pugna contra la humillación, y el amor propio, que mi Mentor procuraba despertar en mi, incitándome a la soberbia, presentaba aún más viles los hombres a mis ojos, y al odio de ellos juntaba el menosprecio.

«Sin combatir directamente esta arrogancia, impidió que se convirtiese en dureza de ánimo; y sin quitarme la estimación de mi propio, la hizo menos desdeñosa con mi prójimo. Siempre desviando las vanas apariencias, y manifestándome los males verdaderos que encubren, me enseñaba a lamentar los errores de mis semejantes, a que me enternecieran sus miserias, y a tenerles más compasión que envidia. Movido a conmiseración de las humanas flaquezas por la íntima conciencia de las suyas propias, vela en todas partes a los hombres víctimas de sus vicios y de los ajenos; veía a los pobres gimiendo bajo el yugo de los ricos y a los ricos bajo el de las preocupaciones. «Creedme, me decía, lejos de disimularnos nuestros males, los aumentan nuestras ilusiones, que dan valor a lo que no le tiene, y mil soñadas privaciones, que sin ellas no sentiríamos, nos tornan sensibles. La paz del ánimo está cifrada en el menosprecio de cuanto puede alterarla; el que menos sabe disfrutar de la vida, es el que más aprecio hace de ella; y aquel que con más anhelo aspira a la felicidad, siempre es el más miserable.»

»¡Ah, qué tristes cuadros! exclamaba yo con amargura; si todo nos lo hemos de negar, ¿de qué nos ha servido el nacer? y si se ha de menospreciar hasta la misma felicidad, ¿quién es el que sabe ser feliz? «Yo soy, respondió un día el sacerdote, en un tono que me chocó.- ¡Vos feliz! ¡Con tan pocos bienes de fortuna, desterrado, perseguido vos sois feliz! ¿Y qué habéis hecho para serlo? -Hijo mío, con mucho gusto os lo diré.»

«En seguida me dio a entender que, después de haber oído mis confesiones, me quería hacer las suyas, «Verteré en vuestro pecho, me dijo dándome un abrazo, todos los sentimientos de mi corazón, y me veréis, si no como soy, a los menos como yo mismo me veo. Cuando hayáis oído toda mi confesión, cuando conozcáis bien el estado de mi alma, sabréis por qué me reputo feliz, y si pensáis como yo, lo que tenéis que hacer para serlo vos. Mas no son cosa de un instante estas confesiones; le requiere tiempo para explicaros todo cuanto pienso acerca del destino del hombre y, del verdadero valor de la vida: busquemos hora y sitio cómodo para esta conferencia.»

»Manifesté grande prisa por oírle, y fue señalado el plazo para la siguiente mañana. Estábamos en verano, nos levantamos al rayar el día. Llevóme fuera de la ciudad, a una empinada colina, cuya falda atravesaba el Po, y desde donde por entre las feraces riberas que baña se descubría su curso; la inmensa cordillera de los Alpes coronaba a lo lejos el país; los rayos del naciente sol iluminaban ya los llanos y con sus dilatadas sombras delineando en las campiñas la árboles los collados y las casas, enriquecían con mil y mil juegos de luz el más hermoso espectáculo que pueda deleitar los humanos ojos. Parecía que la naturaleza se engalanaba ante nosotros con toda su magnificencia para ofrecer materia a nuestro diálogo. Aquí, después de contemplar silencioso y absorto estos objetos, el hombre de paz me habló de esta manera:

## **FIN DEL TOMO PRIMERO**